FRANKENSTEIN

MARY SHELLEY



En el verano de 1816, el poeta Percy B. Shelley y su esposa Mary se reunieron con Lord Byron y su médico en una villa a orillas del lago Leman. A instancias de Lord Byron y para animar una velada tormentosa, decidieron que cada uno inventaría una historia de fantasmas. La más callada y reservada, Mary Shelley, dio vida así a quien sería su personaje más famoso: el doctor Frankenstein. Al cabo de un año completaría la novela. La historia es de todos conocida: un científico decide crear una criatura con vida propia a la que luego rechaza. Metáfora sobre la vida, la libertad y el amor, Frankenstein o el moderno Prometeo es una maravillosa fábula con todos los ingredientes de los grandes mitos, un gran clásico que ahora recuperamos con una nueva traducción y precedido de un espléndido estudio de Alberto Manguel sobre la influencia del mito en el imaginario del cine.



Mary Shelley

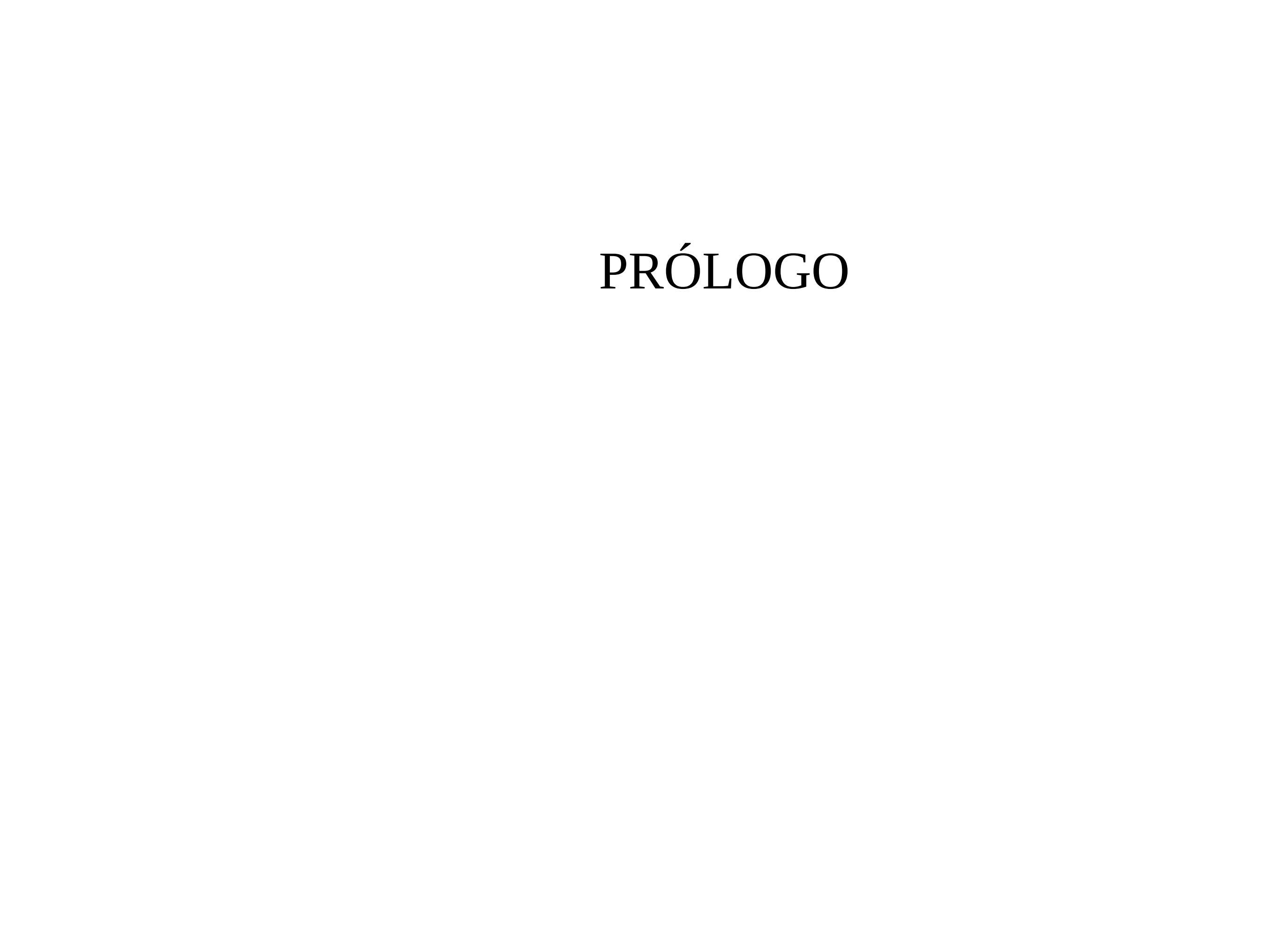
Frankenstein, o El moderno Prometeo (trad. Silvia Alemany)

ePub r1.1
Titivillus 31.10.2021

Título original: *Frankenstein, or The Modern Prometheus*
Mary Shelley, 1818
Traducción: Silvia Alemany
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





PRÓLOGO

A Rupert, que, como buen hijo de su padre,
es capaz de entender su humor… casi siempre.
Con todo mi amor… con mi amor eterno.

Haber visto la película de pequeño es uno de los privilegios de haber perdido la infancia.

LEONARD WOLF,
The Annotated Frankenstein

LA NOVIA DE FRANKENSTEIN

I. EL DESCUBRIMIENTO DEL MONSTRUO

Descubrí el monstruo cuando tenía diez años, en 1958, en Buenos Aires. Ese año tuve el privilegio de ponerme pantalón largo y, sobre todo, de que me permitieran asistir a la programación dominical de tarde del cine del barrio, el Cabildo, junto con un par de amigos y sin que nos acompañara un adulto. Aquellas sesiones dominicales estaban pensadas a lo grande. El teatro nos parecía la máxima expresión del lujo. Su interior imitaba a un palacio italiano de inspiración rococó en versión años treinta, con molduras doradas, viejas butacas de felpa roja en platea que olían a orina y, en el anfiteatro, asientos nuevos tapizados de vinilo que olían a lejía, un pesado telón de terciopelo color vino que enmarcaba el escenario y seis cariátides de un orientalismo sospechoso que nos arrancaban risitas lascivas porque, sobre sus corpiños verdes y dorados, aquellas bellezas de piel olivácea enseñaban las tetas. Por unos pesos de los prehistóricos se podía comprar una entrada que daba derecho a presenciar el espectáculo en directo que abría la sesión, varios cortos y tres largometrajes, e incluso te sobraba algo de calderilla para comprar una barrita Aero, que estaba hecha de chocolate y aire a partes iguales, como un queso de Gruyère en miniatura, o un

paquete de Sugus, que eran unos caramelos blandos de frutas. Los mejores eran los rojos (los de fresa) y los peores, los verdes (de una menta que sabía a dentífrico). Pateábamos el suelo para exigir que levantaran el telón antiincendios, cubierto de anuncios de las tiendas locales; abucheábamos y silbábamos al desgraciado pianista que había venido a tocar para nosotros la *Barcarola* de Offenbach; reíamos a mandíbula batiente durante los dibujos animados o las historietas de Chaplin; y luego nos metíamos ya en situación y nos poníamos serios. Vale la pena remarcar que la primera tarde pusieron una trilogía de Frankenstein: *Frankenstein*, *La novia de Frankenstein* y *Abbot y Costello contra los fantasmas*. Nunca habíamos visto una película de Frankenstein, pero, como si fuera un arquetipo platónico, el conocimiento de lo que representaba (en la definitiva personificación de Boris Karloff) parecía haber arraigado en nosotros. Estábamos predispuestos a pasar miedo.

¿Qué preparación teníamos para enfrentarnos al miedo? Ninguna. Los lúgubres paisajes de la pantalla nos resultaban tan remotos como la visión que la lejana Centroeuropa y Hollywood nos daban de ellos, tan distintos eran de nuestra ciudad seudoparisina. Esas noches, el momento en que acecha el monstruo, de ululantes tormentas y postigos que golpean las ventanas, no nos decían nada (al menos si la memoria no me engaña), como si los vientos huracanados no formaran parte de las condiciones climatológicas de nuestra infancia. El terror que sentíamos al ver esas películas nos resultaba ajeno, como debería ser todo terror constructivo, y se nos aceleraba el pulso ante esa presencia que inspiraba temor y, en el sentido romántico del término, era sublime. Fue una pena que en inglés se eligiera la palabra «horror» en lugar de «terror» para definir el género que pretendía explorar la cara oculta de la imaginación. Existe una distinción clásica entre el terror y el horror que postula Ann Radcliffe, autora de *Los misterios de Udolpho* (1794). Radcliffe sostenía que el terror y el horror son de naturaleza distinta, porque el primero engrandece el alma y agudiza nuestras facultades, mientras que por el contrario el segundo las limita, las paraliza y, en cierto modo, las anula. «Ni en la poesía de Shakespeare o Milton, ni en las disquisiciones del señor Burke, se recurre al horror en estado puro como origen de lo sublime, sino que se admite que el terror es

una de las causas primordiales de lo sublime. ¿Dónde podríamos establecer la diferencia fundamental entre el terror y el horror si no es en que este último se presenta acompañado de una sensación de oscura incertidumbre respecto al mal que se teme?»[1]. Boris Karloff, el monstruo por antonomasia, decía: «El horror posee una connotación de aborrecimiento y repugnancia. Yo prefiero emplear el término "terror"»[2].

La palabra «monstruo» (que procede de *moneo*, «aconsejar, advertir» o de *monstro*, «mostrar») parece implicar que los monstruos llevan un letrero escrito con grandes letras que dice: «Guárdate de adentrarte en estas tierras». Puesto que la sociedad puede definirse a partir de lo que excluye, su definición debería incluir de manera implícita (o explícita) lo que es su reverso. La normalidad precisa de la anormalidad, los lazos comunes delimitan la noción de lo desconocido y la conducta correcta refleja como una imagen invertida lo que no es aceptable. La imagen tradicional de nuestro ser social queda cercada por los parias, los extraños y las criaturas esperpénticas. No es de extrañar que los monstruos hayan estado acechando tras las puertas de la ciudad desde los primeros vestigios que se tienen de la literatura. Un texto babilónico de 2800 a. C. divide a los monstruos en tres clases: los monstruos que lo son por exceso (los gigantes), los que lo son por defecto (como, por ejemplo, los enanos o las criaturas deformes) y los que lo son por partida doble (los gemelos siameses). Si bien la existencia de un monstruo de estas dos últimas categorías podía interpretarse como una buena o una mala señal en función de diversas circunstancias, un monstruo de la primera categoría siempre llevaba consigo la desgracia[3]. En el folclore europeo, desde el Polifemo de Ulises hasta el gigante de Grimm, el monstruo es una criatura que actúa por instinto y no reflexiona, un bruto al que fácilmente se engaña y cuyas proporciones no le otorgan las cualidades exquisitas de otras bestias de gran tamaño. El monstruo de Frankenstein es el paradigma de este exceso: no solo sus miembros son enormes y su cuerpo es el de un gigante, sino que él mismo es el resultado de haber magnificado los poderes creativos del ser humano, el producto de una imaginación que se expande más allá de sus fronteras y de los límites sociales y se adentra en los confines de lo que siempre ha estado y estará prohibido.

En un artículo titulado «The Body of Frankenstein’s Monster», Cecil Helman, basándose en el testimonio de diversos antropólogos e historiadores, hizo hincapié en la curiosa reciprocidad que existe entre las diversas imágenes de nuestro cuerpo personal y del cuerpo político. Para Helman, la sociedad que inventó a Frankenstein (tanto la Inglaterra de Shelley de principios del siglo XIX como la América o la Europa de Whale de los años treinta) «es una sociedad masculina en estado puro, violenta e inarticulada, que surge en un contexto dominado por el feudalismo y la vida agraria. En ella se entretejen diversos elementos antiguos, recogidos de distintas épocas pasadas, que se hilvanan en el mismo cuerpo político. La ciencia y la electricidad mueven sus resortes, pero su cerebro es el de un criminal»[4]. Es cierto, pero la riqueza metafórica de la imagen del monstruo es mucho mayor. Abarca una sociedad tecnócrata de implantes corporales y milagros genéticos, así como a sus precursores, las industrias satánicas y las leyes de Malthus, pero también refleja esa tierra de nadie que existe más allá de los límites de la sociedad, una tierra para la que carecemos de vocabulario y cuya geografía apenas reconocemos vagamente en sueños.

Quizá esto fue lo que de un modo somero sentimos a los diez años cuando íbamos al teatro a ver cine de adultos: que, más allá de los límites que nos imponían los padres y los profesores, al margen de transgredir las conductas aceptables y las normas de la vida diaria, había algo más, tácitamente prohibido y por lo tanto tentador, innombrable y, precisamente por eso, terrorífico, más natural y real que la vida misma.

II. LA CREACIÓN DE LA NOVIA

En 1912 Carl Laemmle senior, un alemán de origen judío que había emigrado a Estados Unidos en 1884, fundó Universal Film Manufacturing Company. Dos años después construyó la Universal City en un rancho de 230 acres situado en el valle de San Fernando. La Universal no tardó en ganarse la reputación de ser la mejor productora de películas de terror, género que inventó casi en solitario. En tan solo una década, la Universal produjo *El jorobado de Notre Dame* (1923) y *El fantasma de la ópera* (1925), ambas con el extraordinario Lon Chaney; *El gato y el canario* (1927), una inquietante y estremecedora película de miedo con Laura La Plante; *Drácula* (1931), con el tristemente famoso Bela Lugosi; *La momia* (1932), protagonizada por Karloff; *El hombre invisible* (1933), con Claude Rains; *El gato negro* (1934), también con Karloff y, cómo no, la saga de Frankenstein. Gran parte de estos clásicos se filmaron bajo la supervisión del sobrino de Laemmle, Carl Laemmle junior, que fue nombrado jefe de producción en 1929.

En 1935, a pesar de los éxitos de la década anterior, la Universal se vio en graves apuros económicos y Laemmle junior anunció que solo iba a producir siete películas ese año, y que empezaría por la que creía que iba a convertirse en un éxito seguro y apoteósico: *El retorno de Frankenstein*. Al principio, Laemmle junior quería que el alemán Kurt Neumann dirigiera la película, pero James Whale, quien por aquel entonces estaba dirigiendo *El hombre invisible* y había hecho ganar cuantiosas sumas a la Universal con *Frankenstein*, pidió que se le ofreciera a él el proyecto, y Laemmle accedió.

Whale había alcanzado gran notoriedad como director escénico en el West End de Londres, y posteriormente en Broadway, con una obra muy cruenta sobre la guerra de R. C. Sheriff, *Journey's End*. Howard Hughes le trajo a Hollywood para trabajar en las secuencias dialogadas de una película épica sobre la aviación en tiempos de guerra, *Los ángeles del infierno* (1930), que acababa de rodar para el cine mudo y deseaba convertir en una película sonora. Aunque aquella colaboración dejó mucho que desear (las escenas aéreas eran espectaculares, pero los diálogos resultaron atroces), Whale pasó a dirigir para la Universal una versión cinematográfica muy rebuscada de la obra de Sheriff y, a continuación, el gran éxito de *Frankenstein* de 1931.

A finales de 1935 los Laemmle se vieron obligados a vender su estudio y Whale, a las órdenes del nuevo equipo directivo, filmó *Magnolia* (1936), una película brillante y de elegante factura con Paul Robeson, Irene Dunne y Helen Morgan. Esta obra iba a ser el último éxito de Whale. La siguiente película, *De regreso* (1937), pensada como una secuela de *Sin novedad en el frente*, trataba de unos soldados alemanes que regresaban a su país desesperados y habiendo perdido ya toda ilusión. Los censores se ensañaron con ella, deseosos de no ofender al gobierno de Hitler, y Whale se marchó a MGM y luego a Columbia, donde tuvo que aceptar guiones toscos y aburridos. En 1956 empezó a tener problemas de salud y, por culpa de un diagnóstico equivocado, se sometió a un innecesario tratamiento de electroshocks que le dejó incapacitado. A partir de entonces fue incapaz de leer o pintar (el director de cine también había sido un artista plástico consumado). Ni siquiera podía conducir. El miércoles 29 de mayo de 1957 Whale escribió una nota dirigida «A todos mis seres queridos», caminó hasta el extremo menos profundo de su piscina y se tiró de cabeza al agua. A pesar de los rumores que apuntaban a un posible asesinato, la autopsia confirmó que Whale había muerto ahogado a causa de un accidente[5].

Whale era un hombre que defendía su intimidad. En Hollywood, a pesar de llevar una vida abiertamente gay con su amante, el actor David Lewis, solo concedía entrevistas en muy raras ocasiones y nunca aparecía ante las cámaras. En público se comportaba con afectación y esnobismo. Elsa Lanchester lo encontraba «cáustico» y «desagradable». Por otro lado, Whale siempre se mostraba despectivo con Karloff y declinaba hablar de él diciendo: «¡Bah, tan solo era un camionero…!»[6]. Es probable que esta actitud desdeñosa surgiera de su peculiar sentido del humor. Whale sirvió en su juventud en el ejército británico en Somme, Arras e Yprès, y cuando se reincorporó a la vida civil sentía un fuerte rechazo por cualquier clase de autoridad y había adquirido una aguda noción de lo absurdo, lo extravagante y lo camp. En 1954 Christopher Isherwood fue el primero en destacar la sensibilidad camp que posteriormente Susan Sontag definiría como «amor por lo antinatural: el artificio y la exageración»[7], frase que describe a la perfección las mejores obras de Whale. Según su biógrafo, James Curtis, la producción de Whale puede dividirse entre «trabajos» y

«proyectos». Los trabajos eran las películas alimenticias, que aceptaba para cumplir con sus obligaciones contractuales. Sus proyectos, en cambio, eran las películas que él elegía hacer; fueron principalmente las obras que dirigió durante sus años en la Universal y por las cuales sería recordado.

A pesar de que se daba por sentado que *Frankenstein* contaría con una segunda parte, *La novia de Frankenstein* nunca fue una secuela para Whale en el sentido genuino de la palabra. Es cierto que retoma la historia en el punto en que *Frankenstein* la dejó, pero es una obra completamente distinta, tanto en intención como en estilo. La primera es trágica; *La novia de Frankenstein* es de una comicidad patética y grotesca. La historia de Frankenstein se sitúa en una geografía real (o pretendidamente real). La historia de la novia, en cambio, relata de un modo explícito la historia de Mary Shelley. Es una fantasía o una pesadilla, una versión prohibida de la personalidad de la autora, que se casa con la criatura que ha creado.

Whale escogió a los actores de la segunda película mucho antes de que el guión estuviera terminado. Los personajes principales eran británicos (hecho que el departamento de publicidad explotó con abundantes fotografías del elenco tomando el té). La presencia de Karloff en el papel de monstruo fue indiscutible. Colin Clive (a quien Whale había contratado en 1929 para que encarnara el papel principal en la producción teatral de *Journey's End*, cuando Clive era prácticamente un desconocido, y que había personificado al primer doctor Frankenstein) volvería a ser en el cine el creador del monstruo. Valerie Hobson, bajo contrato de la filial de la Universal en Inglaterra, haría el papel de la otra novia, la del doctor Frankenstein. La novia protagonista sería llevada a la pantalla por Elsa Lanchester, que también encarnaría a Mary Shelley. No obstante, para resaltar el trasfondo de humor negro que se buscaba, Whale recurrió a dos actores en especial: Una O'Connor y Ernest Thesiger.

Una O'Connor (cuyo verdadero nombre era Agnes Teresa McGlade) era una actriz irlandesa que se había abierto camino en Hollywood a finales de los años veinte. Había interpretado a una inolvidable señora Gummidge en la película de Cukor *David Copperfield*, y también a la irritante señora Hall en *El hombre invisible*, de Whale, donde su figura inquietante y pajaril oscilaba entre el horror y el *slapstick*.

Whale había conocido a Ernest Thesiger en Inglaterra con motivo de una producción navideña que se hizo en Manchester de *Las alegres casadas de Windsor*. El novelista canadiense Timothy Findley, que conoció a Thesiger en la época en que él mismo se dedicaba al teatro, escribió: «Su aspecto causaba el mismo efecto que un pie musical. A menudo, lo que ocurría era algo funesto. Por ejemplo, cuando se trataba de una "película de época", en el momento en que Ernest aparecía sabías que el héroe caería en una trampa diabólica. En cambio, si la escena estaba ambientada en la actualidad, la presencia de Ernest Thesiger implicaba una serie de enredos cómicos. Cuando vestía ropa moderna, perdía su apariencia siniestra… y no sé realmente por qué, solo sé que era algo que tenía que ver con su aspecto físico. Los ropajes y los volantes le permitían ocultarse tras la indumentaria; un traje sastre ni siquiera le bastaba para empezar a esconderse. Oculto lograba parecer inquietante, pero cuando se mostraba provocaba estruendosas carcajadas. Ernest Thesiger fue un provocador, tanto en su vida privada como en la profesional»[8]. Cuando le preguntaban qué era lo que le había impresionado más de la Primera Guerra Mundial (donde fue herido de gravedad), su respuesta era la siguiente: «El ruido, querida. ¡Y la gente…!».

El guión era lo que entrañaba más problemas. Con anterioridad a Whale, el monstruo de Mary Shelley había aparecido tres veces en la gran pantalla. La primera había sido en 1910, en *Frankenstein*, una producción de Edison dirigida por J. Searle Dowley y protagonizada por Charles Ogle; cinco años después resurgiría en *Life Without Soul*, producida por Ocean Studios y dirigida por Joseph W. Smiley, con Percy Darrell Standing en el papel del monstruo. La tercera encarnación se llevó a cabo en Italia y fue interpretada por Umberto Guarracino en *Il Mostro di Frankenstein*, producción de Albertini dirigida por Eugenio Testa. Ninguna de esas películas era notable, y Whale creyó, con gran acierto, que con su versión había logrado algo excepcional: plasmar un momento genuino de terror. Sabía también que no sería capaz de volver a crear aquello que un público entusiasta había tardado tres años en transformar en una previsible película de suspense.

Los primeros enfoques eran infumables. El guionista L.G. Blechman había cambiado el nombre del doctor Frankenstein y de Elizabeth por el de Heinrich, y los había convertido en unos titiriteros que escapaban con un circo ambulante. El monstruo, que no muere en el incendio final de *Frankenstein*, les da alcance y les exige que creen una novia para él. El doctor se apresura a dar forma a la compañera del monstruo dentro de una caravana conectada a un cable de alta tensión. La nueva criatura no sobrevive y el monstruo muere atacado por un león del circo. El tratamiento que le dio el novelista Philip MacDonald es incluso más ridículo: propuso una historia, ambientada en la actualidad, en la que el doctor Frankenstein intenta vender una máquina de rayos mortales a la Liga de Naciones, aparato que hace revivir al monstruo y al final lo destruye.

William Hurlbut, dramaturgo de Broadway, y John L. Balderston (que había adaptado *Frankenstein* para el teatro en 1931) colaboraron en el primer guión completo de *La novia de Frankenstein*. La adaptación teatral de Balderston, basada en la novela original, incluía el intento de creación de una compañera para el monstruo. Su guión (parece ser que Hurlbut apenas participó en su elaboración) exigía la presencia de un monstruo femenino creado a partir de miembros humanos recogidos tras un accidente ferroviario, a los que el ingenioso Frankenstein ensamblaba la cabeza de «una giganta de circo hidrocéfala que se había suicidado en un arrebato, víctima de un desengaño amoroso»[9].

Al final, lo único que quedó del guión de Balderston fue el prólogo en el que aparecían Byron, Shelley y Mary Shelley. El mismo Hurlbut, que había sido apartado del guión, fue quien reescribió toda la historia consultando cada uno de los detalles con Whale (incluyendo unas escenas que estaban basadas en un anterior tratamiento del guionista Tom Reed). El rodaje de la película duró cuarenta y seis días y se excedió en más de cien mil dólares del presupuesto, cuyo coste final aproximado fue de cuatrocientos mil dólares.

Según Ted Kent, editor de la película (a quien Whale había contratado para trabajar en la comedia *A la luz del candelabro* unos meses antes de realizar *La novia de Frankenstein*), Whale «nunca entraba en la sala de montaje sino que solíamos hacer un pase nocturno una vez a la semana y lo

comentábamos. Las escenas empezaban con una gran simplicidad (no le gustaban las cosas embrolladas) y luego las íbamos construyendo a medida que avanzábamos. Decía cosas como: "Esas dos tomas duran demasiado. Creo que será mejor que intercalemos unos primeros planos", y la cosa se iba complicando. Cuando terminábamos una escena, quedaban muy pocos metros de película en la lata. Whale solía utilizar cada ángulo que había filmado. Presumía de que empleaba todo el metraje; no desperdiciaba nada»[10]. A Whale le gustaba que su guión fuera sencillo y la mayor parte de la edición la realizaba sobre el papel, indicando claramente dónde iban los primeros planos en el mismo diálogo.

Fueran cuales fuesen las intenciones de Whale, el guión tenía que pasar por las amenazadoras manos de los censores. *Frankenstein* no había sufrido el tijeretazo de la censura cuando se editó en 1931. Aunque fueron varios los estados que sí cortaron escenas sin consultar con la Universal, los censores federales no exigieron recorte alguno, ni siquiera la famosa escena en que la niña perece ahogada, hasta el reestreno de la película en 1937. *La novia de Frankenstein* no compartiría el mismo destino. En 1934, el poder que ostentaban varias organizaciones de base doctrinal eclesiástica, encabezadas por la Liga Católica para la Decencia, obligó a la MPPDA (Asociación de Distribuidores y Productores de Cine) a instaurar una Administración del Código de Producción dirigida por el periodista católico militante Joseph Breen. Este puso objeciones de inmediato a la blasfemia que vio implícita en el humor negro que destilaba la película: «En el guión se hacen varias referencias a Frankenstein […] en las que se le compara con Dios, y se compara asimismo la creación del monstruo con la creación divina del hombre. Cualquier alusión al tema deberá eliminarse»[11].

Entre el material censurado había una escena en la que el monstruo observaba a una pareja hablando de amor, que había sido cortada «para evitar la deducción lógica de que el monstruo está contemplando una escena de amor entre dos personas», y aparecía varias veces la palabra «hembra», que Breen encontró ofensiva. Unos meses después, Whale envió a Breen un guión con los cambios solicitados, pero este no quedó satisfecho y le envió una nueva lista de «sugerencias» que debían ser eliminadas. Whale se avino. No solo siguió las nuevas recomendaciones de Breen, sino que

incluso declaró que el periodista había olvidado algunas de sus primeras objeciones. El 10 de diciembre de 1934, Whale escribió la siguiente carta a la administración:

> Distinguido señor Breen:
>
> A continuación le expongo los cambios propuestos según su carta del 5 de diciembre y también del 7 del mismo mes. Dado que mi carta anterior es más extensa, creo que será preferible enviarle la que escribí después de nuestra reunión, puesto que en su carta del 5 de diciembre hay varios puntos sobre Dios, las entrañas, la inmortalidad y las sirenas que usted no ha vuelto a mencionar, y deseo que este guión cuente con su aprobación total antes de empezar a rodar.
>
> Reciba mis más atentos saludos,
>
> *James Whale*[12]

Con independencia de cualesquiera cambios que se hubieran hecho, Dios, las entrañas, la inmortalidad y las sirenas pervivieron en la versión censurada y definitiva de *La novia de Frankenstein*, que, hemos de suponer, contó con la aprobación del señor Breen.

En realidad, Estados Unidos no fue el único país que había planteado objeciones a la película. Trinidad se negó a proyectarla sencillamente «porque es una película de terror», actitud que también adoptaron Palestina y Hungría. China, Singapur y Japón efectuaron recortes considerables, y Suecia suprimió tantas escenas que al final la película parecía un corto.

Después de sortear todo tipo de obstáculos, es extraordinario comprobar hasta qué punto Whale pudo ser fiel a su idea original. En lo fundamental, a pesar de los injertos y los recortes, *La novia de Frankenstein* es lo más parecido que cabría esperar de la idea original de Whale: una película terrorífica, subversiva, cómica en su irreverencia y, sin embargo, dotada de una dignidad y un pathos poco frecuentes.

III. MARY CUENTA UNA HISTORIA

A pesar de que el departamento de publicidad de la Universal la promocionó como *La novia de Frankenstein* en carteles, notas de prensa y anuncios luminosos en los cines, el artículo del título no aparece al principio de la película. A continuación, destacando sobre la siniestra música de Franz Waxman[13] y de unas vaporosas volutas de humo, leemos lo siguiente: «Inspirada en la historia original que escribió Mary Wollstoncraft Shelley en 1816». Una vez que Hollywood ha depositado su confianza en el referente clásico para cubrirse decorosamente las espaldas, aparece el año de la acción que nos introduce en la época.

Una furiosa tormenta («extraños aullidos, retumbar de truenos y sonido de violines», dice el guión) se cierne sobre el lago Ginebra. En lo alto de un acantilado, una casa y, en la ventana, un joven con atuendo romántico que contempla la oscuridad. Es un ambiente aristocrático, descrito en un estilo que resume de manera ecléctica los clichés de los ricos (lo que el guión califica de «lujo con sensibilidad»): grandes espejos dorados, un ostentoso mobiliario y una chimenea enorme. Una doncella de uniforme atraviesa la estancia precedida por tres perros afganos atados de una correa.

En la habitación hay tres personas: dos hombres (el de la ventana y otro escribiendo) y una joven que está bordando. Graham Greene dijo en una ocasión que detestaba esas películas históricas en que uno de los personajes, hablando para el público, conversa con otro y señala a un tercero: «¿Ve a ese de allí? El mundo oirá hablar de él en el futuro. ¡Haga caso de mis palabras! ¡Se llama Wolfgang Amadeus Mozart!». Whale evita estas torpes introducciones y da a conocer los nombres de los tres personajes en los dos primeros minutos de diálogo, intervenciones que fueron censuradas en ciertas frases. (Breen había exigido que se anulara la mayor parte del diálogo «en que los tres personajes presumen de ser infieles, inmorales y adúlteros»). Fumando un puro recortado y marcando las erres, el hombre de la ventana se pregunta si «un airado Jehová» apunta con sus flechas

directamente a la erguida cabeza del mayor pecador de Inglaterra, «George Gordon, lord Byron», o bien están destinadas al más insigne poeta inglés, «nuestro querido Shelley». «¿Y qué me dices de mi Mary?», pregunta el visionario Shelley. «Es un ángel», responde Byron. Mary, con un vestido bordado con lentejuelas iridiscentes y una cola de más de dos metros de largo (un vestido que confeccionaron diecisiete mexicanas durante doce semanas de trabajo), levanta los ojos y abandona su femenina tarea. Siguiendo las exigencias del censor, se cortó una toma «en la que los pechos del personaje de la señora Shelley» se «muestran y acentúan»[14] en virtud del fabuloso traje. Es cierto que Mary Shelley tiene un aspecto angelical.

Este ángel, sin embargo, ha ideado a Frankenstein, «un monstruo creado con cadáveres de tumbas saqueadas», explica Byron, haciendo suya la metonimia habitual que confunde al creador con su creación y dando al monstruo el nombre de su padre. (Más adelante, en el clímax de la película, el doctor Pretorius cometerá el mismo error y llamará a la criatura femenina «la novia de Frankenstein», cuando de hecho es la novia del monstruo. A menos, claro está, que Pretorius hubiera querido decir «la novia creada por Frankenstein»…).

Byron se encarga de recapitular. Quien más, quien menos, los que formamos parte del público que fue a ver *La novia de Frankenstein* ya habíamos visto *Frankenstein*. Conocíamos la historia y reconocimos al monstruo. Acudimos al cine como el público de la antigua Grecia, a presenciar un nuevo episodio de una trama que conocíamos muy bien. Asistimos a una parte del ritual en que solo el tono y los pormenores de ese capítulo en concreto, el sesgo de lo que se contaba, iban a ser una novedad para nosotros. La rememoración de Byron nos sirve para comprender que estamos en terreno conocido, viviendo una pesadilla común que creíamos que ya había terminado. «Pero así no termina la historia», dice Mary. Y entonces empieza la película propiamente dicha.

Cuando *Frankenstein* se estrenó en 1931, la junta de censores de Quebec (una de las más influyentes de Norteamérica) puso objeciones al matiz faustiano de la película. T. B. Fithian, de la Universal, hizo un pase previo de la cinta para un par de sacerdotes católicos de Los Ángeles y, a fin

de calmar sus temores, sugirió que la acción podría desarrollarse en un marco narrativo que atajara cualquier indicio de blasfemia «por la intermediación de un prólogo adecuado o de una introducción que indicara que la película era un sueño. Quizá podríamos iniciarla basándonos en el libro y hacer que se oyeran las voces en off de Shelley, Byron y la señora Shelley hablando sobre un cuento fantástico para pasar luego a la película». La junta finalmente transigió, y *Frankenstein* se proyectó como Whale la había concebido. Ahora bien, este no olvidó la sugerencia de Fithian y, unos años después, recurrió a ella para contar la historia de la novia del monstruo. *Frankenstein* no contaba con un contexto narrativo que situara la historia: los créditos iniciales aparecen sobre un rostro desdibujado y maligno cuyos ojos no paran de moverse y, a partir de ahí, se desencadena la secuencia de sucesos de pesadilla. La segunda película, en cambio, se presenta de un modo explícito como una ficción, como una historia que se cuenta en la voz de Mary Shelley.

Los recuerdos de Byron nos hacen retroceder hasta el final de la primera película de *Frankenstein* y ante nosotros aparecen las ruinas de un molino incendiado. La cámara se recrea haciendo un *travelling* de los curiosos que allí se han congregado mientras la sirvienta Minnie (Una O'Connor), con un traje de inspiración centroeuropea, lanza su primer grito desgarrado. El burgomaestre (E. E. Clive) ordena con gran pompa a la gente que se vaya a casa. El monstruo ha desaparecido en el incendio; Henry Frankenstein yace aparentemente sin vida entre los escombros, y los lugareños se dirigen a entregar su cuerpo a la que fue su prometida.

Los padres de Maria (la niña a quien el monstruo ahogó sin ser consciente de lo que hacía) se quedan entre las ruinas que todavía se consumen esperando hallar alguna prueba que les demuestre que el asesino de su hija está muerto. «Si veo sus huesos ennegrecidos, podré conciliar el sueño esta noche», dice el hombre a su esposa. En ese momento, el suelo se hunde bajo sus pies y cae en la represa del molino. Su esposa se desmaya.

La música de Waxman aumenta de intensidad y anuncia la aparición del monstruo. La cámara, que realiza un meticuloso *travelling* sobre las aguas tempestuosas, enfoca la cara del monstruo, que aparece tras unos maderos que han caído al agua. Su rostro, como el de Garbo, es uno de los iconos de

nuestro tiempo. El semblante de Garbo, con sus perturbadores rasgos clásicos, es el rostro de la Beatriz de Dante, el «radiante semblante depositario de nuestros más enternecedores anhelos», el reflejo de esa parte de nosotros mismos que asociamos a la belleza espiritual y a la sabiduría trascendental. («No pienses en nada», dicen que fueron las palabras que Rouben Mamoulian dirigió a Garbo cuando ella le pidió consejo para que la orientara en la inolvidable toma final de *La reina Cristina de Suecia*. Esa vacuidad fue ideada para que nos perdiéramos en ella). La cara del monstruo es su opuesto, su sombra, la cara de nuestro yo infrahumano que adopta los rasgos que tememos que un día emerjan en la distraída contemplación de un espejo: el rostro del retrato de Dorian Gray, el rostro del malvado Mr. Hyde. Si el semblante de Garbo es divinamente vacuo, el rostro del monstruo es demoníacamente pleno y pugna por extraer de sus visibles costurones todo aquello que deseamos ocultar. No es «malvado» (del mismo modo que la cara de Garbo no es «bondadosa»), sino execrable (así como la de Garbo es inmaculada). Es un rostro que, más que el de cualquier otro monstruo humanoide, fue soñado por alguien que sabía los rasgos que debería tener pero que no consiguió recrearlo, una cara equívoca, un rostro tan colosal que hace que nos asalte el temor de que si nos cruzáramos en su camino «ese rostro —en palabras de Chesterton— sería demasiado imponente para ser verdad». Es una cara fallida, una mala versión de la descripción del rostro creado «a Su propia imagen» que da la Biblia.

Según la versión más célebre, Whale eligió a Karloff, a quien había visto en la película de gángsters *Graft* (1941), un día en que el actor estaba almorzando en la cafetería de la Universal**[15]**. (Otra versión de los hechos sostiene que David Lewis propuso a Karloff para el papel. Según Lewis, la respuesta de Whale fue: «¿Boris qué?»). Karloff, nacido en Inglaterra, llegó a Hollywood vía Canadá, y obtuvo el reconocimiento como actor gracias al papel de asesino convicto que había interpretado en *The Criminal Code* (1931), producida por los estudios Columbia. Al verlo allí, Whale pensó que el rostro de Karloff al natural presentaba unos rasgos faciales de una terrorífica perfección que servirían para recrear al monstruo. Gracias a sus dotes de artista, Whale hizo unos esbozos de la cabeza de Karloff y le

añadió «unos perfiles afilados y huesudos donde imaginé que le debían de haber colocado el cráneo»[16]. Según Karloff, «nos imaginamos que, dentro de ese pobre cráneo, se había probado a introducir un cerebro tras otro, metiendo uno y sacándolo de nuevo. Por eso levantamos tanto la frente, para dar la sensación de que aquello era el producto de una cirugía demoníaca. Luego vimos que los ojos eran demasiado expresivos, demasiado inteligentes, cuando lo esencial era lograr unos ojos que reflejaran una perplejidad estúpida. Por eso decidí ponerme cera en los párpados, para conseguir una mirada más pesada y como entornada».

Siguiendo la pauta de los dibujos de Whale (aunque él nunca se atribuyó la inspiración), el artista del maquillaje Jack P. Pierce fue el último responsable del aspecto final del monstruo. Pierce se había ganado la reputación de genio lleno de inventiva tras haber creado la horrible máscara de Conrad Veidt en *El hombre que ríe* (1929). Otros maquilladores de la Universal habían realizado diversos dibujos preliminares de monstruos que parecían alienígenas, dementes o robots. Whale y Pierce coincidieron en que el monstruo debía ofrecer un aspecto de humanidad lastimera. «Lo creé siguiendo las indicaciones de los tratados médicos de cómo debía ser —dijo Pierce en 1939—.[17] No recurrí a la imaginación. En 1931, antes de dedicarme en concreto a su diseño, pasé tres meses estudiando anatomía, cirugía, medicina, historia criminal, criminología, costumbres funerarias antiguas y modernas y electrodinámica. Mis estudios anatómicos me enseñaron que hay seis maneras en que un cirujano puede trepanar un cráneo para extraer o colocar un cerebro. Deduje que Frankenstein, que era un científico pero no un cirujano con experiencia, adoptaría la técnica quirúrgica más sencilla. Habría cortado la cabeza por la parte de la coronilla como si fuera la tapa de una lata, la habría abierto, habría introducido en ella el cerebro y, finalmente, la habría cerrado con fuertes sujeciones. Esa fue la razón de que decidiera hacer la cabeza del monstruo plana y cuadrada como una caja de zapatos y marcarle una enorme cicatriz a lo largo de la frente con esas sujeciones metálicas que la mantenían cerrada». La idea de una coronilla en forma de tapa no debe atribuirse a Pierce. En el guión ya aparece escrita la expresión «como la tapa de una caja». En cuanto a los dos sorprendentes bornes de metal que le sobresalían del cuello tampoco fueron

idea de Pierce: los diseñó el ilustrador de carteles de la Universal Karoly Grosz en el esbozo que hizo en 1931 de un monstruo de aspecto robótico. Pierce se atribuyó el invento; luego contó que su intención había sido crear esos bornes para que actuaran de «tomas de entrada para la electricidad, unos enchufes como los que usamos en las lámparas o las planchas de hierro. No debemos olvidar que el monstruo es un instrumento eléctrico. La fuerza del relámpago es la energía que le da la vida». Para terminar, Pierce recubrió el rostro de Karloff con un maquillaje teatral verdiazul que se veía gris ante las cámaras. La sesión de maquillaje duraba seis horas diarias[18].

El monstruo ahoga al viejo. No es una muerte accidental: es un asesinato deliberado que se alimenta de ansias vengativas. Al principio el monstruo no es una víctima, sino una criatura con sed de venganza que arremete contra todo aquel que lo acosa, instigado por la violencia y devolviendo con creces el horror que sufre. Encarna el sino del ser marginado y refleja la imagen que la sociedad proyecta en él.

A continuación, el monstruo ahoga a la mujer tirándola al pozo. El búho, criatura de las brujas y de la noche, lo mira todo. (El búho reemplazó a la rata cuando los censores exigieron el cambio «porque hace tiempo ya que se demostró que su imagen es ofensiva»; la sustitución proporcionaba a la escena un toque menos repulsivo, más sutil y tenebroso).

Whale dijo que deseaba que su película fuera «desternillante». Cuando el monstruo ha perpetrado su primer doble crimen, se encuentra con Minnie. La pareja de ancianos había proferido unos gritos terribles, de una gran intensidad dramática; los de Minnie, en cambio, son demasiado agudos para causar pavor; son un artificio, una exageración. Una O'Connor hizo de este chillido estridente y penetrante su rasgo más característico, un toque camp *avant la lettre*. El grito cómico de Minnie tiene un efecto similar al que resulta en *Macbeth* cuando llaman a las puertas. Según Thomas de Quincey, que comentó la escena del portero en un ensayo muy conocido, la nota grotesca que lo trastoca todo y exagera la nota dramática hasta convertirla en algo gracioso que nos retrotrae «al ámbito de lo que es humano», provoca que durante unos instantes nos apiademos del asesino y sintamos «una compasión que nace del entendimiento, una clemencia que nos permite adentrarnos tanto en sus sentimientos que nos vemos obligados

a comprenderlos»[19]. El grito de Minnie nos permite desplazarnos, abandonar el punto de vista de las víctimas y adoptar la perspectiva del monstruo.

El cuerpo de Henry Frankenstein es llevado en una gris y melancólica procesión hasta las puertas del castillo para ser entregado a su novia. Elizabeth (Valerie Hobson) sale corriendo a su encuentro y quiere saber qué le ha sucedido a su prometido. «¿Cómo podríamos explicárselo, señora?», dice uno de los lugareños mientras un primer plano nos muestra a una aldeana (interpretada por la hermana de David Lewis, a quien Whale intentó ayudar en los difíciles tiempos de la Depresión) que intenta contener las lágrimas. Una vez más, la comedia grotesca viene a trastocar el sesgo dramático: Minnie llega corriendo y anuncia a gritos la terrible noticia de que el monstruo sigue vivo. Pero nadie presta atención a lo que parece ser un nuevo ataque de histeria de la muchacha. «Nadie me cree —dice ella indignada—. Muy bien, yo me lavo las manos. ¡Que mueran asesinados en sus camas!». Minnie es una Casandra cómica.

En el interior del inmenso vestíbulo del castillo, el cuerpo de Henry yace sin vida sobre una mesa. La escena nos recuerda el momento en que nace el monstruo en *Frankenstein*, solo que en esta ocasión el creador usurpa el lugar a su criatura. Este tema fundamental (la identificación del creador con su creación) es recurrente en toda la película por expreso deseo de Whale: Mary Shelley y la novia son interpretadas por la misma actriz; el monstruo exige una compañera cuando el doctor Frankenstein se casa con Elizabeth; y, por último, el monstruo ocupa el lugar de Frankenstein cuando secuestra a la mujer de su creador.

El paralelismo se acentúa cuando Minnie vuelve a gritar al ver que la mano del doctor se mueve. «¡Está vivo!», chilla. La frase había sido el eslogan publicitario de la película anterior, *Frankenstein*. El doctor la pronunciaba exultante de júbilo ante la creación de su monstruo, y apareció pegada en las vallas publicitarias de todos los países interesados por el cine. La misma frase volverá a salir en el segundo acto de creación, cuando la novia cobra vida, pero si aquí resalta el tono artificioso de Minnie, en boca del doctor se convertirá en algo morboso e incluso lascivo. Las tres veces que un muerto recobra la vida (el monstruo en *Frankenstein*, el doctor en

esta escena y la novia en el clímax de la película), la mano derecha, que desde siempre se ha vinculado con el corazón, es la que se estremece primero al acusar la fuerza vital.

Elizabeth cuida de Henry en una habitación iluminada por la luz que se filtra a través de unas ventanas de celosía, luces entrecruzadas que, en la teatral fotografía de John Mescall, destruyen la ilusión de serenidad que requiere toda convalecencia. Henry delira e intenta apartar de su mente los espantosos sucesos del pasado, pero no tarda en olvidar su arrepentimiento y recobrar su ambición: «¡El poder de crear a un hombre!», exclama con los ojos desorbitados y presa de una enfebrecida agitación. Elizabeth, aterrorizada, le responde con cautela: «Eso no está en nuestro poder. Es el diablo quien te empuja a decir eso». Henry se niega a reconocer la maldad de sus actos y su pesadilla pasa a convertirse en la de Elizabeth. De repente, en esa misma habitación, la muchacha ve la presencia amenazadora de «una figura como la muerte». A pesar de que Henry le dice que allí no hay nadie, ella se desmaya.

De todos los personajes que aparecen en *La novia de Frankenstein*, Colin Clive, en su papel de doctor Frankenstein, es el más envarado porque en toda la película emplea un solo registro expresivo, creyendo por lo visto que le serviría para representar todas las emociones, desde el entusiasmo hasta el terror extremo (con el agravante de que durante el rodaje sufrió una caída que le causó una rotura de los ligamentos de la rodilla y le obligó a interpretar varias escenas sentado o apoyado en muletas para rodar los primeros planos). Por suerte, en la saga de Whale el doctor Frankenstein es meramente un personaje secundario que desencadena la acción; y lo curiosamente paradójico es que, mientras la actuación de Clive resulta acartonada, Karloff, rígido por el vestuario y el maquillaje, consigue la que podría decirse que es la mejor y más compleja interpretación de su carrera. La historia trasciende al personaje que aparece en el título: pertenece al monstruo resucitado, a su breve pero inolvidable novia y al malvado doctor Pretorius.

IV. EL DOCTOR Y EL DIABLO

La puerta principal se abre de golpe. Thesiger, encarnando al doctor Pretorius, hace una entrada formidable que refleja esa «figura como la muerte» que aparece en la alucinación de Elizabeth. En la siguiente toma, su rostro angular domina la pantalla con maligna y amenazante expresión. Minnie repite sin cesar su nombre, como si no lo hubiera oído bien o como si no fuera capaz de retenerlo en la memoria. «Ese nombre no existe», se dice a sí misma. El nombre de Pretorius se pronuncia siete veces en cuestión de segundos. Existe una tradición que procede de la Baja Edad Media según la cual, para lograr que el diablo perviva entre los humanos, debe repetirse su nombre al menos tres veces (como en el *Fausto* de Goethe); esta triple llamada se convierte en una invocación («Hablando del diablo, seguro que aparece»)**[20]**. El nombre de Dios no puede o no debe ser pronunciado; el nombre del diablo, en cambio, ha de pronunciarse en voz alta tanto si se desea atraerlo como para ordenarle que se vaya. El malvado Pretorius se introduce en el mundo de los pecadores cuando se cita su nombre, y es en este mundo donde decidirá quedarse.

Para Mary Shelley, el subtexto de su *Frankenstein* era Milton. El epígrafe de la novela procede de *El paraíso perdido* («¿Acaso te pedí, hacedor mío, que de mi barro / moldearas a un hombre? ¿Solicité de ti / que de la oscuridad me ascendieras?»). El relato que da el monstruo de su propia creación es una paráfrasis de la descripción que Milton hace de Adán cuando este se despierta en el Edén. El monstruo sigue el ejemplo de Satán en el poema («El diablo se convirtió así en mi bien»). Entre los libros que el monstruo lee en la casita situada en las inmediaciones de Ginebra se encuentra una traducción de *El paraíso perdido* (los habitantes, por supuesto, son francosuizos). Para Whale, la historia de la película se sustenta sobre la leyenda de Fausto del siglo XVI que Marlowe y Goethe contribuyeron a divulgar. La ambición de Henry Frankenstein y su búsqueda del conocimiento prohibido nos recuerdan al doctor Fausto;

Pretorius, en la inquietante personificación que hace Thesiger, es un Mefistófeles decimonónico.

Pretorius chantajea a Henry diciéndole que es responsable de los crímenes que ha perpetrado el monstruo, e insiste en que deben trabajar juntos, «no como un maestro y su discípulo, sino como dos científicos que colaboran en el mismo proyecto» (en el *Fausto* de Goethe, Mefistófeles también accede a colaborar con el doctor: «Aquí quiero ligarme a tu servicio, no descansar a tu orden y señal; y cuando allí volvamos a encontrarnos, lo mismo deberás hacer conmigo»[21], Goethe brinda a su Mefistófeles la misma causticidad irónica que Thesiger otorga a Pretorius). En ese momento, Pretorius revela que él también ha creado la vida y quiere que Henry vaya a ver sus experimentos «a su humilde morada». Henry se siente tentado. «¿Está muy lejos?», pregunta. «No, pero necesitaréis un abrigo», añade Pretorius con dudosa solicitud.

En su laboratorio (cuyos peldaños se inspiran en los que aparecen en *El gabinete del doctor Caligari*, por aquel entonces película emblemática que trataba de la fina línea que separa la ciencia de la locura), Pretorius propone brindar con ginebra, «mi única debilidad», dice, como después afirmará también de los cigarros que ofrecerá el monstruo. «Brindemos por un mundo nuevo de dioses y monstruos». Henry, azorado, rechaza la copa.

Pretorius saca una caja en forma de ataúd. En su interior hay seis frascos de cristal y cada uno de ellos contiene una figura diminuta que Pretorius lleva cuidando «desde que era una simiente». Las figuras son: una reina; un rey con aspecto de Enrique VIII[22] (que está locamente enamorado de la reina); un arzobispo ceñudo; un diablo que se parece a Pretorius («¿Estaré adulándome a mí mismo?», se pregunta); una bailarina que solo baila la «Canción de primavera» de Mendelssohn; y una lánguida sirena. (En el montaje definitivo se eliminó una séptima figura, un bebé encarnado por Billy Barty, un actor enano, que, según el guión, pretendía recordar a un Boris Karloff en miniatura). Pretorius asignó a cada figura un papel determinado en función de sus características congénitas. Por ejemplo, a causa de su belleza, la primera figura fue una reina; y la mirada desaprobatoria de la tercera la convirtió en un arzobispo[23].

Resulta extraordinario que, aun aceptando los cortes de los censores, Whale fuera capaz de conservar intacto el personaje del mefistofélico Pretorius. Parece ser que en la MPPDA se les escapó el *double entendre* de la palabra «simiente» y la naturaleza demoníaca de Pretorius. El personaje observa el demonio del frasco que ha adoptado su forma y comenta lo divertido que sería si todos fuéramos diablos, «y nos dejáramos de absurdos como los ángeles y la bondad». Tal y como correspondería a Mefistófeles, Pretorius tienta a Henry con las Escrituras. «Dios creó al hombre y a la mujer», recuerda a su discípulo, y le propone poblar la Tierra con una raza creada por el hombre. Henry está horrorizado, pero Pretorius se muestra implacable. Le recuerda que él solo ya ha creado a un hombre y que, juntos, ahora podrán crear a su compañera. «¿Quiere decir que…?», Henry exclama con un grito ahogado. «Sí. Una mujer —concluye Pretorius—. Eso sería muy interesante».

En la novela de Mary Shelley, en cambio, es el propio monstruo quien realiza esta petición a su creador.

«Estoy solo y me siento desgraciado. Los hombres no quieren saber nada de mí. Sin embargo, alguien tan deforme y horrible como yo no me negaría. Esa criatura debe ser de mi misma especie y tener los mismos defectos que yo. Ese es el ser que debes crear».

En la versión de Whale es la ambición de Pretorius, en lugar de las exigencias del monstruo, lo que alienta la creación de la novia. El nuevo mundo no surgirá de la necesidad de amor sino del ansia de poder. Pretorius terminará por convencer al monstruo de esa «necesidad», aunque la auténtica razón es que Pretorius, como un dios en la sombra, quiere poblar la Tierra con una especie de su propia factura.

V. ¡EL MONSTRUO HABLA!

En franco contraste con la horripilante morada de Pretorius, seguimos al monstruo hacia un paraje bucólico. Whale es soberbio en esta clase de contraposiciones. Los humanos «normales» situados en aquel laboratorio antinatural son la antítesis del monstruo «anormal» ubicado en la pródiga naturaleza. Sin forzar el tema, Whale nos señala una contradicción que de nuevo nos permite apiadarnos del «desviado», del monstruo. Igual que un pobre animal, el monstruo se pone a comer algo que parece una zanahoria (es vegetariano, ¡gracias al cielo!) y luego se inclina para calmar su sed en un idílico estanque. De repente, mientras bebe, ve su propia imagen en el agua y, como Calibán, queda aterrorizado ante la contemplación de su propio rostro e intenta destruirlo agitando el agua con las manos. En la novela de Mary Shelley, la escena parodia el momento en que Eva, en *El paraíso perdido*, se ve por primera vez reflejada en el agua de un estanque (solo que en el caso de Eva, aquella imagen asombrosa la complace y la mujer se recrea mirándola)[24]. Existe una paradoja muy conmovedora en el hecho de que el monstruo reaccione ante su propia cara como los demás: sufre el destino de los marginados y se ve con los mismos ojos de aquellos que le odian; pero también comprende, tras los bestiales rasgos, la posibilidad que tiene de ejercer una violencia atroz.

De repente, en ese marco idealizado —pinos, cielo pintado, montañas, ovejas— el monstruo ve a una hermosa criatura humana, una pastorcilla. La «inocencia expiatoria» de esta escena se acentúa mediante una imagen de un corderito que está balando (¿quién es la víctima inocente, la pastora o el monstruo?). Atraído una vez más por la belleza, el monstruo intenta tocarla y ella, al verlo, grita y cae al agua. (Morir en el agua, o estar a punto de perecer en ella, es un tema recurrente tanto en Whale como en Mary Shelley, lo cual para nosotros es un reflejo, si consideramos los hechos, de la muerte de Shelley en el golfo de Spezia cuatro años después de la publicación de *Frankenstein* y la de Whale en su piscina en 1957). El monstruo, que, tras haber tirado al lago a la pequeña Maria en la primera película, aprendió la lección de que los cuerpos humanos se ahogan, rescata con gran nobleza a la pastora antes de que esta se hunda. No obstante, la chica no deja de gritar. Dos cazadores la oyen y disparan contra el monstruo, que, como un animal herido, escapa a través del bosque.

Los indignados habitantes del pueblo corren a decir al burgomaestre que el monstruo está vivo. El burgomaestre decide de modo perentorio poner a hombres y perros tras la pista del monstruo y ordena que encierren a las mujeres por su propia seguridad. «¡Conque un monstruo!, ¿eh? —refunfuña altanero—. ¡Ya le enseñaré yo a ese monstruo!». Las escenas del burgomaestre, como las apariciones de Minnie, sirven para que el público se distancie del terror en estado puro y contemple la escena con incómoda ironía (sabemos que ese tonto es incapaz de enseñarle nada al monstruo) sin llegar a permitirle por lo demás que se relaje y piense que está contemplando una comedia. Las risas del público no duran mucho en *La novia de Frankenstein*. Una vez que Whale estaba viendo su película en un cine de barrio, sin parar de reírse a carcajadas, la mujer que estaba sentada delante de él se volvió y le espetó: «¡Si no le gusta la película, ya se puede estar marchando, desgraciado!»[25].

La persecución da comienzo en el bosque, bajo un cielo amenazador. El idílico paisaje se ha transformado en un calvario, en el escenario de la injusticia (porque sabemos que el monstruo no pretendía hacer daño alguno). Los hombres y los perros andan en su busca. En un hermoso primer plano, iluminado desde la izquierda, la cara del monstruo aparece más joven, asustada, casi angelical: es una de las imágenes más conmovedoras de Karloff. El rostro de la maldad en potencia es un rostro que está abierto a la posibilidad de la bondad.

Los habitantes del pueblo lo cercan en lo alto de una roca (Whale pudo haberse inspirado en alguna de esas pinturas de venados acorralados por los cazadores tan apreciadas en los salones victorianos: Karloff levanta las manos como si fueran su cornamenta mientras los sabuesos aúllan a sus pies). El monstruo alza una roca y la arroja sobre sus perseguidores, pero estos logran reducirlo. Lo encadenan, lo atan a un palo y lo levantan como a un Cristo herido en la cruz (una toma muy atrevida que también escapó a la supervisión de los censores). La imaginería de Cristo se refuerza cuando los habitantes del pueblo se ríen y burlan del cautivo.

El monstruo es llevado a prisión y es atado con unas enormes cadenas clavadas al suelo. Dos policías quedan a su cuidado, pero las cadenas no lo retienen durante mucho tiempo. El monstruo las arranca, se dirige hacia la

puerta y, pese a que uno de los policías le dispara, huye y desaparece en las calles. Con un gran sentido de la ironía, la siguiente escena muestra al burgomaestre, que está diciendo a la gente: «Vayan a sus casas, el peligro ya ha pasado».

La huida del monstruo crea el caos entre la población. «¿Dónde está Frieda?», pregunta una madre desesperada mientras un grupo de niñas virginales tocadas con blancos velos se dirigen lentamente hacia ella. (¿Quiénes son estas vestales adolescentes? ¿Vienen de la escuela, de la iglesia o de celebrar algún rito cristiano de expiación?). Sabemos que Frieda ya no vive. La angustiada madre descubre a la niña (o más bien los pies de la niña) junto a una cruz del camino. Una pareja de campesinos, Herr y Frau Neumann, son las siguientes víctimas. El monstruo está poseído por un frenesí asesino.

En este punto se cortó una escena en la que el pedante burgomaestre, tras desdeñar a sus conciudadanos y tildarlos de «infieles supersticiosos», es arrojado por la ventana y lapidado hasta morir. El tijeretazo pudo deberse a los censores, que encontraron que la escena debilitaba el triunfo de la autoridad legítima, o al propio Whale, quien pensó que interrumpía el *crescendo* de esos violentos asesinatos. Fuera cual fuese el caso, la muerte del burgomaestre fue sustituida por otra escena que carece de la música de fondo de Waxman porque se rodó cuando la película ya estaba terminada. Es de noche y estamos en un campamento de gitanos. Vemos a otra madre preocupada, y a otro hombre despreciativo, su marido. Sentada junto al fuego, una abuela muy desagradable se queja de que falta pimienta y sal para el asado (¡qué menudencias se nos ocurren en momentos de peligro mortal!). Llega el monstruo, atraído sin duda por el olor de la comida, y las mujeres huyen despavoridas. El marido intenta defender el campamento, pero el monstruo lo arroja a un lado y luego mete la mano en el fuego para coger la comida. Así aprende otra lección: el fuego quema. Agarrándose el miembro quemado (también tiene una bala en el brazo), el monstruo vuelve a escapar y se interna en el bosque.

Mary Shelley subtituló su novela *El moderno Prometeo*, un mito que, junto con Satán de Milton, resultaba muy atrayente para el espíritu romántico como icono de la rebelión contra las tiranías humana y divina.

Según la teogonía, Prometeo fue el titán que creó al primer hombre y a la primera mujer con arcilla, y robó el fuego de los cielos para entregárselo a su creación. Para Mary Shelley, Prometeo es el doctor Frankenstein; en la mitología de Whale, es también el monstruo que roba el fuego. El empleo del fuego, que el monstruo necesita para calentarse y preparar su comida, es un arte que se aprende y que, como todo lo que pertenece al ámbito de lo humano, el monstruo adquiere con sufrimiento.

Su aprendizaje se inicia con el agua y el fuego, y continúa con el aire y la música. El monstruo llega a la casa de un ermitaño perdida en el bosque, donde oye un violín que interpreta el «Ave Maria» de Schubert. (El anacronismo no es un error en la película de Whale. Peter Conrad[26] ha señalado que una historia que se narró en 1816 puede incluir una melodía que se compuso en 1825 y, más tarde el cadáver de una mujer fallecida en 1899, como afirmación de su universalidad. La historia de Frankenstein, como la de Prometeo o la de Fausto, es patrimonio de todos los países y de todas las épocas). «La música amansa a las fieras»: el cliché se convierte en una escena de gran intensidad que nos permite unos instantes de descanso y pone punto final, aunque sea momentáneamente, a la persecución del monstruo, mientras la casa se nos presenta como si fuera la imagen contrapuesta del lujoso castillo de Frankenstein y el maligno laboratorio de Pretorius. Es un momento de un gran dramatismo: el monstruo es como un niño que hubiera escapado de unos padres maltratadores.

El ermitaño, que también es un marginado (es pobre y ciego), es la primera persona que se muestra amable con el monstruo —porque no puede verlo— y lo invita a entrar en su casa. En la novela de Shelley, el monstruo (quien por entonces ya ha aprendido a hablar) hace su entrada con las palabras: «Perdone la intromisión». «Esta frase —comenta Leonard Wolf— es el logro literario más soberbio de toda la novela de *Frankenstein*. Para paladear el tacto con que Mary Shelley eligió la frase, debemos detenernos un instante y recordar hasta qué punto la autobiografía de la criatura se ha convertido en una elaborada estructura narrativa en la que prevalecen el sufrimiento y el odio hacia sí misma. El encuentro entre la ceguera y lo que aterroriza a la vista se realiza de un modo portentoso y el lenguaje de desconfianza y cortesía en que se vehicula lo dota de gracia. Como epígrafe

(o epitafio) para la humanidad, “Perdone la intromisión” es una expresión inigualable».[27] Whale, sin duda consciente de que estas palabras sonarían cómicas hasta el absurdo en boca del monstruo (a menos que el guión le hubiera brindado la oportunidad de aprender a hablar), cambió la presentación por una serie de gruñidos que Karloff emitió con gran convicción.

«Si me entiendes, pon tu mano en mi hombro», le dice el ermitaño. El monstruo obedece; no sabe hablar, pero puede entender sus palabras. Y el espectador incisivo no puede evitar formularse una pregunta muy antigua: ¿cómo adquirimos el lenguaje? Durante siglos, en Europa se debatió la posibilidad de que existiera un lenguaje universal y primigenio que no hubiera sido adquirido, sino que hubiera surgido de nuestro interior: el lenguaje que Adán hablaba en el Paraíso. Para descubrir de qué idioma se trataba, el rey Federico II entregó un par de bebés recién nacidos al cuidado de unos pastores que vivían en un lugar remoto, y les dio la orden de que no hablaran con los niños bajo ningún concepto y concentraran su atención en las primeras palabras que los pequeños pronunciaran. El experimento fue un fracaso porque los bebés no tardaron en morir[28], pero la convicción de que el lenguaje era un don con el que nacíamos permaneció inalterable. Es obvio que el monstruo conoce el significado de las palabras, así como Federico imaginó que también lo conocerían los recién nacidos; lo sabe del mismo modo que posee una comprensión natural de la moralidad y el comportamiento moral, y un sentido de la belleza y la justicia: lo que debe adquirir (y que con frecuencia va en contra de su sabiduría innata) son las convenciones de su sociedad, los usos y las costumbres del comportamiento social, el vocabulario del lenguaje social. La noción implícita en la novela de Mary Shelley y en los dos episodios de la saga de Frankenstein que realizó Whale es que el lenguaje es inherente a nosotros, que forma parte de nuestra constitución humana; no es un talento adquirido, sino una función cerebral. Lo que aprendemos son los sonidos que representan un determinado significado, pero las formas platónicas de nuestra memoria primigenia imprimen en nosotros el lenguaje y su uso antes de nacer. El monstruo conserva en su cerebro remendado la posibilidad de mantener un diálogo moral y elevado y una afinidad por Schubert.

El ermitaño y el monstruo son tal para cual. Es un intercambio justo: «Yo cuidaré de ti y tú me consolarás», le dice haciéndose eco de Lear y su recobrada Cordelia. «Quizá tú también te sientes triste». Y termina diciendo: «Seremos amigos». Es indudable que Whale, en su calidad de homosexual, debió de complacerse en el *double entendre* de esta escena. («No sé si quiere decir “amigo, amigo”», comenta Vanessa Redgrave en *Ábrete de orejas*). Esta escena desprende un tácito pero fuerte contenido erótico: el encuentro de dos hombres, marginados, rechazados, que descubren que pueden compartir la casa a partir del vínculo que los une; idea que subraya el gesto del monstruo cuando con su magnífica manaza da unos golpecitos de aprobación en el hombro del ermitaño mientras una lágrima le surca las cicatrices de la mejilla izquierda. Un crucifijo (recordatorio de que Cristo nos dijo que amáramos a nuestros semejantes y sufrió por ese amor) resplandece al fondo, y su luz perdura mientras la escena se va oscureciendo.

Las lecciones que el ermitaño da al monstruo se suceden tranquilamente en torno a la mesa del comedor. Al igual que los carteles anunciaban «¡Garbo habla!» para difundir la primera incursión de la diva en el cine hablado en *Anna Christie* (1930), la precampaña publicitaria de *La novia de Frankenstein* incluía el cartel «¡El monstruo habla!» y un concurso en que el público tenía que adivinar cuáles iban a ser las primeras palabras que diría Boris Karloff. Pocos debieron de acertar la respuesta correcta. Respondiendo a la invitación del ermitaño, la primera palabra que oímos pronunciar al monstruo es «pan».

Después de «pan», el monstruo aprende la palabra «vino» (seguimos sin abandonar el vocabulario cristiano) y luego «amigos», esa palabra ambigua que el monstruo ya ha oído pero que todavía le resulta difícil de creer. «El vino es bueno, los amigos es bueno», aprende a decir. A continuación, un cigarro. El monstruo se aparta de la cerilla encendida, asustado por la llama (se había quemado la mano en la hoguera donde se asaba la cena de los gitanos, y en el primer *Frankenstein* se había recurrido al fuego para destruirlo), pero tiene que aprender que el fuego también aporta cosas buenas. En una escena bastante divertida, el ermitaño enseña a fumar a su nuevo compañero. El monstruo va dando caladas al cigarro mientras el

ermitaño toca el violín. Reina la paz y la armonía doméstica. «Solo, malo. Amigo, bueno», dice el monstruo. Ha aprendido la base del comportamiento social.

El habla del monstruo sigue resultando problemática. En la novela de Mary Shelley, el monstruo puede escribir con elocuencia y en una florida prosa decimonónica el calvario de su autobiografía. En el cine, esa elocuencia habría parecido grotesca.

«El hombre sabe que en el alma existen matices más asombrosos, más innumerables e indecibles que los colores de un bosque en otoño —escribió G. K. Chesterton—. No obstante, también cree sinceramente que cada uno de ellos, con sus tonos y semitonos, con sus mezclas y fusiones, pueden representarse con toda precisión gracias a un sistema arbitrario de gruñidos y quejidos. Cree que el más común y civilizado corredor de bolsa en realidad es capaz de extraer de su propio interior unos sonidos que denotan los misterios de la memoria y las angustias del deseo».**[29]**

Al margen de los gruñidos y los quejidos, un monstruo que hablara representaba un buen quebradero de cabeza y un enorme desafío para Karloff. En *Frankenstein* había conseguido con gran maestría crear un personaje que conmovía de manera convincente a partir de miradas dulces o airadas y una serie de sonidos guturales. «Tenía que representar a un ser infrahumano de escasa inteligencia y carente de habla, e intentar transmitir a pesar de todo los rasgos del personaje que movían a la compasión. Cuando el monstruo empezó a hablar, supe que eso iba a terminar destruyendo el personaje». No fue así. En *La novia de Frankenstein* Karloff consiguió trasladar, mediante su discurso sincopado y las frases truncadas con que hablaba el monstruo, una sensación aún mayor de inocencia maltratada que en *Frankenstein*, y logró elevar al público la súplica pidiendo su compasión y comprensión.

Cuarenta años después, la escena de la casa permitió a Mel Brooks rodar uno de los momentos estelares más divertidos de *El jovencito Frankenstein* (1974), la brillante parodia que el actor y director realizó de la saga de Frankenstein. En la versión de Brooks, el ermitaño ciego (Gene Hackman) escalda al monstruo (que encarna Peter Boyle con un regusto karloffiano) con sopa hirviendo y, en lugar de llenar de vino la jarra de su

invitado, vierte el líquido sobre la mesa. El monstruo no logra saciar el hambre ni la sed pese a las buenas intenciones del ermitaño… que es lo que al final sucede, a mayor escala, en la versión de Whale. A pesar de la bondad del ermitaño, la sociedad no permitirá que un monstruo sea feliz (reflejo de una experiencia que a Whale, que vivió su homosexualidad en los años treinta, no debió de resultarle muy ajena).

Una vez más, aparece la ubicua pareja de cazadores. Al ver al monstruo, revelan sin ambages la verdad acerca del desconocido al asombrado ermitaño. «No es humano. Frankenstein empleó cadáveres para crearlo». El monstruo intenta ponerse a salvo y, en la lucha que sigue, la casa se incendia. Los cazadores se llevan al ermitaño. El monstruo, solo como un chiquillo asustado, sale de la casa en llamas gritando: «¡Amigo!». A la sombra de un crucifijo junto a un pequeño camino secundario (una nueva comparación con la divinidad perseguida), el monstruo se aleja con paso cansino y espanta a un grupo de niños que se cruza en su camino. El momento de respiro ya ha terminado. El drama da paso al terror.

Es de noche y estamos en el cementerio. Hay niebla. El monstruo se acerca a una estatua de un obispo o un santo. Whale quiso que el monstruo se encontrara con una imagen de Cristo en la cruz para recordarnos que la criatura (como Cristo) también había conocido la otra cara, la cara horrenda de la caridad «cristiana». El director artístico, Charles D. Halls, diseñó una escena de gran fuerza en la que se ve al monstruo tirando del paño que cubre al Cristo crucificado mientras una estatua de la muerte con las cuencas de los ojos vacías se yergue al fondo… pero los censores intervinieron.

El grupo de búsqueda se acerca y el monstruo se oculta en una tumba abierta. Al fondo se distingue otra cruz. Los hombres pasan de largo. En el interior del panteón, el monstruo descubre un sarcófago con un bello rostro de mujer tallado en la tapa. «Amiga», dice mientras pasa una de sus manos gigantescas sobre esos rasgos pétreos (los censores británicos cortaron la escena por las implicaciones necrofílicas que sugería). La piedra permanece en silencio.

Pretorius llega con dos ayudantes. Frente a una tumba cercana da la siguiente orden: «Leed la inscripción. ¿Qué dice en ella?». «Fallecida en

1899, Madeleine Ernestine, amada hija de…», murmura uno de los colaboradores. «¡Bah, déjalo! ¡Qué más da! —dice el cruel Pretorius—. ¿Cuántos años tenía?». «Diecinueve años y tres meses». La juventud de la mujer convence al doctor y sus ayudantes se ponen a trabajar. Pretorius se quita el abrigo y se convierte en el arquetipo de científico loco y se frota las manos mientras espera de pie con su blanco uniforme. «Es bonita, la chica; a su manera, claro», dice uno de los tres (instante que está mal sincronizado porque ninguno de ellos mueve los labios). Pretorius añade en tono morboso: «Espero que tenga los huesos fuertes».

Los ayudantes se marchan y Pretorius se queda en el cementerio. «Me gusta mucho este lugar», dice riendo mientras dispone su cena, que consiste en vino y pollo asado, encima del sarcófago decorado (al estilo *memento mori*) con una calavera. «Te ofrezco al monstruo», dice, y estalla en carcajadas. Vemos aquí a Thesiger en uno de sus mejores momentos: sin apenas moverse, transmite un distanciamiento malévolo, un egotismo enloquecido.

El monstruo aparece por una esquina en sombras. Pretorius reacciona sin sorprenderse e incluso le ofrece un cigarro. Así como la casita del ermitaño actuaba de espejo invertido de los dominios de Pretorius, la invitación a fumar refleja malévolamente el amable gesto del anciano (era una época anterior a las advertencias sobre el cáncer). Pretorius y el ermitaño son como el ángel bueno y el ángel malo de este monstruo adánico: el ermitaño es ciego a las apariencias superficiales; Pretorius es incapaz de percibir la esencia humana.

Pretorius cuenta al monstruo su plan de crear una mujer para él, una «amiga», y le explica que tendrá que recurrir a él para presionar al doctor Frankenstein. «Lo conozco —dice el monstruo reconociendo a su creador —. Me creó de los muertos. Quiero a los muertos. Odio a los vivos». El monstruo mira la calavera y reflexiona, al más puro estilo hamletiano, sobre este recordatorio de la mortalidad. Su meditación, sin embargo, no considera la muerte como un fin, sino como un principio, como el origen[30]. De los muertos fue creado, entre los muertos encontrará a su compañera y a los muertos regresará. A la vieja pregunta de si estos huesos pueden vivir, el monstruo responderá afirmativamente con tres palabras:

«Mujer. Amiga. Esposa». El monstruo ha aprendido mucho desde que el ermitaño le enseñó su primer vocabulario.

VI. DOS NOVIAS PARA DOS HERMANOS

La trama vuelve a desarrollarse en el castillo. Henry y Elizabeth están haciendo las maletas para marcharse cuando Minnie anuncia que el doctor Pretorius ha regresado. De nuevo Pretorius se interpone entre el novio y la novia, situándose físicamente en medio del matrimonio «santificado» y excluyendo a la mujer de la compañía de los hombres. Henry ordena a Minnie que lo eche, pero misteriosamente Pretorius aparece por una entrada trasera (el público a estas alturas ya no cuestiona sus diabólicas capacidades) y felicita con lisonjera ironía a Henry y Elizabeth por su boda. Elizabeth le responde que «no es bienvenido» y le hace saber que no le tienen miedo. No obstante, la mujer se marcha y deja a Henry con Pretorius, a su marido en manos de Mefistófeles, como si fuera consciente de que es imposible luchar contra el conjuro del doctor. Pretorius explica con calma a Henry que todo está dispuesto y que ha conseguido «un cerebro humano perfecto, ya vivo, pero dormido». Cuando Henry vuelve a negarse, Pretorius llama al monstruo. «Es inofensivo —le dice en tono de mofa mientras Karloff entra tambaleante en escena y Henry retrocede presa del pánico—. Salvo cuando se enfada».

El monstruo pronuncia por primera vez el nombre de su creador: «Frankenstein». Es importante el momento en que la criatura dice el nombre del dios que lo creó porque con ello reconoce la existencia de la fuerza que le dio la vida. En la religión judeocristiana, el tercer mandamiento prohíbe tomar el nombre de Dios en vano. Por esa razón, el

impronunciable nombre de Dios (el tetragrámaton) se escribe solo con consonantes y, por lo general, se emplea la palabra «Adonai» para referirse al Señor. Llamar a un dios por su nombre es desafiar sus poderes ya que, si el dios es un dios verdadero, el sonido de la palabra destruirá a quien la pronuncie. Al decir el nombre de Frankenstein, el monstruo se coloca a sí mismo, y también a su creador, en el mismo reino de lo humano y lo absurdo.

Henry continúa sin acceder a colaborar con Pretorius, y el monstruo, siguiendo las órdenes de este, se marcha para acechar a Elizabeth por la ventana. Vemos aquí la clásica escena del monstruo como *voyeur*, una escena que se ha repetido hasta la saciedad en todas las películas de terror: King Kong observando a Fay Wray, Drácula atisbando en el interior del dormitorio de una mujer, el golem acechando a la jovencita, el sonámbulo del doctor Caligari siguiendo a su víctima, incluso el monstruo observando por la ventana a Mae Clarke en el primer *Frankenstein* de Karloff… Los espectadores nos vemos obligados a ser cómplices de la intrusión, y nuestros ojos ocupan el lugar del monstruo fuera de la estancia prohibida y nos convierte en *voyeurs* del *voyeur*. Como el monstruo que observa su reflejo en el estanque, nos vemos a nosotros mismos como somos en realidad.

Minnie se muestra reticente a dejar sola a su señora, pero como esta insiste en que no va a pasarle nada, la sirvienta obedece a su pesar. El monstruo entra en el dormitorio y el público penetra una vez más en el reino del terror. Durante un momento, Elizabeth cree que el intruso es Henry; entonces ve al monstruo y grita. Mientras él la arrastra por la habitación hasta llevarla a la cama (los censores dejaron pasar la escena), Elizabeth grita el nombre de su marido, no solo pidiendo ayuda, sino también formulando una acusación implícita porque Henry ha sido quien ha creado al monstruo. Es como si al gritar «¡Henry!» diera el nombre de su marido al monstruo que él había imaginado. Con ese grito el monstruo se convierte en la persona de su marido, cuya naturaleza bestial (por un *lapsus línguae*) Elizabeth ha reconocido.

El terror adquiere de nuevo un tono camp cuando Minnie dice que el monstruo ha raptado a Elizabeth. Pretorius impide que Henry organice un

grupo de búsqueda y le promete que le devolverá a su esposa sana y salva.

El monstruo se lleva a Elizabeth a una montaña escarpada, mientras unas nubes malignas van oscureciendo el fondo. La naturaleza ya no es el marco idílico donde el monstruo se internó al huir por primera vez. La naturaleza, al igual que el monstruo, ha aprendido a ser malvada y se dota a sí misma de afilados riscos y fantasmagóricas sombras. El monstruo suelta a Elizabeth en una cueva lúgubre, en violento contraste con su elegante dormitorio. En el castillo de Frankenstein la promesa del sexo era refinada, reconocida socialmente, aceptable; aquí el espectador sabe que tiene que ser brutal, al margen de las convenciones, ilimitada. La monstruosidad y lo erótico a menudo comparten los mismos ámbitos de exclusión: los enanos y los gigantes se convierten en símbolos pornográficos, la superioridad sexual de los negros es una cita habitual en los comentarios racistas y en los panfletos antisemitas se ataca la sensualidad de los judíos. (En *El jovencito Frankenstein*, Mel Brooks hizo explícita la sexualidad del monstruo cuando Madeleine Kahn, que interpretaba a Elizabeth, se da cuenta de repente de que ser un monstruo por exceso significa que todas las partes de su cuerpo son gigantescas, y cae rendida mientras dice: «¡Oh, misterio de la vida, por fin te encuentro!»).

Henry regresa derrotado al laboratorio, el lugar donde creó al monstruo y donde ha ido renovando su equipamiento científico desde los tiempos de sus primeros experimentos. Mientras Pretorius se ríe satisfecho y dice que en el pasado «nos habrían quemado en la hoguera como brujos por culpa de este experimento», Henry empieza a trabajar en un corazón. «El polvo morderá, para mi gozo», dice el Mefistófeles de Goethe[31]; el Mefistófeles de Whale ofrece a su Fausto la misma tentación, y murmura para calmarlo: «El corazón humano es la parte del cuerpo más compleja». Pero la magia de la ciencia se interrumpe y el corazón cesa de latir. «Este corazón no me sirve —exclama airado Henry—. Tengo que conseguir otro. Y debe ser sano y joven».

Uno de los terroríficos ayudantes, interpretado por Dwight Frye (cuyo nombre fue cambiado durante el rodaje de Fritz a Karl) es enviado al hospital en busca de «una mujer que haya fallecido de muerte súbita». Karl accede a realizar su encargo por mil coronas, pero en lugar de ir al depósito

de cadáveres, acecha en un callejón oscuro y espera. La escena se corta justo cuando una joven se aproxima.

De vuelta al laboratorio, Henry sospecha que el corazón proviene de otro lugar que no es precisamente el hospital, pero Pretorius disipa sus dudas y le apremia para que continúe. Se ha cruzado sin remedio la línea que separa el delito de profanar tumbas del pecado mortal del asesinato. Henry ya no trabaja solo para que resurja la vida del polvo; ahora es cómplice de los que se dedican a devolver al polvo lo que tenía vida. En la versión que Kenneth Branagh filmó en 1994 (llamada *Frankenstein de Mary Shelley* para darle un sello de autenticidad), el monstruo arranca el corazón a Elizabeth con el fin de que su cuerpo sirva para crear a la monstruosa novia; la idea es eficaz, pero la sangrienta descripción del hecho es un buen ejemplo de cómo el horror acaba sustituyendo al terror y, más que contemplar la carnicería quirúrgica con miedo (como el que nos provoca Karl cuando está al acecho), lo hacemos con repugnancia.

Henry se duerme, exhausto, y el monstruo lo despierta y le ordena que siga trabajando. A fin de quitarse de en medio al sobreexcitado monstruo, Pretorius le da un somnífero. No obstante, antes de continuar, Henry quiere tener pruebas de que Elizabeth sigue viva, y Pretorius le ofrece un primitivo teléfono («esta máquina eléctrica») para que hable con ella, mientras el malvado Karl le sostiene el auricular a la muchacha. Cuando Elizabeth está a punto de decirle dónde se encuentra, Karl le tapa la boca y se la lleva a rastras.

La creación de la novia es una secuencia extraordinaria que el director de fotografía John J. Mescall rodó con mayor maestría de la que se empleó en la creación del monstruo en *Frankenstein*. El departamento de efectos especiales de la Universal había inventado, por sugerencia de Whale, un sinfín de instrumentos inútiles que chasqueaban, giraban y restallaban para completar el equipamiento de la primera película. Mescall, que trabajaba mejor cuando estaba totalmente borracho, fotografió el laboratorio lleno de instrumentos y la fantástica operación desde toda una serie de ángulos asimétricos que, en el montaje de Ted Kent, se convirtió en un rompecabezas cada vez más enrevesado de imágenes atormentadas que culminaba en el nacimiento de la novia.

Finalmente, el corazón y el cerebro están preparados. La mesa de operaciones domina un ángulo de la imagen; la mesa del instrumental, el otro. Henry coge el corazón palpitante con un par de pinzas en el preciso instante en que Karl entra para anunciar que la tormenta arrecia. Lo único que podemos ver del cuerpo que yace sobre la mesa es una cabeza vendada. Pretorius, para quien la ciencia es meramente un instrumento con el que demostrar su propia grandeza creativa, defiende con ardor la maravilla que representa el hecho de que «aquí mismo, en este cráneo, hay un cerebro humano creado artificialmente».

«¿Están listas las cometas?», pregunta Henry. (El público norteamericano comprendería la inferencia, porque conocía el experimento de Benjamin Franklin: la electricidad que procede del cielo, «las flechas del airado Jehová», daría la vida al nuevo ser). Ponen unos electrodos en la cabeza de la criatura mientras en lo alto se desencadena un salvaje aparato eléctrico, tiran de las cometas y bajan el «difusor cósmico» (sea lo que sea este instrumento). La escena es magnífica: pasa de la actividad enfebrecida de los científicos a los arcos voltaicos que se reflejan en los círculos metálicos de la maquinaria.

Una toma en contrapicado nos revela el interior de la torre, copiada de las *Prisiones*, los famosos grabados de Piranesi del siglo XVIII. Tiran de unos cables y Henry sube al tejado para soltar las cometas (unos fantásticos artilugios de origami que capturarán «la chispa de la vida»). Se sube la mesa de operaciones hacia las centelleantes y gaseosas alturas y se coloca en el terrado bajo la lluvia. Mientras los cables vibran y chasquean en la noche, los rostros de Henry y su maestro aparecen diabólicamente iluminados.

El monstruo se ha despertado y se encarama hacia lo alto de la torre. Karl, asustado, intenta alejarlo con una antorcha encendida, pero el monstruo, que ya no teme al fuego, lo agarra y lo lanza al vacío. Mientras tanto, un rayo impacta en una de las cometas y Henry, con una sonrisa satisfecha y engreída, hace descender el cuerpo. La música de Waxman se eleva en un *crescendo* sinfónico.

El «difusor cósmico» es levantado, se sueltan los aros que sujetan el cuerpo a la mesa y Pretorius y Henry inspeccionan su obra de artesanía. La

cámara muestra un primer plano de una mano vendada y, muy despacio, como una larva que se agitara en su capullo, los dedos de la mano derecha de la nueva criatura empiezan a moverse. De la enmudecida boca surge un sonido ahogado. Con cuidado, con angustia, mientras nosotros los espectadores aguantamos la respiración, los dos científicos retiran las vendas de los ojos, que se destacan en un primer plano. Las pupilas se dilatan, la criatura puede ver. «¡Está viva! —exclama Henry—. ¡Viva!», repite el grito de su creación. Los dos científicos se apresuran a quitarle las vendas y ponen la mesa en posición vertical obligando a la criatura a mantenerse en pie. Como un paciente de catalepsia (o, más bien, como Karloff en su interpretación más hierática, en la superproducción de terror de Karl Freund, ambientada en Egipto y realizada en 1932, *La momia*), la criatura levanta ambos brazos como si fuera a caminar sonámbula. A continuación, los baja de nuevo y su cabeza cae a un lado, víctima de un desmayo.

La siguiente escena es la más famosa de la película y, sin duda alguna, uno de los momentos más excelsos del cine de terror de todos los tiempos. Whale consigue apelar al terror y al dramatismo gracias a una reinterpretación camp de las ceremonias del nacimiento y el matrimonio. De pie, entre Pretorius y Henry, la nueva criatura viste una indumentaria que realza su magnificencia, mitad Nefertiti[32], mitad fantasma. Con el largo y blanco vestido de novia —o sudario, o túnica—, los brazos todavía vendados (por la enfermera del estudio), la cara de Elsa Lanchester con su hermoso mohín, los ojos abiertos de par en par y sin pestañear, las mejillas surcadas por las cicatrices y el pelo inolvidablemente marcado por unos mechones de un blanco resplandeciente, nos muestra a la novia del monstruo como un cruce entre una zombi y una futura punk extravagantemente *sexy*. («¿Verdad que Elsa tiene la estructura acaracolada de las orejas más bonita que existe?», le dijo Charles Laughton a Whale en el pase previo al estreno). El cabello de la novia fue una compleja obra de ingeniería. Se colocaron cuatro diminutas trenzas en la coronilla de Elsa Lanchester, sobre estas se dispuso una estructura de rejilla metálica de trece centímetros de altura y, recubriéndolo todo, el pelo de la actriz. Los dos mechones blancos se aplicaron sobre el conjunto.

En una rápida sucesión de primeros planos, vemos su cabeza cortada desde diversos ángulos, luminosa contra un fondo negro: el izquierdo, el derecho y el superior. «¡La novia de Frankenstein!», anuncia Pretorius satisfecho. Como en una grotesca marcha nupcial, la novia camina ufana y envarada. Apenas logra coordinar unos vacilantes pasos (se tambalea, casi cae hacia atrás), y cuando vuelve a moverse sus dos creadores deben sostenerla. Luego se suelta de ellos y se mantiene en pie sola: extraña, grotesca, monstruosa, inverosímil y exagerada, terrorífica, independiente.

El monstruo la ve. Su rostro recobra la expresión juvenil que tenía cuando era un animal acosado que inspiraba compasión, como el de Adán al ver a Eva por primera vez. «Amiga», le dice con ternura. Lentamente, la novia vuelve la cabeza, emite un espantoso chillido y, cuando él le toca el brazo, grita. Este grito es de hecho la conclusión de la historia, el último acto que impedirá cualquier otro desenlace posible para la tragedia. Si ella, el único semejante del monstruo, la sola criatura que podría entender que bajo su aspecto remendado se oculta un alma sensible y casi humana, retrocede presa del horror, ¿qué puede esperar él del resto de la humanidad?

Según Lanchester, los gritos de la novia están inspirados en los cisnes de Regent’s Park que a ella y Charles Laughton les gustaba contemplar en Londres. «La verdad es que son unas criaturas muy desagradables, con esos graznidos que sueltan cuando ven a la gente… —relató la actriz—. Decidí que utilizaría el recuerdo de ese graznido para inspirarme. En un par de ocasiones el equipo de sonido alargó esa especie de resoplidos y de gritos para que el resultado fuera más extraño. Pasé tanto tiempo gritando que perdí la voz y no pude hablar durante días».[33] (En *El jovencito Frankenstein*, Madeleine Kahn convirtió el graznido de la novia en una llamada de apareamiento).

Henry aleja a su nueva criatura del monstruo. Este intenta volver a aproximarse a su novia, y cuando Pretorius interviene lo aparta de un empujón. Sin concederse la mínima tregua, avanza hacia el destino que sabe que le aguarda y se acerca de nuevo a ella. Con la inquietante música de fondo de Waxman, el monstruo coge a su futura amada de la mano y sonriendo le acaricia los dedos vendados. Se inclina hacia delante, como si quisiera besarla, pero ella vuelve a gritar y se refugia en los brazos de

Henry. El monstruo está destrozado, es un amante rechazado. «Me odia. Como los demás», dice y, encolerizado por el despecho, empieza a destrozar el laboratorio que creó a ambos, el lugar que fue el origen de sus sufrimientos.

«¡La palanca!», grita Henry para advertirlos. «¡Explotaremos por los aires! ¡Nos convertiremos en átomos!», explica Pretorius. El monstruo repara en la palanca destructora mientras Elizabeth, que ha conseguido escapar de su cautiverio, llega a la torre del laboratorio. «¡Henry!», grita desde fuera mientras intenta abrir la puerta, lo cual atrae la atención del monstruo. Henry corre hacia su encuentro, pero se niega a escapar. «No puedo abandonarlos, no puedo…», dice Henry asaltado de repente por la culpa y consciente de que es responsable de aquellos desgraciados hijos. «Sí —le ordena el monstruo con mayor generosidad y comprensión de la que Henry es capaz de albergar—. Marchaos. Vivid los dos. —Y, volviéndose hacia el malvado Pretorius, pronuncia su frase final—: Tú, quédate. Nosotros pertenecemos a la muerte». Con estas palabras acciona la palanca fatal. La novia emite un graznido terrible, como un cisne surgido del infierno. La palanca desciende, el laboratorio explosiona, la torre tiembla, caen las vigas y los muros se derrumban. La destrucción es absoluta.

El poeta Edward Field concluyó su propia versión de la historia con estas palabras:

Quizá el barón consiguiera salir del naufragio de sus sueños
con la maldad intacta, si bien perdida su prestancia,
e inspirado por su creciente malignidad prosiguiera su inquietante carrera.

Y quizá incluso el monstruo viviera
para vagar por la Tierra, insatisfecho su deseo,
y los amantes que se adentraran en parajes sombríos y desiertos
vieran su figura cerniéndose sobre ellos, su destino fatal…
Y los niños dormidos en sus camas
despertaran gritando en la oscuridad,

aferrados a su terrible cuerpo.[34]

Este es el verdadero final. La apostilla que nos brinda la película es intrascendente. Como si nada hubiera pasado, vemos a Henry y a Elizabeth que han huido hacia una colina cercana y, contra un cielo de fondo que empieza a despejarse, se besan. «Cariño, cariño…», dice Henry acariciándole el cabello. Sobre sus rostros aparece la innecesaria palabra «FIN».

VII. LOS DISTINTOS ENFOQUES DE LA NOVIA

En el número de mayo de 1935 de *Fantasy Magazine*, Forrest Ackerman, quien por aquel entonces tenía dieciocho años, escribió un encendido elogio de *La novia de Frankenstein* tras haber sido invitado a un pase previo por un generoso publicista. En el artículo se menciona a un tal Ed Thomas como coautor, pero, según Ackerman, él estuvo solo viendo la película, que poseía «más de un cuarto de hora de metraje del que se proyectó en el estreno»[35]. A pesar de que la mayor parte del artículo consiste en poco más que un resumen del argumento, Ackerman reconoció que *La novia de Frankenstein* era incluso mejor que *Frankenstein*. «La historia, en lugar de inspirar horror como la primera, nos hace sentir una profunda compasión por el monstruo. Karloff consigue interpretar a un personaje entrañable y atractivo, hasta el punto de hacerse perdonar los asesinatos que ha cometido por su propia indefensión». En la misma época, el *Hollywood Reporter*, que hacía reseñas de los pases previos de las películas que iban a salir al mercado, declaró que la obra era «una de las producciones más elaboradas que han surgido de la Universal desde hace tiempo. El montaje es

extravagante, la fotografía, excelsa, y el reparto, excelente […] Las salas de proyección pueden garantizar que ofrecen una sofisticada producción en torno a una historia de miedo interpretada y dirigida con maestría». La poderosa revista del gremio *Variety* la calificó de «película imaginativa y sobresaliente»[36]. Entre la prensa generalista de Estados Unidos, la reacción fue unánimemente favorable. El duro y destructivo crítico del *New York Times* Frank S. Nugent dijo que *La novia de Frankenstein* era «una película de terror de primer orden» y afirmó que «el señor Karloff está tan espléndido en su papel que lo único que se nos ocurre decir es que nadie más que él podría haber interpretado al monstruo»[37]. *La novia de Frankenstein*, tanto en Nueva York como en Los Ángeles, fue un gran éxito de taquilla. En The Pantages Theatre de Hollywood Boulevard, con aforo para casi tres mil personas, se proyectaban once pases diarios.

En Inglaterra, a pesar del éxito que había cosechado entre el gran público, se pusieron en entredicho los méritos artísticos de la película. A pesar de que *Kinematograph Weekly* la etiquetó de «espectacular película de suspense, una macabra obra moral»[38], no todos estuvieron de acuerdo. «Cuando la pobre e inofensiva Mary Shelley —decía un artículo de la revista londinense *Spectator*— soñó que unos ojos pálidos, amarillentos y escrutadores la observaban tras los doseles de su cama, puso en marcha una inmensa maquinaria de actores, técnicos de sonido, escenas trucadas y aduladores. La maquinaria avanza sin cesar, y ese primer sueño, y su primera elaboración en su novela *Frankenstein*, va dotándose con los años de estupidez y solemnidad. No me cabe duda de que no tardarán en rodar la historia en color para emitirla en televisión; y que, en el Mundo Feliz terminará convirtiéndose en una película olfativa[39]. No obstante, el único momento de genuino terror, cuando la señora Shelley vio esos ojos amarillentos, se había esfumado hacía ya mucho tiempo; y en *La (*sic*) novia de Frankenstein* que ponen en el Tivoli ya no queda nada digno de asustar a un niño. Este no es el sueño de Mary Shelley, sino el de un comité de ejecutivos del mundo del cine que quisieron superar a la señora Shelley y dejar que Frankenstein creara un segundo monstruo a partir de desechos de cementerio, una mujer en esta ocasión, olvidando que el horror de la primera creación se olvida al repetirla, y que la cría de monstruos puede

llegar a ser tan aburrida como la cría de aves de corral. Es una película pomposa y mal interpretada, llena de anacronismos y de inconsistencias absurdas. El único momento de interés no lo procura tanto su director como la extraña y eléctrica belleza de la señorita Elsa Lanchester en su papel de segundo monstruo de Frankenstein. Su rostro vivaz y asustado, como la salamandra del poema del señor De la Mare[40], la espesura de su cabello apenas humano, podrían haber sido creados realmente por cometas agitadas por la tempestad y los destellos de los relámpagos». El artículo llevaba la firma de «Graham Greene»[41].

VIII. LOS MITOS DE LA CREACIÓN: LUZ Y POLVO

El mito de Frankenstein proyecta su espectacular sombra sobre las inmensas bibliotecas de la literatura y el cine occidentales, y junto con el doctor Moreau, de H. G. Wells, y el desafortunado científico de *La mosca*, el Hombre de Hojalata del reino de Oz y los humanos artificiales de *Blade Runner*, el hombre soñado en «Las ruinas circulares» de Borges y el mal llamado y pesadillesco Terminator, comparte el mismo ámbito mítico. En sus distintas transformaciones, Frankenstein se asemeja a un mito mucho más antiguo: Adán, el que anhela el conocimiento y que, como Prometeo, se atreve a realizar lo que Dios ha prohibido. La siseante promesa que la serpiente hace a Eva («Seréis como dioses») tiene un doble sentido: promete la luz del conocimiento, el fuego divino del Olimpo; pero también el don supremo de insuflar la vida al polvo, de crear como solo el mismo Dios es capaz de crear. Dios, ante la puerta que preserva su poder, coloca a un ángel con una espada flamígera porque, como todo artista sabe, Él, con su sublime egotismo, quiere ser el único Creador.

Entre los más famosos antepasados del doctor Frankenstein se encuentran los Reyes Magos del folclore judío. Según la tradición cabalística, el golem (palabra que significa «sustancia incompleta») es una criatura hecha de arcilla a la cual se dota de vida a partir de ciertas letras que, pronunciadas, significan el nombre secreto de Dios o la palabra hebrea que equivale a «verdad». El Salmo 139, con unas palabras que hubiera podido pronunciar el monstruo de Mary Shelley, dice lo siguiente: «Mi alma conocías cabalmente, y mis huesos no se te ocultaban, cuando era yo formado en lo secreto, tejido en las honduras de la tierra. Mi embrión tus ojos los veían, en tu libro están inscritos todos los días que han sido señalados, sin que aún exista uno solo de ellos». Existen varias leyendas medievales que narran la historia de esta creación. La más antigua, recogida en el *Sanedrín*, dice que el erudito Rava creó a un hombre y lo envió al rabino Zera. Este le dirigió unas palabras, pero la criatura no respondió. «¿Te ha creado uno de mis compañeros? —le preguntó el rabino finalmente —. Vuelve entonces al polvo de donde provienes». La criatura obedeció a sus ruegos. La leyenda más célebre, que sirvió de inspiración a Gustav Meyrink para escribir su novela *El golem* (1915) y a la película que se realizó cinco años después, cuenta la historia del rabino del siglo XVI, Löw ben Bezulel de Praga, que creó a un criado de arcilla para que lo ayudara en la sinagoga. Iniciando la tradición que seguirían posteriormente otros monstruos creados por el hombre, la creación enloquece y amenaza con destruir a su creador. El rabino deshace el hechizo quitando la primera letra de la palabra *emet* («verdad»), que así se convierte en *met* («muerte»)[42].

El método del alquimista, el sueño patriarcal, el objetivo del científico loco es crear seres a su propia imagen y semejanza a partir de «simientes» masculinas (como hace Pretorius en sus frascos de cristal) sin que sea necesario recurrir a una mujer (tal y como advierte el doctor Frankenstein). Desde los golems judíos hasta las esculturas animadas que se citan en las fábulas y en la ciencia (Eva creada a partir de una costilla de Adán, la mujer de marfil de Pigmalión, el Pinocho de Collodi, los autómatas del siglo XVIII y principios del XIX que deleitaron al círculo de Mary Shelley, o los homúnculos del doctor Pretorius), los hombres siempre han creído que pueden ser capaces de crear la vida sin la intervención de las mujeres; es

decir, arrebatando a las mujeres la exclusividad de su poder para concebir. Ninguna mujer toma parte en la creación del monstruo de Henry Frankenstein, ni posteriormente en la de la novia: es un asunto en el que solo intervienen hombres. Para los cabalistas medievales, el intento de concebir sin que medie un apareamiento masculino-femenino era un pecado supremo. Según el erudito español del siglo XVI, el rabino Moisés Cordovero, «la unión y el apareamiento entre un hombre y una mujer es un signo del apareamiento que se desarrolla en las alturas»[43], y cualquier divergencia de este método consagrado es negar la voluntad de Dios. Al atreverse a crear la vida a partir de simientes o de miembros de cadáveres, el doctor Frankenstein y sus hermanos pecan contra la omnipotencia de Dios.

Podríamos hablar, sin embargo, de otra faceta del mito: la renuencia del monstruo, que, como el sufriente Adán, es un trozo de arcilla viva que nunca pidió que lo trajeran al mundo. En su aspecto más primitivo y primordial, la criatura es el golem, la marioneta a quien se le ha concedido la vida, el experimento quirúrgico de Frankenstein; en su vertiente más exaltada es Hamlet, es también Segismundo preguntándose si no será una mota de polvo encerrada en una cáscara de nuez o tan solo un personaje en un sueño.

Los problemas de la creación (los avatares del creador y la criatura) pueden considerarse problemas cinemáticos. La frase de Lumière «Quiero que las imágenes se muevan» es el eco del comentario del doctor Frankenstein cuando dice: «Quiero que estos huesos que ya han fallecido vuelvan a cobrar aliento». Intentar aportar luz a la oscuridad (como hizo Prometeo al robar el fuego) es sin duda una de las definiciones de la palabra «película». (¿Acaso el mito de Frankenstein no es un mito cinematográfico, una metáfora del cine en sí mismo? En ambos casos se crea la vida uniendo distintas piezas, «en continuidad», que se editan juntas con la esperanza de que el resultado se mueva en cierto modo… a pesar del obstáculo que representa contar repetidas veces con un cerebro inadecuado. La gente del pueblo se queja de la influencia maligna del monstruo cuando, de hecho, la criatura es incapaz de hacer el bien o el mal. A pesar de que se anuncia su muerte en diversas ocasiones, cada vez regresa con renovado vigor. Los

productores poseen la ambición de un Pretorius y los directores sufren la angustia de un Henry Frankenstein cuando le gritan a su criatura: «¡Acción!»…).

Es posible que uno de los momentos clave de la historia del cine transcurriera al margen de la cronología convencional, en una mansión a orillas del lago Ginebra, una famosa noche tormentosa de junio de 1816, varias décadas antes del invento de monsieur Lumière. Lord Byron había leído una traducción francesa de unos relatos de fantasmas alemanes y propuso a sus amigos (John Polidori, Claire Clairmont, Shelley y Mary Shelley) que cada uno escribiera un cuento emulando esas historias terroríficas. Esa noche, echada en su cama con dosel, Mary Shelley tuvo una visión. Vio «al pálido estudiante de artes no consagradas arrodillado junto al ser que había conformado». Vio «el fantasma horrible de un hombre erguido […] esa cosa horrenda […] mirándolo con unos ojos amarillentos, turbios aunque escrutadores»[44]. Mary Shelley presenció, de hecho, el nacimiento de la primera película de monstruos.

Hasta la llegada de Mary Shelley, los monstruos que aparecen en la literatura iniciaban su horripilante trayectoria completamente formados o sufrían una maligna metamorfosis y abandonaban su naturaleza dócil para convertirse en mortíferos. Medusas, mantícoras, ogros, espíritus necrófagos, fantasmas sedientos de sangre y demonios mostraban en raras ocasiones su certificado de nacimiento; a veces los cadáveres volvían a la vida, pero la resurrección no generaba nuevos seres. El monstruo de Mary Shelley no es un engendro *ready-made* ni tampoco un Lázaro decimonónico; es una *Gestalt* imposible cuyo alumbramiento estamos obligados a presenciar; una mezcla de piezas sueltas y desechadas que, de algún modo y contra todo pronóstico, se mueve y respira, como las imágenes que aparecen en la pantalla.

El cine consiste sobre todo en dotar de movimiento a las cosas. En los primeros experimentos de Lumière no sorprendieron tanto las imágenes que habían quedado atrapadas como el hecho de que esas mismas imágenes habían sido capturadas vivas: el público de las primeras películas estaba tan aterrado al ver cómo una locomotora entraba en una estación en la pared de enfrente, como lo estuvo el público posterior cuando vio que el monstruo

salía de las aguas contaminadas del molino. En la visión nocturna de Mary Shelley, y luego en la página impresa, los primeros movimientos del monstruo son de una naturaleza que es esencialmente la misma de la película: no se detienen en la descripción técnica, sino que se despliegan en tiempo cinemático. Tal característica fue perfeccionándose en su propio medio a medida que las películas se hicieran más complejas y elaboradas. El monstruo apayasado de J. Searle Dowley en 1910, o el golem autoritario de Paul Wegener en 1920, que pasaban fotograma a fotograma con absoluta rigidez, se convierten en 1979 en los sangrantes personajes de *Cromosoma 3* de David Cronenberg, y en el carnívoro Alien de Ridley Scott, que surgen y cobran vida ante el público. La criatura ya no se levanta cubierta por una sábana, ni surge del polvo, sino que ahora irrumpe a través de la misma piel de sus creadores involuntarios.

Al mismo tiempo, los científicos locos también han cambiado de pauta. En la actualidad ya no permanecen junto a su creación frotándose las manos de alegría o presa de la ansiedad. Ya no son genios prometeicos de ambigua ambición, sino que los nuevos diseñadores de monstruos se han convertido en sujetos sin recursos en una sociedad que ha transgredido ya unos límites inefables (en el campo de la genética sexual o la exploración espacial). En el mundo actual, el remozado doctor Frankenstein (como vemos, por ejemplo, en la versión de Kenneth Branagh) ya no es tanto un rebelde como una víctima.

Quizá podríamos citar un tercer aspecto del mito. El doctor Frankenstein ha desafiado la divina prohibición de atreverse a realizar lo que solo está en manos de Dios; pero a finales del siglo XX la historia podría contarse al revés, y mostrar a Dios en el papel del doctor Frankenstein, dándonos la vida a nosotros, criaturas humanas, y volviéndonos la espalda, horrorizado por su propia creación. Si es un dios, es un dios derrotado, incapaz incluso de juzgar a sus corruptas criaturas. Parece el Dios post-Holocausto de esta leyenda judía:

En una remota aldea del interior de Polonia hay una pequeña sinagoga. Una noche, tras haber hecho sus visitas, el rabino entra y ve a Dios sentado en un rincón oscuro. Se echa de bruces al suelo y grita: «Señor, ¿qué estáis haciendo en este lugar?». Dios no le responde con un trueno o un viento

huracanado, sino con una vocecilla que le dice: «Estoy cansado, rabino, cansado hasta la muerte»[45].

IX. OTRA NOVIA DESNUDADA POR SUS SOLTEROS, INCLUSO

En 1951 Jorge Luis Borges comentó que «cada escritor crea a sus propios precursores»[46]. Lo mismo podría decirse de los que inventan imágenes. Después de la película de Whale, de la aparición de la eléctrica Elsa Lanchester con su ondeante y escandaloso pelo casándose (o, más bien, negándose a casarse) con el heredero de Adán, el personaje entra a formar parte del grupo de las novias (de películas, pinturas, fotografías e instalaciones artísticas) que, sorprendidas en su propia luz, proyectan el reflejo de sus facetas más terribles.

La novia es una mujer fatal. Ha entrado en el reino de unos patriarcas ansiosos de poder que anhelan poblar el mundo con sus propias creaciones. Ella no existe por sí misma: es tan solo la pareja del monstruo; tal vez la futura madre de una camada de monstruos creada por métodos más tradicionales, pero, sobre todo, una muñeca viviente concebida para el placer del monstruo. La novia, en este mundo de hombres, será maldecida tanto si accede como si se niega a satisfacer sus propósitos. Si consiente en aparearse, se convertirá en una puta complaciente; si no acepta someterse al deber que le han impuesto, se convertirá en una puta desdeñosa y en el instrumento de la perdición del hombre. A causa de su negativa, el rechazado monstruo conduce el drama a su final apocalíptico eligiendo regresar al polvo que le ha sido asignado y arrastrando en su caída a la novia, a Pretorius y el abominable laboratorio. El monstruo elige su final y demuestra que no es culpable. Quizá pecara en algún momento de su

miserable vida, pero ahora quiere reparar sus errores con la condición de que esta mujer permanezca junto a él. Y, a eso, ella no está dispuesta.

La robot que aparece en *Metrópolis*, de Fritz Lang, es el ejemplo de la mujer que ha sido creada con el objeto de procurar placer a los hombres y cuya sola existencia determina ya su caída: la Eva arquetípica. Brigitte Helm, que encarna a Maria, yace sujeta por unas bandas metálicas bajo una vitrina de cristal mientras Rotwang, el malvado inventor, transfiere su cuerpo y su alma a una autómata. Cuando la transformación ya se ha completado, Rotwang presenta a Maria, el monstruo, en una fiesta aristocrática y la hace surgir de una urna en forma de pastel nupcial ataviada con un luminoso y vaporoso vestido. La novia que encarnó Lanchester levanta los brazos hacia delante para entrar en el mundo; Maria los eleva lateralmente y empieza a girar las caderas despacio en una danza hipnótica y seductora mientras la luz revela su cuerpo casi desnudo bajo el vestido. En *La novia de Frankenstein* se nos sugiere la sexualidad mortal de la nueva criatura; en *Metrópolis*, en cambio, esa sexualidad es explícita. Los hombres que asisten a la fiesta fijan sus lascivos ojos en la aparición, mientras que el público sabe que su lascivia les conducirá a un destino fatal.

Los lazos de sangre de la novia también se extienden hacia el futuro. En *La Toilette de la mariée*, obra de Max Ernst de 1940[47], la novia luce los pechos censurados de Mary Shelley. Aparece desnuda, salvo por una capa de plumas rojas echada sobre los hombros, y un enorme tocado en forma de búho le confiere la asombrosa y monstruosa apariencia de la novia que encarnaba Lanchester. En un mundo dominado por los hombres, el rasgo más bello será su cuerpo, el atributo de Afrodita; en cambio, su cabeza, su inteligencia, simbolizada por el búho de Atenea, es monstruosa porque en este caso los conocimientos no encajan con la mujer. Sus acompañantes (los científicos locos) también han sufrido una transformación: uno de ellos es una grulla verde con piernas de hombre que lleva una lanza siniestra y pretende simbolizar que la novia (como ocurre en muchos rituales nupciales) debe ser castigada para demostrar el dominio que su futuro esposo tiene sobre ella; el otro es un personaje femenino con el pelo abierto en abanico como el manto púrpura de un obispo, porque los hombres pueden usurpar las características de la identidad femenina si les apetece (la

creación de la vida considerada una ciencia, la cocina y la costura elevadas a la categoría de arte, la educación infantil interpretada como pedagogía, las relaciones lésbicas adaptadas como pornografía masculina, las mejores galas empleadas como accesorios ceremoniales). Karl, el ayudante de bestiales instintos, representa de un modo explícito esa situación ambigua y se convierte en un enano verde y hermafrodita que tiene un pene y cuatro pechos. Desmarcado del grupo, capta que algo terrible va a suceder y está llorando.

En su papel de compañera sexual del monstruo, la novia debe someter su persona y exagerar sus características monstruosamente sexuales. La censura no habría permitido que adoptara el estilo de una Dietrich o una Mae West, y Whale, Lanchester y Pierce (porque parece ser que los tres compartieron la responsabilidad de la elección) se concentraron en el cabello de la novia. El pelo se asocia a la naturaleza animal y también a la indisciplina de la sexualidad femenina[48]. Para que una mujer oculte sus rasgos eróticos (en los rituales norteafricanos del duelo, en la constante presencia del Dios del judaísmo ortodoxo, como un castigo por haber mantenido relaciones sexuales con el enemigo en la Francia posterior al gobierno de Vichy, o para adoptar un papel beligerante entre los hombres, como Juana de Arco), tiene que raparse el pelo; para potenciar su erotismo, en cambio, se lo deja crecer. Además, el pelo largo disimula tras la piel la existencia de un cerebro: todo queda reducido a su superficie, sin profundizar, y la cascada de pelo brinda el femenino cráneo a la contemplación del hombre como un dócil objeto de placer sensual en lugar de aparecer como el amenazador origen de la razón y la inteligencia. En la cabeza de la novia, por consiguiente, lo que domina es el cabello.

En las fotografías solarizadas que Man Ray realizó en los años treinta, el cabello de las mujeres se extiende hasta ocupar casi la totalidad del espacio del encuadre, de tal manera que el rostro parece fijado al pelo en lugar de lo contrario. Estas cabezas de cabello femenino son texturas, dibujos, ondas en la arena o en el agua. Man Ray buscaba rostros de mujeres que le permitieran «dibujar con la luz» y, según uno de sus amigos, «le importaban muy poco los pensamientos, la fama o la fortuna de sus sujetos». Estas «deformaciones», como parece ser que las llamaba, «se

filtran como el cabello a través de un peine de luz […] soñando con objetos que hablan en sueños»[49]. Hablan pero en sueños, viven y aun así están muertas: la descripción encaja a la perfección con la novia. Las somnolientas cabezas de Man Ray son también hermanas de la novia, recreadas para el disfrute de la mirada del hombre.

Ocho años antes de que Whale empezara a filmar *La novia de Frankenstein*, otra novia había hecho su aparición en Estados Unidos. El artista francés Marcel Duchamp finalizó en 1923 una construcción que había iniciado en 1915 y que tituló *La novia desnudada por sus solteros, incluso*. Consistía en dos paneles de cristal (que se quebraron durante el viaje y Duchamp tuvo que reparar) en los que había pintada una extraña pieza de maquinaria azul, marrón y gris. Un folleto que acompaña el conjunto «explica» la obra y su funcionamiento. El folleto no contiene ningún elemento fácil de identificar (y, en lo que respecta a la obra, tampoco). No hay nada en el conjunto, ni siquiera sus elementos, la máquina misma o su perturbador nombre, que posea un significado socialmente aceptable. El vocabulario pseudotécnico de Duchamp nos trae a la memoria los eufemismos pseudocientíficos de Pretorius («hable […] a través de esta máquina eléctrica»); según Duchamp, sin embargo, «no concebí esta obra por amor a la ciencia; al contrario, lo hice más bien para desacreditarla»[50]. Del mismo modo, los experimentos del doctor Frankenstein «desacreditan» el punto de vista humanista de la investigación científica apropiada. Duchamp escribió en el folleto lo siguiente: «La novia acepta que los solteros la desnuden, puesto que alimenta las chispas de este *striptease* eléctrico con gasolina; es más, colabora en su desnudez total añadiendo al primer foco de chispas (el *striptease* eléctrico) un segundo foco de chispas que surge del magneto-deseo»[51]. El lector-espectador apenas es consciente de que la novia parece consentir a todo lo que se le hace: consiente a este acto «científico» tan bárbaro, a este «*striptease* total» creativo. ¿Acaso no es ella una mujer fatal que está recibiendo su merecido? ¿O es quizá un objeto erótico reducido a un cuerpo carente de cerebro? (Los franceses llaman *allumeuse* a la mujer provocativa, «la que enciende las llamas», y en la versión de Branagh, cuando la novia adquiere conciencia de su identidad, literalmente incendia la casa y a sí misma).

En cualquier caso, y en términos amatorios, la novia es culpable y los actos de sus solteros parecen necesarios y justificados. Esta es la clave para interpretar el uso que Rotwang hace de Maria; esta es la lógica que gobierna los experimentos del doctor Frankenstein. En ambos casos, la mujer creada es el mecanismo culpable, el instrumento del sacrificio gracias al cual un hombre ambicioso (el adjetivo, en el vocabulario patriarcal, lejos de ser condenatorio es elogioso) planea transformar o dominar la sociedad.

La novia desnudada por sus solteros, incluso incita al espectador para que se atreva a interpretarla. La necesidad que sentimos de dar sentido a lo que vemos confiere un propósito cinético a los elementos de la construcción, y la costumbre de procurar que el lenguaje sea descifrable nos hace interpretar que el título tiene un mensaje. Octavio Paz opina que la realidad en la psicología y en el arte existe en diferentes niveles de sentido[52] y propone que contemplemos a la novia de Duchamp como una versión del mito de la Gran Diosa, la Virgen, la Madre, la que quita y da la vida: «No es un mito moderno. Es la versión (y la visión) moderna del mito».

La novia de Whale parece mucho más fácil de descifrar. Al menos contamos con un argumento, un contexto, unos personajes que transmiten emociones, causas y efectos. Con todo, ¿cuál es exactamente el significado de la extraña novia creada por el hombre, esa Eva moderna, más allá de su sexualidad? ¿Quién es esa versión monstruosa de la angelical Mary Shelley, que, a su vez, es una transformación de la delicada Elsa Lanchester? En los últimos tiempos de su carrera, Lanchester se lamentaba de que el fantasma de la novia la perseguía por todas partes y que los niños, cuando la veían en el colmado, no la reconocían como a la actriz, sino como a la encarnación de la monstruosa criatura nacida en el laboratorio del doctor Frankenstein. ¿Qué poder simbólico tiene esa novia de pelo erizado y mechones blancos, construida (desnudada y ensamblada) por sus solteros, los científicos locos y sus ayudantes de instinto bestial? Ella, al igual que la creación de Duchamp, también es una versión (y visión) moderna del mito, anclada en el tiempo e ilimitadamente preñada con los significados que vamos creando las sucesivas generaciones de espectadores. La novia de Whale (como Paz

dijo de la de Duchamp) es una obra «en busca de un significado» y, por lo tanto, inagotable.

Existen criaturas imaginarias que en cierto modo no lo parecen, porque no podríamos concebir el mundo sin ellas. Son invenciones necesarias, como por ejemplo los unicornios y los dragones, y pertenecen a un paisaje interior tan arraigado en nuestra realidad como nuestras vidas cotidianas. El monstruo y su novia forman parte de esta fauna común e imperecedera.

ALBERTO MANGUEL

FRANKENSTEIN,
O EL MODERNO PROMETEO

¿Acaso te pedí, hacedor mío, que de mi barro moldearas a un hombre? ¿Solicité de ti que de la oscuridad me ascendieras?

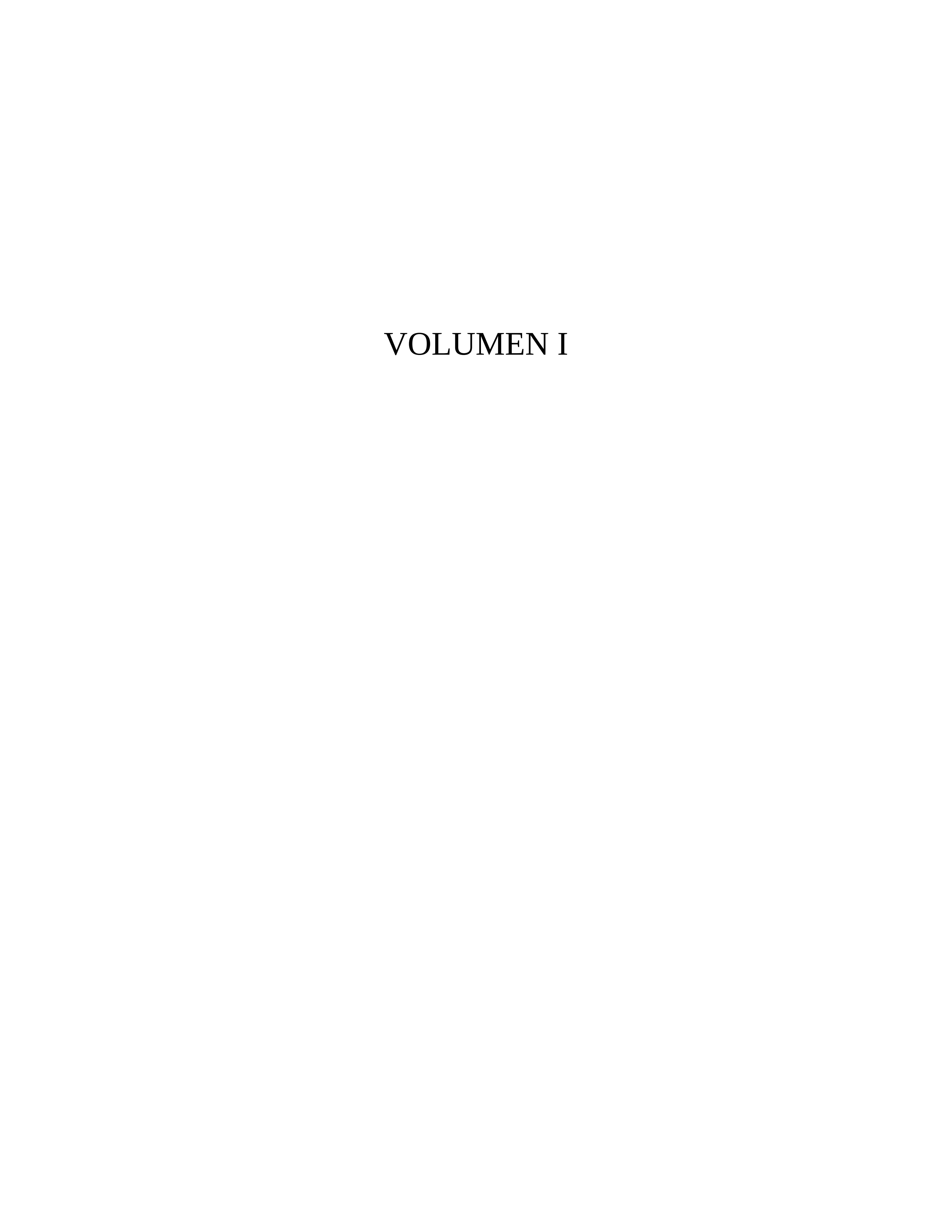
J. MILTON, *El paraíso perdido*

A William Godwin, autor de Investigaciones acerca de la justicia política *y* Las aventuras de Caleb Williams *o* Las cosas como son, *entre otras obras*.

La autora le dedica estos libros con todo su respeto



Johann Heinrich Füssli, *Prometeo encadenado*



VOLUMEN I

PREFACIO

El doctor Darwin, junto con algunos escritores científicos de Alemania, ha considerado que los acontecimientos en que se basa esta novela de ficción podrían haber ocurrido realmente. No querría que se diera por sentado que, en cierto modo, considero fidedigno tal despliegue imaginativo. A pesar de comprender que se trata de una obra de ficción, sin embargo, tampoco me he dedicado a encadenar meramente un conjunto de hechos terroríficos y sobrenaturales. El interés de la historia reside en unos hechos que carecen de las desventajas que tendría una simple narración de espectros o encantamientos. Lo que me interesó fue la novedad de las situaciones que en ella se plantean y que, aun siendo imposible como hecho físico, plantea de un modo imaginativo un punto de vista que permite describir las pasiones humanas con mayor exhaustividad y certeza que el que ofrece la simple narración de hechos cotidianos.

Me he propuesto, por consiguiente, preservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana sin que ningún escrúpulo me impida combinarlos de forma innovadora. La *Ilíada*, la poesía trágica de Grecia — también Shakespeare, en *La tempestad* y en *Sueño de una noche de verano* — y, en especial, Milton, en *El paraíso perdido*, aplican esta regla; y esta humilde novelista, que intenta procurar diversión, o recibirla, a cambio de sus esfuerzos, quizá pueda, sin presunción alguna, permitirse la licencia o, más bien, acatar la norma que rige en toda novela de ficción según la cual las más exquisitas muestras de sentimientos humanos cristalizan en elevadas demostraciones de poesía.

Una conversación intrascendente inspiró la situación en que se basa mi historia. Se inició, en parte, como un divertimento, pero también como un ejercicio para desvelar los recursos desconocidos de la mente. A medida que la obra iba cobrando forma, otros factores influyeron en ella. Soy perfectamente consciente del hecho de que la orientación moral de los sentimientos o los personajes que se muestran en este libro, sean cuales sean, va a influir en el lector. Sin embargo, mi preocupación principal al respecto se ha limitado a evitar los efectos perniciosos de las novelas de hoy día y a plantear las bondades del cariño familiar y la superioridad de la virtud universal. De ningún modo debe suponerse que suscribo en todo momento las opiniones que se desprenden con naturalidad del personaje del héroe y la situación que vive; y tampoco debe darse por descontado, en las páginas que siguen, que albergue prejuicio alguno contra ningún tipo de doctrina filosófica.

Asimismo, hay un tema que reviste un especial interés para la autora: el hecho de que esta historia se empezó a escribir en la majestuosa región donde se sitúan la mayor parte de las escenas y donde pudo disfrutar de la compañía de unos amigos a los que siempre echará de menos. Pasé el verano de 1816 en las afueras de Ginebra. La estación fue fría y lluviosa, y por la noche nos congregábamos al calor de la chimenea y nos entreteníamos contándonos historias de fantasmas de procedencia alemana que por casualidad habían caído en nuestras manos. Esas narraciones nos inspiraron, a modo de divertimento, el deseo de recrearlas. En compañía de dos amigos (de la pluma de uno de los cuales surgen historias que el público recibe con muchísimo mayor interés que el que yo pueda soñar en suscitar), acordamos que cada uno escribiría un relato basado en algún suceso sobrenatural.

El mal tiempo, no obstante, escampó de repente. Mis dos amigos se marcharon de excursión por los Alpes y, subyugados por los magníficos parajes en los que se encontraban, abandonaron todo recuerdo de sus visiones fantasmagóricas. La siguiente narración es la única que fue concluida.

CARTA I

A la señora de Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17…

Te alegrará saber que la empresa con respecto a la cual albergabas tan malos presentimientos ha dado comienzo sin que nos haya sobrevenido ninguna calamidad. Llegué ayer; y la primera tarea que me encomiendo es asegurar a mi querida hermana que gozo de un buen estado de salud y cada vez confío más en el éxito de mi empresa.

Me encuentro muy al norte de Londres; y mientras camino por las calles de San Petersburgo, siento que una fría brisa norteña juguetea en mis mejillas, lo cual aplaca mis nervios y me llena de alegría. ¿Comprendes lo que siento? Esta brisa, que procede de las regiones hacia las cuales me dirijo, anticipa esos climas helados. Insufladas por este viento de promesas, mis ensoñaciones se vuelven más ardientes y vívidas. Intento en vano persuadirme de que el polo es la cuna de la gelidez y la desolación, porque en mi imaginación siempre aparece como la tierra de la belleza y las delicias. Allí, Margaret, el sol es visible todo el tiempo. Su amplio disco apenas bordea el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. De allí —porque con tu permiso, querida hermana, daré crédito a los navegantes que me han precedido—, de allí la nieve y el hielo han sido desterrados. Quizá, navegando por un mar en calma, seamos conducidos a una tierra que

supere en maravillas y en belleza a todas las regiones descubiertas en el mundo habitado hasta el presente. Sus recursos y sus parajes no admitirán comparación alguna, como sin duda no la admiten los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades ignotas. ¿Qué cabría esperar en un país de luz eterna? Quizá descubra el poder maravilloso que atrae a la aguja magnética y pueda establecer la pauta de innumerables observaciones celestes que dependen de esta travesía para dar una solidez definitiva a sus aparentes excentricidades. Saciaré mi ardiente curiosidad viendo una parte del globo adonde nadie ha llegado y me adentraré en unas tierras jamás holladas por los humanos. Esto es lo que me atrae, y me basta para vencer el miedo al peligro o a la muerte y para inducirme a iniciar este arduo viaje con la alegría que siente un niño cuando embarca en un bote, junto a sus compañeros de vacaciones, para remontar su río natal en pos de la aventura. No obstante, aun suponiendo que mis conjeturas fueran falsas, es innegable que procuraré a toda la humanidad, hasta la última de las generaciones, un beneficio inestimable si descubro un paso que nos comunique con esos países a través del polo, dado que en la actualidad son precisos muchos meses de travesía; o si desvelo el secreto del magnetismo, lo cual, si acaso es posible, solo podrá realizarse gracias a una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con que empecé mi carta y siento que el entusiasmo ilumina mi corazón y me eleva al cielo; porque nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un firme propósito, un punto en que el alma pueda fijar su mira intelectual. Esta expedición fue el sueño preferido de mis años de juventud. He leído con fervor los relatos de las diversas travesías realizadas con el fin de llegar al océano del Pacífico Norte a través de los mares que rodean el polo. Recordarás que la biblioteca de nuestro querido tío Thomas contenía la historia de todos los viajes emprendidos con el objeto de realizar nuevos descubrimientos. En cuanto a mí, a pesar de que descuidaron mi educación, fui un apasionado de la lectura. Esos libros fueron noche y día mi materia de estudio, y mi familiaridad con ellos no hizo sino aumentar el pesar

que sentí, de niño, al enterarme de que un mandamiento judicial hecho por mi padre antes de morir prohibía a mi tío darme el permiso de embarcar para abrazar la vida de marinero.

Esas consideraciones empezaron a perder importancia cuando estudié por vez primera la obra de aquellos poetas cuya efusividad me embelesó el alma, elevándola a lo más alto. Yo también me convertí en poeta, y durante un año viví en un paraíso de mi propia creación. Pensaba, asimismo, que podría labrarme un porvenir en el templo consagrado a los nombres de Homero y Shakespeare. Conoces muy bien mi fracaso y lo mal que acepté esa desilusión. Por aquel entonces, sin embargo, heredé la fortuna de mi primo y mis objetivos volvieron a encauzarse hacia mis intereses tempranos.

Han transcurrido seis años desde que decidí acometer la presente tarea. Incluso ahora soy capaz de recordar la hora que marcó el inicio de esta gran empresa. Empecé habituando mi cuerpo a las penalidades. Acompañé a los balleneros en diversas expediciones al mar del Norte; soporté por voluntad propia el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; muchas eran las ocasiones en que durante el día trabajaba con más ahínco que los marineros de profesión, y dedicaba las noches al estudio de la matemática, la teoría de la medicina y aquellas ramas de las ciencias físicas de las que un aventurero naval podría obtener inigualables ventajas de orden práctico. En dos ocasiones, de hecho, me enrolé como grumete en un ballenero que se dirigía a Groenlandia y me desenvolví de un modo admirable. Debo reconocer que me sentí bastante orgulloso cuando mi capitán me ofreció el puesto de segundo al mando de la nave y me rogó encarecidamente que me quedara por considerar valiosísimos mis servicios.

Y ahora, mi querida Margaret, dime: ¿acaso no merezco lograr el éxito en tan magnífica empresa? Aunque mi vida ha transcurrido rodeada de lujos y comodidades, prefiero la gloria a todos los incentivos que la riqueza depositó en mi camino. ¡Si al menos una voz me respondiera dándome ánimos! Mi coraje y mi determinación son firmes, pero mis esperanzas flaquean y mi estado de ánimo es por

lo general triste. Estoy a punto de iniciar un largo y difícil viaje, y las situaciones de emergencia exigirán que emplee todas mis energías en ellas: será preciso no solo que levante el estado de ánimo de mi tripulación, sino también que conserve la calma cuando su fortaleza decaiga.

Esta es la mejor época del año para viajar por Rusia. Los trineos vuelan veloces sobre la nieve. El traqueteo es placentero y, en mi opinión, mucho más agradable que los vaivenes de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si te abrigas con pieles, vestimenta que ya he adoptado. Comprenderás que existe una gran diferencia entre caminar por el muelle y quedarse sentado e inmóvil durante horas, sin que ningún esfuerzo físico impida que la sangre se te hiele en las venas. No está en mi ánimo perder la vida en el camino de postas que va de San Petersburgo a Arkhangelsk.

Partiré hacia esta ciudad dentro de dos o tres semanas con la intención de alquilar un barco, algo que podré hacer sin problemas pagando el seguro al propietario, y contratar a la marinería necesaria entre aquellos acostumbrados a la pesca de la ballena. No me haré a la mar hasta el mes de junio. ¿Cuándo regresaré? ¡Ah, mi querida hermana!, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si tengo éxito en mi empresa, pasarán muchos, muchísimos meses, quizá años, antes de que tú y yo volvamos a vernos. Si fracaso, me verás pronto, o tal vez nunca más.

Me despido de ti, mi querida y extraordinaria Margaret. Que el cielo te cubra de bendiciones y a mí me guarde sano y salvo para que pueda dar mi más sentido testimonio de cuánto agradezco todo tu amor y tu cariño.

Tu hermano que te quiere,

R. Walton

CARTA II

A la señora de Saville, Inglaterra

Arkhangelsk, 28 de marzo de 17…

¡Qué lento transcurre el tiempo aquí, rodeado como estoy de hielo y nieve! No obstante, ya he dado un segundo paso para acometer mi empresa. He alquilado una nave y ahora me ocupo de alistar marineros. Los que ya he contratado parecen hombres de toda confianza, poseedores de un valor a toda prueba.

Pero todavía tengo un deseo que no he podido satisfacer y cuya ausencia percibo ahora como el peor de todos mis males. No tengo ningún amigo, Margaret. Vivo exultante de entusiasmo pensando en el éxito, pero no hay nadie con quien pueda compartir mi alegría. Si me asalta el desconsuelo, nadie se esforzará en paliar mi abatimiento. Puedo trasladar mis pensamientos al papel, es cierto, pero es un medio muy pobre para hablar de sentimientos. Deseo la compañía de un hombre capaz de comprenderme, cuya mirada pueda corresponder a la mía. Me tildarás de romántico, querida hermana, pero siento con amargura la ausencia de una amistad. No tengo a nadie cerca, amable aun siendo valeroso, dotado de una mente cultivada a la par que capaz y con unos gustos semejantes a los míos que pueda secundar mis planes o ponerles objeciones. ¡De qué modo podría un amigo así reparar las carencias de tu pobre hermano! Soy demasiado fogoso en la acción e impaciente en las dificultades. Sin embargo, el mayor de mis males es el de ser autodidacta. Durante los primeros catorce años de mi vida corrí libre por los campos y no leí otra cosa que no fueran los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad conocí la obra de los celebrados poetas de nuestro país; aunque, solo cuando ya fue demasiado tarde para beneficiarme de tales saberes, percibí la

necesidad de dominar otros idiomas al margen del propio. Ahora tengo veintiocho años, y en realidad soy menos culto que la mayoría de los chicos de quince que asisten a la escuela. Es cierto que los supero en madurez y que mis ensoñaciones son más prolíficas y fabulosas, aunque precisen (como dicen los pintores) de la «mesura». En verdad necesito un amigo que tenga el suficiente tacto para no despreciar mi romanticismo y sienta bastante afecto por mí para esforzarse en temperar mi alma.

En fin, son quejas inútiles. Cierto es que no encontraré amigos en el ancho océano, ni siquiera aquí en Arkhangelsk, entre mercaderes y marinos. No obstante, incluso en esos pechos inquebrantables palpitan ciertos sentimientos, ajenos a la bajeza de la condición humana. Mi teniente de navío, por ejemplo, es un hombre de gran iniciativa y valor. Anhela la gloria. Es inglés y, entremezclados con sus prejuicios nacionales y profesionales, que no ha mermado un espíritu cultivado, conserva algunos de los atributos más nobles de la humanidad. Le conocí a bordo de un barco ballenero y, al descubrir que no tenía empleo en la ciudad, lo contraté de inmediato para que me asistiera en mi empresa.

El capitán es una persona de excelente disposición que destaca en el barco por su amabilidad y la templanza con que ejerce la disciplina. De hecho, es de naturaleza tan afable que no se dedica a la caza (el entretenimiento preferido y casi único por aquí) porque no puede soportar el derramamiento de sangre. Es más, podría considerarse un hombre de una heroica generosidad. Hace algunos años se enamoró de una joven dama rusa de discreta fortuna, y el padre de la chica, al saber que había amasado una considerable suma a raíz del cobro de ciertas recompensas, consintió en el enlace. Se citó con su amada, antes de la ceremonia ya concertada, pero ella se presentó bañada en lágrimas y, arrojándose a sus pies, le rogó que la liberara del compromiso y le confesó asimismo que amaba a otro hombre, un hombre pobre, y que su padre jamás consentiría en la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la que le suplicaba y, después de informarse del nombre del amante, desistió de inmediato de su

propósito. Con el dinero amasado había comprado ya una granja en la que había decidido pasar el resto de sus días. No obstante, obsequió a su rival con la propiedad y le entregó el resto del dinero ganado en el mar para que este pudiera comprar ganado, y luego él mismo solicitó al padre de la joven que consintiera en el matrimonio de su hija con su amado. El anciano se negó en redondo porque sentía que contraía una deuda de honor con mi amigo. Este, al percatarse de la actitud inexorable del padre, abandonó el país y no regresó hasta que se enteró de que su antigua prometida se había casado conforme a sus deseos. «¡Qué individuo más noble!», te dirás. Lo es; y, sin embargo, ha pasado toda la vida a bordo de una nave y apenas tiene mayores conocimientos de los que le permiten distinguir la cuerda del obenque.

No deduzcas por mis quejas, o porque soy capaz de imaginar un imposible consuelo a mis penalidades, que vacilo en mis decisiones. Al contrario, son tan inamovibles como el destino. Mi travesía tan solo se ha pospuesto hasta que el tiempo nos permita zarpar. El invierno ha sido muy riguroso; pero la primavera promete bonanza, y todos dicen que la estación empezará antes de lo habitual. Quizá me haga a la mar antes de lo que esperaba. No actuaré precipitadamente. Me conoces lo suficiente para confiar en mi prudencia y consideración cuando la seguridad de otros está a mi cargo.

Soy incapaz de describirte mis sensaciones ante la cercana perspectiva de mi empresa. Me resulta imposible transmitirte la sensación de temblor que siento, agradable en parte pero también terrible, al prepararme para partir. Me marcho a regiones inexploradas, a «la tierra de niebla y nieve», pero no mataré ningún albatros[*], así que no te alarmes por mi seguridad.

¿Volveré a verte tras haber surcado inmensos mares y doblado el cabo más meridional de África o América? No me atrevo a confiar en tal éxito y, sin embargo, me resulta insoportable pensar lo contrario. Sigue escribiendo siempre que tengas la oportunidad. Quizá reciba tus cartas algún día (aunque la probabilidad es harto dudosa), cuando más necesarias me resulten para templar el ánimo. Te quiero con

ternura. Recuérdame con cariño si acaso no vuelves a tener noticias mías.

Tu hermano que te quiere,

Robert Walton

CARTA III

A la señora de Saville, Inglaterra

7 de julio de 17…

Querida hermana:

Te escribo unas líneas a toda prisa para decirte que estoy sano y salvo, y que la travesía avanza a buen ritmo. Esta carta llegará a Inglaterra a manos de un comerciante que partió de Arkhangelsk y vuelve a casa. Un hombre más afortunado que yo, que quizá no vea mi tierra natal durante muchos años.

No obstante, estoy de buen humor. Mis hombres son intrépidos y, a juzgar por las apariencias, su actitud es firme. Ni siquiera las placas flotantes de hielo que continuamente nos salen al paso, y que denotan los peligros de la región hacia la que nos dirigimos, parecen desanimarlos. Hemos alcanzado ya una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano y, aunque no hay tanta bonanza como en Inglaterra, los vientos huracanados del sur nos impulsan a toda velocidad hacia esas costas que con tanto ardor deseo alcanzar e insuflan cierta calidez renovadora que no me esperaba disfrutar.

Hasta el momento no hemos tenido ningún percance que merezca la pena detallar por escrito. Un par de temporales y la rotura de un mástil son accidentes que los navegantes experimentados apenas se acuerdan de hacer constar; y me daré por satisfecho si nada peor nos sucede durante el viaje.

Me despido ya, mi querida Margaret. Ten por seguro, por mi propio bien y también por el tuyo, que no iré al encuentro del peligro. Me mantendré sereno, seré perseverante y prudente.

Transmite mis recuerdos a todos los amigos de Inglaterra.

Con todo el cariño,

R. W.

CARTA IV

A la señora de Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17…

Hemos vivido un incidente muy extraño que no puedo abstenerme de anotar, aunque es muy probable que me veas antes de que esta correspondencia llegue a tus manos.

El pasado lunes (31 de julio) estuvimos prácticamente rodeados por el hielo, que se había cerrado en torno a los costados del buque dejando apenas espacio suficiente para que la nave se mantuviera a flote. Nuestra situación revestía cierto peligro, sobre todo porque nos envolvía una niebla muy espesa, y decidí que nos pondríamos al pairo

para esperar algún cambio atmosférico y en las condiciones climatológicas.

Hacia las dos, la niebla se disipó y pudimos contemplar unas vastas e irregulares llanuras de hielo que se extendían en todas direcciones y parecían no tener fin. Algunos compañeros profirieron gruñidos y mi mente empezaba ya a albergar los pensamientos más angustiosos cuando, de súbito, una extraña visión atrajo nuestras miradas y desvió la atención de nuestra preocupante situación. Distinguimos un coche bajo, fijado sobre una tabla y tirado por perros, que nos rebasó en dirección norte a una distancia de casi un kilómetro. Un ser de apariencia humana, aunque de una estatura que parecía gigantesca, iba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Observamos con los catalejos el rápido progreso del viajero, hasta que se perdió de vista entre las lejanas escarpaduras del hielo.

La aparición despertó un asombro sin igual entre los hombres. Creíamos estar a cientos de kilómetros de cualquier isla, pero aquello implicaba que, en realidad, no estábamos a tanta distancia como habíamos supuesto. Nos resultó imposible seguirle la pista al estar sitiados por el hielo, pero habíamos observado su trayectoria con atención.

Unas dos horas después de ese incidente oímos mar gruesa y, antes de que anocheciera, el hielo se rompió y liberó la nave. Sin embargo, seguimos al pairo hasta la mañana siguiente, temerosos de toparnos en la oscuridad con esas inmensas masas sueltas que flotan por doquier tras la rotura del hielo. Aproveché esa circunstancia para descansar unas horas.

Por la mañana, sin embargo, en cuanto despuntó el día, salí a cubierta y encontré a todos los marineros afanados en uno de los costados de la nave, hablando al parecer con alguien que se encontraba en el mar. En realidad se trataba de un trineo, como el que habíamos visto antes, que había arribado junto a nuestro casco durante la noche sobre un gran fragmento de hielo. Solo quedaba un perro vivo, pero había un ser humano en el vehículo a quien los marineros intentaban convencer de que subiera al buque. A diferencia

del otro viajero, no parecía un habitante salvaje de alguna isla ignota, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el teniente de navío dijo:

—Aquí está nuestro capitán. Él no permitirá que perezca usted en mar abierto.

Al percatarse de mi presencia, el desconocido se dirigió a mí en inglés, aunque con acento extranjero.

—Antes de subir a bordo de su barco, ¿tendría la amabilidad de informarme de hacia dónde se dirigen?

Imaginarás mi desconcierto al oír que un hombre al borde de la muerte me planteara tal pregunta. Había supuesto que para alguien en su estado mi barco representaría una opción preferible a las riquezas más preciadas de la Tierra. Le respondí que estábamos embarcados en una expedición que viajaba hacia el Polo Norte.

Al oír mis palabras pareció satisfecho y consintió en subir a bordo. ¡Alabado sea Dios! Margaret, si hubieras visto al hombre que de ese modo capitulaba y aceptaba su salvación tu sorpresa habría sido infinita. Tenía las extremidades heladas y el cuerpo consumido por la fatiga y el sufrimiento. Jamás había visto a un hombre en un estado tan lamentable. Conseguimos llevarlo hasta un camarote, pero en cuanto se vio privado del aire fresco se desmayó. Por consiguiente, lo subimos de nuevo a cubierta y lo reanimamos mediante unas friegas de *brandy* y obligándole a ingerir un sorbo del licor. Tan pronto mostró señales de vida lo envolvimos en unas mantas y lo instalamos cerca de la chimenea de la cocina. Allí empezó a recuperarse muy despacio y tomó un poco de sopa, que le sentó magníficamente.

Pasaron dos días antes de que pudiera hablar; y a menudo temí que sus sufrimientos le hubieran privado de la capacidad de discernimiento. Cuando se hubo recuperado un poco lo trasladé a mi camarote para poder atenderlo cuando mi deber me lo permitiera. Jamás había visto una criatura tan fascinante: sus ojos muestran por lo general una expresión de fiereza e incluso de locura que desaparece cuando alguien le dedica un gesto amable o le dispensa el servicio

más insignificante, y entonces una sonrisa de indecible bondad y dulzura le ilumina el rostro. No obstante, suele estar melancólico y con aire de desesperación, y a veces le rechinan los dientes, como si le impacientara el peso de las tribulaciones que le oprimen.

Cuando mi huésped se encontró algo más restablecido, me costó muchísimo mantenerlo alejado de los hombres, que deseaban plantearle multitud de preguntas. Pero no podía permitir que lo atormentaran con su vana curiosidad, pues era evidente que la recuperación de su estado físico y mental dependía del reposo absoluto. En una ocasión, sin embargo, el teniente le preguntó por qué había llegado tan lejos por el hielo en un vehículo tan extraño.

Su semblante se trocó de inmediato en la viva imagen de la tristeza más profunda, y contestó:

—Voy en busca de alguien que huye de mí.

—Y el hombre al que perseguía, ¿viaja del mismo modo que usted?

—Sí.

—Entonces imagino que nos cruzamos con él, porque el día antes de recogerle vimos unos perros que arrastraban un trineo por el hielo, y en él iba un hombre.

El comentario atrajo la atención del desconocido, que planteó un gran número de preguntas acerca de la ruta que el demonio, como lo llamaba él, había seguido. Poco después, cuando estuvo a solas conmigo, dijo:

—Sin duda he despertado su curiosidad, así como la de esa buena gente, pero es usted demasiado considerado para hacerme preguntas.

—Por supuesto; sería muy impertinente e inhumano por mi parte molestarle con cuestiones insidiosas.

—Y, sin embargo, me ha salvado de una situación extraña y peligrosa. Ha sido muy generoso devolviéndome a la vida.

Al cabo de un rato me preguntó si creía que la rotura del hielo habría destruido el otro trineo. Le dije que no podía responderle con absoluta certeza porque el hielo no se había quebrado hasta medianoche, y para entonces el viajero podría haberse puesto a salvo

en algún lugar; algo que, sin embargo, no me atrevía a asegurar con certeza.

A partir de ese momento el desconocido se mostró muy interesado en subir a cubierta para vigilar por si veía el trineo que había aparecido antes. Sin embargo, logré persuadirle de que se quedara en el camarote, porque aún se encontraba demasiado débil para soportar la crudeza del exterior. Pero le prometí que pondría un vigía para avisarle de inmediato si aparecía algún nuevo objeto a la vista.

Este es mi diario hasta la fecha en lo que concierne a ese raro incidente. La salud del desconocido ha ido mejorando paulatinamente, pero permanece muy callado y se muestra incómodo cuando alguien que no sea yo entra en su camarote. Aun así, sus maneras son tan conciliadoras y gentiles que todos los marineros le demuestran gran interés, pese a haber tenido muy poco trato con él. Por mi parte, estoy empezando a quererle como a un hermano, y su constante y profundo dolor despierta mi compasión. Debió de ser un hombre noble en otros tiempos, ya que aun sumido en la desgracia conserva su atractivo y su afabilidad.

Te decía en una de mis cartas, querida Margaret, que no iba a encontrar a ningún amigo en el ancho océano y, sin embargo, he conocido a un hombre que, antes de que las calamidades destrozaran su ánimo, me habría hecho feliz de haberme brindado su amistad.

Seguiré escribiendo sobre él de vez en cuando si ocurre algún nuevo incidente que deba anotar en mi diario.

18 de agosto de 17…

El afecto que siento por mi huésped va en aumento. Este desconocido me inspira admiración y piedad hasta extremos asombrosos. ¿Cómo puedo ser testigo de la desgracia de un ser tan noble sin acusar el dolor más lacerante? Es muy gentil y sabio, un espíritu cultivado; y cuando habla, sus palabras, aunque seleccionadas con la mayor exquisitez, fluyen con una rapidez y una elocuencia sin parangón.

Se encuentra muy recuperado de su enfermedad y no abandona la cubierta, vigilando por si aparece el trineo que le precedía. A pesar de sentirse desgraciado, no se regodea en sus infortunios, sino que se interesa muchísimo por las ocupaciones de los demás. Me ha hecho un sinfín de preguntas sobre mi proyecto y yo le he expuesto mi humilde historia con toda franqueza. Pareció complacido de que me sincerara con él y propuso algunas modificaciones a mi plan que encuentro de gran utilidad. Sus modales carecen de pedantería y todos sus actos parecen surgir únicamente del interés que siente de un modo instintivo por el bienestar de quienes le rodean. A menudo lo invade la tristeza y entonces se aísla e intenta superar la hosquedad o la misantropía que presiden su estado de ánimo. Estos paroxismos se le pasan con la misma rapidez con que una nube desfila ante el sol, aunque el abatimiento jamás le abandona. Me he esforzado por ganar su confianza y confío en haberlo conseguido. Un día le mencioné el deseo que siempre había sentido de encontrar a un amigo que me comprendiera y me orientara con sus opiniones. Le aseguré que yo no pertenecía a esa clase de hombres a quienes ofenden los consejos.

—Soy autodidacta, y tal vez por eso me cuesta confiar plenamente en mis propias capacidades. Por eso desearía que mi compañero fuera más sabio y experimentado que yo, para que me orientara y me brindara su apoyo. Nunca he creído que fuera imposible encontrar a un verdadero amigo.

—Coincido con usted en creer que la amistad no solo es un bien deseable, sino posible. Tuve un amigo en el pasado, el ser humano más noble de cuantos hubiera, y estoy capacitado por tanto para emitir juicios sobre la amistad. La esperanza no le ha abandonado, y tiene el mundo ante usted. No hay razón para desesperar. Sin embargo, yo… Yo lo he perdido todo y no puedo volver a empezar mi vida partiendo de la nada.

Mientras pronunciaba estas palabras su semblante adoptó la expresión de un dolor sereno y resignado que me conmovió el alma. Pero no dijo nada más, y no tardó en retirarse a su camarote.

A pesar de tener destrozado el espíritu, siente la belleza de la naturaleza con una intensidad que supera al común de los mortales. El cielo estrellado, el mar y los parajes que nos brindan estas regiones maravillosas todavía parecen tener el poder de elevar su alma. Este hombre lleva una doble existencia: padece un calvario y las decepciones lo abruman, pero cuando se retrae es como un espíritu celestial envuelto por un halo donde no se aventura ni el dolor ni la locura.

¿Te ríes del entusiasmo que manifiesto por este errante divino? Si es así, sin duda debes de haber perdido aquella simplicidad que antaño fuera tu rasgo más encantador. De todos modos, si lo haces, deseo que la pasión de mis palabras te haga sonreír y que yo encuentre nuevos motivos para renovar tu sonrisa.

19 de agosto de 17…

Ayer el extraño me dijo:

—Es evidente que habrá notado, capitán Walton, que he sufrido terribles e incomparables desgracias. Decidí en una ocasión que el recuerdo de esos males moriría conmigo, pero usted me ha convencido para que cambie de idea. Busca el conocimiento y la sabiduría, como hice yo en el pasado; y espero con ansia que la satisfacción de sus deseos no se convierta en una serpiente que os inyecte su veneno, como me ocurrió a mí. Desconozco si el relato de mis infortunios le será útil. No obstante, si así lo prefiere, escuche mi historia. Creo que los extraños incidentes que se desprenden de ella le darán un punto de vista de la naturaleza que quizá pueda enriquecer sus facultades y su entendimiento. Le hablaré de unos poderes y unos acontecimientos que nadie cree posibles. Sin embargo, no dudo de que mi relato contiene pruebas intrínsecas que demuestran que los hechos que se describen son ciertos.

Puedes suponer, como es lógico, que me sentí muy complacido cuando nuestro huésped se ofreció a contarme su historia. Aun así, no podía soportar que reviviera su dolor al recitar todas sus desventuras.

Sentía unas ansias inconmensurables de escuchar la narración que me prometía, en parte por curiosidad y en parte por el gran deseo de cambiar su sino, si acaso estaba en mi poder. Esa fue mi intención al comentárselo.

—Le agradezco su compasión —me contestó él—, pero es inútil. Mi destino está a punto de cumplirse. Tan solo espero que suceda un último acontecimiento y luego descansaré en paz. Comprendo cómo se siente —siguió diciendo el hombre al darse cuenta de que yo deseaba interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite que le llame así. Nada puede cambiar mi destino. Escuche mi historia y percibirá su irrevocable determinación.

Me dijo entonces que comenzaría su narración al día siguiente, cuando mis obligaciones me lo permitieran. La promesa arrancó mi más encarecido agradecimiento. He decidido que todas las noches, cuando no esté ocupado, redactaré, si es posible con sus propias palabras, lo que me haya contado durante el día. Si me urgen otros menesteres, al menos tomaré notas. Este manuscrito te procurará sin duda un placer inmenso. En cuanto a mí, que conozco a la persona que me ha confiado su relato de sus propios labios, ¡imagina con qué interés y sentimiento lo leeré en el futuro!

I

Soy ginebrino de nacimiento y mi familia es una de las más distinguidas de la república. Mis antepasados fueron consejeros y síndicos durante muchos años y mi padre ejerció diversos cargos públicos que le reportaron honores y gran reputación. Quienes le conocían lo respetaban por su integridad y la incansable atención que deparaba al ámbito público. Pasó su juventud dedicado por completo a los asuntos de su país, y solo al llegar los años de madurez pensó en casarse y otorgar al Estado unos hijos que le permitieran legar sus virtudes y su nombre a la posteridad.

Las circunstancias que propiciaron su matrimonio son un buen ejemplo que ilustra su personalidad, y por eso creo adecuado relatarlas. Uno de sus mejores amigos era un comerciante que, tras haber gozado de una situación económica floreciente, cayó en la pobreza debido a un enorme cúmulo de fatalidades. Este hombre, que se llamaba Beaufort, era de natural orgulloso e inflexible y no pudo soportar vivir en la miseria y el olvido en el mismo país donde, en el pasado, había destacado por su rango y magnificencia. Pagó sus deudas con la mayor dignidad y se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en el anonimato y en la más absoluta ruina. Mi padre profesaba a Beaufort una amistad sincera y lamentó muchísimo que se retirara en esas circunstancias tan desafortunadas. También deploró perder su compañía y decidió ir en su busca para procurar convencerlo de que volviera a incorporarse al mundo de los negocios con la intermediación de su crédito y asistencia.

Beaufort había tomado medidas muy efectivas para ocultarse y por eso mi padre tardó diez meses en descubrir su paradero. Exultante por su

hallazgo, acudió sin demora a la vivienda, situada en una callejuela indigna, cerca del Reuss. Al cruzar el umbral tan solo la pobreza y la desesperación le dieron la bienvenida. Beaufort había salvado de la ruina una suma muy exigua de dinero, suficiente para mantenerse durante unos meses mientras esperaba conseguir un empleo respetable en alguna empresa comercial. El tiempo que pasó sumido en la inactividad le volvió más taciturno y la reflexión solo le sirvió para acrecentar sus penas. Al final la tristeza se apoderó de tal modo de su mente que, al cabo de tres meses, cayó enfermo y tuvo que guardar cama porque era incapaz de realizar ningún tipo de esfuerzo.

Su hija lo cuidó con la más abnegada ternura, pero la muchacha veía con desesperación que sus pequeños ingresos menguaban con rapidez y que no disponían de otros recursos para subsistir. Caroline Beaufort poseía una insólita fortaleza de carácter, y su valentía la ayudó a defenderse en la adversidad. Consiguió empleos sencillos. Trabajó en diversas ocupaciones, llegó incluso a trenzar paja, y así, al menos, logró ganar un mísero sueldo que apenas bastaba para mantenerlos.

Transcurrieron varios meses. El padre empeoró y la muchacha dedicó todo su tiempo a cuidar del hombre. Fueron menguando los medios de subsistencia de que disponían y, a los diez meses, su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y en la mendicidad. Esa última desgracia bastó para que la joven se desmoronara. Caroline Beaufort estaba arrodillada junto al féretro, llorando con amargura, cuando mi padre entró en la habitación. Fue como si un espíritu protector se le hubiera aparecido, y la pobre chica se encomendó a su cuidado. Tras el sepelio, mi padre se la llevó a Ginebra y la dejó al cuidado de unos parientes. Dos años después de aquel suceso, Caroline se convirtió en su esposa.

Cuando mi padre pasó a desempeñar las funciones de esposo y progenitor, descubrió que los deberes de su nueva condición le ocupaban tanto tiempo que renunció a varios de sus cargos públicos para consagrarse a la educación de sus hijos. Yo fui el primogénito y el sucesor natural de todos sus cometidos y sus bienes. Nadie habría podido tener unos padres más afectuosos que los míos. Mis progresos y mi salud eran su constante preocupación, sobre todo teniendo en cuenta que durante años fui su único

hijo. No obstante, antes de seguir con mi relato, debo explicar un incidente que ocurrió cuando yo tenía cuatro años.

Mi padre tenía una hermana, a quien quería con todo su corazón y que se había casado cuando era muy joven con un caballero italiano. Poco después de la boda, la muchacha se trasladó al país natal de su esposo, y durante algunos años mi padre apenas tuvo noticias de ella. En esa época mi tía falleció, y unos meses después recibimos una carta de su marido en la que este informaba a mi padre de su intención de casarse con una dama italiana. En la misiva le rogaba que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, la única hija de su fallecida hermana. «Es mi deseo que la considere su propia hija y la eduque como tal. La niña tiene garantizada la fortuna de su madre, cuyos documentos le remito para que pueda conservarlos. Medite sobre esta proposición y decida si prefiere educar usted mismo a su sobrina o que sea su madrastra quien se ocupe de ella».

Mi padre no vaciló y se marchó a Italia de inmediato para hacerse cargo de la pequeña Elizabeth y llevarla a su nuevo hogar. A menudo mi madre contaba que en aquellos tiempos era la niña más preciosa que hubiera visto jamás, y que incluso mostraba señales de poseer una naturaleza gentil y afectuosa. Estos rasgos de su carácter y el deseo de consolidar los lazos del amor familiar determinaron que mi madre pensara en Elizabeth como mi futura esposa, perspectiva de la que jamás encontró motivo alguno de arrepentimiento.

A partir de entonces Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, a medida que fuimos creciendo, en mi amiga. Era dócil y de buen carácter, aunque alegre y juguetona como las mariposas en primavera. A pesar de ser vivaracha y animosa, sus emociones eran intensas y profundas y su disposición inusitadamente afable. Nadie era capaz de disfrutar de la libertad como ella, aunque también sabía someterse con infinita gracia a las normas y a las imposiciones. Tenía una imaginación desbordante, y al mismo tiempo su capacidad de disciplina era inmensa. Su apariencia física se ajustaba fielmente a su disposición anímica. Sus ojos color avellana, aun siendo vivaces como los de un pájaro, poseían una atractiva dulzura. Su figura era esbelta y etérea y, a pesar de su gran resistencia al cansancio, parecía la criatura más frágil del mundo. Yo amaba su comprensión y su

fantasía, y me encantaba estar con ella. La cuidaba con el mismo celo que emplearía con mi mascota preferida. Jamás vi un cuerpo y una mente dotados de tanta gracia y unidos en una sola persona con tan humildes pretensiones.

Todos adoraban a Elizabeth. Si los criados planteaban alguna queja lo hacían siempre a través de su intermediación. La desunión y las disputas no formaban parte de nuestro hogar, porque, pese a que nuestras personalidades eran muy distintas, esas mismas diferencias armonizaban a la perfección. Yo era más tranquilo y reflexivo que mi compañera, pero mi temperamento no era tan complaciente. Me aplicaba durante más tiempo y con mayor ahínco a mis deberes, aunque estos no me resultaban áridos. Yo encontraba placer investigando hechos relativos al mundo real; ella, en cambio, se decantaba por las creaciones etéreas de los poetas. El mundo era un tremendo secreto que yo deseaba descubrir; para ella, en cambio, era una fiesta que brindaba a los demás adornándola con fantasías propias.

Mis hermanos eran mucho más jóvenes que yo. No obstante, contaba con un amigo entre mis compañeros de clase que compensaba tal deficiencia. Henry Clerval era el hijo de un comerciante de Ginebra, amigo íntimo de mi padre. Era un chico de singular talento y fantasía. Recuerdo que con solo nueve años escribió un cuento de hadas que causó delicia y admiración entre todos sus compañeros. Sus preferencias en el estudio eran los libros de caballerías y las novelas de amor. Recuerdo que de muy jóvenes solíamos representar obras que él escribía basándose en sus libros favoritos, cuyos principales personajes eran Orlando, Robin Hood, Amadís y san Jorge.

Mi juventud no podía transcurrir con mayor felicidad. Mis padres eran indulgentes y mis compañeros me obsequiaban con su amistad. Nunca nos obligaron a estudiar. Nos proponían un determinado objetivo y era la búsqueda lo que nos incentivaba a proseguir los estudios. Gracias a este método, y no a la emulación, cultivamos nuestro interés por el estudio. A Elizabeth no la obligaron a dedicarse al dibujo para que sus amigas no pudieran aventajarla, sino que fomentaron en ella el deseo de complacer a su tía representando algún paisaje idílico de su propia creación. Aprendimos latín e inglés para poder leer textos en esos idiomas y, como no nos habían

hecho aborrecer el estudio mediante castigos, nos aplicábamos y divertíamos mientras que los demás niños debían esforzarse. Quizá no leímos tantos libros ni aprendimos idiomas con tanta rapidez como los jóvenes que siguen las enseñanzas tradicionales, pero los conocimientos adquiridos quedaron grabados en nuestra memoria de un modo indeleble.

Incluyo a Henry Clerval en nuestro círculo familiar, porque siempre estaba con nosotros. Ambos fuimos juntos a la escuela y rara era la tarde que no pasaba en casa. Clerval era hijo único y no tenía compañía; por eso a su padre le encantaba que se relacionara con gente de su edad y que viniera a vernos. Por nuestra parte, la felicidad no era completa cuando Clerval se hallaba ausente.

Me causa placer recrearme en los recuerdos de la infancia, antes de que la desgracia tiñera mis pensamientos y trocara las brillantes perspectivas de ser útil a la humanidad en lúgubres y pobres reflexiones sobre mí mismo. Sin embargo, al esbozar el retrato de mi primera juventud no debo omitir la explicación de los acontecimientos que desembocaron, por culpa de mis atolondrados pasos, al relato postrero de mis desgracias. Cuando pretendo explicarme el origen de esa pasión que gobernó mi destino a partir de entonces, descubro que surgió, como un río montaraz, de unas fuentes innobles y olvidadas, y que al crecer su cauce llegó a convertirse en el torrente cuyo curso me arrebató toda esperanza e ilusión.

La filosofía natural es el genio que ha gobernado mi destino. Deseo en mi relato, por consiguiente, establecer aquellos hechos que me condujeron a sentir predilección por esta ciencia. Cuando tenía trece años fuimos todos en viaje de placer al balneario que hay cerca de Thonon, pero las inclemencias del tiempo nos obligaron a permanecer confinados un día en la posada. Allí encontré por casualidad un ejemplar de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con desgana. Pronto quedé subyugado por la teoría que intenta demostrar y los maravillosos hechos que describe. Me pareció que una nueva luz iluminaba mi mente como la alborada y, lleno de alegría, comuniqué mi descubrimiento a mi padre. Destacaré, llegados a este punto, la inmensa variedad de maneras con que los maestros pueden dirigir la atención de sus alumnos hacia conocimientos útiles y que, sin embargo, descartan de raíz. Mi padre miró por encima la cubierta del libro y dijo:

—¡Ah! Cornelio Agripa… Querido Victor, no pierdas el tiempo con eso. Es una sarta de estupideces.

Si en lugar de hacer ese comentario, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que los principios de Agripa habían sido refutados por completo y que el sistema científico moderno que se había adoptado era muy superior al anterior, porque el primero era quimérico mientras que el último era veraz y práctico, en ese caso sin duda alguna habría abandonado el estudio de Agripa y, estimulada ya mi imaginación, probablemente me habría aplicado en el estudio de la teoría más racional de la química, surgida a la luz de los modernos descubrimientos. Incluso es posible que la concatenación de mis ideas jamás hubiera recibido el impulso fatal que condujo a mi ruina. No obstante, la somera mirada que mi padre dirigió al libro me dejó bien claro que estaba familiarizado con su contenido y, por esa razón, lo seguí leyendo con gran avidez.

Cuando regresé a casa, mi primera preocupación fue procurarme las obras completas de ese autor, y luego las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié los delirios de esos escritores con arrebato. Me parecieron tesoros que tan solo conocían unos pocos elegidos. A pesar de que a menudo deseé comentar esa secreta adquisición de conocimientos con mi padre, la implacable censura que mi progenitor había realizado de mi estimado Agripa siempre me contuvo. Por tanto, revelé mis descubrimientos a Elizabeth, haciéndole prometer que los mantendría en el más estricto secreto. No obstante, mi amiga no se mostró interesada en el tema y me dejó seguir avanzando en solitario en mis estudios.

Debió de ser un fenómeno singular que surgiera un discípulo de Alberto Magno en el siglo XVIII, pero nuestra familia carecía de conocimientos científicos y yo no había cursado estudios en los centros educativos de Ginebra. De ese modo, la realidad quedaba al margen de mis sueños y me enfrasqué, con la mayor diligencia, en la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida. Este último fue el que centró toda mi atención. La riqueza era un objetivo inferior, pero ¡qué glorioso descubrimiento llevaría a cabo si fuera capaz de erradicar la enfermedad del cuerpo humano y convertir al hombre en un ser invulnerable a todo, salvo a una muerte violenta!

Mis visiones no se limitaban solo a eso. Conjurar fantasmas o demonios era factible, según afirmaban con ligereza mis autores favoritos, y yo me había propuesto conseguirlo encarecidamente. Y cuando mis encantamientos resultaban fallidos, lo atribuía a mi propia inexperiencia y a mis errores antes que a la falta de pericia o al saber fidedigno de mis maestros.

Los fenómenos naturales que vemos a diario no escapaban a mi análisis. La destilación y los asombrosos efectos del vapor, procesos que mis autores favoritos ignoraban por completo, me dejaban asombrado; pero lo que me causó mayor estupefacción fueron los experimentos sobre el bombeo de aire, que presencié de la mano de un caballero a quien teníamos la costumbre de visitar.

El desconocimiento que los filósofos antiguos tenían sobre el tema y sobre otras disciplinas hizo que cayeran en un leve descrédito ante mis ojos, pero no podía abandonarlos por completo sin haberlos sustituido antes por otro método.

Cuando contaba con quince años de edad nos fuimos a vivir a la casa que teníamos en las proximidades de Belrive, y un día presenciamos una tormenta eléctrica terrible, extremadamente violenta. Se desencadenó tras las montañas del Jura, avanzó hacia nosotros y, con una espantosa potencia, los truenos retumbaron al unísono en el firmamento. Contemplaba con gran curiosidad y deleite cómo arreciaba la tormenta. Yo estaba junto a la puerta y, de repente, pude ver cómo una lengua de fuego surgía de un antiguo y hermoso roble situado a unos veinte metros de casa. Tan pronto se desvaneció aquella luz cegadora, vi que el roble había desaparecido y en su lugar quedaba únicamente un tocón carbonizado. A la mañana siguiente fuimos a ver el árbol y descubrimos que había resultado destrozado de un modo insólito. El impacto no lo había astillado, sino que lo había reducido por completo a finas virutas de madera. Jamás había presenciado una destrucción tan extrema.

La catástrofe a la que había sucumbido el árbol me dejó atónito y le pedí a mi padre encarecidamente que me explicara la naturaleza y el origen del trueno y del rayo. Me contestó con una sola palabra, «Electricidad», y me describió a la vez las diferentes aplicaciones de la energía. Construyó

una pequeña máquina eléctrica y llevó a cabo varios experimentos. También construyó una cometa, con un cable y una cuerda, para intentar atraer ese fluido de las nubes.

Ese rayo dio por zanjado el estudio de Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, que durante tanto tiempo se habían enseñoreado de mi imaginación. La fatalidad impidió, sin embargo, que me sintiera tentado a iniciarme en el estudio de los métodos modernos, y esa falta de interés vino propiciada por el siguiente acontecimiento.

Mi padre había expresado el deseo de que yo asistiera a un curso de filosofía natural, a lo cual consentí de muy buen grado. Pero un accidente me impidió acudir a esas clases hasta la práctica finalización del curso; y esa fue la causa de que las últimas lecciones me resultaran absolutamente incomprensibles. El catedrático, haciendo alarde de una gran profesionalidad, dio una conferencia sobre el potasio y el boro, los sulfatos y los óxidos, términos que no encajaban con mis ideas, y terminé asqueado de las ciencias naturales, a pesar de que seguía leyendo a Plinio y Buffon con deleite, autores que, a mi entender, revestían una utilidad y un interés similares.

A esa edad me ocupaba sobre todo de las matemáticas y de gran parte de las disciplinas que se relacionan con esa ciencia. Me dediqué a fondo a aprender idiomas: como ya estaba familiarizado con el latín, empecé a leer a algunos de los autores griegos más sencillos sin ayuda del diccionario; también entendía a la perfección el inglés y el alemán. Esta es la lista de mis logros a la edad de diecisiete años. Habréis deducido ya que pasaba las horas dedicado por completo a adquirir y consolidar mis conocimientos sobre tan diversas literaturas.

Otra tarea vino a sumarse a mis quehaceres el día en que me convertí en el profesor de mis hermanos. Ernest tenía seis años menos que yo y era mi alumno principal. Su salud había sido precaria desde la infancia, y durante ese período de su vida Elizabeth y yo estuvimos dedicados a su cuidado. Ernest tenía un carácter muy agradable, pero era incapaz de dedicarse en serio al estudio. William, el más pequeño de la familia, todavía era un niño, un chiquillo hermoso como pocos. Sus vivos ojos azules, los hoyuelos de las mejillas y sus encantadoras maneras inspiraban el cariño más tierno.

Este era nuestro círculo familiar, del cual parecían desterrados los problemas y los sufrimientos. Mi padre dirigía nuestros estudios y mi madre participaba en nuestras diversiones. Nadie ocupaba un puesto preeminente sobre los demás; la voz de mando no llegaba a oírse jamás en nuestro hogar, sino que era el afecto mutuo lo que nos comprometía a todos en el cumplimiento y la obediencia del mínimo deseo de nuestros seres amados.

II

Cuando cumplí diecisiete años, mis padres decidieron enviarme a estudiar a la Universidad de Ingolstadt. Hasta entonces solo había asistido a la escuela de Ginebra, pero mi padre consideró necesario que, para completar mi educación, conociera otras costumbres distintas de las de mi país natal. Así pues, mi partida fue fijada para una fecha muy próxima; no obstante, antes de que llegara el día acordado, sucedió la primera calamidad de mi vida: el presagio certero de mis desgracias futuras.

Elizabeth cogió la escarlatina, aunque su enfermedad no fue grave y no tardó en restablecerse. Durante su confinamiento esgrimimos innumerables razones para persuadir a mi madre de que se abstuviera de cuidarla. Al principio cedió a nuestros ruegos, pero cuando supo que su adorada muchacha se estaba restableciendo no pudo privarse más de su compañía, y entró en sus aposentos antes de que el peligro de infección hubiera desaparecido. Las consecuencias de su imprudencia resultaron fatales. Al tercer día, mi madre enfermó. Contrajo una fiebre maligna, y las miradas de quienes la cuidaban pronosticaban lo peor. La fortaleza y la bondad no abandonaron a esa mujer admirable en su lecho de muerte. Mi madre unió las manos de Elizabeth con las mías y nos dijo:

—Hijos míos, deposité todas mis esperanzas futuras en la posibilidad de vuestro enlace. Esa felicidad será ahora el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, cariño mío, deberás ocupar mi lugar y cuidar de tus primos pequeños. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto lamento tener que marcharme de vuestro lado! He sido tan feliz y amada… ¡Qué duro me resulta dejaros a todos! Pero no debo albergar estos pensamientos; me esforzaré por aceptar la

muerte con el ánimo sereno y espero que podamos encontrarnos algún día en el más allá.

Murió en paz, y su semblante expresaba cariño aun bajo el velo de la muerte. No es necesario que describa los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos se ven desgarrados por el más irreparable de los daños, el vacío que cubre el alma y la desesperación que asoma al rostro. Ha de transcurrir mucho tiempo antes de que nuestra mente se persuada de que ella, a quien veíamos cada día y cuya existencia misma parecía formar parte de la nuestra, se ha marchado para siempre; que el brillo de la mirada amada se ha extinguido y que el sonido de aquella voz tan familiar, y querida al oído, ha sido silenciado y jamás volverá a oírse. Tales son las reflexiones de los primeros días, pero cuando el paso del tiempo confirma la realidad de la desgracia, da comienzo la auténtica amargura de la pena. ¿Quién no ha experimentado cómo esa ruda mano se lleva a algún ser querido? ¿Para qué describir un dolor que todos hemos sentido y que nos vemos obligados a seguir sintiendo? Finalmente llega un día en que el sufrimiento es más bien un producto de la indulgencia que de la necesidad, y la sonrisa que se dibuja en los labios, aunque pueda considerarse sacrílega, aflora sin disimulo. Mi madre estaba muerta, pero nosotros teníamos que cumplir con nuestro deber. Debemos seguir nuestros caminos y comprender que somos afortunados mientras nos quede alguien que la muerte no nos haya arrebatado.

Mi viaje a Ingolstadt, pospuesto a raíz de los anteriores acontecimientos, volvió a programarse. Con todo, mi padre me concedió unas semanas de respiro. Fue una época que viví con gran tristeza. La muerte de mi madre y mi precipitada marcha empañaron nuestros ánimos, pero Elizabeth procuró que nuestro hogar recuperara la alegría. Desde la muerte de su tía, una mayor fuerza y energía dominaban sus pensamientos. Estaba resuelta a cumplir con sus obligaciones con la mayor precisión y sentía que el deber más imperioso, el de hacer felices a su tío y a sus primos, había recaído sobre ella. Me ofrecía su consuelo, divertía a su tío, instruía a mis hermanos… Nunca la había visto tan encantadora como en esos momentos, dedicada por completo a contribuir a la felicidad de los demás y olvidada del todo de sí misma.

El día de mi partida llegó al fin. Me había despedido de todos mis amigos, salvo de Clerval, que pasó la última noche con nosotros. Mi amigo se lamentó con amargura de no poder acompañarme. Su padre se había mostrado inflexible ante la idea de que se marchara, dado que deseaba hacerle socio del negocio de acuerdo con su teoría favorita, según la cual el aprendizaje era superfluo para el comercio en la vida cotidiana. Henry poseía una mente refinada; no tenía ningún deseo de vivir ocioso y le complacía la idea de convertirse en socio de su padre, pero creía que un hombre puede ser muy buen comerciante y poseer, a su vez, un espíritu cultivado.

Estuvimos despiertos hasta muy tarde escuchando sus lamentaciones y repasando hasta el mínimo detalle de nuestro futuro. A la mañana siguiente me marché muy temprano. Elizabeth no pudo contener las lágrimas, que se debían al pesar que sentía por mi partida pero también al hecho de que recordaba que ese mismo viaje tenía que haberse realizado tres meses antes, época en que la bendición de mi madre me habría acompañado.

Subí al tílburi que debía llevarme y me sumí en pensamientos melancólicos. Yo, que siempre había vivido rodeado de amables compañeros dedicados a procurarse mutuas alegrías, ahora me encontraba solo. En la universidad adonde me dirigía tendría que hacer amigos y cuidar de mí mismo. Mi vida hasta entonces había sido recogida y familiar, y eso había despertado en mí una insuperable repugnancia hacia las caras desconocidas. Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval: ellos eran «mis bien amados rostros» que tan familiares me resultaban, me sentía totalmente incapacitado para estar en compañía de desconocidos. En esos pensamientos andaba ocupado cuando inicié mi viaje; pero, a medida que avanzaba el día, mi estado de ánimo fue mejorando y empecé a mostrarme más esperanzado. Deseaba con todas mis fuerzas adquirir conocimientos. A menudo, en casa, pensaba que resultaba difícil permanecer enjaulado en un mismo sitio durante la juventud y anhelaba salir al mundo para conquistar el lugar que me correspondía en la sociedad. Ahora que se cumplían mis deseos, arrepentirse habría sido, sin duda alguna, una locura.

Dispuse de mucho tiempo para reflexionar sobre esos temas y otros muchos durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Al final, la

alta y blanca torre del campanario de la ciudad apareció con claridad ante mis ojos. Me apeé del tílburi y fui conducido a mi solitario apartamento, en el que me acomodé para pasar la noche.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y fui a ver a algunos de los principales profesores, entre los que destacaba el señor Krempe, catedrático de filosofía natural. El profesor me recibió con cordialidad y me hizo varias preguntas sobre mis conocimientos de las distintas disciplinas científicas que pertenecían a su asignatura. Mencioné, debo confesar que con inquietud y temblor, a los únicos autores que había leído sobre la materia. El profesor se me quedó mirando fijamente:

—¿De verdad se ha dedicado a estudiar esas tonterías?

Contesté afirmativamente. El señor Krempe siguió hablando acalorado.

—Cada minuto, cada instante que ha desperdiciado con esos libros es un minuto o un instante perdido. Tiene la cabeza llena de métodos superados y nombres inútiles. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué tierra baldía ha vivido usted sin que nadie haya tenido la amabilidad de informarle de que esas fantasías, de las que con tanto afán se ha embebido, tienen mil años de antigüedad y son tan viejas que ya crían malvas? No me esperaba, en estos tiempos de sabiduría y ciencia, encontrarme con un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Estimado señor mío, debe comenzar sus estudios partiendo de cero.

Tras su discurso, el catedrático escribió una lista de varios libros que versaban sobre filosofía natural y que quería que yo adquiriera, y se despidió de mí después de mencionar que a principios de la semana siguiente tenía el propósito de iniciar un curso de conferencias sobre filosofía natural y sus aspectos más generales, y que el señor Waldman, uno de sus colegas, disertaría sobre química los días que él faltara.

Regresé a casa, no del todo decepcionado, porque ya hacía tiempo que consideraba inútiles a aquellos autores que el catedrático había condenado con tanto ardor. Sin embargo, no me apetecía estudiar los libros que compré siguiendo sus indicaciones. El señor Krempe era un hombrecillo achaparrado, con una voz ronca y un semblante repulsivo; cualidades, que, como es lógico, no me predispusieron a favor de su doctrina. Por otro lado, las tesis de la filosofía natural moderna me inspiraban un profundo

desprecio. Eran tiempos muy distintos aquellos en que los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; sus objetivos, aunque estériles, eran grandiosos. Pero ahora el panorama había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a aniquilar aquellas expectativas en que se había basado fundamentalmente mi interés por la ciencia. Se me exigía que cambiara unos sueños de infinita grandeza por unas realidades de insignificante valor.

Tales fueron mis pensamientos durante los dos o tres primeros días que pasé casi en soledad. Sin embargo, a principios de la semana siguiente, pensé en lo que el señor Krempe me había comentado de las clases. Y, pese a que no me apetecía ir a escuchar a ese tipejo engreído soltando frases desde su púlpito, recordé lo que había dicho del señor Waldman, a quien todavía no conocía porque había estado fuera de la ciudad.

Movido por la curiosidad, y también porque no tenía nada mejor que hacer, me dirigí hacia el aula, adonde el señor Waldman entraría poco después. Ese profesor era muy diferente de su colega. Aparentaba unos cincuenta años y su aspecto transmitía una gran bondad. Tenía algunas canas en las sienes, aunque en la nuca conservaba el cabello negro. Era de corta estatura, pero se mantenía muy erguido, y su voz poseía una dulzura inigualable. Inició su conferencia con una recapitulación de la historia de la química y de los diversos éxitos que habían conseguido diversos hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de los descubridores más célebres. A continuación, realizó un somero repaso al estado actual de la ciencia y explicó muchos términos elementales. Finalmente, tras llevar a cabo algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna en unos términos que nunca olvidaré.

—Los antiguos maestros de esta ciencia prometieron cosas imposibles y nada consiguieron. Los maestros de la modernidad prometen muy poco; saben que no podemos transmutar los metales y que el elixir de la vida es una quimera. Sin embargo, estos filósofos, cuyas manos parecen destinadas a hurgar en la inmundicia y sus ojos a entregarse al microscopio o al crisol, han obrado milagros. Penetran en las partes más recónditas de la naturaleza y demuestran cómo funcionan sus mecanismos secretos. Han ascendido a los cielos, han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire

que respiramos. Han adquirido nuevos y casi ilimitados poderes. Saben gobernar los truenos del firmamento, reproducir un terremoto e incluso burlar al mundo invisible con sus propias sombras.

Salí tan satisfecho por la conferencia y por la buena impresión que me había causado el profesor que fui a visitarle esa misma noche. Sus modales en la intimidad resultaron ser incluso más dulces y atractivos que en público. Su porte digno al impartir la clase había sido un tanto envarado; en cambio, en su casa hizo alarde de una gran cordialidad y simpatía. El señor Waldman escuchó atento el breve relato que le hice de mis estudios y sonrió ante la mención de los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, aunque sin el desprecio que el señor Krempe había mostrado.

Me dijo:

—Los filósofos modernos deben al celo infatigable de esos hombres la base de sus conocimientos. Nos legaron una tarea mucho más sencilla: dar nuevos nombres, organizar y clasificar de forma conexa unos datos que, en buena medida, ellos sacaron a la luz. El trabajo de esos genios, aunque siguieran caminos erróneos, contribuyó en última instancia al decidido avance de la humanidad.

Escuché sus aseveraciones, que el científico realizó sin ninguna clase de presunción o amaneramiento, y luego añadí que su conferencia había terminado con mis prejuicios contra los químicos modernos. Aproveché entonces la ocasión para pedirle consejo sobre los libros que debía comprar.

—Estoy contento de haber ganado un discípulo —dijo el señor Waldman—; y si su tenacidad en el trabajo se equipara a su capacidad, no pongo en duda su triunfo. La química es la rama de la filosofía natural donde mayores logros se han obtenido y se obtendrán. Por esa razón me he dedicado a su estudio, aunque sin descuidar el resto de las disciplinas científicas. Resultaría ciertamente patético el químico que tan solo se limitara a esa parcela del saber humano. Si lo que desea usted es convertirse en un auténtico científico, y no solo en un experimentador insignificante, le aconsejo que se dedique a todas las disciplinas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Me condujo a su laboratorio y allí me explicó el funcionamiento de diversas máquinas. Me dio unos cuantos consejos sobre los instrumentos

que debía adquirir y me prometió que me dejaría utilizar los suyos cuando hubiera progresado lo suficiente en mis conocimientos científicos como para no estropear su mecanismo. Después de proporcionarme la lista de libros que le había pedido, me marché.

De ese modo concluyó para mí un día memorable, que decidiría mi futuro destino.

III

A partir de entonces la filosofía natural, y sobre todo la química, en el más extenso sentido de la palabra, se convirtieron en mi única ocupación. Leí con fruición las obras de mayor erudición y criterio que los investigadores modernos habían escrito sobre la materia. Asistí a las clases universitarias de los científicos y cultivé su trato. Incluso descubrí en el señor Krempe grandes dosis de sentido común y genuina información, combinadas, es cierto, con una fisonomía y unos modales repulsivos que sin embargo no empañaban su gran mérito. En el señor Waldman encontré a un verdadero amigo. Su cortesía nunca dejaba aflorar dogmatismo alguno; y enseñaba con un aire de franqueza y buena predisposición muy alejado de la pedantería. Quizá el carácter afable de ese hombre influyó más en mi decisión de dedicarme a la disciplina de la filosofía natural que él impartía que un amor intrínseco por esa ciencia en particular. Esa predisposición anímica duró tan solo lo que mis primeros pasos en el camino del saber: cuanto más me adentraba en la ciencia, con mayor exclusividad me entregaba a ella, y solo a ella. Mi dedicación al estudio, que en un principio fue inspirada por el deber y la determinación, se volvió tan entusiasta y ferviente que no era inusual que mientras trabajaba en el laboratorio viera desaparecer las estrellas con la luz del alba.

Dada mi absoluta entrega, ya habrá deducido que progresé con gran rapidez. Mi pasión causaba asombro entre los estudiantes y mis aptitudes, admiración entre el profesorado. El catedrático Krempe siempre me preguntaba, con una sonrisa ladina, cómo me iba con Cornelio Agripa, mientras que el señor Waldman manifestaba su más sincero entusiasmo ante

mis progresos. Pasé dos años sin ir a Ginebra, dedicándome en cuerpo y alma a la investigación de ciertos hallazgos que esperaba lograr. Tan solo aquellos que han vivido la experiencia son capaces de imaginar los atractivos que ofrece la ciencia. En las demás disciplinas nos limitamos a llegar a donde otros ya han llegado antes, y después no hay más. La investigación científica, sin embargo, ofrece abundante material para alentar nuevos descubrimientos e increíbles maravillas. Una mente de inteligencia moderada que se dedique por completo al estudio de una sola disciplina alcanzará, sin lugar a dudas, una gran maestría en ese determinado estudio; y en mi caso, que no cesaba de consagrarme a un único objeto de investigación, que me absorbía por completo, aprendí con tanta rapidez que, al cabo de dos años, logré perfeccionar ciertos instrumentos químicos, hallazgo que me procuró la estima y la admiración del círculo universitario. En esa época, la teoría y la práctica de la filosofía natural que impartían los profesores en Ingolstadt me resultaban tan conocidas que mi estancia en la universidad ya no me deparaba la posibilidad de perfeccionar mis conocimientos. Estaba empezando a considerar si debía regresar junto a mis seres queridos, a mi pueblo natal, cuando un incidente prolongó mi estancia.

Uno de los fenómenos que había atraído mi atención en particular era la estructura del cuerpo humano y, por supuesto, la de cualquier animal vivo. Me preguntaba a menudo sobre el origen de la vida. Era una cuestión muy atrevida, y que siempre se había considerado de misteriosa respuesta. Yo me preguntaba, sin embargo, cuántas cosas no habríamos llegado conocer si la cobardía o la negligencia no hubieran limitado nuestras investigaciones. Empecé a darle vueltas a la idea y decidí que a partir de entonces me dedicaría en especial a aquellas disciplinas de la filosofía natural relacionadas con la fisiología. Si no me hubiera animado un entusiasmo casi sobrenatural, mi dedicación al estudio me habría causado una desazón casi intolerable. Para analizar las causas de la vida, primero tenemos que recurrir a la muerte. Cuando me hube familiarizado con la anatomía, vi que esa ciencia me resultaba insuficiente. Tenía que observar la decadencia y la corrupción naturales del cuerpo humano. Mi padre había tomado toda clase de precauciones en mi educación para que ningún terror sobrenatural

impresionara mi mente. No recuerdo que temblara jamás de miedo al oír historias de supercherías, ni que pensara que era posible que los espíritus se aparecieran. La oscuridad no hacía mella en mi fantasía, y para mí un cementerio era meramente el lugar adonde llevaban los cuerpos que habían sido privados de la vida y que habían pasado de ser el santuario de la belleza y la salud a convertirse en pasto de los gusanos. A partir de entonces, decidí dedicarme a analizar la causa y el progreso de tal decadencia y me obligué a trabajar de sol a sol en panteones y osarios. El objeto de mi atención resultaba insoportable para la sensibilidad de los sentidos humanos. Vi la degradación y la destrucción de la delicada forma humana; presencié cómo la corrupción de la muerte vencía al tenor floreciente de la vida; advertí cómo el gusano heredaba maravillas como el ojo y el cerebro. Me entretuve en examinar y analizar los pormenores de la causalidad ejemplificados en el cambio que acontece al pasar de la vida a la muerte, y de la muerte a la vida, hasta que, sumido en esa oscuridad, se hizo una luz repentina; una luz tan brillante y prodigiosa, a la vez que tan simple que, mientras acusaba el vértigo ante la inmensidad de las perspectivas que se abrían ante mí, me sorprendió el hecho de que, entre tantos hombres sabios dedicados a investigar la misma ciencia, solo a mí me hubiera estado reservado el descubrimiento de un secreto tan asombroso.

Recuerde, sin embargo, que no estoy describiendo las alucinaciones de un loco. El sol brilla en el firmamento con la misma certeza con que afirmo que mi relato es verdadero. Quizá lo conseguí de milagro, aunque debo confesar que las distintas etapas de mi experimento fueron precisas y viables. Tras varios días con sus noches de increíbles esfuerzos y fatigas, descubrí con éxito la causa de la generación y la vida. Es más, fui capaz de conferir la vida a la materia inanimada.

El asombro que al principio sentí por mi descubrimiento no tardó en dar paso a la alegría y al entusiasmo. Tras tantos años de penosos esfuerzos, la repentina culminación de mis anhelos fue el modo más gratificante de consumar ese arduo trabajo. No obstante, el hallazgo fue tan magnífico y sobrecogedor que prescindí de todos los pasos que me habían conducido a él de un modo paulatino y consideré tan solo el resultado. Tenía a mi alcance el fruto del estudio y del deseo de los hombres más sabios que han

existido desde la creación del mundo. No quiero decir con ello que se me revelara aquel misterio como por arte de magia. Al contrario, la naturaleza de la información que había obtenido me obligaba a centrar mis esfuerzos en los pasos que me llevarían a la consecución del objeto de mi investigación más que a desvelar ese objeto. Era como la historia de aquel árabe que fue enterrado con los muertos[*] y descubrió un pasadizo gracias a una sola luz brillante y en apariencia insuficiente que le guio hasta su salvación.

Veo, amigo mío, a juzgar por su afán y por la sorpresa y la esperanza que expresan sus ojos, que espera que le cuente el secreto que me ha sido revelado. ¡Ni lo sueñe! Escuche con paciencia mi historia hasta el final y comprenderá entonces por qué me muestro tan reservado en este tema. No seré yo quien le guíe, con la imprudencia y el apasionamiento que me caracterizaban en esos días, a una destrucción y una desgracia seguras. Aprenda, si no de mis consejos, al menos de mi ejemplo, lo peligroso que puede resultar adquirir el conocimiento, y que es más feliz el hombre que considera a su pueblo natal el mundo entero en lugar del que aspira a superar los límites establecidos por su propia naturaleza.

Cuando descubrí que tenía en mis manos un poder tan inconcebible, pasé mucho tiempo valorando la manera en que debía utilizarlo. A pesar de que era capaz de animar la materia y convertir un cuerpo en el receptáculo de mis experimentos, aquella obra seguía revistiendo una dificultad y un esfuerzo inconcebibles dada la complejidad que representaba trabajar con fibras, músculos y venas. Al principio tuve mis dudas sobre si debería intentar crear un ser a mi semejanza o dedicarme a otro cuerpo que pudiera organizarse de un modo más simple. Mi imaginación se hallaba tan exaltada ante ese primer éxito que no fui capaz de dudar de mi capacidad de otorgar la vida a un animal tan complejo y maravilloso como es el hombre. Los materiales que tenía a mi alcance en aquel entonces eran del todo inadecuados para tan titánica empresa, pero la certeza de que al final triunfaría jamás me abandonó. Me preparé para sufrir un gran número de reveses; quizá mis operaciones se saldarían con continuos fracasos y, al final, mi obra sería imperfecta. No obstante, cuando consideraba el periódico avance de la ciencia y la mecánica, me animaba pensando que

mis intentos al menos constituirían la base que determinaría futuros éxitos. Por otro lado, tampoco me planteaba que la magnitud y la complejidad de mi plan fueran razón suficiente para impedirme llevarlo a la práctica. En ese estado de ánimo empecé la creación de un ser humano. Dado que la pequeñez de las partes representaba un inconveniente para mi veloz ritmo de trabajo, decidí, contrariamente a mi primera intención, crear un ser de una estatura gigantesca; es decir, de casi dos metros y medio de altura y de medidas proporcionales. Tras haberme visto obligado a tomar tal determinación, y haber pasado varios meses reuniendo y disponiendo los materiales con éxito, inicié mi tarea.

Nadie puede concebir la amalgama de sentimientos que se apoderó de mí como un huracán, llevado por el primer entusiasmo que resulta del éxito. La vida y la muerte me parecían límites ilusorios que ante todo debía romper para dejar que fluyera un torrente de luz en nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como a su creador y su origen. Esas magníficas y felices criaturas naturales estarían en deuda conmigo por haberles concedido el ser. No habría padre en la Tierra que pudiera exigir la gratitud de su hijo con el mismo fervor que yo merecía. Siguiendo el hilo de tales reflexiones, pensaba que, si podía otorgar la vida a la materia inanimada, con el tiempo quizá podría devolver la vida a los cuerpos que la muerte parecía haber consagrado a la corrupción (aunque en la actualidad sé que eso es imposible).

Esos pensamientos me insuflaban ánimos mientras proseguía mi tarea con una pasión incansable. El estudio confirió una enfermiza palidez a mi rostro y el aislamiento fue la causa de que mi cuerpo se consumiera. A veces, a punto de hallar la certeza, fracasaba. No obstante, seguía aferrado a la ilusión que el día siguiente, o la hora siguiente, pudieran concederme. El secreto que solo yo conocía era la esperanza a la que me había consagrado; y la luna contemplaba mis trabajos nocturnos mientras, con un afán incansable e inasequible al desaliento, me dedicaba a perseguir a la naturaleza hasta sus más recónditos vericuetos. ¡Es imposible concebir el horror de mi secreto calvario mientras hurgaba entre la inmundicia de las humedades impías de la tumba o torturaba animales vivos para infundir vida a la arcilla inanimada! Ahora me tiemblan las piernas y el recuerdo

nubla mi mirada, pero en aquellos tiempos un impulso infatigable y casi frenético me impelía a seguir adelante; parecía que mi espíritu y mis sentidos solo existieran para aquel único propósito. Lo cierto es que fue un trance pasajero, del que salí con una renovada conciencia de mi ser cuando, una vez superado aquel estímulo artificial, logré recuperar mis antiguos hábitos. Rebuscaba huesos en los osarios y perturbaba, con profanos dedos, los tremendos secretos del cuerpo humano. En unas dependencias solitarias o, mejor dicho, en una celda situada en la planta superior de la casa, separada del resto de los apartamentos por una galería y una escalera, establecí mi taller de creación macabra. Se me desorbitan los ojos cuando repaso los pormenores de mi obra. La sala de disecciones y el matadero me proporcionaron la mayor parte de los materiales; y varias fueron las veces en que mi naturaleza humana, aunque apremiada por un ansia que no cesaba de aumentar a medida que mi obra estaba próxima a concluir, se apartó con repugnancia de la tarea.

Pasaron los meses de verano y yo seguía ocupado, en cuerpo y alma, en un único propósito. Fue la estación más hermosa del año; los campos habían dado una generosa cosecha y las viñas procurado una vendimia abundante, pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que ofuscaban mis sentidos también propiciaron que olvidara a aquellos amigos ausentes que se hallaban a muchos kilómetros de distancia y a quienes no había visto desde hacía tanto tiempo. Sabía que mi silencio los inquietaba. Recordaba muy bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras te sientas a gusto pensarás en nosotros con cariño y tendremos noticias tuyas con regularidad. Deberás perdonarme, sin embargo, si juzgo la interrupción de tu correspondencia como una prueba de que has descuidado también tus otros deberes».

Por consiguiente, sabía muy bien cuáles serían los sentimientos de mi padre, pero no podía apartar mis pensamientos de la tarea que me ocupaba, la cual, aun siendo repulsiva por sí misma, se había apoderado de mi mente de un modo irresistible. Deseé, y mis deseos se cumplieron, aplazar todo aquello que tuviera que ver con los sentimientos de cariño hasta haber culminado mi gran objetivo, frente al cual habían sucumbido todos y cada uno de mis hábitos personales.

En esos momentos pensé que mi padre era injusto cuando atribuía mi negligencia en el trato a la posibilidad de que me hubiera abandonado al vicio o cometido alguna falta. Ahora, sin embargo, estoy convencido de que tenía sus razones para deducir que su hijo no se hallaba completamente libre de culpa. El ser humano que quiera conseguir la perfección tiene que conservar siempre la mente serena y tranquila, y jamás permitir que la pasión o los deseos pasajeros perturben su serenidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a la regla. Si el estudio al que nos dedicamos tiende a debilitar nuestros afectos y a destruir el gusto por los placeres sencillos que no precisan de otros disfrutes, nuestra investigación sin duda será ilícita, es decir, inapropiada para la mente humana. Si siempre se cumpliera esta regla, si ningún hombre permitiera que cualquier objetivo interfiriera en la tranquilidad del cariño familiar, Grecia no habría sido reducida a la esclavitud, César habría conservado su imperio, la colonización de América se habría realizado de forma más gradual y no se habrían destruido los imperios de México y Perú.

Me doy cuenta, sin embargo, de que me he puesto a moralizar en la parte más interesante de mi relato, y su mirada me ha hecho recordar que debo seguir con mi narración.

Mi padre no me dirigió reproche alguno en sus cartas, y solo advirtió mi silencio cuando preguntaba por los detalles de mi trabajo.

La primavera sucedió al invierno y el verano me sorprendió concentrado en mi tarea. No me había fijado en las flores ni las hojas que habían brotado (visión que en el pasado siempre me procuró un placer exquisito), de tan profundamente absorto que me hallaba en mi investigación. Las hojas de ese año se secaron antes de que pudiera concluir mi obra; y el paso del tiempo me fue mostrando con mayor claridad que el éxito sonreiría a mi empresa. No obstante, la ansiedad entibiaba mi entusiasmo y me asemejaba más a los esclavos condenados a trabajar con penuria en las minas, o en cualquier otro lugar malsano, que a un artista consagrado a su ocupación preferida. Por la noche padecía febrícula, y me convertí en un hombre nervioso hasta extremos dolorosos, enfermedad que lamentaba profundamente porque hasta entonces había disfrutado de una salud excelente y siempre había presumido de la templanza de mis nervios.

Aun así, pensaba que el ejercicio y la diversión pronto alejarían de mí esos síntomas, y me prometí disfrutar de ambos cuando concluyera mi obra.

IV

Una espantosa noche de noviembre contemplé el resultado de mis arduos esfuerzos. Con una angustia que devino agonía, distribuí los instrumentos de la vida frente a mí para intentar infundir una chispa de ser al objeto inanimado que yacía a mis pies. Era ya la una de la noche. Una lluvia lúgubre golpeaba los cristales y la vela estaba a punto de apagarse cuando, iluminado por el resplandor de la casi consumida luz, vi que el ojo amarillento y mortecino de la criatura se abría; respiró con dificultad y agitó sus miembros con un movimiento convulso.

¿Cómo describiría mis emociones al ser testigo de tal catástrofe? ¿Cómo podría describir al miserable ser que, con infinitos sufrimientos y cuidados, me había empeñado en formar? Sus extremidades eran proporcionadas y había procurado que sus rasgos fueran bellos. ¡Bellos, digo! ¡Dios del cielo! Su cerúlea piel apenas disimulaba la disposición de los músculos y las arterias que cubría; su pelo era de un negro reluciente, largo y suelto; los dientes, de una blancura perlada. Tanta exuberancia, sin embargo, solo hacía que realzar de un modo más horrible sus ojos vidriosos, que parecían tener el mismo color que las pardas cuencas blanquecinas donde se alojaban, su arrugada tez y los finos y negruzcos labios.

Los diversos imprevistos de la vida no son tan mudables como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado duro cerca de dos años con el solo propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Esa meta me había privado del debido descanso y mi salud se había resentido. Anhelé alcanzar mis fines con una pasión carente de toda mesura. Al terminar mi obra, sin embargo, la belleza del sueño se desvaneció y me

embargaron un intenso terror y repulsión. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí huyendo de la celda y me refugié en mi dormitorio, donde pasé un buen rato caminando arriba y abajo, incapaz de serenar mi mente para conciliar el sueño. Al final el cansancio venció a la impetuosidad, y me tendí sobre la cama con la ropa puesta intentando concederme unos instantes de olvido. Fue en vano. Cierto es que dormí, pero el sueño más terrible que haya tenido jamás vino a perturbar mi reposo. En él creí ver a Elizabeth, caminando lozana por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abracé, pero al rozarla con mi beso sus labios adquirieron la lividez de la muerte. De repente fue como si sus rasgos cambiaran y sentí que entre mis brazos sostenía el cadáver de mi madre muerta. Un sudario envolvía su cuerpo y vi cómo los gusanos de las tumbas se arrastraban por los pliegues de la tela. Desperté al instante de mi pesadilla, horrorizado. Un frío sudor perlaba mi frente, los dientes me castañeteaban y mis extremidades se agitaban presas de la convulsión; entonces, a la pálida y amarillenta luz de la luna que se filtraba a través de las persianas, contemplé al desgraciado: el miserable monstruo que yo había creado. La criatura levantó la cortina del dosel de la cama y fijó sus ojos, si así puedo llamarlos, en mí. Abrió la boca y emitió un conjunto de sonidos inarticulados mientras una sonrisa le hendía las mejillas. Tal vez me hablara, aunque yo no lo oí. Tendía una mano hacia mí, como si quisiera retenerme, pero escapé y bajé corriendo las escaleras. Me refugié en el patio de la casa donde vivía y allí pasé la noche, caminando de un lado a otro presa de la más extrema agitación, escuchando atento, captando y temiendo cada sonido como si fuera a anunciar la llegada del cadáver demoníaco al cual, fatalmente, yo había dado la vida.

¡Ay de mí! Ningún mortal podría soportar el horror de ese semblante. Ni siquiera una momia devuelta a la vida podría ser tan repugnante como ese desdichado. Yo lo había contemplado cuando todavía no estaba terminado, y ya inspiraba espanto; pero cuando esos músculos y esas articulaciones adquirieron la facultad de moverse, aquel ser se convirtió en algo tan indescriptible que ni siquiera Dante habría sido capaz de concebir nada igual.

Pasé una noche pavorosa. En ocasiones el pulso me iba tan rápido y fuerte que notaba las palpitaciones de cada arteria; otras veces casi caía postrado al suelo por la languidez y la debilidad extrema. Consternado por el horror, vivía asimismo la amargura del desencanto. Los sueños que me habían alimentado y procurado plácido descanso durante tanto tiempo se trocaban en un infierno. El cambio había sido tan rápido… ¡tan completa la derrota!

Un alba sombría y húmeda precedió finalmente a la mañana, y descubrió ante mis doloridos e insomnes ojos la iglesia de Ingolstadt y la blanca torre del campanario, cuyo reloj marcaba las seis. El portero abrió los portones del patio que esa noche me había servido de refugio, y salí a la calle con paso apresurado, como si pretendiera evitar que el infortunado a quien temía toparme a cada vuelta de la esquina me saliera al encuentro. No me atrevía a regresar al apartamento donde vivía. Mi impulso fue echar a correr, a pesar de que la lluvia, que caía torrencial de un negro y desapacible cielo, no tardó en empapar mis ropas.

Seguí caminando durante un rato para intentar que el ejercicio me librara de la tensión a que se había visto sometida mi mente. Atravesaba las calles sin tener la más remota idea de dónde me encontraba ni adónde me dirigía. Mi corazón palpitaba enfermo de miedo y yo seguía apresurándome con paso indeciso, sin atreverme a mirar alrededor:

> *Como aquel que, en un camino solitario,*
> *camina con temor y miedo,*
> *y, tras volverse una vez, sigue andando,*
> *sin mirar atrás*;
> *porque sabe que un terrible demonio*
> *a su espalda aproxima el paso*[*].

Proseguí mi marcha y al final llegué frente a la posada donde solían detenerse las diligencias y los carruajes. Me detuve, sin saber por qué, y me quedé mirando con detenimiento un coche que venía en mi dirección desde el otro extremo de la calle. Al aproximarse, vi que se trataba de la diligencia de Suiza. El vehículo se detuvo justo donde yo me encontraba y, cuando

abrieron la puerta, reconocí a Henry Clerval, quien al verme saltó raudo del coche.

—¡Mi querido Frankenstein! ¡Qué contento estoy de verte! ¡Qué suerte que estés aquí en el momento preciso de mi llegada!

La alegría que sentí al ver a Clerval fue incomparable. Su presencia me hizo pensar en mi padre, en Elizabeth y en todas las escenas familiares que tan queridas eran a mi memoria. Tomé su mano, y al instante había olvidado ya mi terror y mi infortunio. De repente, y por primera vez en muchos meses, sentí una alegría serena y tranquila. Así pues, di a mi amigo la más cordial bienvenida y nos encaminamos hacia mi facultad. Clerval siguió hablando durante un rato de nuestros amigos mutuos y de la suerte que había tenido al obtener permiso para ir a Ingolstadt.

—Supongo que ya te imaginas lo difícil que me resultó convencer a mi padre de que un comerciante no tiene necesariamente que entender solo de contabilidad. Créeme si te digo que se mostró bastante escéptico porque, ante mis incansables súplicas, no dejaba de repetir las mismas palabras que pronunciaba el maestro holandés de *El vicario de Wakefield*: «Gano diez mil florines al año sin saber griego y como con buen apetito sin saber griego». No obstante, al final, el afecto que siente por mí superó el rechazo que le provoca el estudio y obtuve su permiso para emprender un viaje que me permitirá descubrir la tierra del conocimiento.

—¡No sabes cuánto me alegra verte! Dime, ¿cómo se encontraban mi padre, mis hermanos y Elizabeth cuando te marchaste?

—Muy bien, y muy contentos, solo un poco inquietos al no saber gran cosa de ti. Por cierto, tengo la intención de sermonearte un poco en nombre de ellos, pero… Querido Frankenstein… —Clerval se detuvo y clavó sus ojos en mi semblante—. No me había dado cuenta de que pareces estar enfermo, tan delgado y pálido… Es como si hubieras pasado varias noches en vela.

—Lo has adivinado. Estos últimos meses he estado tan enfrascado en una tarea que, como puedes ver, no me ha permitido descansar como es debido; sin embargo, espero, y lo espero con todas mis fuerzas, que mis trabajos hayan concluido ya y que finalmente pueda considerarme libre.

Temblaba sobremanera y me resultaba insoportable pensar o hablar de los sucesos de la noche anterior. Apresuré el paso y no tardamos en llegar a la facultad. Se me ocurrió entonces, y la idea me estremeció, que la criatura que había dejado en mi apartamento quizá siguiera allí, viva, moviéndose con libertad por mis habitaciones. Temía encontrarme cara a cara con el monstruo, pero me causaba mayor horror la idea de que Henry lo viera. Así pues, pedí a mi amigo que me esperara unos minutos al pie de la escalera y subí a toda prisa a mis dependencias. No conseguí controlarme hasta que mi mano reposó en la cerradura de la puerta. Me quedé quieto y noté que un sudor frío se apoderaba de mí. Abrí la puerta con decisión, como acostumbran a hacer los niños cuando esperan encontrar un fantasma al otro lado, pero no había nadie. Entré con cautela, aterrorizado. El apartamento estaba vacío y mi dormitorio se hallaba libre de la presencia del monstruoso huésped. Apenas daba crédito a mi buena suerte. Cuando comprobé que mi enemigo había huido, corrí a buscar a Clerval dando saltos de alegría.

Subimos a mis habitaciones y el criado nos trajo el desayuno. Sin embargo, yo era incapaz de controlarme. No era solo la alegría lo que me dominaba. El exceso de sensaciones me provocaba un hormigueo en la piel y el pulso se me aceleraba. Era incapaz de permanecer quieto en el mismo lugar más de un minuto. Saltaba de silla en silla, daba palmadas y reía a carcajadas. Al principio, Clerval atribuyó mi especial estado de ánimo a la alegría que sentía por su llegada, pero cuando me observó con mayor detenimiento vio una fiereza en mis ojos que no supo explicarse; y mis carcajadas, desaforadas e inhumanas, lo asustaron y le dejaron atónito.

—¡Querido Victor! —exclamó Clerval—. ¿Qué sucede, por el amor de Dios? No rías de ese modo. ¡Qué enfermo estás! ¿Cuál es la causa de todo esto?

—¡No me preguntes! —chillé, tapándome los ojos porque había creído ver al temido espectro colarse en la habitación—. ¡Es él quien te lo dirá! ¡Oh, sálvame, sálvame…! —Imaginé que el monstruo me atrapaba y me debatí con furia hasta caer presa de un ataque.

¡Pobre Clerval! ¿Cuáles debieron de ser sus sentimientos? Nuestro encuentro, que tanta alegría le deparaba, le había dejado un extraño regusto

amargo. Aun así, no fui testigo de su dolor porque estuve inconsciente y no recuperé el sentido hasta mucho después.

Ese incidente marcó el comienzo de una fiebre nerviosa que me tuvo confinado varios meses. Durante todo ese tiempo, Henry fue la única persona que me cuidó. Luego me enteraría de que, dada la avanzada edad de mi padre y lo inconveniente que le habría resultado emprender un viaje tan largo, por no hablar de lo desgraciada que se habría sentido Elizabeth al enterarse de mi enfermedad, Clerval les evitó el sufrimiento ocultándoles la gravedad de mi trastorno. Mi amigo sabía que nadie podría haberme cuidado con la amabilidad y la atención que él podía dispensarme y, resuelto a no perder las esperanzas en mi recuperación, estaba seguro de que, lejos de causarles perjuicio alguno, actuaba con la mayor nobleza en lo que concernía a los intereses de mi familia.

Yo estaba realmente muy enfermo, y solo las constantes y desinteresadas atenciones de mi amigo fueron capaces de devolverme a la vida. Ante mis ojos aparecía siempre la figura del monstruo al que había conferido la existencia, formando parte de mis incesantes delirios. Sin duda mis palabras debieron de sorprender a Henry. Al principio creyó que serían los desvaríos de una imaginación perturbada, pero mi recurrente insistencia sobre el tema terminó por convencerle de que mi trastorno tenía su origen en algún acontecimiento terrible e inusual.

De forma muy lenta y gradual, y con frecuentes recaídas que alarmaban y entristecían a mi amigo, me recuperé. Recuerdo que la primera vez que fui capaz de observar con cierto placer los objetos que me rodeaban me di cuenta de que las hojas muertas habían desaparecido y que apuntaban tiernos brotes en los árboles que daban sombra a mi ventana. Fue una primavera preciosa, y la estación contribuyó en gran medida a acelerar mi convalecencia. Los sentimientos de dicha y de afecto afloraron de nuevo en mi corazón. Mi tristeza desapareció y no tardé en recuperar la alegría de antes de que me abrumara aquella pasión fatal.

—¡Mi queridísimo Clerval! ¡Qué amable y bueno eres conmigo! Todo este invierno, en lugar de dedicarlo al estudio, como te habías prometido, lo has malgastado en esta habitación de enfermo. ¿Cómo podré

recompensarte? Siento tremendos remordimientos por la decepción que te pueda haber causado, pero espero que sabrás perdonarme.

—Me daré por satisfecho si no vuelves a recaer y procuras recuperarte con rapidez. Por cierto, te veo de tan buen humor que supongo que puedo hablarte de un asunto.

Me estremecí. ¡Un asunto! ¿De qué podría tratarse? ¿Se refería a una cosa en la que no me atrevía siquiera a pensar?

—Tranquilízate —dijo Clerval, que se había percatado del cambio de color que había experimentado mi rostro—. No hablaré de ello, si eso te inquieta. Pero tu padre y tu prima se pondrían muy contentos si recibieran una carta de tu puño y letra. Desconocen que has estado muy enfermo y les intranquiliza tu largo silencio.

—¿Eso es todo? ¡Mi querido Henry! ¿Cómo has podido imaginar que mi primer pensamiento no sería acudir presto a reunirme con mis queridísimos familiares, a quienes tanto quiero y que tanto merecen mi amor?

—Si ese es tu ánimo, amigo mío, quizá te alegrará ver la carta que hace días dejé aquí para que leyeras. Creo que es de tu prima.

V

Entonces Clerval me entregó la siguiente carta:

A la atención de V. Frankenstein

Querido primo:

No sabría describirte la intranquilidad en que nos han sumido las noticias sobre tu salud. No podemos evitar pensar que tu amigo Clerval nos oculta la gravedad de tu trastorno, porque hace varios meses ya que no recibimos ni una sola carta escrita de tu puño y letra, por no mencionar el hecho de que durante todo este tiempo te has visto obligado a dictar las cartas a Henry. Estoy segura, Victor, de que debes de haber estado gravemente enfermo. Tu estado nos llena de profundo pesar, casi hasta el punto de revivir la amargura que sentimos al morir tu querida madre. Mi tío estaba convencido de que tu enfermedad revestía peligro, y nos costó mucho impedirle que viajara a Ingolstadt. Clerval insiste en decir que te estás recuperando, y espero con ansia que pronto confirmes sus noticias de tu puño y letra. Te aseguro, Victor, que este asunto nos entristece mucho a todos. Disipa nuestros temores y nos harás los seres más felices del planeta. Tu padre se ha restablecido tanto desde el último invierno que aparenta diez años menos. Ernest también ha mejorado mucho, y apenas lo reconocerías. Está a punto de cumplir los dieciséis y ha perdido ese aspecto enfermizo que tenía hace años. Se ha convertido en un muchacho robusto y lleno de vida.

Anoche estuve hablando largo y tendido con mi tío sobre la profesión a la que debería dedicarse Ernest. Las enfermedades infantiles le privaron del hábito del estudio y, ahora que goza de buena salud, siempre está al aire libre, escalando montañas o remando en el lago. He propuesto que fuera granjero, algo que ya sabes, querido primo, que es una de las ideas que más me agradan. La vida del granjero es feliz y muy saludable, y es el oficio que menos sufrimientos depara o, mejor dicho, el que mayores beneficios reporta. Mi tío acariciaba la idea de que Ernest estudiara abogacía y que, por intermediación suya, pudiera llegar a ser juez. No obstante, y al margen de que esa profesión no es en absoluto adecuada para él, creo que es más encomiable cultivar la tierra para alimentar al hombre que ser el confidente, y a veces el cómplice, de sus vicios, porque en eso radica la profesión de todo abogado. Le dije que las tareas de un granjero próspero, si no más honorables, al menos son mucho más gratificantes que las de un juez, cuya desgracia consiste en tener que convivir siempre con la faceta más oscura de la naturaleza humana. Mi tío sonrió y me comentó que era yo la que tendría que haber sido abogado, frase con la que dimos por zanjado el asunto.

Tengo que contarte una anécdota que te complacerá y puede incluso que te divierta. ¿Recuerdas a Justine Moritz? Quizá no la recuerdes, así que te explicaré su historia en pocas líneas. Madame Moritz, su madre, era una viuda con cuatro hijos, y Justine era la tercera. La muchacha siempre había sido la preferida de su padre, aunque, por una rara perversidad, su madre no podía soportarla. Tras la muerte del señor Moritz, la mujer empezó a maltratarla. El hecho no pasó desapercibido a mi tía, quien, cuando Justine cumplió doce años, convenció a su madre para que autorizara a la niña a vivir en casa. Las instituciones republicanas de nuestro país son las responsables de nuestras costumbres, más sencillas y felices que las que predominan en las grandes monarquías circundantes. Por ello existe una distinción menos marcada entre las diferentes clases sociales de la población y, como los estamentos inferiores no son tan

pobres ni tan despreciables, nuestras costumbres son más refinadas y moralistas. Un criado en Ginebra no puede equipararse a uno que trabaje en Francia o Inglaterra. Justine, que entró en nuestra familia en tal condición, aprendió los deberes del servicio, ocupación que, en nuestro afortunado país, no implica ser ignorante ni tener que renunciar a la dignidad del ser humano.

Después de lo que acabo de contarte, seguro que ya recuerdas a la heroína de mi relato, porque Justine era muy de tu agrado. Me viene a la memoria que en una ocasión me comentaste que, cuando te encontrabas de mal humor, una sola mirada de Justine podía disiparlo, por la misma razón que Ariosto da importancia a la belleza de Angelica: por su apariencia franca y risueña. Mi tía le cogió mucho cariño y por eso quiso darle una educación superior a la que en principio le estaba destinada. Tal generosidad fue debidamente recompensada, pues Justine era la criatura más agradecida del mundo. No quiero decir con ello que lo reconociera abiertamente; de hecho, jamás le oí pronunciar ningún comentario por el estilo, pero en sus ojos advertías que adoraba a su protectora. A pesar de ser de un talante alegre, y en muchos sentidos algo atolondrada, prestaba la máxima atención a cada uno de los ademanes de mi tía. La consideraba un modelo de virtudes y se esforzaba en imitar su manera de hablar y sus modales, hasta tal punto que incluso ahora a menudo me la recuerda.

Cuando mi querida tía falleció, todos anduvimos demasiado ocupados en nuestro propio duelo para reparar en la pobre Justine, que la había cuidado durante su enfermedad con la máxima entrega. La pobre Justine cayó enferma de gravedad, pero todavía la aguardaban mayores sufrimientos.

Sus hermanos y su hermana fueron muriendo uno tras otro, y la madre, con la salvedad de la hija a la que había desatendido, se quedó sin descendencia. La mujer empezó a tener problemas de conciencia y a pensar que las muertes de sus preferidos eran un castigo de Dios por haberse mostrado tan parcial en sus afectos. Era católica romana, y creo que su confesor fue el responsable de avivar esa idea en ella. Al

cabo de unos meses de tu partida a Ingolstadt, la arrepentida madre reclamó a Justine. ¡Pobre muchacha! ¡Si vieras cómo lloraba cuando se marchó de casa…! La muerte de mi tía la había afectado mucho y el dolor había conferido dulzura y una seductora afabilidad a sus modales, que en el pasado habían destacado por su vivacidad. La estancia en la casa materna, por otro lado, no contribuyó precisamente a devolverle la alegría. Aquella pobre mujer era muy voluble en su arrepentimiento. A veces imploraba a Justine que le perdonara su ingratitud, pero con mayor frecuencia la acusaba de haber causado la muerte de sus hermanos. A la larga, los incesantes tormentos hicieron mella en la salud de la señora Moritz, y eso la volvió más irritable aún si cabe; pero ahora por fin descansa en paz. Murió con los primeros embates del frío, a principios del invierno pasado. Justine ha regresado con nosotros, y te aseguro que me inspira una gran ternura. Es muy inteligente y amable, y realmente preciosa. Ya te he mencionado que su rostro y sus expresiones siempre me recuerdan a mi querida tía.

Asimismo, querido primo, me gustaría hablarte de nuestro pequeño y amado William. ¡Ojalá pudieras verlo! Es muy alto para su edad, con ojos azules dulces y risueños, pestañas oscuras y pelo rizado. Cuando sonríe, dos hoyuelos se le dibujan en sus sonrosadas y lozanas mejillas. Ha tenido ya un par de «novias», aunque Louisa Biron, una hermosa niña de cinco años, es su preferida.

Y ahora, querido Victor, permíteme que te cuente algunas habladurías sobre nuestros conocidos de Ginebra. La hermosa señorita Mansfield ya ha recibido las felicitaciones por su próximo enlace con un joven inglés, el señor John Melbourne. Su fea hermana, Manon, se casó el pasado otoño con el señor Duvillard, el rico banquero. Tu mejor amigo de la escuela, Louis Manoir, ha sufrido bastantes contratiempos desde la marcha de Clerval, pero ya ha recuperado el ánimo. Dicen que va a casarse con una francesa muy bella y bien dispuesta, madame Tavernier, que es viuda y mucho mayor que él, aunque es muy admirada y goza de buena reputación.

Te he escrito con el mejor de los ánimos, mi querido primo. Sin embargo, no logro ocultar mi aprensión al volver a preguntar por tu salud. Querido Victor, si no estás muy enfermo, escríbenos. Nos harás muy felices a todos, sobre todo a tu padre. En caso contrario… no puedo pensar en lo contrario; solo con imaginarlo ya se me saltan las lágrimas. Adiós, mi muy querido primo.

Elizabeth Lavenza
Ginebra, 18 de marzo de 17…

—¡Querida, mi queridísima Elizabeth! —exclamé tras leer su carta—. Escribiré inmediatamente para liberarles de la angustia que deben de sentir.

Redacté mi carta y la actividad me fatigó sobremanera. No obstante, empezaba ya a recuperarme y mi restablecimiento fue progresivo. Al cabo de quince días pude abandonar ya mis aposentos.

Uno de los primeros deberes que me impuse durante la recuperación fue presentar a Clerval a los profesores de la universidad. Con ello reviví unos hábitos que me resultaron muy duros y que abrieron heridas que habían torturado mi mente. Desde la noche fatal en que terminé mi labor y dieron comienzo mis infortunios, había adquirido una violenta antipatía por todo lo que representaba la filosofía natural, incluyendo su mismo nombre. A pesar de encontrarme muy recuperado de salud, la visión de un instrumento químico agudizaba mis síntomas nerviosos. Henry se dio cuenta y apartó de mi vista todo el equipo instrumental. Incluso había transformado el aspecto de mi apartamento porque adivinó que me resultaba muy desagradable la habitación que en el pasado fue mi laboratorio. No obstante, los cuidados de Clerval de nada me sirvieron cuando visitamos a los catedráticos. Fue como si el señor Waldman me torturara al alabar, con calidez y amabilidad, el asombroso progreso que yo había hecho en la ciencia. Pronto advirtió que me disgustaba el asunto, pero, al no adivinar la causa real, atribuyó mis sentimientos a la modestia y cambió el tema de mi progreso por el de la ciencia, deseando, como pude adivinar con facilidad, hacerme hablar. ¿Qué podía hacer? Él albergaba la mejor de las intenciones, pero aquello me atormentaba. Era como si el señor Waldman, con infinito cuidado, hubiera

dispuesto de uno en uno los instrumentos que servirían luego para exponerme a una muerte lenta y cruel. Me angustiaron sus palabras pero no me atreví a mostrar el dolor que sentía. Clerval, cuya capacidad de observación y de conectar con los sentimientos ajenos era muy aguda, se negó a continuar con el tema argumentando, a modo de excusa, que su desconocimiento era completo. La conversación, por lo tanto, tomó un sesgo más general. Agradecí el gesto a mi amigo con todo mi corazón, pero me abstuve de hablar. Me percaté de su sorpresa, aunque en ningún momento intentó sacarme de mi ensimismamiento. Quería a Clerval con una mezcla de afecto y admiración incondicionales, pero jamás pude convencerme a mí mismo de que valía la pena confiarle ese suceso que tan presente estaba en mi memoria y del cual temía que, si relataba sus pormenores, solo conseguiría intensificar su horror.

Sin embargo, el señor Krempe no fue tan dócil, y en mi condición física, de una sensibilidad casi insoportable, sus bruscas y categóricas alabanzas me produjeron mayor sufrimiento que la aprobación benévola del señor Waldman.

—¡Este chico es de lo que no hay! Mire, señor Clerval, le aseguro que nos ha superado a todos. Sí, sí… Aunque le sorprenda es la pura verdad. Un muchacho que hace tan solo unos años creía en Cornelio Agripa como si fuera el Evangelio se ha situado en la vanguardia de la universidad y, si no lo detenemos, pronto nos dejará a todos con un palmo de narices. Sí, sí… Se lo digo yo —siguió perorando el catedrático, mientras observaba mi expresión de sufrimiento—. El señor Frankenstein es modesto, cualidad excelente en alguien de su edad. Los jóvenes deberían desconfiar de sí mismos, señor Clerval. Yo era desconfiado de joven, aunque reconozco que es una cualidad que se pierde muy deprisa.

El señor Krempe inició entonces un elogio de sí mismo que, por suerte, nos hizo cambiar de tema y olvidar el asunto que tan molesto me resultaba.

Clerval no era un naturalista. Tenía una imaginación demasiado viva para aplicarla a los detalles de la ciencia. Como el principal objeto de su estudio eran las lenguas, tenía la intención de adquirir los rudimentos necesarios para poder cultivarse en ese campo cuando regresara a Ginebra. Sus intereses se centraban en el persa, el árabe y el hebreo, habida cuenta de

que dominaba a la perfección el griego y el latín. En cuanto a mí, mantenerme ocioso era un rasgo ajeno a mi carácter y, en unos momentos en que deseaba huir de la reflexión y renegaba de mis estudios anteriores, me sentí aliviado de poder convertirme en el compañero y discípulo de mi amigo. Las obras de los orientalistas no solo me permitieron adquirir nuevos conocimientos, sino que también me sirvieron de gran consuelo. La melancolía que desprenden es como un bálsamo y su alegría alcanza cotas insuperables, intensidad que jamás llegué a sentir estudiando a autores de otros países. En sus escritos, la vida consiste en un jardín de rosas bañado por la cálida luz del sol, en la sonrisa desafiante del enemigo justiciero y en el fuego que te abrasa el corazón. ¡Qué diferente de la poesía masculina y heroica de Grecia y Roma!

Pasé el verano dedicado a estas ocupaciones y fijamos mi regreso a Ginebra para finales de otoño. Me vi obligado a cambiar de planes por diversas cuestiones y nos sorprendió la llegada del invierno y de la nieve. Los caminos se volvieron impracticables y mi viaje tuvo que aplazarse hasta la primavera siguiente. Lamenté con amargura el retraso porque anhelaba ver mi ciudad natal y a mis queridos amigos. Si había pospuesto tanto mi regreso era porque me mostraba reticente a dejar a Clerval en un lugar extraño antes de que hubiera trabado conocimiento con sus habitantes. No obstante, pasamos el invierno de forma bastante agradable y, a pesar de que la primavera se retrasó algo más de lo acostumbrado, cuando llegó, su belleza compensó con creces la tardanza.

Era ya el mes de mayo, y esperaba recibir en cualquier momento la carta que me indicaría la fecha de mi partida. Henry me propuso que hiciéramos una ruta a pie por los alrededores de Ingolstadt para despedirme personalmente del país en el que tanto tiempo había vivido. Accedí encantado a su propuesta. Me gustaba practicar ejercicio y Clerval siempre había sido el compañero ideal con quien hacer excursiones por los parajes de mi país natal.

Dedicamos una quincena a esas excursiones campestres. Mi estado físico y anímico, que ya era bueno desde hacía tiempo, mejoró sensiblemente gracias al aire saludable que respiraba, los incidentes previsibles del camino y la conversación de mi amigo. El estudio me había

aislado tanto que no había trabado relaciones con otros seres humanos y me había vuelto insociable, pero Clerval apeló a mis mejores instintos y volvió a enseñarme a amar la naturaleza en todas sus facetas y a saber apreciar la alegría reflejada en los rostros de los niños. ¡Fuiste el mejor de los amigos! ¡Con qué sinceridad me expresaste tu afecto y te esforzaste por que siguiera el elevado curso de tus pensamientos! Un propósito egoísta me atenazó y me tuvo cautivo hasta que tu amabilidad y tu cariño entibiaron y abrieron mis sentidos. Me convertí en aquel ser feliz que, en el pasado, conocedor del amor y amado por todos, no padecía sufrimientos ni preocupaciones. Una época en que la radiante naturaleza inanimada tenía el poder de comunicarme deliciosas sensaciones. El cielo sereno y el verdor de los campos me sumieron en el éxtasis. Esa estación fue preciosa. Las flores primaverales crecían exuberantes en los márgenes mientras asomaban los brotes de la floración estival. Logré liberarme de aquellos pensamientos que el año anterior, a pesar de mis desvelos, me habían abrumado con su insoportable carga.

Henry se deleitaba con mi alegría y se apiadaba de mí cuando me sentía abatido. Se esforzaba en divertirme mientras me hacía partícipe de las sensaciones que le embargaban el alma. Los recursos de su mente en ese aspecto eran verdaderamente asombrosos. Hacía gala de una conversación muy imaginativa y, a menudo, emulando a los escritores persas y árabes, inventaba historias de una fantasía y una pasión prodigiosas. En otras ocasiones recitaba mis poesías preferidas o me incitaba para entablar conversaciones en las que demostraba un gran ingenio.

Regresamos a la facultad un domingo por la tarde. Los campesinos bailaban y la gente que encontramos parecía feliz y contenta. Yo estaba de muy buen humor y todo mi ser vibraba con una alegría y un entusiasmo desbordados.

VI

Al volver a casa, encontré que mi padre me había escrito la siguiente carta:

A la atención de V. Frankenstein

Mi querido Victor:

Debes de haber estado esperando con impaciencia la carta que había de fijar la fecha de tu regreso a casa. Al principio me sentí tentado a escribir tan solo unas líneas en las que mencionar someramente el día que te esperábamos. No obstante, ese gesto habría sido una soberana crueldad hacia ti y no me he atrevido a hacerlo. ¡Cuál no habría sido tu sorpresa, hijo mío, si al esperar un recibimiento festivo y alegre te hubieras encontrado, por el contrario, con lágrimas e infortunios! ¿Cómo podré, Victor, referirte nuestra desgracia? La ausencia no debe de haberte vuelto insensible a nuestros gozos y sufrimientos, ¡y heme aquí teniendo que infligir dolor a un hijo ausente! Me habría gustado prepararte para recibir estas espantosas noticias, pero sé que es imposible; incluso tus ojos ahora se deslizan por la página en busca de las palabras que te revelarán las terribles nuevas.

William ha muerto. William, esa dulce criatura, cuya sonrisa deleitaba y consolaba mi corazón, tan afable y, sin embargo, tan vivaracho… Victor, tengo que decirte que tu hermano ha sido asesinado.

No trataré de consolarte, sino que me limitaré a relatar las circunstancias en las que acaeció el fatal suceso.

El jueves pasado (el 7 de mayo) fuimos a pasear con mi sobrina y tus dos hermanos por Plainpalais. Era una tarde calurosa y serena, y prolongamos la caminata más de lo habitual. Había oscurecido ya cuando decidimos regresar. Descubrimos entonces que Willian y Ernest, que encabezaban la marcha, habían desaparecido. Como es lógico, nos sentamos a esperar que los chicos regresaran. Al final llegó Ernest y nos preguntó si habíamos visto a su hermano. Nos contó que habían estado jugando, que William se había marchado para esconderse y que, después de haberlo buscado en vano, estuvo aguardándolo un buen rato, pero el chico no había regresado.

Su relato nos alarmó mucho y nos dedicamos a buscarlo hasta bien entrada la noche, momento en que Elizabeth dedujo que el muchacho debía de hallarse en casa. No fue así. Volvimos al prado, en esa ocasión con antorchas, porque yo no podía descansar pensando que mi dulce hijo se había perdido y podría hallarse expuesto a la humedad de la noche y al rocío del alba. Elizabeth también estaba angustiadísima. A las cinco de la mañana descubrí a mi hermoso chiquillo, a quien la noche anterior viera radiante y lozano, tendido sobre la hierba, lívido e inmóvil, con la huella del dedo de su asesino marcada en el cuello.

Lo llevamos a casa, y la angustia que traslucía mi rostro traicionó el secreto que deseaba ocultar a Elizabeth. Mi sobrina estaba ansiosa por ver el cadáver. Al principio intenté impedírselo, pero ella insistió. Entró en la habitación donde la víctima yacía, le examinó con premura el cuello y, con un gesto de desesperación, exclamó: «¡Dios mío! ¡He asesinado a mi amado niño!».

Elizabeth se desmayó y nos costó muchísimo que volviera en sí. Cuando la reanimamos, solo tuvo fuerzas para llorar y deshacerse en suspiros. Me contó que esa misma tarde William le había estado insistiendo para que le dejara llevar una miniatura muy valiosa de tu madre, que ella poseía. El retrato ha desaparecido, y es obvio que esa tentación fue la que movió al asesino a cometer su crimen. No

tenemos ninguna pista que nos revele su identidad, a pesar de que hemos puesto todo nuestro empeño en intentar hallar alguna. Sé que todo eso, sin embargo, no nos devolverá a mi amado William.

Ven, queridísimo Victor. Solo tú puedes consolar a Elizabeth. Tu prima no deja de llorar y se acusa sin razón de ser la causa de la muerte del muchacho. Sus palabras me desgarran el alma. ¡Qué desgraciados somos! ¿Acaso nuestra desdicha no es motivo suficiente para que tú, hijo mío, regreses y seas nuestro consuelo? ¡Cuando pienso en tu querida madre…! ¡Ay, Victor! ¡Doy gracias a Dios de que no viva para presenciar la cruel y mísera muerte de su amado hijo menor!

Ven, Victor. No alimentes tus ansias de venganza contra el asesino. Busca sosiego en una paz y una bondad que alivien, y no abran más, las heridas de nuestro espíritu. Entra en la casa del duelo, querido mío, brindando la simpatía y el afecto que sientes por los que te aman y ocultando el odio que te inspira el enemigo.

Tu padre, que te quiere en el desconsuelo,

Alphonse Frankenstein
Ginebra, 12 de mayo de 17…

Clerval había estado observando mi expresión mientras yo leía la carta. Le sorprendió ver que mi alegría al recibir noticias de mis seres queridos se trocaba en desespero. Dejé a un lado la carta y hundí el rostro entre mis manos.

—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry cuando advirtió que lloraba con amargura—. ¿No conseguirás jamás dejar de sentirte triste? Mi buen amigo, cuéntame qué ha sucedido.

Le hice un gesto para que cogiera la carta mientras yo me dedicaba a recorrer mi cuarto presa de la más extrema agitación. A Clerval también se le saltaban las lágrimas mientras leía el relato de mis infortunios.

—Soy incapaz de ofrecerte consuelo, querido amigo. Tu desgracia es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

—Ir de inmediato a Ginebra. Ven conmigo, Henry. Tenemos que conseguir caballos.

Mientras caminábamos, Clerval se desvivió por animarme. No recurrió a los comentarios más habituales que suelen hacerse para consolar a alguien, sino que me mostró su más sincera compasión.

—¡Pobre William! El buen niño duerme ahora con su madre, que es un ángel. Sus amigos guardan luto y lloran, pero él descansa en paz. Ya no siente la garra del asesino, la tierra cubre su tierno cuerpecito y es ajeno al dolor. De nada sirve que nos compadezcamos de él. Quienes le han sobrevivido son los que sufren ahora, y solo el tiempo aliviará su dolor. Olvidemos las máximas de los estoicos que afirman que la muerte no es un mal y que la mente del hombre tendría que sobreponerse a la desesperación que nos causa la eterna ausencia de nuestro objeto amado. Incluso Catón lloró sobre el cuerpo exangüe de su hermano.

Estas fueron las palabras de Clerval mientras nos apresurábamos por las calles. Su discurso se grabó en mi mente, y luego lo rememoré en soledad. Pero en aquel momento, tan pronto llegaron los caballos, subí a toda prisa a un cabriolé y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy melancólico. Al principio deseaba ir a toda prisa porque quería consolar y compadecer a mis amados y dolidos amigos, pero, a medida que me acercaba a mi ciudad natal, aminoré la marcha. Apenas podía contener la plétora de sentimientos que se agolpaban en mi alma. Recorrí parajes que había conocido de joven y que no veía desde hacía casi seis años. ¿Era posible que las cosas hubieran variado tanto en ese tiempo? Sin duda se había producido un repentino y terrible cambio, pero había muchísimas otras circunstancias insignificantes que debían de haber provocado distintas alteraciones, quizá menos obvias, pero no por ello menos importantes. El miedo se apoderó de mí. No me atrevía a avanzar temiendo infinitos e indescriptibles horrores que me hacían temblar aun siendo incapaz de definirlos.

Pasé dos días en Lausana en ese doloroso estado anímico. Me dediqué a contemplar el lago. Las aguas eran plácidas, todo estaba en calma y las nevadas montañas, «los palacios de la naturaleza»[*], no habían cambiado.

Poco a poco, ese paisaje tranquilo y celestial me devolvió la paz y reanudé mi viaje hacia Ginebra.

El camino discurría junto al lago, que se iba estrechando a medida que me aproximaba a mi ciudad natal. Descubrí con mayor claridad las negras laderas del Jura y la brillante cima del Mont Blanc. Lloré como un niño:

—¡Mis queridas montañas! ¡Mi hermoso y amado lago! ¿Cómo recibís al viajero errante? Vuestras cumbres despejadas, el cielo y el lago, azules y tranquilos, ¿auguran la paz o acaso se burlan de mi tristeza?

Temo, amigo mío, hacerme tedioso recreándome en esas circunstancias anteriores, pero lo cierto es que fueron unos días de relativa felicidad que recuerdo con placer. ¡Me hallaba en mi país, en mi amado país! ¿Quién mejor que un nativo podría cantar las excelencias de volver a contemplar tus arroyos, tus montañas y, en especial, tu amado lago?

No obstante, a medida que me aproximaba a mi hogar, el sufrimiento y el terror volvieron a apoderarse de mí. Cayó la noche y sentí un gran pesar cuando apenas pude divisar las oscuras montañas. Aquellos parajes adquirieron la apariencia de una inmensa y sombría escena maléfica, y presentí sombríamente que estaba destinado a convertirme en el ser más desgraciado de la humanidad. ¡Ay de mí! Mis dotes proféticas fueron certeras y solo fallaron en un único supuesto: entre todas las desgracias que imaginé y temí, ni siquiera había concebido una milésima parte de la angustia que me estaba reservada.

Era ya de noche cuando llegué a las afueras de Ginebra. Las puertas de la ciudad estaban cerradas y me vi obligado a pernoctar en Secheron, un pueblo a media legua de distancia al este de la ciudad. El cielo estaba sereno y, como me sentía incapaz de descansar, decidí visitar el lugar donde mi pobre William había sido asesinado. Como no podía atravesar la ciudad, me vi obligado a cruzar el lago en un bote para llegar a Plainpalais. Durante ese corto trayecto vi relámpagos componiendo sobre la cima del Mont Blanc las más bellas figuras. La tormenta parecía acercarse con rapidez y, tras desembarcar, subí a una pequeña colina para observar su evolución. Seguía avanzando; el firmamento se cubrió de nubes y no tardé en notar los goterones de una lluvia que, aunque se inició lentamente, en un instante arreció con violencia.

Abandoné mi enclave y seguí caminando, mientras la oscuridad y la tormenta crecían por momentos y el trueno retumbaba con un terrorífico estallido sobre mi cabeza. Se oía el eco desde el Salêve, la cordillera del Jura y los Alpes de Saboya. Me deslumbraban los vivos destellos de los relámpagos que iluminaban el lago, dándole la apariencia de una vasta cortina de fuego; y después, durante un instante, todo se sumía en la más densa oscuridad hasta que la mirada se recuperaba del destello anterior. La tormenta, como es frecuente en Suiza, apareció de repente en distintos puntos del firmamento. La más violenta se cernía exactamente sobre el norte de la ciudad, en la zona del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive hasta el pueblecito de Copêt. Otra tormenta iluminaba el Jura con débiles destellos, y una tercera ensombrecía y de vez en cuando revelaba el Môle, una escarpada montaña situada en la margen oriental del lago.

Mientras contemplaba la tormenta, hermosísima y terrible a la vez, caminaba con paso apresurado. Esa noble contienda celebrada en los cielos me sumió en un estado de exaltación. Juntando las manos, exclamé:

—¡William, ángel amado! ¡Este es tu funeral! ¡Este es tu canto fúnebre!

Cuando terminé de pronunciar estas palabras, divisé en la oscuridad una silueta que se ocultaba tras un grupo cercano de árboles. Me quedé paralizado y observé con detenimiento. Mis sentidos no me traicionaban. El destello de un relámpago iluminó el objeto y me descubrió su forma con claridad: la gigantesca estatura y la deformidad de su aspecto, más repugnante de lo que correspondería a un ser humano, me indicaron al instante que se trataba del miserable, del repulsivo demonio a quien yo había dado la vida. ¿Qué hacía allí? ¿Era posible (y me estremecí solo de imaginarlo) que fuera el asesino de mi hermano? En cuanto esa idea cruzó mi mente, me convencí de que era cierta. Me castañeteaban los dientes y tuve que apoyarme en un árbol para mantenerme en pie. Aquella figura pasó veloz junto a mí y se perdió en las tinieblas. Nadie con aspecto humano habría podido destruir a aquel tierno muchacho. ¡Tan solo él podía haber sido el asesino! No me cabía la menor duda. La sola existencia de esa idea era ya la prueba irrefutable que confirmaba los hechos. Pensé en perseguir al maligno, pero habría sido en vano porque otro rayo lo delató

trepando por las rocas, ascendiendo por la vertiente casi perpendicular del Mont Salêve, una colina que linda con Plainpalais por el sur. No tardó en alcanzar la cima y luego desapareció.

Me quedé inmóvil. Los truenos habían cesado, pero la lluvia seguía cayendo y el paisaje se hallaba sumido en una oscuridad impenetrable. Rescaté de mi memoria los acontecimientos que hasta entonces había luchado por desterrar: cada uno de los pasos que me habían llevado a la creación de ese engendro; el aspecto de la criatura, producto de mis propias manos, junto a mi cama; y su marcha. Habían transcurrido unos dos años desde la noche en que esa criatura recibió la vida, ¿cabía pensar que ese había sido su primer crimen? ¡Dios del cielo! Había echado al mundo a un miserable depravado que se deleitaba perpetrando matanzas y sembrando la desgracia. ¿Acaso no era él quien había matado a mi hermano?

Nadie puede imaginar la angustia que padecí durante el resto de la noche, que pasé, aterido y mojado, al raso. Apenas acusé la incomodidad de los elementos ante las imágenes de maldad y desespero que poblaban mi imaginación. Vi al ser a quien yo había arrojado entre los humanos, dotado de la voluntad y de la fuerza necesarias para perpetrar horrendos crímenes como el que acababa de cometer, como si fuera mi propio vampiro, mi propio espíritu surgido de la tumba y obligado a destruir todo lo que me era querido.

Amaneció un nuevo día y me encaminé a la ciudad. Encontré las puertas abiertas y me apresuré hacia la casa paterna. Mi primer pensamiento fue revelar todo lo que sabía del asesino para poder organizar su búsqueda inmediata. No obstante, titubeé cuando pensé en la historia que tenía que contarles: un ser creado por mí mismo, y al que había dotado de vida, me había salido al encuentro a medianoche entre los precipicios de una inaccesible montaña. Recordé también la fiebre nerviosa que había sufrido en la misma época de mi creación, todo lo cual seguramente conferiría a la historia, por otro lado del todo improbable, un tono delirante. Sé muy bien que si cualquier otra persona me hubiera confesado unas vivencias parecidas, habría considerado que se trataban de los desvaríos de un loco. Además, la extraña naturaleza de aquel animal le permitiría zafarse de las persecuciones, aun en el caso de que mis familiares dieran tanto crédito a

mis palabras como para dejarse convencer de que había que iniciar su búsqueda. ¿Qué sentido tenía organizarla? ¿Quién sería capaz de detener a una criatura que puede escalar las laderas saledizas del Mont Salêve? Tales pensamientos me decidieron y opté por guardar silencio.

Eran casi las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Dije a los criados que no avisaran a la familia y fui a la biblioteca a esperar la hora acostumbrada de levantarse.

Habían transcurrido seis años, que habrían pasado como un sueño si no hubiera sido por ese imborrable suceso, y me encontraba en el mismo lugar donde abracé por última vez a mi padre antes de partir hacia Ingolstadt. ¡Mi bien amado y respetable padre! Todavía lo tenía conmigo… Contemplé el retrato de mi madre, colocado sobre la chimenea. Narraba una escena verídica, pintada por expreso deseo de mi progenitor: representaba a Caroline Beaufort sumida en la desesperación, arrodillada junto al ataúd de su difunto padre. Sus ropajes eran rústicos y su tez pálida, pero el aire de distinción y belleza que emanaba impedía compadecerla. Debajo del cuadro había una miniatura de William, y no pude contener el llanto cuando la vi. Absorto en la contemplación, no me di cuenta de que entraba Ernest. El muchacho me había oído llegar y corrió a recibirme. Se mostró encantado de verme, aunque no pudo ocultar su pena.

—Bienvenido seas, queridísimo Victor. ¡Ah, ojalá hubieras llegado hace tres meses! Nos habrías encontrado alegres y encantados. Pero ahora nos sentimos desgraciados y me temo que las lágrimas, en lugar de las sonrisas, serán las únicas que puedan darte la bienvenida. Nuestro padre está muy abatido: este terrible suceso parece haberle hecho revivir el sufrimiento que le causó la muerte de mamá. La pobre Elizabeth también se muestra inconsolable. —Ernest dejó de hablar al no poder reprimir las lágrimas.

—¡No me recibas de este modo…! —dije—. Intenta tranquilizarte. No me hagas sentir desgraciado en el momento de llegar al hogar paterno después de tantos años de ausencia. Dime, Ernest, ¿cómo sobrelleva mi padre su infortunio? ¿Cómo se encuentra mi pobre Elizabeth?

—Necesita muchísimo consuelo. Se culpa a sí misma de haber causado la muerte de mi hermano y se siente muy desgraciada. De todos modos, como ya han descubierto al culpable…

—¿Que han descubierto al culpable, dices? ¡Santo Dios! ¿Cómo es posible? ¿Quién se ha atrevido a perseguirlo? Es imposible… ¡Es como intentar alcanzar el viento o impedir el paso de un torrente de montaña con unas briznas de paja!

—No te entiendo… Fue horrible cuando supimos la identidad del culpable. Al principio nadie podía creerlo, e incluso ahora Elizabeth tiene sus reparos, a pesar de todas las pruebas. ¿Quién diría que Justine Moritz, tan afectuosa y encantadora con toda la familia, podría volverse tan malvada de repente?

—¿Justine Moritz? ¡Pobre muchacha! ¿Es ella la acusada? ¡Menudo error! Es imposible que alguien pueda creer tal cosa, Ernest.

—Nadie quiso creerlo al principio, pero salieron a la luz ciertos detalles que nos obligaron a aceptar esa versión de los hechos. Su comportamiento ha sido tan errático que, junto con las pruebas obtenidas, me temo que no deja resquicio alguno para la duda. Hoy van a juzgarla y podrás conocer toda la historia.

Mi hermano me explicó que, la misma mañana del día en que descubrieron el asesinato del pobre William, Justine se puso enferma y tuvo que guardar cama. Pasados unos días, una de las criadas, al revisar la ropa que Justine llevaba puesta la noche del asesinato, descubrió en uno de los bolsillos el retrato de mi madre, que se consideraba el móvil del crimen. La muchacha lo mostró de inmediato a otro criado y este, sin consultar con la familia, fue a ver al juez. Basándose en esta declaración, Justine fue arrestada. Cuando la consideraron sospechosa del crimen, el estado de confusión en que se sumió la pobre chica no hizo sino dar alas a esa hipótesis.

Aunque la historia era muy extraña, no me hizo cambiar de opinión y protesté encarecidamente.

—¡Estáis equivocados! ¡Yo conozco al asesino! Justine, la pobre Justine, es inocente.

En ese momento entró mi padre. Vi la huella de la tristeza marcada de un modo indeleble en su rostro, y advertí que se esforzaba en darme la bienvenida con alegría. Tras intercambiar nuestro más sentido pésame,

habríamos hablado de otros asuntos ajenos a nuestra desgracia si Ernest no hubiera exclamado:

—Tengo que decirle algo increíble, padre. Victor asegura conocer la identidad del asesino del pobre William.

—Por desgracia, nosotros también —replicó mi padre—. Habría preferido ignorar los hechos toda mi vida antes que tener que ser testigo de tanta depravación e ingratitud en alguien que yo tenía en alta estima.

—Querido padre, está equivocado. Justine es inocente.

—Si lo es, que Dios impida que la condenen. Hoy la juzgarán y te aseguro que espero de todo corazón que la declaren inocente.

Sus palabras me calmaron. Estaba profundamente convencido de que Justine, como cualquier otro ser humano, era inocente de aquel crimen. Por eso no temí que pudieran condenarla basándose en pruebas circunstanciales, y esa certeza me tranquilizó. Esperaba el juicio con ansiedad, pero sin presagiar un mal resultado.

Elizabeth no tardó en reunirse con nosotros. El tiempo había obrado profundos cambios en su figura desde la última vez que la había visto. Seis años antes era una chica hermosa y risueña que inspiraba cariño y ternura a sus seres queridos. Su estatura y la expresión de su rostro, de una singular belleza, indicaban que ya se había convertido en una mujer. Su frente amplia y despejada daba fe de su buena capacidad de discernimiento, y también de un talante noble y sincero. Sus ojos color avellana transmitían una dulzura que, debido a sus recientes aflicciones, se hermanaba con la tristeza. Tenía el pelo de un intenso color castaño oscuro, la tez clara y una figura delgada y grácil. Me recibió dando muestras de una gran ternura.

—Tu llegada, querido primo, me llena de esperanza. Quizá tú puedas encontrar la manera de justificar el comportamiento de mi pobre e inocente Justine. ¡Ay de mí! ¿Quién puede considerarse a salvo si la declaran culpable? Confío en su inocencia con la misma certeza con que lo haría en la mía propia. ¡Una desgracia se suma a la otra! No solo hemos sufrido la pérdida de ese chiquillo encantador, sino que por obra de un destino fatídico nos arrebatarán a esa pobre muchacha a la que tanto quiero. Si la condenan nunca más volveré a saber lo que es la dicha; pero no la condenarán, estoy

segura de que no. Recuperaré la alegría, aun a pesar de la triste muerte de mi pequeño William.

—Ella es inocente, querida Elizabeth —le dije—. Y quedará demostrado. No temas nada y deja que tu ánimo se reconforte con la certeza de que será absuelta.

—¡Qué noble eres! Todos creen que es culpable, y eso me hace sentir desgraciada porque sé que es imposible. Presenciar cómo todos se han puesto en su contra me ha dejado desconsolada.

Elizabeth rompió a llorar.

—Mi dulce sobrina —intervino mi padre—, seca tus lágrimas. Si, como crees, ella es inocente, tienes que confiar en la justicia que imparten nuestros jueces y, por mi parte, haré todo lo posible para evitar que el mínimo asomo de parcialidad empañe su juicio.

VII

Dejamos transcurrir las horas con tristeza hasta que dieron las once, momento en que iba a comenzar el juicio. Como mi padre y el resto de la familia tenían la obligación de actuar como testigos, los acompañé al juzgado. Mientras duró aquella desgraciada parodia de justicia, viví un auténtico calvario. Iba a decidirse si el producto de mi curiosidad y mis ilícitos ardides provocarían la muerte de dos de mis semejantes: una sonriente criatura llena de inocencia y alegría; y otra ejecutada de un modo más terrible, y sobre quien recaería la infamia de un asesinato de horrible memoria. Justine poseía cualidades suficientes para poder llevar una existencia grata. Ahora, sin embargo, todo eso quedaría olvidado y enterrado en una tumba ignominiosa, ¡y por mi culpa! Hubiera preferido mil veces confesarme culpable del crimen que imputaban a Justine, pero, como me encontraba ausente cuando se cometió, tal declaración se habría considerado el delirio de un loco y no habría exculpado a la que así pagaba por mí.

El aspecto de Justine era sereno. Vestía de luto y su rostro, atractivo como siempre, emanaba una belleza exquisita que inspiraba la solemnidad de sus sentimientos. Parecía confiar en su inocencia y no temblaba, a pesar de los miles de miradas que la denostaban. La bondad que su belleza habría podido despertar en otras circunstancias no afloró en el pensamiento de los presentes a causa de la magnitud del crimen que le atribuían. Ella estaba tranquila, pero su tranquilidad era, obviamente, forzada. Como sabía que su aturdimiento había sido aducido como prueba de su culpabilidad, la muchacha había resuelto mostrarse valerosa. Justine entró en la sala y miró

alrededor. No tardó en descubrir dónde estábamos sentados. Al vernos se le humedecieron los ojos, pero mantuvo la compostura y una expresión de cariño y pesar pareció confirmar su absoluta inocencia.

Dio comienzo el juicio y, tras especificar los cargos, el fiscal llamó a varios testigos. Una serie de extraños sucesos se combinaron en contra de la muchacha, hechos que habrían asombrado a cualquiera que no contara con la prueba de inocencia que yo tenía. Justine había estado ausente la noche en que se cometió el asesinato y, al despuntar la mañana, una vendedora del mercado la vio no muy lejos del lugar donde encontraron luego el cadáver del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía en esos parajes, pero ella le dedicó una mirada muy extraña y solo acertó a articular una respuesta confusa e ininteligible. Regresó a casa hacia las ocho, y cuando quisieron saber dónde había pasado la noche, Justine respondió que había estado buscando al niño e imploró que le dijeran si sabían alguna cosa de él. Al mostrarle el cadáver, cayó presa de una histeria violenta y tuvo que guardar cama durante días. A continuación se extrajo el retrato que una criada había encontrado en uno de sus bolsillos, y cuando Elizabeth, con voz desfallecida, afirmó que era el mismo que, una hora antes de la desaparición, había colgado en torno al cuello de su primo, un murmullo de horror e indignación se elevó en la sala.

Justine fue llamada al estrado. Su rostro había ido cambiando durante el juicio. Reflejó con intensidad el asombro, el espanto y la tristeza. A veces luchaba por contener el llanto, pero cuando fue llamada a declarar se controló y habló con voz audible, aunque confusa.

—Dios sabe que soy absolutamente inocente, aunque no creo que mi declaración baste para demostrarlo. Mi inocencia se basa en la explicación sencilla y clara de los hechos que se han aducido en mi contra, y espero que el carácter que siempre he demostrado inclinará a los jueces a valorarlos de un modo positivo cuando cualquier circunstancia pueda sembrar dudas o despertar sospechas.

Refirió entonces que, con el permiso de Elizabeth, pasó la tarde del día en que se cometió el asesinato en casa de una tía suya de Chêne, un pueblo situado a una legua de Ginebra. A las nueve de la noche se tropezó en el camino de vuelta con un hombre que le preguntó si había visto a un niño

perdido. Alarmada por la noticia, pasó varias horas buscando a William hasta que cerraron las puertas de Ginebra. Justine se vio obligada a pasar el resto de la noche en el establo de la propiedad de unos conocidos, a quienes no pudo avisar a tiempo. Incapaz de descansar ni de dormir, abandonó su refugio muy temprano para proseguir la búsqueda de mi hermano. Si llegó muy cerca de donde yacía su cuerpecito, fue sin saberlo. El aturdimiento que mostró al contestar las preguntas de la vendedora del mercado resultaba comprensible porque la muchacha había pasado la noche en vela y todavía se desconocía el paradero del pobre William. Respecto al retrato, no pudo dar una explicación plausible.

—Sé que este hecho en concreto actúa fatalmente en mi contra —siguió contando la desafortunada víctima—. No puedo darles ninguna explicación. Habiendo expresado mi más absoluta ignorancia al respecto, solo puedo especular sobre el modo en que la miniatura debió de llegar a mi bolsillo. Pero es algo que me desconcierta. Creo que no tengo ningún enemigo en la Tierra y dudo de que exista alguien capaz de tanta maldad que desee destruirme sin motivo alguno. ¿Acaso el asesino lo ocultó en mi ropa? No se me ocurre cómo pudo hacerlo; y, en ese caso, ¿por qué habría robado la joya si pretendía deshacerse de ella tan pronto?

»Apelo a la justicia que puedan impartir mis jueces, aunque no albergo esperanzas. Solicito permiso para llamar a unos cuantos testigos que puedan declarar favorablemente sobre mi persona y, si su testimonio no basta para refutar mi presunta culpabilidad, deberé ser condenada, aunque confío mi salvación a mi inocencia.

Fueron llamados al estrado varios testigos que la conocían desde hacía años y que hablaron bien de ella. No obstante, el miedo que sentían y el odio que inspiraba el crimen que le atribuían contribuyó a que se mostraran circunspectos y poco dispuestos a salir en su defensa.

Cuando Elizabeth vio que fallaba incluso ese último recurso, el del excelente talante y de la intachable conducta de la muchacha, solicitó permiso para dirigirse al tribunal presa de una incontrolable pasión.

—Soy la prima de la infortunada criatura que fue asesinada o, mejor dicho, su hermana, porque fueron sus padres quienes me educaron y acogieron en su hogar mucho antes de su nacimiento. Quizá mi

intervención será tachada de inmoral, pero cuando he visto que un semejante puede caer en desgracia por culpa de la cobardía de sus falsas amistades he sentido el deseo de pedir permiso para hablar y contar lo que sé de su carácter. Conozco muy bien a la acusada. Vivimos bajo el mismo techo durante cinco años la primera vez, y la segunda unos dos años. Durante todo este tiempo Justine me ha parecido uno de los seres humanos más amables y bondadosos que conozco. Cuidó de madame Frankenstein, mi tía, durante su fatal enfermedad con un afecto y una ternura insuperables, y luego atendió a su propia madre durante el tiempo que duró su larga dolencia de un modo que despertó la admiración de todos los que la conocían. Después de su muerte, Justine volvió a vivir con nosotros en la casa de mi tío y contó con el afecto de toda la familia. Se sentía muy unida al niño que acaba de fallecer y la ternura que le demostraba era la misma que inspira el cariño de una madre. Por mi parte, no dudaré en afirmar que, a pesar de todas las pruebas que se han presentado en su contra, creo y confío en su perfecta inocencia. No tiene sentido que realizara tal acción. En cuanto a la baratija que constituye la principal prueba de la acusación, puedo afirmar que yo misma se la habría regalado de buen grado si tanto la hubiera deseado. Tal es mi afecto y mi estimación por ella.

¡Qué fantástica estuvo Elizabeth! Se oyó un murmullo de aprobación en la sala; pero fue causado por su generosa intervención, y no porque Justine hubiera conquistado el favor del público. Al contrario, la indignación de los asistentes se volvió en su contra con renovada violencia, culpándola de la peor de las ingratitudes. Justine lloraba mientras oía hablar a Elizabeth, pero no intervino. En cuanto a mí, durante todo el juicio fui presa de la inquietud y la angustia más exacerbadas que imaginarse puedan. Yo creía en su inocencia. Estaba seguro de que era inocente. ¿Acaso el demonio que había matado a mi hermano (de lo cual no dudaba en lo más mínimo) también había traicionado en su infernal juego a la inocente para que pesaran sobre ella la muerte y la ignominia? No podía soportar más el horror de mi situación, y cuando comprendí por los rumores de la sala y los semblantes de los jueces que ya habían condenado a mi infeliz víctima, hui desconsolado de la sala. El tormento de la acusada no era nada comparado

con el que yo sentía. A ella la amparaba su inocencia, pero a mí las fauces del remordimiento me desgarraban el pecho.

Pasé la noche sumido en la más absoluta desesperación. Por la mañana fui al juzgado. Tenía la garganta y los labios resecos, y no me atreví a plantear la pregunta fatídica. No obstante, como me conocían, el policía adivinó la razón de mi visita. Se habían efectuado las votaciones en secreto y todos los votos habían sido negativos. Justine estaba condenada.

Soy incapaz de expresar lo que sentí. El terror no me resultaba desconocido y siempre había encontrado un modo adecuado de describirlo. No obstante, en aquellos momentos las palabras no lograron reflejar con fidelidad la abominación que consumía mi alma. Mi interlocutor añadió que Justine acababa de confesar su culpa.

—Las pruebas no eran necesarias en un caso tan claro como este, pero me alegro. La verdad es que a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal basándose en pruebas circunstanciales, por muy definitivas que sean.

Cuando volví a casa, Elizabeth me preguntó ansiosa cuál había sido el veredicto.

—Prima mía, se ha tomado la decisión que ya esperabas. Los jueces prefieren que sufran diez inocentes a que se les escape un solo culpable. Pero ella ha confesado.

Aquello fue un duro golpe para la pobre Elizabeth, que con tanta firmeza creía en la inocencia de Justine.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo voy a creer a partir de ahora en la bondad humana? Justine, a quien amaba y consideraba mi propia hermana… ¿Cómo pudo esbozar esas sonrisas de inocencia para luego traicionarnos? La dulzura de sus ojos era tan ajena a la severidad o al mal humor… y, sin embargo, ha cometido un homicidio.

Poco después nos enteramos de que la pobre víctima había expresado el deseo de ver a mi prima. Mi padre hubiera preferido que Elizabeth no acudiera a la cita, pero le dijo que la decisión dependía de su propio criterio y de sus sentimientos.

—Sí —respondió Elizabeth—. Iré, aunque sea culpable. Y tú, Victor, me acompañarás. No puedo ir sola.

La sola idea de esa visita era un calvario, pero no podía negarme.

Entramos en la lúgubre celda y vimos a Justine sentada sobre un montículo de paja que había en el extremo opuesto de la mazmorra. Llevaba las manos esposadas y apoyaba la cabeza sobre las rodillas. Se levantó al vernos entrar, y cuando nos dejaron a solas con ella se arrojó a los pies de Elizabeth llorando con amargura. Mi prima también lloraba.

—¡Oh, Justine! ¿Por qué me has robado mi último consuelo? Yo confiaba en tu inocencia y, aunque era muy desgraciada, nada supera el pesar que siento ahora.

—¿Usted también cree que soy capaz de tanta maldad? ¿Se une también a mis enemigos para destruirme? —El llanto le ahogaba la voz.

—Levántate, mi pobre niña —le dijo Elizabeth—. ¿Por qué te arrodillas si eres inocente? Yo no soy enemiga tuya. Creí que eras inocente, a pesar de tener todas las pruebas en tu contra, hasta que me dijeron que te habías declarado culpable. Dijiste falsedades en el juicio. Créeme, querida Justine, si te digo que lo único que ha podido quebrar mi confianza en ti ha sido tu propia confesión.

—Es cierto que confesé, aunque confesé una mentira. Lo hice para obtener la absolución, pero ahora esa falsedad pesa más en mi corazón que todos mis pecados. ¡Que el Dios del cielo me perdone! Desde que me condenaron, mi confesor no ha dejado de atosigarme. Me amenazó e intimidó hasta que empecé a pensar que me había convertido en el monstruo del que tanto me hablaba. Me dijo que en el último momento me excomulgaría para que ardiera en las llamas del infierno si persistía en mi obstinación. Querida señora, no tenía a nadie que me consolara. Todos me miraban como si yo fuera una desgraciada condenada a la ignominia y a la perdición. ¿Qué iba a hacer? En un momento fatídico inventé una mentira y ahora es cuando de verdad estoy desesperada.

Se detuvo sin poder contener el llanto y luego siguió hablando.

—Pensé horrorizada, señora, que usted creería que su Justine, a quien su venerada tía había bendecido con su afecto y a quien usted amaba, era un ser capaz de perpetrar un crimen que solo el diablo en persona habría podido cometer. ¡Mi querido William! ¡Mi niño adorable! Pronto nos

reuniremos en el cielo y todos seremos felices. Ese es mi único consuelo si mi destino es sufrir la ignominia y la muerte.

—¡Ah, Justine! Perdóname por haber dudado de ti por un momento. ¿Por qué confesaste? No te aflijas, mi querida niña. Proclamaré al mundo tu inocencia y les obligaré a creerme. Aun así, vas a morir. Tú, mi compañera de juegos, mi amiga, mi hermana… Jamás sobreviviré a una desgracia tan terrible.

—Dulce y querida Elizabeth, no llore. Tendría usted que animarme diciéndome que hay una vida mejor para que así pueda superar los nimios problemas que pueblan este mundo de injusticias y fatigas. No me condene, mi fiel amiga, a la desesperación.

—Intentaré aliviar tus penas, pero me temo que tu mal es tan profundo y pérfido que no admite consuelo porque no existe esperanza alguna. Que el cielo te bendiga, mi queridísima Justine, y te otorgue una resignación y una confianza superiores a las de este mundo. ¡Oh, cómo detesto su vanidad y su burla! Cuando una criatura es asesinada, de repente se arrebata la vida a otro ser humano infligiéndole la más lenta de las torturas. Los verdugos, con las manos todavía teñidas de la sangre de la inocencia, creen que han realizado una proeza. A esto lo llaman «castigo justo». ¡Odioso nombre! Cuando es pronunciado, sé que van a infligirse castigos más horrendos de los que pueda haber inventado jamás el tirano más siniestro para saciar su más encendida venganza. No obstante, mis palabras no te servirán de consuelo, mi Justine, a menos que te vanaglories de escapar de tan miserable guarida. ¡Ay de mí! Desearía descansar en paz junto a mi tía y mi amado William, escapar de un mundo que me resulta detestable y de los rostros humanos de los que tanto abomino.

Justine sonrió con languidez.

—Querida señora, la guía el desespero cuando habla, y no la resignación. Ignoraré sus palabras. Hábleme de otras cosas, de algo que me tranquilice y no me entristezca más.

Durante la conversación yo me había apartado a una esquina de la celda para ocultar la terrible angustia que me dominaba. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de ese sentimiento? La pobre víctima que al despuntar el alba iba a cruzar la temida línea que separa la vida de la muerte no sentía la

intensa y amarga angustia que yo experimentaba. Apreté la mandíbula y emití un gruñido desde lo más hondo de mi alma. Justine se sobresaltó. Cuando reconoció el sonido, se acercó a mí y me dijo:

—Querido señor, es usted muy amable al venir a visitarme. Espero que no crea que soy culpable.

Fui incapaz de responder.

—No, Justine —intervino Elizabeth—. Él ha estado más convencido de tu inocencia que yo. Es más, cuando le dijeron que habías confesado no se lo creyó.

—Le doy las gracias de todo corazón. En estos últimos momentos agradezco muchísimo que piensen bien de mí. ¡Qué dulce le resulta a una persona tan miserable como yo que los demás le manifiesten su cariño! Es un consuelo a mis sufrimientos y sé que puedo morir en paz ahora que usted, querida señora, y su primo creen ambos en mi inocencia.

Con estas palabras, la joven que tanto sufría intentó consolar a los demás y aliviar sus propias penas. Logró la resignación que deseaba. En cambio yo, el auténtico asesino, sentí alojado en mi pecho el gusano que nunca muere y jamás permite que alberguemos esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloraba y era infeliz, aunque su dolor era el de la inocencia, que, como una nube que cruza sobre la luna clara, la oculta unos instantes pero no puede empañar su brillo. La angustia y la desesperación penetraron en mi corazón. Llevaba el peso del infierno en mi ser y nada podía extinguir sus llamas. Estuvimos con Justine varias horas y a Elizabeth le costó muchísimo separarse de ella.

—¡Ojalá muriera yo contigo! —gritó mi prima—. No sabré vivir en este mundo de dolor.

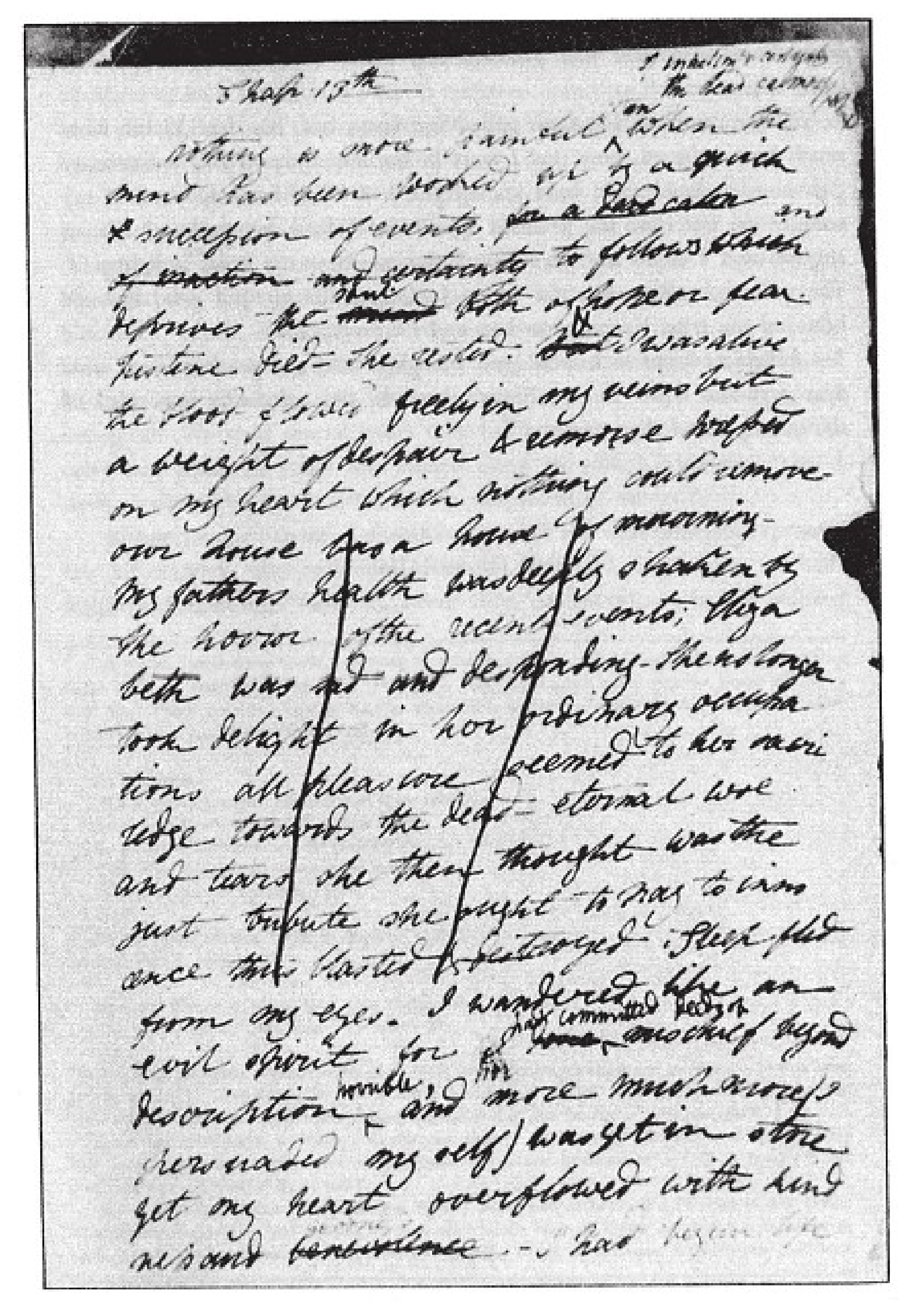
Justine adoptó una actitud animosa mientras reprimía con dificultad sus lágrimas de amargura. Abrazó a Elizabeth y dijo, con una voz templada por las emociones:

—Adiós, mi dulce señora, mi querida Elizabeth, mi amada y única amiga. Que el cielo en su generosidad la bendiga y conserve. Que esta sea la última desgracia que tenga que soportar. Viva, sea feliz y haga felices a los demás.

Cuando volvíamos a casa, Elizabeth me dijo:

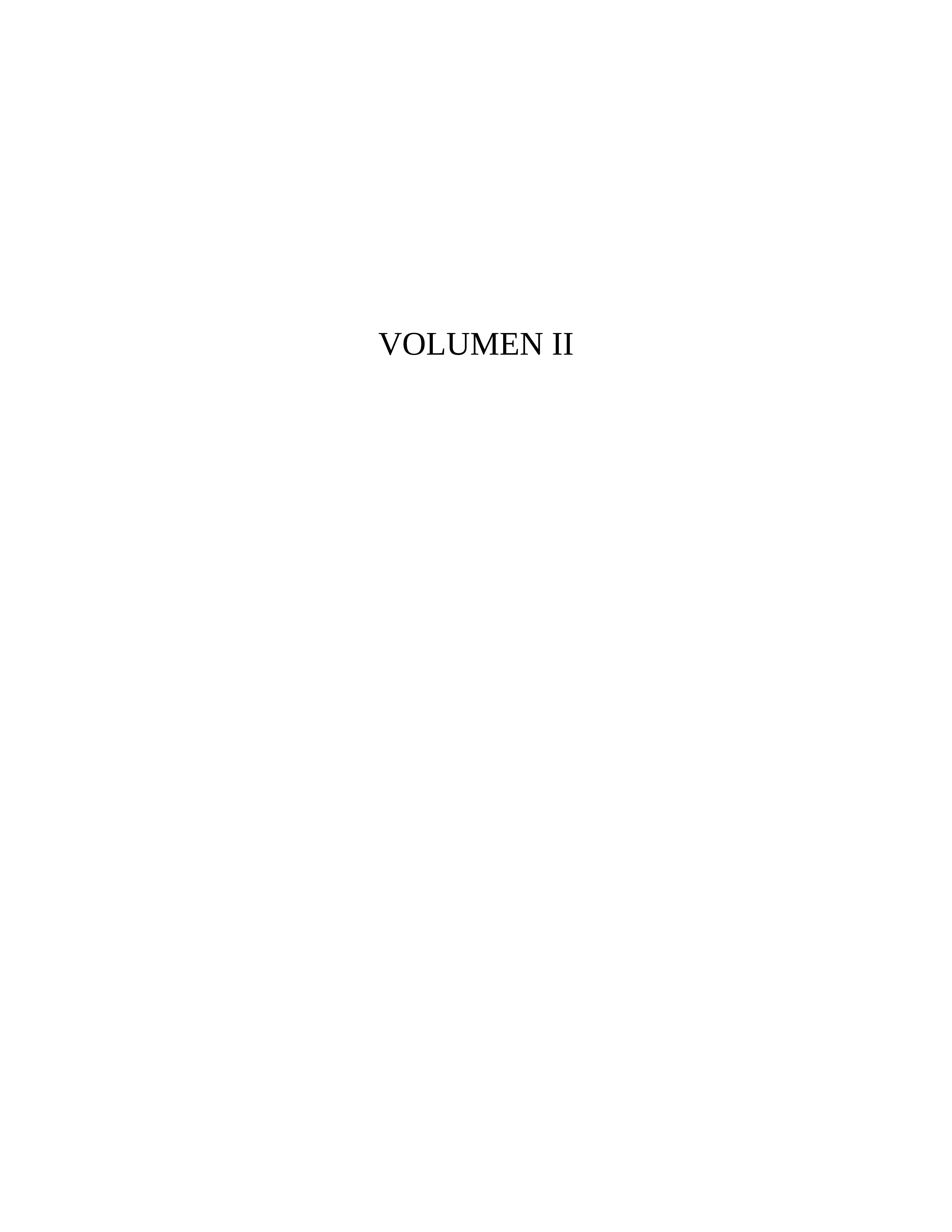
—¡No sabes, querido Victor, el alivio que siento ahora que confío en la inocencia de esa infortunada muchacha! Nunca habría podido sentirme en paz si mi confianza en ella hubiera sido traicionada. A partir del momento en que la creí culpable, me embargó una angustia que no habría podido soportar durante mucho tiempo. Ahora ese peso que sentía en el corazón ha desaparecido. La inocente sufre, pero la persona a quien yo consideraba amable y buena no ha traicionado la confianza que deposité en ella, y eso me consuela.

¡Afable prima! Tus pensamientos fueron tan dulces y considerados como tus queridísimos ojos y tu voz. Yo, sin embargo, era el ser más infeliz del universo y nadie habría sido capaz de imaginar el dolor que sentí en esos momentos.


Chap 13th

Nothing is more painful when the
mind has been worked up by a quick
succession of events, and
certainty to follows which
deprives the soul both of hope or fear
Justine died – She rested. I was alive
the blood flowed freely in my veins but
a weight of despair & remorse pressed
on my heart which nothing could remove
our house was a house of mourning
My fathers health was deeply shaken by
the horror of the recent events; Eliza
beth was sad and desponding – she no longer
took delight in her ordinary occupa
tions all pleasure seemed to her sacri
ledge towards the dead – eternal woe
and tears she then thought was the
just tribute she ought to pay to inno
cence thus blasted & destroyed. Sleep fled
from my eyes. I wandered like an
evil spirit for I had committed deeds of mischief beyond
description horrible and far more much & more
persuaded my self I was yet in other
yet my heart overflowed with kind
ness and benevolence – I had begun life

Primera página del segundo volumen de *Frankenstein*, de puño y letra de Mary Shelley



VOLUMEN II

I

Nada hay más doloroso para la mente humana, cuando una rápida sucesión de hechos ha alterado nuestros sentimientos, que la mortífera calma de la inactividad y la certidumbre consiguientes que privan al alma de toda esperanza y temor. Justine murió. Ella descansaba en paz y yo estaba vivo. La sangre circulaba libremente por mis venas, pero la exasperación y el peso de los remordimientos me oprimían el corazón sin que pudiera hacer nada para remediarlo. El sueño había desertado de mis noches y yo erraba como un espíritu maligno porque había cometido unas fechorías tan terribles que no era capaz de describirlas, aunque (y de eso estaba convencido) todavía me aguardaban muchísimas desgracias. Aun así, mi corazón rebosaba de bondad y de amor a la virtud. Las buenas intenciones habían regido mi vida y siempre había anhelado que llegara el momento de ponerlas en práctica y convertirme en alguien útil para mis semejantes. Ahora, sin embargo, todo había sido destruido: en lugar de disfrutar de una serena conciencia que me permitiera rememorar el pasado satisfecho de mí mismo y, por ende, albergar nuevas esperanzas, el remordimiento y el sentimiento de culpa me tenían esclavizado y me precipitaban hacia un infierno de virulentas e indecibles torturas.

Ese estado de ánimo provocó que empeorara mi salud, que ya había recuperado por completo desde la primera crisis que sufrí. Rehuí la compañía humana. Todo lo que despertaba alegría o satisfacción representaba para mí una tortura. La soledad era mi único consuelo: una soledad absoluta, lúgubre y parecida a la muerte.

Mi padre observaba con dolor el cambio perceptible que acusaban mi conducta y mis costumbres, y se esforzaba por explicarme que ceder al dolor desconsolado era una locura.

—¿Acaso crees, Victor, que yo no sufro? Ningún padre ha amado tanto a un hijo como yo amaba a tu hermano. —Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me hablaba—. Pero ¿no tenemos el deber de evitar una mayor infelicidad a los que han sobrevivido impidiendo que sean testigos de nuestro incontrolable sufrimiento? Ese es tu deber, y también para contigo mismo. Abandonarse al dolor nos impide restablecernos y ser capaces de disfrutar, e incluso de cumplir con nuestras obligaciones diarias, sin lo cual ningún hombre puede vivir en sociedad.

Su consejo, aunque acertado, resultaba inaplicable en mi caso. Yo hubiera tenido que ser el primero en disimular mi dolor y consolar a mis amigos si la amargura del remordimiento no hubiera interferido en ello. En esos momentos, sin embargo, solo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación mientras procuraba mantenerme alejado de su presencia.

En esa época nos mudamos a nuestra casa de Belrive. El cambio me resultó muy beneficioso. La clausura diaria de las puertas de la ciudad a las diez de la noche, y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora, eran los peores inconvenientes de la casa de Ginebra, situada intramuros. Ahora me sentía libre. Con frecuencia, cuando la familia se había retirado a descansar, salía en bote de noche y dejaba que pasaran las horas sobre las aguas. A veces, con las velas desplegadas, me dejaba arrastrar por el viento y, después de haber remado hasta el centro del lago, dejaba que el bote siguiera su propio curso mientras me abandonaba a amargos pensamientos. A menudo sentía la tentación, cuando todo estaba tranquilo y yo era el único ser inquieto que erraba incansable en un paisaje tan hermoso y celestial, salvo algún murciélago, o las ranas, cuyo seco e interrumpido croar solo se oía cuando me acercaba a la orilla, a menudo, decía, me sentía tentado de zambullirme en el lago silencioso hasta que las aguas se cerraran sobre mí y terminaran con mis calamidades para siempre. No obstante, la idea de la heroica y sufriente Elizabeth me impedía cometer tal acto, porque la amaba de todo corazón y su existencia estaba ligada a la

mía. Pensaba asimismo en mi padre y en el hermano que todavía seguía vivo. ¿Acaso mi imprevista deserción no los dejaría expuestos y desamparados frente a la maldad del monstruo al que yo había liberado entre ellos?

En esos momentos lloraba con amargura y deseaba que mi mente volviera a conquistar la paz para poder ofrecerles consuelo y alegría. Fue en vano. Mis remordimientos aniquilaron toda esperanza. Había sido el hacedor de un mal incorregible y vivía sumido en el temor constante de que el monstruo que yo había creado perpetrara una nueva fechoría. Albergaba el oscuro presentimiento de que aquello no había terminado aún y que la criatura todavía cometería algún crimen señalado, cuya enormidad borraría todo recuerdo del pasado. Siempre habría lugar para el miedo mientras todo aquello que yo amaba siguiera existiendo. Aborrecía a ese diablo con todas mis fuerzas. Cuando pensaba en él me rechinaban los dientes, se me encendía la mirada y deseaba con fervor extinguir esa vida que con tanta imprudencia había creado. Cuando repasaba sus crímenes y su maldad, el odio y el afán de venganza que me inspiraban anulaban mi sentido de la moderación. Habría ido en peregrinación a la cumbre más alta de los Andes si, al llegar allí, hubiera podido precipitar a ese demonio hacia el abismo. Deseaba volver a verlo para descargar mi más furiosa ira sobre su cabeza y vengar así las muertes de William y Justine.

Nuestra casa era el hogar del duelo. La salud de mi padre había acusado intensamente el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth estaba triste y desanimada, y ya no encontraba placer en sus ocupaciones cotidianas. La idea de toda distracción le parecía un sacrilegio contra los muertos y creía que el llanto y el lamento eternos eran el justo tributo que debía pagar por haberse destruido y aniquilado tanta inocencia. Ya no era aquella alegre muchacha que antaño paseaba conmigo por las orillas del río y hablaba con arrobo de nuestros proyectos futuros. Se había convertido en una persona adusta, y hablaba a menudo sobre la inconstancia de la fortuna y la inseguridad de la vida humana.

—Cuando pienso, querido primo, en la desgraciada muerte de Justine Moritz —dijo Elizabeth—, ya no juzgo el mundo y sus obras como en el pasado. Las historias de maldades e injusticias que leía en los libros o me

contaban los demás eran para mí cuentos ancestrales, o bien males imaginarios. Cuando menos, me resultaban lejanos, y más propios del ámbito de la razón que de la fantasía. Sin embargo, ahora la desgracia impera en nuestro hogar y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre humana. Sí, es cierto, soy injusta. Todos creyeron que la pobre muchacha era culpable y, si hubiera sido capaz de cometer el crimen por el que pagó, sin duda habría sido la más depravada de cuantas criaturas humanas existen. ¡Haber asesinado para apropiarse de unas joyas al hijo de su benefactor y amigo, un niño a quien había cuidado desde que nació y a quien parecía amar como si fuera suyo! No puedo aceptar la muerte de ningún ser humano, pero en ese caso sí habría creído que semejante individuo no merecía vivir en sociedad. Pero Justine era inocente. Lo sé, siento que era inocente… Tú eres de la misma opinión y eso confirma mis sospechas. ¡Ay, Victor!, cuando lo falso se asemeja tanto a la verdad, ¿quién puede pretender ser feliz? Siento como si estuviera caminando por el borde de un precipicio y miles de personas trataran de empujarme para lanzarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el agresor ha escapado. Ronda por el mundo con libertad y tal vez goce del respeto ajeno. Pero, aunque a mí me condenaran a sufrir en el patíbulo por esos mismos crímenes, no me cambiaría por ese infame.

Escuché sus palabras presa de la mayor de las agonías. Era yo, si no de hecho al menos de causa, el verdadero asesino. Elizabeth vio la angustia reflejada en mi rostro y me cogió la mano con cariño:

—Mi bien amado primo, tienes que serenarte. Estos sucesos me han impresionado mucho, solo Dios sabe cuánto, pero no soy tan desgraciada como tú. Hay una expresión de desesperación en tu rostro, y a veces de venganza, que me hace temblar. Tranquilo, querido Victor. Sacrificaré la vida por darte la paz. Aún podemos ser felices. Viviremos tranquilos en nuestro país natal, aislados del mundo. ¿Qué más podría alterar nuestra calma?

Elizabeth lloraba sin confiar en el alivio que pudiera procurarme, pero al mismo tiempo sonreía para intentar alejar quizá al demonio que acechaba mi corazón. Mi padre, que consideraba la infelicidad reflejada en mi rostro tan solo una exageración de la pena que, como era lógico, yo debía de

sentir, pensó que la mejor manera de que recuperara mi acostumbrada serenidad era procurarme una distracción adecuada a mis gustos. Por eso se había mudado al campo y, movido por las mismas razones, me propuso que fuéramos todos de excursión al valle de Chamonix. Yo ya lo conocía, pero Elizabeth y Ernest no habían estado nunca y en diversas ocasiones habían manifestado el deseo de contemplar ese paisaje, que les habían descrito como maravilloso y sublime. Así pues, partimos de Ginebra para emprender ese viaje a mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine.

Hizo mejor tiempo del que esperábamos y, si cualquier otra circunstancia efímera hubiera podido mitigar mi pesar, esta excursión habría causado el efecto que mi padre pretendía. El paraje, de todos modos, despertó en mí algún interés. A veces incluso consiguió adormecer mi dolor, aunque sin lograr mitigarlo del todo. El primer día viajamos en un coche de caballos. Por la mañana, avistamos las montañas a lo lejos y nos dirigimos hacia ellas. Advertimos que el sinuoso valle que formaba el río Arve, cuyo curso seguíamos, se estrechaba por momentos. Al ponerse el sol contemplamos montañas y precipicios inmensos que se alzaban a los lados del camino y escuchamos el sonido del río que corría entre las rocas y el ensordecedor fragor de las cascadas.

Al día siguiente proseguimos nuestro camino en mula. A medida que ascendíamos a cotas más elevadas, el valle adquiría un magnífico y asombroso aspecto. Los castillos en ruinas que colgaban entre riscos montañosos con pinares, el impetuoso Arve y las casas diseminadas que asomaban su perfil entre los árboles formaban un paisaje de singular belleza. Esos parajes devenían sublimes con el fondo de los imponentes Alpes, cuyas blancas y relucientes cumbres, ora picudas, ora redondeadas, se elevaban como si pertenecieran a otro planeta y constituyeran la morada de otra raza de seres.

Cruzamos el puente de Pelissier, donde se abría la quebrada que forma el río, y empezamos a ascender la montaña que nace a sus pies. Poco después entramos en el valle de Chamonix. Es un valle fantástico, soberbio, aunque no tan hermoso y pintoresco como el de Servox que acabábamos de atravesar. Chamonix estaba rodeado de altas y nevadas montañas, pero no

vimos castillos en ruinas ni campos de labor. Inmensos glaciares bordeaban el camino. Oímos el estruendo sordo del trueno que causa la avalancha al precipitarse, y divisamos el humo que arranca a su paso. El Mont Blanc, el supremo y espléndido Mont Blanc, se elevaba partiendo de las *aiguilles* circundantes y su impresionante cumbre presidía el valle.

Hice algunos tramos de nuestro recorrido junto a Elizabeth, caminando a su lado para mostrarle los variados y más hermosos rincones del paraje. Mi mula a veces se quedaba atrás, y entonces me abandonaba a mis tristes pensamientos. En otras ocasiones espoleaba al animal hasta situarme por delante de mis compañeros, para intentar así olvidarme de mis reflexiones, del mundo y, sobre todo, de mí mismo. Cuando estaba a bastante distancia, desmontaba y me tendía sobre la hierba, sobrecogido por el peso del terror y la desesperación. A las ocho de la tarde llegamos a Chamonix. Mi padre y Elizabeth estaban realmente fatigados; Ernest, que también nos acompañaba, encantado y de muy buen humor. Lo único que enturbió su alegría fue el viento del sur y la lluvia que parecía presagiar para el día siguiente.

Nos retiramos pronto a nuestros aposentos, aunque no para dormir; a menos, en lo que a mí respecta. Pasé varias horas asomado a la ventana, contemplando los pálidos relámpagos que iluminaban el Mont Blanc y escuchando el curso precipitado del Arve, que discurría bajo mi ventana.

II

Al día siguiente, y desafiando el pronóstico de nuestros guías, no hizo mal tiempo, aunque amaneció algo encapotado. Visitamos las fuentes del Arveiron y cabalgamos por el valle hasta el anochecer. Estos grandiosos y excelsos paisajes fueron el único bálsamo capaz de aliviar mis penas. Lograron sobreponerme a la mezquindad de los sentimientos y, aunque no suprimieron mi dolor, consiguieron dominarlo y calmarlo. En cierta manera me distrajeron de los pensamientos que atenazaban mi mente desde hacía un mes. Regresé por la noche, fatigado pero sin sentirme tan miserable, y conversé con mi familia con mayor alegría de la que acostumbraba desde hacía tiempo. Mi padre se sintió complacido y Elizabeth estaba radiante de alegría.

—Querido primo, ¿ves el entusiasmo que transmites cuando estás feliz? ¡Ni se te ocurra volver a sufrir una recaída!

A la mañana siguiente la lluvia arreció y una niebla espesa ocultó la cima de las montañas. Me levanté temprano y advertí que me sentía más melancólico de lo habitual. La lluvia me deprimía. Reviví las pasadas emociones y caí presa del desconsuelo. Sabía la decepción que causaría en mi padre este cambio súbito, y quise rehuir su compañía hasta haber logrado disimular las sensaciones que me embargaban. Sabía que mi familia pasaría el día en la posada y, como yo estaba habituado a la lluvia, la humedad y el frío desde hacía tiempo, decidí ascender solo a la cima del Montanvert. Recordaba la impresión que me había causado ver por primera vez ese terrible glaciar que jamás dejaba de moverse. Su contemplación me había elevado en tan sublime éxtasis que el alma trascendió el mundo

oscuro y se elevó en pos de la luz y la alegría. La visión de una naturaleza terrible y majestuosa siempre había conseguido imprimir un tono solemne a mis pensamientos y hacerme olvidar las preocupaciones pasajeras de la vida. Decidí ir solo porque conocía bien el camino y la presencia de otra persona habría destruido la solitaria grandeza del paisaje.

La ascensión es escarpada, pero el sendero traza cortos y continuos virajes que permiten superar la perpendicularidad de la montaña. Es un paisaje de una terrible desolación. Las huellas del paso de los aludes invernales se aprecian en numerosos enclaves: árboles derribados que yacen sin orden ni concierto, destruidos por completo o bien partidos, recostados contra los saledizos de la montaña o entrelazándose entre sí. Los barrancos nevados atraviesan el camino a medida que se va ascendiendo, y desde lo alto caen rocas sin cesar. Hay uno especialmente peligroso en que el mínimo ruido, incluso el de pronunciar una palabra en voz alta, origina un temblor en el aire que basta para provocar un cataclismo capaz de sepultar a quien encuentre a su paso. Los pinos no son altos ni frondosos, pero son sombríos y añaden un toque de severidad a la estampa. Contemplé el valle a mis pies. Vastas extensiones de niebla ascendían de los ríos y formaban espesas guirnaldas que serpenteaban entre las montañas de la otra vertiente, cuyas cimas quedaban ocultas tras uniformes nubes. La lluvia caía incesante en ese cielo lúgubre y contribuía a imprimir un aire melancólico a todo cuanto me rodeaba. ¡Ay! ¿Por qué el hombre alardea de poseer más sensibilidad que las bestias, si eso solo lo convierte en un ser con mayores necesidades? Si nuestros impulsos se limitaran al instinto del hambre, la sed y el deseo, podríamos ser libres. En cambio, nos conmueven el soplo del viento, la palabra que dicta el azar o las imágenes que estas nos evocan.

Descansamos; y el reposo tiene la fuerza de envenenar el sueño.
Nos levantamos; y un pensamiento errante mancilla el día.
Valoramos los sentidos, la fantasía o la razón, la risa o el llanto;
nos asimos a los más preciados augurios o alejamos nuestras inquietudes.
Es lo mismo; porque en la alegría o en la tristeza
el camino de la partida sigue abierto.

El ayer del hombre nunca será su mañana;
¡*La nada solo puede sufrir la mutabilidad*![*]

Era casi mediodía cuando coroné la ascensión. Me senté un rato sobre una roca desde la que se divisaba el mar de hielo. La niebla lo cubría todo, incluso las montañas circundantes. Cuando la brisa disipó las nubes, bajé al glaciar. Su superficie es muy irregular, se eleva como las olas de un mar embravecido para descender en vertical, y está sembrada de grietas que la hienden hasta lo más profundo. Aunque el campo de hielo mide casi una legua de anchura, tardé unas dos horas en cruzarlo. La montaña situada en la otra orilla es una roca desnuda cortada a pico. Desde mi posición, el Montanvert se hallaba justo enfrente, a una legua de distancia. Sobre él se elevaba el Mont Blanc con una espeluznante majestuosidad. Me instalé en un entrante de la roca para contemplar esa maravillosa y portentosa visión. El mar o, mejor dicho, el inmenso río de hielo, dibujaba su tortuoso recorrido entre las montañas tributarias, cuyas aéreas cimas se cernían sobre sus oquedades. Los picos helados y resplandecientes brillaban a la luz del sol por encima de las nubes. Mi corazón, tan apesadumbrado, se llenó de un sentimiento parecido a la alegría.

—¡Espíritus errantes! —exclamé—. Si es cierto que vagáis y no reposáis en vuestros estrechos lechos, permitidme gozar de esta leve felicidad o llevadme con vosotros y alejadme de las dichas de la vida.

Mientras decía esto, de repente, vi la figura de un hombre a cierta distancia que avanzaba hacia mí con una velocidad sobrehumana. Saltaba por las grietas del hielo que yo había sorteado con cautela. Su estatura, a medida que se iba acercando, también parecía exceder a la de un ser humano. Sentí que desfallecía: mis ojos se nublaron y una extrema debilidad se apoderó de mí; pero el frío y el fuerte viento de las montañas me hicieron reaccionar. Advertí, a medida que la forma se aproximaba (¡qué tremenda y aborrecible visión!), que se trataba de aquel espanto a quien yo había creado. Temblando de rabia y terror, decidí esperar hasta que estuviera ante mí para entablar un combate a muerte. Se iba acercando. Su rostro traslucía una amarga angustia teñida de desdén y malicia, y su sobrenatural fealdad resultaba insoportable para el ojo humano. No

obstante, apenas me fijé en esos detalles. La rabia y el odio me habían privado del habla y, cuando logré controlarme, solo acerté a abrumarlo con palabras que expresaban mi más furioso desprecio y aborrecimiento.

—¿Cómo te atreves a acercarte a mí, demonio? ¿No temes que descargue la fiera venganza de mi brazo sobre tu miserable cabeza? ¡Fuera de mi vista, inmunda criatura! O, mejor aún… ¡quédate para que pueda pisotearte hasta reducirte a polvo! ¡Para, oh, sí, extinguiendo tu miserable existencia, poder compensar a esas víctimas que asesinaste de un modo tan diabólico!

—Ya esperaba este recibimiento —dijo el demonio—. La humanidad odia a los desgraciados. ¡Cuánto odio debo de inspirar yo, que soy el más miserable de todos los seres vivos! Y tú, mi creador, me detestas, desdeñas a tu criatura, a la que estás unido por unos vínculos que solo pueden disolverse con la muerte de uno de los dos. Y te propones matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple con tus deberes hacia mí y yo cumpliré contigo y con la humanidad. Si aceptas mis condiciones, os dejaré en paz a todos, pero si te niegas blandiré el puño de la muerte hasta saciarme con la sangre de los amigos que aún te quedan.

—¡Monstruo aborrecible! ¡Eres un demonio! Las torturas del infierno no bastarían para vengar tus crímenes. ¡Malvado y vil engendro! Me reprochas que yo te haya creado. Ven, acércate para poder apagar la chispa que con tanta negligencia encendí.

Sentí una rabia incontrolable y me lancé contra él, impulsado por esos sentimientos que pueden llevar a un ser humano a terminar con la existencia de un semejante.

Me esquivó sin problemas, y dijo:

—¡Tranquilízate! Te pido que me escuches antes de que des rienda suelta a tu odio y te abalances sobre este ser a quien te has consagrado. ¿Acaso no he sufrido ya bastante para que pretendas hacerme todavía más desgraciado? Amo la vida, aunque solo sea un cúmulo de angustias, y voy a defenderla. Recuerda que aquel que me ha hecho superior a sí mismo no me supera en altura ni en flexibilidad. Pero no siento la tentación de enfrentarme a ti. Soy tu criatura, e incluso seré benévolo y dócil con mi señor natural y mi rey si tú también cumples con tu parte, cosa que me

debes. ¡Oh, Frankenstein, no quieras ser justo con los demás y mostrarte intransigente con el único ser a quien no solo debes justicia, sino también clemencia y afecto! Recuerda que soy tu criatura. Tendría que ser tu Adán en lugar de parecer el ángel caído, a quien robaste la dicha sin haber cometido delito alguno. Solo a mí me están vetadas irrevocablemente las bendiciones de la vida. Yo era generoso y bueno; y la desgracia me convirtió en un monstruo. Devuélveme la felicidad y volveré a obrar con virtud.

—¡Fuera, no pienso escucharte ni un minuto más! No puede haber entendimiento entre tú y yo; somos enemigos. Márchate o, si no, midamos nuestras fuerzas en la lucha hasta que uno de los dos caiga.

—¿Cómo puedo moverte a compasión? ¿No hay modo de conseguir que contemples con agrado a tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein: yo era bondadoso. La humanidad y el amor de mi alma iluminaban todo mi ser, pero ¿acaso no estoy ahora solo, miserablemente solo? Si tú, que eres mi creador, reniegas de mí, ¿qué me cabe esperar de tus semejantes, que nada me deben? Ellos me detestan y me odian. Las montañas desiertas y los temibles glaciares son mi refugio. Llevo muchos días errando por estos parajes. Las cuevas de hielo, temidas por todo aquel que no sea de mi condición, son mi morada, la única que el hombre no me envidia. Venero estos cielos desapacibles porque son más amables conmigo que tus semejantes. Si las muchedumbres conocieran mi existencia, actuarían como tú y se armarían para destruirme. Así pues, ¿no debería odiar a quienes me aborrecen? Seré implacable con mis enemigos. Si yo soy desgraciado, ellos compartirán mi desgracia. No obstante, en tu poder se encuentra la facultad de procurarme una satisfacción y librarles de un mal que solo tú serás responsable de haber provocado, para que tú y tu familia, y también miles de personas, no queden atrapadas en la vorágine de su ira. Apiádate de mí y no me desprecies. Escucha mi historia. Cuando la hayas oído, abandóname o compadécete de mí, porque eso es lo que juzgarás que merezco. Escúchame. Por muy sanguinarios que hayan sido los culpables, la ley de los humanos les permite hablar en defensa propia antes de recibir su condena. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato y, sin embargo, destruirías a tu propia criatura con la conciencia

tranquila. ¡Oh, alabemos la eterna justicia del hombre! Te ruego que no me evites, escúchame y luego, si puedes, y quieres, destruye la obra que tus manos han creado.

—¿Por qué apelas a unos recuerdos cuya sola evocación me hace temblar, porque que yo he sido su causa y su miserable autor? ¡Maldigo el día, abominable demonio, en que viste la luz por primera vez! ¡Maldigo las manos (aunque con ello me maldigo a mí mismo) que te dieron forma! Me has convertido en la persona más miserable del universo. Me he quedado sin fuerzas para considerar si soy justo o no contigo. ¡Márchate! Aparta de mí la visión de tu forma detestable.

—Apartaré de ti esta visión, creador mío —dijo el ser colocando sus odiosas manos ante mis ojos, que yo alejé de mí con violencia—. Deja que aparte de ti la visión que tanto aborreces. Podrás escucharme y brindarme así tu compasión. Te lo pido en virtud de las cualidades que en otro tiempo poseí. Escucha mi relato. Es largo y extraño; pero la temperatura de este lugar no conviene a tus delicados sentidos. Ven a la cabaña que hay en la cima de la montaña. El sol todavía resplandece en el firmamento. Antes de que baje y se oculte tras aquellos precipicios nevados, e ilumine otro mundo, ya habrás oído mi historia y podrás tomar una decisión. De ti depende que abandone para siempre la proximidad del hombre y lleve una vida inofensiva, o que me convierta en el azote de tus semejantes y en el responsable de la ruina en que tu vida se verá inmersa.

Cuando terminó de hablar, se puso a caminar por el hielo. Lo seguí. Sentía un peso en el corazón, y no le respondí; pero, a medida que iba avanzando, fui sopesando los diversos argumentos que aquel diablo había utilizado y decidí que, cuando menos, escucharía su historia. Sentía en parte el acicate de la curiosidad, pero tomé esa decisión movido por la caridad. Hasta entonces había intuido que él era el asesino de mi hermano, y deseaba ardientemente hallar la confirmación o la negación de tal supuesto. Por primera vez comprendí cuáles eran los deberes de un creador para con su criatura. Supe que tenía que hacerle feliz antes de poder recriminarle su maldad. Por estas razones me vi impulsado a satisfacer su petición. Cruzamos el hielo y ascendimos por la vertiente rocosa de la montaña opuesta. El aire era frío y empezó a llover. Entramos en la cabaña, el

monstruo con rostro exultante y yo con un profundo pesar y el ánimo hundido. Consentí, sin embargo, en escuchar su historia; y, cuando me hube sentado junto al fuego que mi odiado compañero había encendido, aquel demonio dio comienzo a su relato.

III

—Solo con gran dificultad consigo recordar los primeros tiempos de mi existencia. Los acontecimientos de ese período me resultan confusos e indistintos. Recuerdo que una extraña multiplicidad de sensaciones se apoderó de mí y, de golpe, adquirí conciencia de la vista, el tacto, el oído y el olfato. Bien es cierto que pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir entre las diversas funciones de mis sentidos. Una luz cada vez más intensa impresionó mis nervios hasta que me vi obligado a cerrar los ojos. Percibí entonces la oscuridad, que me inquietó. No obstante, apenas hube registrado esa sensación y abierto los ojos, como ahora ya sé que sucede, la luz volvió a cernerse sobre mí. Caminé, y creo que descendí, aunque he descubierto que mis sensaciones eran muy confusas por aquel entonces. Los objetos que me rodeaban eran oscuros y opacos, impenetrables al tacto y a la vista. Ahora, sin embargo, noto que puedo moverme con absoluta libertad sin que existan obstáculos insuperables para mí. Sentí que la luz se iba volviendo insoportable y que el calor me fatigaba al caminar, y entonces busqué un lugar donde guarecerme a la sombra. Así fue como llegué al bosque de Ingolstadt. Me quedé junto a un arroyo para recuperarme del cansancio hasta que el hambre y la sed vinieron a atormentarme. Me desperecé entonces de mi adormilado estado y comí algunas bayas que encontré en los arbustos o tiradas por el suelo. Apacigüé la sed en el riachuelo y, tras tumbarme, el sueño se apoderó de mí.

»Ya había oscurecido cuando me desperté. Tenía frío y estaba bastante asustado ya que, instintivamente, sentía que me encontraba en la más absoluta desolación. Antes de abandonar tu apartamento me había cubierto

con unas ropas porque tenía frío, pero esa indumentaria no me bastó para protegerme de la humedad de la noche. Era un pobre, indefenso y miserable desgraciado. No sabía nada, y nada era capaz de discernir. El dolor invadió todo mi cuerpo, me senté y me eché a llorar.

»Al cabo de un rato, una tenue luz se apoderó del firmamento y me embargó una sensación de bienestar. Me incorporé y vi que una forma radiante se elevaba entre los árboles. Observé el fenómeno maravillado. Se movía despacio, pero iluminaba mis pasos, así que volví a salir en busca de bayas. El frío no me había abandonado. De repente, bajo uno de los árboles, encontré una enorme capa con la que me cubrí antes de sentarme sobre la tierra. Las ideas que poblaban mi mente no estaban definidas. Todo era confuso. Percibía la luz, el hambre, la sed y la oscuridad. Un sinfín de sonidos vibraban en mis oídos y diversos aromas vinieron a mi encuentro. El único objeto que pude vislumbrar fue la refulgente luna, y me quedé a contemplarla embelesado.

»Los días se fueron alternando con las noches y, cuando logré diferenciar mis sensaciones, me di cuenta de que la órbita de la noche había decrecido mucho. Empecé a reconocer de modo paulatino el claro arroyo que me daba de beber y los árboles que me protegían con su follaje. Me encantó descubrir por vez primera que un bello sonido, que a menudo me alegraba los oídos, procedía de unos animales alados que solían interponerse entre la luz y yo. Empecé asimismo a observar con mayor detalle las formas que me rodeaban y a percibir los límites de la radiante cubierta lumínica que, a modo de bóveda, me cubría. A veces intentaba imitar los plácidos cantos de los pájaros, pero era inútil. Cuando deseaba expresar a mi manera lo que sentía, los sonidos raucos e inarticulados que salían de mi persona me asustaban hasta el punto de hacerme guardar silencio.

»La luna iba menguando y desapareciendo de las noches, mientras yo seguía en el bosque. Para entonces, ya podía discernir entre varias sensaciones, y cada día mi mente iba captando más ideas. Acostumbré los ojos a la luz y pude percibir los objetos en su adecuada forma. Era capaz de distinguir un insecto que se hallara entre la hierba y, progresivamente, fui comprendiendo que había distintas clases de plantas. Descubrí que el

gorrión solo emitía ásperas notas, mientras que el canto del mirlo y el tordo era dulce y atractivo.

»Un día en que estaba aterido de frío descubrí una hoguera que unos vagabundos debían de haber abandonado, y quedé subyugado ante la calidez que desprendía. Llevado de mi entusiasmo, coloqué la mano entre las brasas vivas y tuve que apartarla con un grito de dolor. Pensé que era muy extraño que una misma causa produjera unos efectos tan contrapuestos. Examiné los materiales de la hoguera y, para mi alegría, descubrí que contenía madera. Me apresuré a recoger unas ramas, pero estaban húmedas y no prendieron. Aquello me afligió, y me senté para observar el comportamiento del fuego. La madera mojada que había colocado cerca de la fuente de calor se secó, y entonces prendió por sí sola. Eso me hizo reflexionar y, al tocar las distintas ramas, descubrí la causa. Así pues, me dediqué a recoger una gran cantidad de madera para secarla y poder disponer de un fuego duradero. Al caer la noche noté que el sueño me vencía, y me aterrorizó la idea de que se apagara mi hoguera. Procuré cubrirla con madera seca y unas hojas y, sobre ellas, deposité las ramas húmedas. Finalmente, tendí mi capa en el suelo y me eché a dormir.

»Al despertar por la mañana, mi primer pensamiento fue comprobar la hoguera. Tras apartar la cubierta húmeda, una suave brisa la avivó enseguida y provocó de nuevo la aparición de una llama. Me fijé en el detalle y empecé a airear la hoguera con unas ramas, que hicieron revivir las brasas cuando casi se extinguían. Por la noche descubrí complacido que el fuego no solo me daba calor, sino también luz, y que el descubrimiento de ese elemento me sería útil en mi alimentación. El caso es que me fijé en que las sobras que los viajeros habían desechado se habían tostado y sabían mucho mejor que las bayas que yo recogía de los arbustos. Intenté preparar mi comida del mismo modo, colocándola sobre las brasas vivas. Las bellotas y las raíces mejoraron mucho su sabor, aunque las bayas se echaron a perder en el proceso.

»La comida, sin embargo, escaseaba, y a menudo pasaba el día entero buscando en vano bellotas con las que calmar el retortijón del hambre. Cuando tomé conciencia de ello, decidí abandonar el lugar que había sido mi morada para ir en busca de otro que satisficiera con mayor facilidad las

pocas necesidades que tenía. Tras mi marcha sentí muchísimo desprenderme del fuego que había conseguido por accidente, porque no sabía cómo reproducirlo. Pasé varias horas valorando y sopesando ese inconveniente, pero finalmente me vi obligado a abandonar todo intento de preservarlo. Me eché la capa sobre los hombros y, atravesando el bosque, me dirigí hacia el sol poniente. Pasé tres días caminando entre la espesura y, al final, llegué a campo abierto. La noche anterior había caído una copiosa nevada y los campos presentaban una blancura uniforme. Aquel paisaje era la viva imagen del desconsuelo. Mis pies se congelaron al pisar esa sustancia fría y húmeda que cubría el suelo.

»Eran las siete de la mañana y necesitaba conseguir comida y acomodo. Al final divisé una cabañita situada en un promontorio que, sin duda, debía de haberse construido como refugio de pastores. Era la primera vez que veía algo así, y estudié su estructura con enorme curiosidad. Encontré la puerta abierta y entré. Había un viejo sentado junto al fuego preparándose el desayuno. Al oír ruido se volvió y reparó en mi presencia. Soltó un alarido y, abandonando la cabaña, huyó por los campos con una velocidad insospechada, dada su débil complexión. El aspecto de aquel individuo, que en nada se asemejaba a lo que yo había visto hasta entonces, y su manera de huir me dejaron muy sorprendido. Sin embargo, el aspecto de la cabaña me había cautivado. La nieve y la lluvia no podían penetrar en ella y el suelo estaba seco. Me pareció un refugio tan exquisito y divino como debió de parecerles a los demonios del infierno el Pandemónium, tras haber sufrido tormento en el lago de fuego. Devoré con glotonería los restos del desayuno del pastor, que consistía en pan, queso, leche y vino, bebida esta última que no me gustó. Vencido por la fatiga, me tendí entre la paja y me quedé dormido.

»Me desperté a mediodía y, seducido por la calidez del sol que destellaba sobre el blanco suelo, decidí reanudar mi marcha. Metí el resto del desayuno del campesino en un zurrón que encontré y me adentré en los campos. Estuve caminando varias horas hasta que, al caer la noche, llegué a un pueblo. ¡Me pareció un milagro! Las cabañas, las cuidadas casitas rústicas y los señoriales caserones que iba encontrando a mi paso despertaron mi admiración. Las verduras de los huertos, la leche y el queso

sobre el alféizar de las ventanas de algunas casitas renovaron mi apetito, y decidí entrar en una de las viviendas que tenía mejor aspecto. Pero, tan pronto crucé el umbral, los niños empezaron a chillar y una mujer se desmayó. El pueblo entero estaba revolucionado. Unos huyeron y otros me agredieron hasta que, malherido y magullado por las piedras y demás armas arrojadizas que me lanzaron, escapé campo a través y me guarecí temeroso en un cobertizo bajo y de aspecto miserable, comparado con los palacios que acababa de ver en el pueblo, que estaba vacío. Se encontraba junto a una casita rústica de aspecto pulcro y agradable, pero, a raíz de la experiencia que acababa de vivir, no me atreví a entrar. Mi refugio, construido en madera, era tan bajo que apenas me podía sentar derecho. El suelo no era de tablones, sino de tierra, pero estaba seco y, aunque el viento penetraba en aquel cuchitril por innumerables grietas, para mí se convirtió en un lugar muy agradable donde refugiarme de la nieve y la lluvia.

»Me instalé allí y me tumbé, contento de haber encontrado un amparo, por muy miserable que fuera, que me resguardara de las inclemencias del invierno y, sobre todo, de las atrocidades del hombre.

»Al alba salí arrastrándome de mi perrera para ir a ver la casa adyacente y averiguar si podía quedarme en el habitáculo que había encontrado. Mi cobertizo, situado en la parte trasera de la vivienda, limitaba por el exterior con una porqueriza y una alberca de agua clara. Yo había accedido a su interior por un lateral que estaba abierto, pero decidí que sería mejor tapar todas las rendijas con piedras y madera para que no se percataran de mi presencia, aunque lo haría de tal modo que pudiera retirarlas luego para salir. La única luz de que disfrutaba procedía de la porqueriza, y eso ya me bastaba.

»Después de arreglar mi morada y cubrir el suelo de paja limpia, me tumbé. Había visto la figura de un hombre a lo lejos y, como recordaba muy bien cómo me habían tratado la noche anterior, no podía confiar en ponerme a su merced. Había tenido la precaución de proveerme de mi sustento diario y contaba con una rebanada de pan duro, que había hurtado, y una taza para poder beber con mayor comodidad que con la mano el agua cristalina que corría cerca de mi refugio. El suelo estaba un poco elevado y gracias a eso

se mantenía seco. Por si fuera poco, se hallaba en contacto con la chimenea de la casa y resultaba bastante cálido.

»Tras realizar todos esos preparativos, decidí permanecer en el cobertizo hasta que ocurriera algo que alterara mis planes. Aquello era el paraíso, comparado con el desapacible bosque donde vivía antes, bajo las ramas empapadas de lluvia y tumbado sobre una tierra malsana y húmeda. Desayuné con gusto y, estaba ya a punto de quitar un madero para ir en busca de agua, cuando oí unos pasos y, mirando a través de un resquicio, vi a una joven con un cubo en la cabeza que pasaba frente a mi cuchitril. La muchacha era joven y de ademanes elegantes, muy distinta de los criados de las granjas y las casas rurales que me había encontrado hasta el momento. No obstante, iba vestida de forma austera. Unas enaguas burdas de color azul y una chaqueta de lino constituían su única indumentaria. Llevaba el pelo rubio trenzado sin adorno alguno. A pesar de su aspecto triste, parecía serena. Salió del alcance de mi vista y, al cabo de un cuarto de hora, regresó con el cubo en la cabeza, que había llenado de leche. Mientras caminaba como si la carga no la molestase, un joven salió a su encuentro con un semblante que expresaba un profundo desánimo. Emitió unos sonidos con aire melancólico, le cogió el cubo de la cabeza y lo acarreó hasta la casa. La muchacha lo siguió y ambos desaparecieron. Al cabo de un rato volví a ver al joven atravesar el campo que había tras la vivienda con unas herramientas en la mano. La chica también andaba atareada, a veces dentro de casa y a veces en el patio.

»Tras examinar mi cobertizo, descubrí que una de las ventanas de la vivienda ocupaba una parte del que ahora era mi espacio y que el hueco había sido cubierto con maderos. En una de las tablas encontré una diminuta y casi imperceptible brecha de apenas el tamaño de un ojo. A través de esa grieta pude ver una pequeña estancia, encalada y limpia, aunque con escaso mobiliario. En una esquina, cerca de un exiguo fuego, había un viejo sentado que apoyaba la cabeza entre las manos en actitud desconsolada. La joven estaba ocupada arreglando la casa. En aquel momento sacó algo de un cajón y se sentó junto al anciano, quien, cogiendo el instrumento que le acababan de ofrecer, empezó a tocar y a emitir unos sonidos más dulces que el piar del tordo o el ruiseñor. Era una visión idílica,

incluso para mí, ¡pobre desgraciado! ¡Jamás había visto nada tan hermoso! El cabello cano y el rostro benévolo de aquel anciano me inspiraron un profundo respeto, mientras que las dulces maneras de la muchacha despertaron en mí sentimientos amorosos. El hombre tocó una melodía dulce y plañidera, y advertí que la canción empañaba los ojos de su afable compañera. Él, sin embargo, solo se percató al oír sus sollozos. Entonces, el viejo pronunció unos pocos sonidos y la hermosa criatura dejó su tarea y se arrodilló a sus pies. Él la obligó a levantarse y le sonrió con tanta amabilidad y tanto afecto que experimenté una sensación de una naturaleza peculiar y sobrecogedora. Era una mezcla de dolor y placer como jamás había sentido en el pasado, ni siquiera cuando el hambre o el frío, el calor o la falta de alimento, eran mi único estímulo. Me retiré de la ventana, incapaz de soportar tales emociones.

»Poco después, el joven volvió cargando un montón de leña sobre los hombros. La chica fue a abrirle, le ayudó a desembarazarse de la carga y, cogiendo una parte del combustible, la echó al fuego. Los dos jóvenes se alejaron hacia un rincón de la vivienda. Él le mostró una barra de pan y un trozo de queso. La chica parecía satisfecha, y salió al huerto en busca de raíces y plantas, que luego mezcló con agua y puso a calentar al fuego. Siguió ocupada en sus tareas mientras el chico se iba al huerto y se empleaba a fondo en cavar y arrancar raíces. Cuando el muchacho llevaba ya una hora trabajando, la joven fue a buscarlo y regresaron juntos a la casa.

»El viejo había estado meditabundo durante todo ese tiempo, pero, al aparecer los muchachos, adoptó un aire más alegre. Llegó el momento de sentarse a comer. No tardaron en dar cuenta de la cena. Al terminar, la muchacha reanudó sus quehaceres domésticos y el anciano salió a caminar unos minutos al sol frente a la casa, apoyado del brazo del chico. ¡Qué belleza emanaba del contraste entre esos dos seres excelsos! El mayor tenía el pelo cano y lucía una sonrisa benévola y afectuosa. El joven era esbelto y de figura grácil, con los rasgos dibujados en una simetría perfecta. Sus ojos y su actitud, sin embargo, expresaban la tristeza y el desconsuelo más profundos. El anciano regresó al interior; el joven cogió otras herramientas distintas a las que había empleado por la mañana, y se encaminó hacia los campos.

»Pronto oscureció y, para mi sorpresa, descubrí que los habitantes de aquella casa conocían el modo de prolongar la luz sirviéndose de unas velas. Me encantó comprobar que la puesta de sol no ponía fin al placer que me procuraba observar a mis vecinos humanos. Por la noche, la joven y su compañero se dedicaron a diversos menesteres que no comprendí y el anciano volvió a coger su instrumento y recreó aquellos sonidos divinos que me habían hechizado por la mañana. Cuando terminó, los jóvenes empezaron no a tocar, sino a producir unos ruidos monótonos que no eran armónicos como los del instrumento del viejo o los cantos de los pájaros. Descubrí entonces que el muchacho estaba leyendo en voz alta, aunque en esa época nada sabía yo del arte de las palabras o las letras.

»La familia, después de dedicarse durante un rato a tal ocupación, apagó las luces y se retiró, como supuse, a descansar.

IV

—Me eché en mi jergón —siguió relatando el monstruo—, pero no podía dormir pensando en los acontecimientos de aquel día. En especial, me habían sorprendido mucho las buenas maneras de esa gente. Deseaba estar con ellos, pero no me atrevía. Recordaba muy bien el trato que los rudos habitantes del pueblo me habían dispensado la noche anterior, y decidí que, sin que eso influyera en mis resoluciones futuras, por el momento me quedaría en silencio en mi cobertizo, observando y tratando de descubrir las razones que inspiraban sus actos.

»A la mañana siguiente, los habitantes de la casa se despertaron antes de la salida del sol. La joven arregló la casita y preparó la comida, y el joven se marchó después del desayuno.

»El día transcurrió con la misma rutina que el anterior. El joven siempre trabajaba al aire libre y la chica se dedicaba a diversas tareas en el interior de la casa. Me percaté pronto de que el anciano era ciego, y dedicaba sus horas de asueto a tocar su instrumento o a sumirse en la contemplación. El amor y el respeto que los jóvenes profesaban a su venerable compañero eran dignos de encomio. Le prodigaban muestras de afecto y atendían sus necesidades con cariño, y él se lo agradecía con sonrisas bondadosas.

»Pese a todo, no eran completamente felices. En la intimidad, el joven y su compañera solían entregarse al llanto. Yo no comprendía qué podía causarles tanta infelicidad, pero su estado de ánimo me afectaba profundamente. Si unos seres tan encantadores eran desgraciados, no era de extrañar que yo, una criatura imperfecta y solitaria, fuera un miserable. Aun así, ¿por qué eran tan infelices aquellas afables gentes? Poseían una casa

maravillosa (porque así la veía yo) y disfrutaban de todas las comodidades. Tenían fuego para calentarse cuando sentían frío y deliciosas viandas para calmar su apetito. Vestían con excelentes ropas y, además, disfrutaban de su compañía mutua y de las conversaciones que mantenían mientras intercambiaban miradas de afecto y cariño. ¿Qué significaban aquellas lágrimas? ¿Acaso expresaban auténtico dolor? Al principio fui incapaz de dar respuesta a estas preguntas, pero, gracias a mi constante observación y al paso del tiempo, terminé por explicarme aquello que antes me había parecido enigmático.

»Pasó bastante tiempo antes de que descubriera una de las causas de los problemas de esa agradable familia: la pobreza, que padecían en grado alarmante. Su alimentación consistía únicamente en verduras del huerto y leche. Una sola vaca los abastecía, aunque eso resultaba insuficiente durante el invierno, época en que sus dueños apenas podían procurar alimento al animal. Creo que a menudo sufrían el riguroso azote del hambre, sobre todo los dos jóvenes, porque varias veces vi que daban de comer al viejo sin reservarse nada para ellos.

»Ese gesto de bondad me conmovió hasta lo más hondo. Me había acostumbrado a robarles parte de sus provisiones durante la noche para mi consumo, pero cuando descubrí que con ello les causaba un perjuicio me abstuve y satisfice mi necesidad con bayas, nueces y raíces que recogía en un bosque cercano.

»Asimismo, descubrí otro medio que me permitió colaborar con ellos para hacerles el trabajo más llevadero. Había observado que el joven pasaba buena parte del día recogiendo leña para el fuego familiar. Por la noche me llevaba sus herramientas, que pronto aprendí a utilizar, y traía a casa combustible suficiente para garantizar el consumo de varios días.

»Recuerdo que la primera vez, cuando la joven abrió la puerta por la mañana, pareció muy sorprendida de ver un inmenso montón de madera. Dijo unas palabras en voz alta y el joven, que había ido a su encuentro, expresó también su sorpresa. Observé con placer que el muchacho no salió al bosque ese día, sino que estuvo arreglando la casa y cultivando el huerto.

»Poco a poco hice un descubrimiento de mayor importancia. Me fijé en que esas personas poseían un método para comunicarse experiencias y

sentimientos por medio de sonidos articulados. Me di cuenta de que las palabras que pronunciaban a veces provocaban placer y otras dolor, sonrisas o expresiones de tristeza que se reflejaban en la mente y el semblante de quien escuchaba. Sin duda era una ciencia divina que yo ardía en deseos de conocer. Los intentos que hice con ese propósito, sin embargo, me dejaron desconcertado. Pronunciaban con gran rapidez y las palabras que decían, al no referirse directamente a objetos visibles, me impedían descubrir la clave que me habría permitido desentrañar el misterio. No obstante, con grandes esfuerzos y después de haber permanecido en mi cobertizo durante el intervalo de varias revoluciones lunares, descubrí los nombres que daban a ciertos objetos del discurso que me resultaban muy familiares. Aprendí a utilizar las palabras "fuego", "leche", "pan" y "madera". Aprendí también los nombres de los inquilinos de aquella casa. El joven y su compañera se llamaban de diversas maneras, pero el anciano solo respondía a un nombre: "padre". La chica se llamaba "hermana" o "Agatha", y el joven "Felix", "hermano" o "hijo". Soy incapaz de describir la alegría que sentí cuando aprendí a distinguir los conceptos que se adecuaban a cada uno de esos sonidos, y luego cuando fui capaz de pronunciarlos. Discerní también otras palabras, aunque todavía no podía comprenderlas o emplearlas, como por ejemplo "bueno", "querido" o "infeliz".

»Pasó el invierno. La gentileza y la belleza de los habitantes de la casa me inspiraban un profundo cariño. Cuando estaban tristes, me sentía desgraciado; cuando se alegraban, compartía su bienestar. Apenas vi a otros seres humanos y, cuando alguien entraba en la casa, los malos modales y los andares groseros solo lograban realzar las virtudes superiores de mis amigos. Me percaté de que el anciano siempre se esforzaba por animar a sus hijos, como descubrí que los llamaba, para borrar la melancolía de sus semblantes. Solía hablar con acento alegre y con una expresión de bondad que incluso a mí me procuraban placer. Agatha le escuchaba con respeto y a veces con los ojos anegados en lágrimas, que intentaba secarse sin que los demás se dieran cuenta. Sin embargo, su rostro y su tono solían parecer más alegres después de haber escuchado las exhortaciones de su padre. No ocurría lo mismo con Felix. El muchacho era el más triste del grupo, e incluso para mis inexpertos sentidos parecía haber sufrido más que sus

amigos. Pero aunque había más aflicción en su semblante, su voz sonaba más alegre que la de su hermana, sobre todo cuando se dirigía al anciano.

»Podría mencionar innumerables ejemplos que, con sutileza, fueron conformando la actitud de mis apreciados compañeros. A pesar de hallarse sumidos en la pobreza y la necesidad, Felix se alegró de poder llevar a su hermana la primera florecilla blanca que brotó de la tierra nevada. A primera hora de la mañana, antes de que Agatha se levantara, el muchacho quitaba la nieve que obstruía el paso hasta el establo, sacaba agua del pozo e iba a la leñera, donde, para su eterno asombro, siempre encontraba que una mano invisible había repuesto sus provisiones. Por el día, creo, trabajaba algunas veces para un granjero de la vecindad, porque a menudo se marchaba y no regresaba hasta la hora de cenar sin traer leña consigo. Otras veces trabajaba en el huerto, pero, como había poco que hacer durante la estación de las heladas, leía para el viejo y para Agatha.

»Esa lectura me dejó extremadamente perplejo al principio. Poco a poco, sin embargo, descubrí que Felix pronunciaba los mismos sonidos cuando leía que cuando hablaba. Deduje, por lo tanto, que había en el papel unos signos de habla que él comprendía, y deseé con todas mis fuerzas entenderlos yo también. No obstante, ¿cómo sería eso posible, si ni siquiera entendía los sonidos que representaban esos signos? Aun así mejoré bastante en ese arte, pero no lo suficiente para seguir una conversación, aunque me empleaba a fondo en la tarea. Intuía que, a pesar de desear con todas mis fuerzas revelar mi presencia a los habitantes de la casita, no podría intentarlo hasta que dominara su lengua. Ese dominio me permitiría explicarme para que obviaran la deformidad de mi cuerpo, porque el contraste que siempre se presentaba ante mis ojos también me había hecho consciente de eso.

»Yo admiraba las formas perfectas de mis vecinos: su gracia, su belleza y su delicada tez. ¡Me quedé aterrorizado cuando vi mi imagen en un estanque transparente! Al principio me aparté de un salto, incapaz de creer que fuera yo quien se reflejaba en aquel espejo, y cuando me convencí plenamente de que era en realidad el monstruo que soy me embargó una amarga sensación de desaliento y me sentí mortificado. ¡Ay de mí! Todavía desconocía las fatales consecuencias de esta desgraciada deformidad.

»A medida que los días iban siendo más cálidos y la luz del sol más duradera, la nieve desapareció y pude contemplar los árboles desnudos y la tierra ennegrecida. A partir de entonces, Felix tuvo más trabajo y los descorazonadores signos del hambre inminente desaparecieron. Su alimentación, como descubrí más tarde, carecía de refinamientos, pero era sana y suficiente para ellos. En el huerto crecieron distintas variedades de plantas que mis amigos emplearon para aderezar las comidas; y esos indicios de mejoría fueron aumentando a diario a medida que la estación avanzaba.

»A mediodía, el anciano caminaba del brazo de su hijo. Eso sucedía en los días que no llovía, pues así era como denominaban al hecho de que los cielos vertieran agua. Este fenómeno ocurría a menudo, aunque el fuerte viento no tardaba en secar la tierra y el clima resultaba luego mucho más agradable.

»La vida que yo llevaba en el cobertizo era monótona. Por la mañana, mi ocupación consistía en estar atento a los movimientos de la familia. Cuando sus miembros se dedicaban a sus quehaceres, yo aprovechaba para dormir. Pasaba el resto del día observando a mis amigos. En sus horas de descanso, si había luna o la noche era estrellada, salía al bosque a procurarme alimento y reunir el combustible necesario para la casa. Al regresar, y si veía que era preciso, limpiaba el camino de nieve y me ocupaba de las tareas que había visto hacer a Felix. Descubrí más tarde que mi trabajo, realizado por una mano invisible, los dejaba perplejos; y en un par de ocasiones les oí pronunciar las palabras “espíritu benigno” y “maravilloso”, aunque entonces no comprendí lo que significaban esos términos.

»Poco a poco mis pensamientos fueron cobrando mayor agilidad y deseé descubrir el significado de sus actividades y los sentimientos que animaban a esos seres encantadores. Sentía una gran curiosidad por conocer los motivos por los cuales Felix era tan desgraciado y Agatha estaba tan triste. Pensé (¡estúpido de mí!) que quizá estuviera en mi mano devolver la felicidad a esa gente que tanto la merecía. Cuando dormía o me encontraba ausente, las figuras del venerable padre anciano, la dulce Agatha y el magnífico Felix aparecían ante mis ojos. Los consideraba unos seres

superiores que se erigirían en árbitros de mi destino futuro. Imaginaba mil maneras distintas de presentarme ante ellos e intentaba adivinar su reacción. Pensé que sentirían repugnancia al verme hasta que, gracias a mis suaves modales y mis palabras conciliatorias, ganaría su favor y, finalmente, su afecto.

»Esos pensamientos me llenaron de alegría y me sirvieron para aplicarme con renovado fervor en la adquisición del arte del lenguaje. Mis órganos eran burdos, qué duda cabe, pero sutiles; y aunque mi voz en nada se parecía a la suave música de sus tonalidades, pronunciaba las palabras que entendía con una corrección aceptable. Era como la fábula del burro y el perrito faldero. A pesar de todo, pienso que el cariñoso burro, que tan buenas intenciones tenía a pesar de sus bruscas maneras, merecía un trato mejor que los golpes y los insultos.

»Las agradables lluvias y la franca calidez de la primavera alteraron profundamente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de ese cambio parecían haberse escondido en cuevas, empezaron a salir y a dedicarse a diversas artes agrícolas. Los pájaros entonaron notas más festivas y las hojas empezaban a brotar en los árboles. ¡Qué felicidad!, ¡qué tierra tan feliz y tan digna de ser habitada por los dioses! Una tierra que, poco antes, había sido desapacible, húmeda y malsana. El magnífico aspecto de la naturaleza me hizo cobrar ánimos y borrar el pasado de mi memoria. El presente era tranquilo y el futuro resplandecía con intensos rayos de esperanza y una promesa de alegría.

V

—Me apresuraré a relatar la parte más conmovedora de mi historia —siguió contándome el monstruo—. Narraré aquellos sucesos que hicieron aflorar en mí unos sentimientos que cambiaron mi personalidad y me convirtieron en lo que ahora soy.

»La primavera avanzaba con rapidez, el tiempo era magnífico y las nubes habían desaparecido del cielo. Me sorprendió que aquellos parajes tan desiertos y lúgubres en otro tiempo revivieran entonces dando como fruto hermosísimas flores y plantas. Millares de delicados aromas e innumerables imágenes de idílica belleza fueron el bálsamo que renovó mis sentidos.

»En una de esas frecuentes ocasiones en que mis amigos solían descansar del trabajo (el anciano tocaba la guitarra y los hijos le escuchaban), me fijé en que el rostro de Felix delataba una profunda melancolía. Suspiraba con tanta frecuencia que su padre interrumpió la música para, según adiviné por sus ademanes, preguntarle por los motivos de su pesar. Felix contestó con un tono de voz animado y el viejo volvió a tocar su instrumento, cuando alguien llamó a la puerta.

»Era una dama montada a caballo, acompañada de un campesino que hacía las veces de guía. La señora llevaba un traje oscuro y se tocaba con un espeso velo negro. Agatha hizo una pregunta y la extraña respondió tan solo pronunciando con dulce acento el nombre de Felix. Su voz era musical, aunque sonaba diferente a la de mis amigos. Al oír esa palabra, el joven fue corriendo hacia donde se encontraba la dama, quien al verlo se levantó el velo y mostró un semblante de belleza y expresión angelicales. Tenía el

pelo brillante y negro como el azabache y llevaba un curioso trenzado. Sus ojos eran oscuros y serenos, aunque traslucían una gran vivacidad. Sus rasgos presentaban unas proporciones regulares y su tez era extraordinariamente clara, matizada con un primoroso rubor que coloreaba sus mejillas.

»Felix pareció exultante de gozo al verla. Las señales de tristeza desaparecieron de su cara, y al instante expresó un entusiasmo rayano en el éxtasis. Me costaba creer que su rostro fuera capaz de esbozar tal emoción. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas arreboladas de placer. En ese momento vi que su belleza se equiparaba a la de la desconocida. La mujer parecía experimentar sentimientos contradictorios. Se secó unas lágrimas que pugnaban por salir de aquellos hermosos ojos y le tendió la mano, que el chico besó arrebatado. El muchacho, según pude entender, la llamó "mi dulce árabe". Ella pareció no comprenderle, pero sonrió. Felix la ayudó a desmontar, despidió al guía y la invitó a entrar en la casa. Hubo una breve conversación entre padre e hijo y la extraña se arrodilló a los pies del viejo. Se disponía a besarle la mano cuando el anciano la obligó a levantarse y la abrazó con profundo afecto.

»Pronto me apercibí de que, aunque la extraña pronunciaba sonidos articulados en lo que parecía ser su propio idioma, sus compañeros no la entendían y ella tampoco lograba comprenderles. Hacían unos signos que nada significaban para mí, pero me di cuenta de que su presencia en la casa transmitía alegría y disipaba las penas como el sol las neblinas matutinas. Felix parecía especialmente contento y dio la bienvenida a su árabe con sonrisas de satisfacción. Agatha, la siempre dulce Agatha, besó las manos de la preciosa desconocida y, señalando a su hermano, hizo unos signos cuyo significado me pareció entender: Felix había estado muy triste hasta el momento de su llegada. Pasaron las horas, y los rostros de esa familia seguían traslucíendo una alegría cuya causa yo ignoraba. Al cabo de un rato descubrí, debido a la constante repetición de un sonido que la mujer insistía en emitir, que ella estaba intentando aprender su idioma. Se me ocurrió de pronto que yo podría sacar partido de sus lecciones con el mismo fin. En la primera clase, la extranjera aprendió una veintena de palabras, la mayoría de las cuales yo ya conocía, pero saqué provecho de aquellas que ignoraba.

»Tan pronto se hizo de noche, Agatha y la dama árabe se retiraron a descansar. En el momento de separarse Felix besó la mano de la extranjera y dijo: “Buenas noches, dulce Safie”. El chico estuvo despierto hasta mucho después, charlando con su padre, y, por la frecuente repetición de su nombre, deduje que su cautivadora huésped era el tema de la conversación. Por mucho que deseara comprenderlos, y a pesar de todos los esfuerzos que hice por conseguirlo, no logré entender nada.

»A la mañana siguiente Felix salió a trabajar y, cuando las tareas habituales de Agatha hubieron concluido, la mujer árabe se sentó a los pies del anciano y, cogiendo la guitarra, tocó unas piezas tan hermosas y fascinantes que me arrancaron lágrimas espontáneas de tristeza y placer. La muchacha cantaba y su voz fluía con una rica cadencia, elevándose o extinguiéndose, como un ruiseñor de los bosques.

»Cuando terminó le dio la guitarra a Agatha, que en un principio declinó su ofrecimiento. Finalmente, interpretó una simple tonadilla y acompañó la melodía con su voz de suave acento, muy distinta de los maravillosos acordes de la invitada. El anciano parecía embelesado y dijo unas palabras que Agatha se esforzó en explicar a Safie. Parecía que el viejo deseaba expresar que le había procurado un gran placer con su música.

»Los días transcurrieron con la tranquilidad acostumbrada, aunque con la salvedad de que la tristeza se había trocado en alegría en los semblantes de mis amigos. Safie siempre estaba contenta y feliz. Los dos avanzamos mucho en el conocimiento del idioma y, al cabo de un par de meses, empecé a comprender la mayoría de las palabras que pronunciaban mis protectores.

»En esa época, la negruzca tierra se cubrió de hierba e innumerables flores salpicaron las verdes riberas con su dulce aroma y delicada imagen, estrellas de radiante palidez asomando en la espesura a la luz de la luna. El sol era más cálido y las noches límpidas y fragantes. Mis paseos nocturnos me procuraban un gran deleite, aunque el tardío anochecer y la temprana alborada los acortaron bastante. Jamás me aventuraba a salir durante el día, porque temía que me prodigaran el mismo trato que los habitantes del primer pueblo al que llegué.

»Pasaba los días concentrado en intentar dominar el idioma cuanto antes. Puedo presumir de que progresé con mayor rapidez que la dama árabe, que comprendía pocas cosas y pronunciaba muy mal, mientras que yo entendía y podía imitar casi todas las palabras que se decían.

»No solo mejoré mi habla, sino que además aprendí el arte de las letras aprovechando las enseñanzas de la extranjera. Ante mí se abría un ancho campo de maravillosos placeres.

»El libro con el que Felix enseñaba a Safie era *Las ruinas*, o *Meditación sobre las revoluciones de los imperios*, de Volney. Yo no habría comprendido el significado de ese libro si Felix, al leerlo, no hubiera dado detalladas explicaciones al respecto. Había elegido ese texto, según dijo, porque su estilo declamatorio se asemejaba al de las composiciones de los autores orientales. Gracias a esa obra obtuve unas someras nociones de historia y un poco de información sobre los diversos imperios que existen en la actualidad. Pude esclarecer cuáles eran las costumbres, los gobiernos y las religiones de las distintas naciones. Oí hablar de los indolentes asiáticos, del magnífico genio y la preclara actividad mental de los griegos, de las guerras y la excelsa virtud de los antiguos romanos (y su decadencia subsiguiente), del declive de ese poderoso imperio, de la caballería, la cristiandad y los reyes. Escuché en boca de Felix el descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie al conocer el desventurado destino de sus habitantes primigenios.

»Esas fantásticas narraciones me inspiraron sentimientos extraños. ¿Acaso el hombre podía ser tan poderoso, virtuoso y magnífico, y a la vez tan malvado y despreciable? En ciertos momentos parecía un mero vástago del principio del mal y, en otros, representaba todo lo noble y divino que imaginarse pueda. Convertirse en un hombre insigne y virtuoso parecía el honor más alto que pudiera recaer en un ser sensible. Ser alguien despreciable y malévolo, como había habido tantos en la historia, parecía la mayor y más degradante vileza, una condición más abyecta que la del ciego topo o el indefenso gusano. Me costó bastante imaginar que un hombre pudiera llegar a asesinar a sus semejantes, e incluso el porqué de que existieran leyes y gobiernos. No obstante, cuando oí relatar los pormenores

de tanta depravación y derramamiento de sangre, dejé de sorprenderme y me retiré asqueado e indignado.

»Las conversaciones de los miembros de aquella familia me introdujeron en el conocimiento de nuevos mundos maravillosos. A medida que escuchaba las lecciones que Felix impartía a la mujer árabe, empecé a comprender el extraño sistema social de la humanidad. Oí hablar de la división de la propiedad, de inmensas riquezas y de la pobreza más extrema, del rango y la pureza de sangre.

»Aquellas palabras me indujeron a pensar en mí. Aprendí que las posesiones que más valoraban tus semejantes eran un ilustre e intachable abolengo unido a una abundante riqueza. Un hombre era respetable si poseía al menos una de las dos cosas, pero si carecía de ambas se le consideraba, salvo muy raras excepciones, un vagabundo y un esclavo condenado a desperdiciar sus energías en beneficio de unos pocos elegidos. En cuanto a mí, ¿qué era yo? Ignoraba por completo quién era mi creador y cómo me había creado, pero sabía que no tenía dinero ni amigos, ni tampoco propiedad alguna. Además, estaba dotado de una figura aborrecible y monstruosamente deforme. Ni siquiera era de la misma naturaleza que el hombre. Era más ágil que los humanos y podía subsistir con una dieta más estricta. Soportaba las temperaturas extremas con menor perjuicio para mi constitución y mi estatura excedía en mucho a la de las personas. No había conocido a nadie como yo. ¿Era acaso un monstruo, un engendro sobre la Tierra del cual huían los seres humanos, una criatura a quien todos repudiaban?

»Me resulta imposible describirte la agonía en que me sumieron esos pensamientos. Intenté alejarlos de mi mente, pero el saber solo había hecho que aumentar mi dolor. ¡Oh, ojalá me hubiera quedado para siempre en mi bosque natal, sin conocer ni sentir más allá de las sensaciones del hambre, la sed y el calor!

»¡Qué extraña es la naturaleza del saber! Cuando ya ha tomado posesión de la mente, se aferra a ella como el liquen a la roca. A veces desearía desprenderme del pensamiento y de los sentimientos, pero he aprendido que solo existe un medio de superar la sensación de dolor: la muerte. La muerte es un estado que temo pese a que no alcanzo a comprenderlo. Yo admiraba

la virtud y los buenos sentimientos, y estimaba los buenos modales y la afable disposición de mis vecinos. No obstante, se me prohibía mezclarme con ellos, salvo a hurtadillas, cuando no me veían y no sospechaban mi presencia, situación que más que satisfacer aumentaba mi deseo de unirme a mis compañeros. Las dulces palabras de Agatha y las animosas sonrisas de la encantadora árabe no me estaban destinadas. Las amables advertencias del anciano y la vívida conversación de mi querido Felix jamás irían dirigidas a mi persona. ¡Qué desgraciado, miserable e infeliz me sentía!

»Otras enseñanzas se grabaron en mi mente para siempre. Supe que existían sexos distintos, oí hablar del nacimiento y el crecimiento de los niños, del padre que recibe como un regalo las sonrisas de su pequeño y de las vivarachas ocurrencias de los niños mayores. Aprendí que la vida y las atenciones de una madre se concentran en el precioso ser que lleva en su seno, que la mente de los jóvenes se expande para adquirir mayores conocimientos, que hay hermanos y hermanas, y las diversas relaciones que vinculan a un ser humano con otro a partir de unos lazos mutuos.

»¿Dónde estaban mis amigos y parientes? Yo no había tenido un padre que velara por mí en mis años infantiles, ni una madre que me bendijera con sonrisas y caricias. Y en el caso de que los hubiera tenido, mi vida pasada era algo borroso, un espacio en blanco en el que nada distinguía. Hasta donde me alcanza la memoria sé que siempre he tenido la misma altura e idénticas proporciones. Nunca vi a nadie que se me pareciera o afirmara estar relacionado conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta no dejaba de martirizarme y solo acertaba a responderla con amargos lamentos.

»Pronto relataré hacia dónde iban a conducirme mis sentimientos. Permíteme ahora volver a los habitantes de la casa del bosque, cuya historia había despertado en mí la indignación, el deleite y el asombro, sentimientos que no hicieron sino aumentar el amor y el respeto que sentía por mis protectores (porque así era como, en un deseo inocente y casi doloroso de engañarme, había elegido llamarlos).

VI

—Al cabo de un tiempo conocí la historia de mis amigos. Una historia que logró imprimirse en mi memoria de un modo indeleble por el hecho de entrañar un gran número de interesantes y prodigiosas circunstancias para alguien tan carente de experiencia como yo.

»El nombre del anciano era De Lacey. Descendía de una importante familia de Francia, país donde pasó muchos años viviendo en la abundancia y contando con el respeto de sus superiores y el cariño de sus iguales. Su hijo se había entregado al servicio de la patria y Agatha se codeaba con damas de alta alcurnia. Unos meses antes de mi llegada vivían en una enorme y lujosa ciudad llamada París, rodeados de amigos, y disfrutaban de todas las diversiones que la virtud, un intelecto refinado o el buen gusto, unido todo ello a una moderada fortuna, podían procurarles.

»El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un mercader turco que llevaba viviendo en París varios años hasta que, por alguna razón que no pude llegar a averiguar, empezó a tener problemas con el gobierno. El mismo día en que Safie llegó de Constantinopla para reunirse con él, lo detuvieron y lo llevaron a presidio. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia fue flagrante. Todos los parisinos estaban indignados y, en ciertos círculos, se interpretó que su religión y su riqueza, y no el delito que se le imputaba, habían sido la causa de su condena.

»Felix, que estuvo presente durante el juicio, no pudo controlar su horror e indignación cuando oyó la sentencia de los tribunales. En ese momento hizo la solemne promesa de liberarlo y empezó a trazar planes para ello. Tras varios intentos infructuosos de entrar en la prisión, descubrió

en un ala sin vigilancia del edificio una ventana de fuertes barrotes que iluminaba la mazmorra del desafortunado mahometano. En esa celda el turco, cargado de cadenas, aguardaba desesperado la ejecución de la aberrante sentencia. Por la noche Felix se acercó a la reja para dar a conocer al prisionero lo que pretendía hacer en su favor. El turco, sorprendido y encantado, procuró despertar el celo de su libertador prometiéndole que lo compensaría y le haría rico. Felix rechazó su ofrecimiento, ofendido, pero cuando vio a la hermosa Safie, a quien le habían permitido visitar a su padre y que, por medio de gestos, le expresó su más sincera gratitud, el joven no pudo evitar reconocer que el cautivo poseía un tesoro que le recompensaría con creces de las fatigas y los riesgos a que se iba a exponer.

»El turco reparó de inmediato en la impresión que su hija había causado en el corazón de Felix, y procuró ganárselo hacia su causa prometiéndole su mano tan pronto fuera trasladado a un lugar seguro. Felix era demasiado caballeroso para aceptar ese ofrecimiento pero pensaba en su probabilidad futura como en el corolario de la felicidad.

»Durante los días siguientes, mientras los preparativos de la fuga del comerciante seguían su curso, las ansias de Felix se templaron gracias a las cartas que recibió de esta encantadora muchacha, que había encontrado la manera de expresar sus pensamientos en el idioma de su amado con la ayuda de un anciano criado de su padre que sabía francés. En ellas, Safie le agradecía en los más encendidos términos los desinteresados servicios que había procurado a su padre y, al mismo tiempo, deploraba con discreción su propio destino.

»Guardo copias de las cartas porque, durante mi estancia en el cobertizo, hallé el modo de obtener los útiles necesarios para la escritura y, además, las cartas se encontraban a menudo en las manos de Felix o de Agatha. Antes de partir, te las entregaré. Demostrarán la veracidad de mi relato, pero por el momento, como el sol declina ya, solo tengo tiempo de repetirte en esencia su contenido.

»Safie contó que su madre era una árabe conversa que los turcos habían capturado para convertirla en esclava. Gracias a su belleza logró ganarse el corazón del padre de la muchacha y se casó con él. La joven habló en nobles y entusiastas términos de su madre, quien había nacido en libertad y,

por lo tanto, despreciaba la esclavitud a la que se había visto reducida. Esa mujer enseñó a la niña los principios de su religión, así como a aspirar a un buen nivel intelectual y a la independencia de espíritu, prohibidas ambas cosas a las seguidoras de Mahoma. La buena señora murió, pero sus lecciones quedaron grabadas de modo indeleble en la mente de Safie, a quien horrorizaba la perspectiva de regresar a Asia y ser recluida entre los muros de un harén, donde solo se le permitiría ocuparse de pueriles entretenimientos que nada convenían a su templanza de espíritu, habituada ya a los pensamientos elevados y a la noble práctica de la virtud. Así pues, estaba encantada con la perspectiva de casarse con un cristiano y quedarse en un país donde a las mujeres se les permitía ocupar un lugar en la sociedad.

»El día de la ejecución del turco fue fijado. Sin embargo, la noche anterior el individuo había abandonado ya la prisión y, antes de que amaneciera, se encontraba a muchos kilómetros de distancia de París. Felix había conseguido hacerse con unos pasaportes para su padre, su hermana y para él. Había comunicado sus planes a su progenitor, que contribuyó al engaño marchándose de casa con el pretexto de que tenía que hacer un viaje, cuando en realidad fue a ocultarse junto a su hija en un oscuro barrio de la ciudad.

»Felix guio a los fugitivos a través de Francia hasta llegar a Lyon. Cruzaron el Mont Cenis y recalaron en Livorno, donde el mercader había decidido quedarse a esperar que se le presentara la oportunidad de penetrar en territorio turco.

»Safie decidió quedarse con su padre hasta que partiese, y el turco renovó la promesa de cederla en matrimonio a su libertador. Felix siguió con ellos a la espera de que se produjera ese acontecimiento, y durante ese tiempo disfrutó de la compañía de la muchacha árabe, que le dio muestras del cariño más sincero y tierno. Ambos conversaban con la ayuda de un intérprete o intercambiando miradas, y Safie cantaba para él las divinas tonadas de su país natal.

»El turco consintió en propiciar esa intimidad e insufló esperanzas a los jóvenes amantes mientras, en su fuero interno, maquinaba planes muy distintos. Aborrecía la idea de que su hija se uniera a un cristiano, pero

temía la reacción de Felix si se mostraba poco entusiasta. A fin de cuentas, sabía que todavía se encontraba en manos de su libertador y que podía traicionarlo denunciándolo a las autoridades italianas, país en el que residían. Urdió mil y una artimañas que le permitieron prolongar el engaño el tiempo suficiente para intentar llevarse a su hija en secreto. Las noticias que llegaron de París favorecieron sus planes.

»El gobierno de Francia se enfureció al percatarse de la evasión de su víctima, y no escatimó recursos para localizar y castigar al libertador. No tardaron en descubrir la trama de Felix, y De Lacey y Agatha fueron encarcelados. Esas noticias fueron las que recibió Felix y las que lo despertaron de sus placenteras ensoñaciones. Su anciano e invidente padre y su dulce hermana yacían en una fétida mazmorra mientras él disfrutaba del aire libre y la compañía de la dama a quien amaba. Ese pensamiento lo mortificaba tanto que dispuso de inmediato que, si el turco podía aprovechar la ocasión de darse a la fuga antes de que él pudiera regresar a Italia, Safie permanecería en el país y se alojaría en un convento de Livorno. Tras cerrar el acuerdo, Felix se despidió de la bellísima árabe y partió raudo hacia París para entregarse al yugo implacable de la ley, esperando con ello liberar a De Lacey y a Agatha.

»No obstante, las cosas no salieron según sus cálculos. La familia pasó cinco meses en la cárcel antes de que se celebrara el juicio. La sentencia les requisó su fortuna y los condenó a exiliarse para siempre de su país natal.

»Habían encontrado un mísero refugio en aquella casa rústica de Alemania, y allí vivían cuando los encontré. Felix no tardó en enterarse de que el turco traidor, por quien él y su familia habían soportado indecibles sufrimientos, al descubrir que su libertador se había visto relegado a la pobreza y la impotencia, no respetó el pacto de caballeros que habían acordado y abandonó Italia con su hija, ofendiendo al muchacho al enviarle una miserable cantidad de dinero para contribuir, según le escribió, a su futuro mantenimiento.

»Esos habían sido los acontecimientos que hicieron mella en Felix y lo habían convertido, desde la primera vez que lo vi, en el miembro más desgraciado de su familia. El joven era capaz de soportar la pobreza y, si este infortunio fuera el modo de expiar sus pecados, lo asumiría con

orgullo; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su bienamada Safie eran unas desgracias más amargas e irreparables. La llegada de la muchacha árabe, por lo tanto, había infundido un nuevo soplo de vida a su alma.

»Cuando las noticias de que Felix había perdido su fortuna y condición llegaron a Livorno, el mercader ordenó a su hija que dejara de pensar en aquel joven y se dispusiera a regresar con él a su país natal. La generosa naturaleza de Safie se rebeló al oír esas órdenes; la muchacha intentó protestar, pero su padre no atendió a ruegos y se marchó enfadado, reiterando su tiránico mandato.

»Unos días después, el turco entró en los aposentos de su hija y le dijo precipitadamente que tenía razones para creer que se había divulgado su presencia en Livorno y que podría ser entregado sin tardanza al gobierno francés. Para impedirlo había fletado una nave que lo llevaría a Constantinopla, ciudad hacia la que partiría al cabo de unas horas. Le dijo a su hija que la dejaba al cuidado de un sirviente de confianza para que, cuando acabara de llegar el resto de sus bienes a Livorno, fueran a reunirse con él.

»Al quedarse sola, Safie decidió esbozar un plan de acción que le permitiera conseguir sus propósitos y superar esa situación de emergencia. La horrorizaba pensar que tenía que residir en Turquía porque tanto su religión como sus sentimientos eran de muy distinta naturaleza a los de ese país. Un día encontró por casualidad unos papeles de su padre, y se enteró por ellos del exilio de su amado y del nombre del lugar donde residía. Tuvo dudas durante un tiempo, pero al final se decidió: abandonaría Italia. Cogió las joyas que le pertenecían y una pequeña suma de dinero y, junto a una sirvienta oriunda de Livorno que comprendía el idioma hablado en Turquía, partió hacia Alemania.

»Había llegado sana y salva a una ciudad que distaba unas veinte leguas de la casita de los De Lacey cuando su sirvienta cayó gravemente enferma. Safie la cuidó con absoluta entrega, pero la pobre muchacha murió y la arábiga se quedó sola, sin saber el idioma del país y ajena por completo a las costumbres mundanas. No obstante, fue a parar a buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían y, tras su

muerte, la mujer que las había acogido se cuidó de que Safie llegara sin percances a la casa de su amado.

VII

—Esta era la historia de mis amados vecinos, la cual me dejó profundamente impresionado. Su desarrollo, reflejo de diversos aspectos de la vida social, me enseñó a admirar las virtudes y a desaprobar los vicios de la humanidad.

»En aquella época todavía consideraba el crimen un mal remoto. Era testigo de constantes muestras de bondad y generosidad que despertaban en mí el deseo de participar en aquella ajetreada puesta en escena que tantas cualidades admirables recreaba. Pero, para dar razón del progreso de mi intelecto, no debería omitir un hecho que sucedió a principios del mes de agosto de ese mismo año.

»Una noche, durante la acostumbrada visita que realizaba al bosque situado en las inmediaciones de la casa para conseguir mi sustento y recoger leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía unas prendas de vestir y unos libros. Ilusionado, recogí aquel regalo y regresé a mi cobertizo. Por suerte, los libros estaban escritos en el idioma cuyos rudimentos había adquirido ya en la casa. Eran los siguientes: *El paraíso perdido*; *Vidas paralelas*, de Plutarco, y *Las desventuras del joven Werther*. La posesión de esos tesoros me procuró un absoluto placer. Pasaba los días estudiando y ejercitando la mente con estas historias, mientras mis amigos se dedicaban a sus quehaceres habituales.

»Apenas puedo describirte el efecto que me causaron estos libros. Me evocaron una infinidad de imágenes y sentimientos desconocidos, que en ocasiones me dejaban sumido en el éxtasis, aunque a menudo conseguían postrarme en el abatimiento más absoluto. En *Las desventuras del joven*

Werther, aparte del interés que reviste su simple y conmovedora historia, se exponen tantas opiniones y se vierte tanta luz sobre conceptos que hasta entonces me resultaban oscuros, que descubrí en él una fuente inagotable de asombro y reflexión. Las dulces y familiares maneras que describe, combinadas con elevados sentimientos y delicadas sensaciones, consistentes en cierto extrañamiento del objeto, armonizaban bien con la experiencia que tenía de mis protectores y con los vivos deseos presentes en mi corazón. Werther era para mí un ser más divino de lo que jamás hubiera podido contemplar o imaginar. Su carácter no era pretencioso, sino profundo. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio parecían concebidas para provocar mi estupefacción. Nada más lejos de mi intención que analizar los entresijos del caso, pero aun así me sentía inclinado a identificarme con las opiniones del protagonista, cuya desaparición lloré sin terminar de comprenderla del todo.

»A medida que leía, sin embargo, aplicaba esas enseñanzas a mis propios sentimientos y a mi condición. Encontraba similitudes y, a la vez, extrañas diferencias con los seres de ficción, de cuyos diálogos yo era tan solo un mero oyente. Pese a apiadarme de ellos y, en parte, comprenderlos, mi inteligencia no estaba cultivada. Yo no dependía de nadie, ni tampoco estaba emparentado con otros seres vivos. “El camino de mi partida estaba libre”[*] y nadie iba a lamentar mi aniquilación. Mi aspecto era horrible y mi estatura gigantesca. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era yo? ¿De dónde provenía? ¿Cuál era mi destino? No podía evitar plantearme esas preguntas, aunque fuera incapaz de responderlas.

Mi ejemplar de *Vidas paralelas*, de Plutarco, narraba la historia de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Ese libro tuvo un efecto muy distinto del que me había causado *Las desventuras del joven Werther*. La imaginación de Werther me enseñó el desaliento y la melancolía, pero Plutarco me instruyó en pensamientos más elevados. Permitió que superara el desgraciado ámbito de mis propios pensamientos para poder admirar y amar a héroes de épocas anteriores. La mayor parte de mis lecturas superaba mi comprensión y experiencia. Mi conocimiento de los reinos, de los vastos territorios del planeta, los poderosos ríos y los ilimitados mares era muy confuso. No obstante, me resultaban muy familiares las ciudades y

las grandes agrupaciones de personas. La casita de mis protectores había sido la única escuela donde había estudiado la naturaleza humana, pero este libro desarrollaba nuevos y más poderosos campos de acción. Leí acerca de hombres dedicados a la vida pública que gobernaban o masacraban a los de su misma especie. Anhelé con todas mis fuerzas poder cultivar la virtud y despreciar el mal cuando comprendí el significado de ambos términos, que tanto tenían que ver, tal y como yo los utilizaba, con el placer y el dolor. Inspirado por esos sentimientos, me sentí inclinado a admirar a estadistas de paz como Numa, Solón y Licurgo, en lugar de preferir a personajes como Rómulo y Teseo. La patriarcal vida que llevaban mis protectores fue la causa de que esas enseñanzas arraigaran firmemente en mi espíritu. Tal vez, si mi primer contacto con la humanidad hubiera sido a través de un joven soldado que ardiera en deseos de gloria y de encarnizada lucha, me habría visto dominado por sensaciones distintas.

»*El paraíso perdido*, en cambio, despertó en mí unas emociones insospechadas, extrañas y muy intensas. Leí el libro como había leído los otros ejemplares que habían ido a parar a mis manos: como si fuera una historia auténtica. Me hizo sentir todo el miedo y el respeto que el retrato de un Dios omnipotente en constante lucha con los seres que ha creado es capaz de suscitar. Solía establecer paralelismos entre las diversas situaciones que se planteaban y la mía propia porque su similitud me dejaba perplejo. Al igual que a Adán, me crearon sin que al parecer ningún vínculo me uniera a otro ser vivo, aunque su condición era muy distinta de la mía en todos los sentidos. Adán había surgido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, que disfrutaba de las atenciones especiales que le dispensaba su Creador. Tenía la facultad de poder hablar con seres de una naturaleza superior a la de él y aprender de sus enseñanzas; yo, en cambio, era una criatura miserable, indefensa y solitaria. Varias veces consideré que Satán era el personaje emblemático que más se asemejaba a mi condición, porque, a semejanza de él, cuando era testigo de la dicha de mis protectores, un amargo resquemor rayano en la envidia nacía en mi seno.

»Una nueva circunstancia vino a dar alas a esta sensación. Poco después de que me instalara en el cobertizo, descubrí unos papeles en el bolsillo de

la ropa que había cogido en tu laboratorio. Al principio no les había prestado atención, pero cuando pude descifrar los caracteres en que estaban escritos empecé a estudiarlos con gran interés. Era tu diario, y en él relatabas los cuatro meses que precedieron a mi creación. Describías con todo lujo de detalles cada paso que dabas en el progreso de tu obra. Mi historia aparecía entremezclada con la narración de otros acontecimientos de tu vida cotidiana. Sin duda recordarás esos papeles. Aquí están. Todo lo que en ellos se explica se refiere a mi origen maldito. Todos los pormenores de esas desagradables circunstancias que lo produjeron se muestran en el texto. La descripción más fiel de mi odiada y aborrecible persona se retrata en un lenguaje que refleja tus propios horrores y convierte los míos en ineluctables. Su lectura me provocó náuseas. "¡Maldito sea el día en que recibí la vida! —exclamé desesperado—. ¡Detestado creador! ¿Por qué creaste un monstruo tan terrible que incluso tú tuviste que apartarte de mí con repugnancia? Dios, en su misericordia, hizo al hombre hermoso y atractivo a su propia imagen, pero mi cuerpo es una repulsiva imitación del tuyo, más horrorosa cuanto mayor es su semejanza. Satán tenía compañeros, diablos de su misma especie que lo admiraban y le infundían ánimos, pero yo, en cambio, soy un ser solitario al que todos detestan".

»Estos fueron mis pensamientos durante las horas de desconsuelo y soledad, pero cuando observé las virtudes de los inquilinos de esa casa, su agradable y bondadosa actitud, me persuadí de que cuando supieran cuánto admiraba sus cualidades se apiadarían de mí y obviarían mi deformidad. ¿Acaso serían capaces de echar a alguien que, aun siendo monstruoso, solicitara su compasión y amistad? Decidí finalmente no desesperar, sino prepararme a fondo para establecer un trato con ellos que decidiría mi destino. Pospuse el proyecto durante varios meses, porque la importancia que daba yo a su éxito o a su fracaso me inspiraba un gran temor. Además descubrí que, como mis conocimientos aumentaban en función de mis experiencias diarias, valía la pena esperar unos meses más hasta haber mejorado mi capacidad.

»La casa experimentó varios cambios durante ese tiempo. La alegre presencia de Safie contagió a sus habitantes, y descubrí asimismo que en el hogar reinaba ahora mayor abundancia. Felix y Agatha dedicaban más

horas al esparcimiento y la conversación, y contaban con la ayuda de sirvientes para realizar las tareas domésticas. No vivían como los ricos, pero parecían satisfechos y contentos. Se les veía serenos y tranquilos, mientras que mis sentimientos, a medida que pasaban los días, eran cada vez más tempestuosos. La adquisición de conocimientos solo me sirvió para percatarme con claridad de que yo era un miserable marginado. Mantenía mis esperanzas, es cierto, pero esa sensación se desvanecía al contemplar mi reflejo en el agua o mi sombra a la luz de la luna, como lo hacían la frágil imagen o la inconstante sombra.

»Me esforcé por acallar esos temores y reunir fuerzas para el juicio al que decidí someterme al cabo de unos meses. En ocasiones permitía que mis pensamientos, sin que mediara la razón, divagaran por los prados del Paraíso, y me atrevía a imaginar que esas amigables y encantadoras criaturas se apiadaban de mis sentimientos y alejaban de mí la tristeza, mientras sus angelicales semblantes esbozaban sonrisas de consuelo. No obstante, todo era un sueño. Eva no calmaba mi dolor ni compartía mis pensamientos. Estaba solo. Recordé las súplicas que Adán dirigió a su Creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado y, con toda la amargura de mi corazón, le maldije.

»Pasó el otoño. Vi con sorpresa y dolor que las hojas se marchitaban y caían, y la naturaleza volvía a adoptar el yermo y desapacible aspecto que tenía cuando por primera vez distinguí los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no sentía la crudeza del clima, porque mi constitución soportaba mejor el frío que el calor. Pero mis principales placeres eran la contemplación de las flores, los pájaros y los alegres atavíos del verano; cuando me faltaron, tuve que centrarme en los habitantes de la casa. Su felicidad no se había visto alterada al terminar el verano. Esas personas se amaban y se tenían en gran estima, y los cambios imprevistos que se iban sucediendo no hacían mella en su ánimo. Cuanto más los conocía, mayor era mi deseo de apelar a su protección y su afabilidad. Mi corazón suspiraba por que esas adorables gentes me conocieran y me amaran. Ver sus dulces ojos mirándome con cariño era lo que más ambicionaba. No me atrevía a pensar que podrían apartarse de mí con desdén y miedo. Los pobres que se detenían junto a su puerta nunca se iban con las manos vacías. Pero lo que

yo pedía era mucho más que un poco de comida o de descanso. Yo necesitaba poder despertar su simpatía y compasión porque, en el fondo, no me creía del todo indigno.

»El invierno avanzaba. Había presenciado ya un ciclo completo de estaciones desde que despertara a la vida. En ese momento toda mi atención se hallaba concentrada en el plan que había trazado para presentarme en casa de mis protectores. Di muchas vueltas al tema, pero finalmente me decidí por entrar en la morada cuando el anciano ciego estuviera solo. Era lo bastante sagaz para percatarme de que la monstruosidad contranatural de mi persona era la principal causa que inspiraba horror en quienes me veían por primera vez. En cuanto a mi voz, aunque era ruda, nada tenía de especial. Por eso pensé que, en ausencia de los hijos, podría ganarme el favor del viejo De Lacey y quizá, gracias a su intermediación, lograría que mis jóvenes protectores toleraran mi presencia.

»Un día en que el sol brillaba sobre las rojizas hojas que alfombraban la tierra y difundía alegría a pesar de negar su calor, Safie, Agatha y Felix fueron a dar un largo paseo por el campo, mientras que el anciano, por expreso deseo, se quedó en casa. Cuando sus hijos se marcharon, cogió la guitarra y tocó varias melodías tristes y dulces, más dulces y tristes de lo habitual. Al principio el placer iluminaba su semblante, pero, a medida que la música avanzaba, un aire reflexivo y triste fue apoderándose de él hasta que, al final, dejó a un lado el instrumento y se sumió en sus cavilaciones.

»Mi corazón latía con rapidez. Había llegado la hora del juicio que decidiría si mis esperanzas estaban bien fundadas o mis peores temores se confirmaban. Los criados se habían marchado a una feria cercana. Todo estaba en silencio dentro y en los alrededores de la casa: era una oportunidad excelente. Pero, cuando procedí a ejecutar mi plan, me fallaron las piernas y caí al suelo. Me levanté y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, quité los tableros del cuchitril que ocultaban mi presencia. El aire fresco me despejó y, con renovada determinación, me acerqué a la puerta de la casa y llamé.

»—¿Quién es? —dijo el anciano—. Entre.

»—Perdone la intromisión —dije entrando en la casa—. Soy un viajero que necesita descanso. Me sentiría muy agradecido si me permitiera

calentarme junto al fuego.

»—Pase —dijo De Lacey—. Intentaré aliviar sus fatigas. Por desgracia mis hijos han salido y, como soy ciego, me temo que me costará encontrar algo de comer.

»No se moleste, señor. Tengo comida. Solo necesito descansar y entrar en calor.

»Me senté y nos quedamos en silencio. Sabía que cada minuto era precioso, y, sin embargo, no conseguía iniciar la conversación. En ese momento el anciano me dirigió la palabra.

—A juzgar por su lenguaje, señor, supongo que es de mi país. ¿Es francés?

»—No, pero me educó una familia francesa y solo entiendo este idioma. Voy a pedir la protección de unos amigos, a quienes quiero con toda el alma, y que espero que me acojan.

»—¿Son alemanes?

»—No, franceses; pero cambiemos de tema. Soy infeliz porque fui abandonado. No tengo parientes ni amigos. Esta gente tan agradable a quien voy a ver no sabe quién soy. Tengo mucho miedo porque si fracaso seré un marginado, un ser expulsado del mundo para siempre.

»—No se desespere. Carecer de amigos es sin duda una desgracia, pero el corazón de los hombres, si ningún interés egoísta lo anima, rebosa amor fraternal y caridad. Confíe en sus esperanzas y, si sus amigos son buenos y afables, no pierda la fe.

»—Son amables, sí… Son los seres más fantásticos del planeta, pero, por desgracia, tienen prejuicios contra mí. Yo soy de buen natural. Hasta el momento no he causado daño alguno y mi vida ha sido, hasta cierto punto, satisfactoria. No obstante, un prejuicio fatal les nubla la mirada y, en lugar de ver a un amigo compasivo y amable, solo contemplan a un monstruo detestable.

»—Eso sí que es una desgracia, pero, si realmente es usted inocente, ya encontrará el modo de desengañarlos.

»—Esa es la tarea que voy a acometer. Estoy aterrorizado. Quiero a esos amigos con todo mi corazón. Desde hace muchos meses, sin que lo

sospecharan, he adquirido la costumbre de procurarles atenciones cada día, pero ellos creen que deseo lastimarles, y ese es el error que deseo aclarar.

»—¿Dónde residen esos amigos?

»—Cerca de aquí.

»Si desea confiarme sin reservas los pormenores de su historia —dijo el anciano tras permanecer un rato en silencio—, quizá le pueda prestar mi ayuda para sacarlos de su error. Soy ciego y no puedo juzgar cómo es su rostro, pero algo en sus palabras me dice que es usted sincero. Yo soy pobre, un exiliado, pero será un gran placer prestar mis servicios a un ser humano.

»—¡Es usted un hombre excelente! Se lo agradezco y acepto su generosa oferta. Su gentileza conseguirá salvarme; y confío en que, gracias a su ayuda, no me veré privado de la compañía y la compasión de sus semejantes.

»—¡Que el cielo no lo permita! Aunque fuese un criminal lo haría, porque lo contrario solo conduce a la desesperación y no conmina a practicar la virtud. Yo también soy afortunado. Mi familia y yo fuimos condenados a pesar de nuestra inocencia. Juzgue, por consiguiente, si no soy capaz de apiadarme de sus infortunios.

»—¿Cómo se lo podría agradecer, mi preciado y único benefactor? De sus labios oigo por primera vez que alguien me dirige palabras de afecto. Le estaré siempre agradecido, y la humanidad que ahora me demuestra me hace confiar en que esos amigos a quien estoy a punto de conocer me recibirán con los brazos abiertos.

»¿Puede decirme el nombre de sus amigos y el lugar donde viven?

»Permanecí en silencio. Había llegado el momento de decidirse, pensé, el momento que iba a privarme de la felicidad o a concedérmela para siempre. Hice acopio de valor para responderle, pero fue en vano. El esfuerzo había terminado con las pocas fuerzas que me quedaban. Me hundí en la silla y empecé a sollozar. Fue entonces cuando oí los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía ni un momento que perder y, cogiendo al hombre de la mano, grité:

»—¡Esta es la ocasión…! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. ¡No me abandone en la hora del juicio!

»—¡Santo cielo! —exclamó el anciano—. Dígame, ¿quién es usted?

»En ese instante la puerta de la casa se abrió, y Felix, Safie y Agatha entraron. ¿Quién puede describir el terror y la consternación que sintieron al verme? Agatha se desmayó y Safie, incapaz de ayudar a su amiga, salió corriendo. Felix saltó sobre mí y, con una fuerza sobrenatural, me apartó de su padre, a cuyas rodillas yo estaba aferrado. Dominado por la furia, me lanzó al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Yo habría podido despedazarlo, miembro a miembro, como el león destroza al antílope. No obstante, me hundí en el más amargo de los pozos y me abstuve de defenderme. Cuando vi que Felix iba a reemprender su ataque, embargado por el dolor y la angustia, salí de la casa y, en medio del desconcierto general, logré escabullirme hasta el cobertizo.

VIII

—¡Maldito sea mi creador! ¿Por qué me has hecho vivir? ¿Por qué en este mismo instante no extingo la llama de la existencia que, de un modo absurdo, me otorgaste? No lo sé. La desesperación todavía no se había apoderado de mi ser y mis sentimientos eran de rabia y venganza. Podría haber destruido la casita y a sus habitantes con infinito placer y saciar mi ira con sus gritos y su infortunio.

»Cuando se hizo de noche, abandoné mi refugio y vagué por el bosque. Sin importarme ya ser descubierto, di rienda suelta a mi angustia con terribles lamentos. Era como una bestia salvaje que hubiera roto sus cadenas, destruyendo los objetos que le impedían el paso e internándose en el bosque con la rapidez del ciervo. ¡Ah, qué noche más miserable pasé! Las gélidas estrellas brillaban a modo de burla y los desnudos árboles movían sus ramas en lo alto. El dulce trino ocasional de un pájaro irrumpía en aquella quietud universal. Todo, a excepción de mi persona, descansaba o se movía feliz. Yo, en cambio, como el arcángel convertido en demonio, llevaba el infierno en mis entrañas, y tras haber descubierto que nadie se apiadaba de mí deseaba derribar árboles, sembrar el caos y la destrucción y luego sentarme a disfrutar de las ruinas.

»No obstante, esa sensación era para mí un lujo que no podía permitirme. Estaba fatigado por el exceso físico y me tumbé sobre la hierba mojada con la enfermiza impotencia de la desesperación. Entre la vasta inmensidad de seres humanos que existía, no había nadie que pudiera apiadarse de mí o que me brindara su ayuda. ¿Y yo debería mostrarme afable con mis enemigos? No. A partir de ese momento declaré una guerra

sin cuartel a la especie y, por encima de todos, a ese hombre que me había dado la vida y me había abandonado para que hiciera frente a la más insoportable de las desgracias.

»Salió el sol y oí voces humanas. Supe entonces que me resultaría imposible regresar a mi refugio durante el día, y decidí ocultarme entre la espesura y dedicar las siguientes horas a reflexionar sobre mi situación.

»La plácida luz solar y el aire puro me devolvieron cierta tranquilidad. Cuando valoré lo que había sucedido en la casa, no pude evitar pensar que me había precipitado en mis conclusiones. Sin duda había actuado con imprudencia. Era obvio que, con mi conversación, había logrado despertar el interés del padre en mi favor. En cambio, haberme expuesto a ser contemplado por sus aterrorizados hijos había sido una estupidez. Hubiera tenido que familiarizarme con el viejo De Lacey y, poco a poco, dejar que el resto de la familia me fuera conociendo hasta estar preparados para recibirme. Sin embargo, no creía que mis errores fueran irreparables y, tras meditarlo largamente, decidí regresar a la casa, ir a ver al anciano y, tras describirle mi aspecto, ganarme su favor.

»Estos pensamientos me calmaron, y por la tarde caí en un profundo sueño. No obstante, la fiebre que me recorría la sangre me impidió disfrutar de un plácido descanso. La terrible escena del día anterior no dejaba de repetirse en mi imaginación. Las muchachas huían y el colérico Felix me arrancaba de los pies de su padre. Me desperté agotado y, al ver que ya era de noche, salí de mi escondite con sigilo y fui en busca de comida.

»Tras saciar mi apetito, dirigí mis pasos al camino que tan familiar me resultaba y que llevaba a la casita. Todo estaba tranquilo. Me metí en el cobertizo y aguardé en silencio a que llegara la hora acostumbrada en que la familia solía levantarse. Pasó esa hora, el sol se elevó en el firmamento y los habitantes de la casa todavía no habían aparecido. Me estremecí al pensar que había ocurrido alguna terrible desgracia. La casa estaba a oscuras y no se oía movimiento alguno. Soy incapaz de describir la agonía de esa interminable espera.

»Al cabo de un rato, dos campesinos que pasaban por allí se detuvieron frente a la casa y se pusieron a hablar gesticulando de un modo exagerado. No comprendí lo que decían porque utilizaban el idioma del país, que era

distinto del empleado por mis protectores. Sin embargo, más tarde apareció Felix con otro hombre. Me sorprendió verlo, porque sabía que no había salido de casa esa mañana, y esperé con angustia para ver si descubría por sus palabras el significado de esos cambios inusuales.

»—¿Comprende usted que estará obligado a pagar tres meses de alquiler y perderá el producto de su huerto? —le dijo el hombre que lo acompañaba—. Mire, yo no quiero aprovecharme de usted. Le ruego que lo piense durante unos días.

»—No serviría de nada —le contestó Felix—. No podemos vivir más en este lugar. La vida de mi padre se encuentra en grave peligro debido a la terrible circunstancia que ya le relaté. Mi esposa y mi hermana nunca se recuperarán del susto. Le pido que no me haga recapacitar. Tome posesión de su propiedad y permítame huir de aquí.

»Felix temblaba ostensiblemente mientras hablaba. Los dos hombres entraron en la casa y permanecieron en su interior unos minutos. Luego se marcharon. Nunca más volví a ver a un solo miembro de la familia De Lacey.

»Pasé el resto del día en mi cobertizo sumido en una necia y profunda desesperación. Mis protectores se habían marchado rompiendo el único vínculo que me unía al mundo. Por primera vez me embargaron unos sentimientos de venganza y odio que no procuré reprimir. Al contrario, dejándome llevar por aquel flujo de sensaciones, permití que la ofensa y la muerte anidaran en mi pensamiento. Cuando pensaba en mis amigos, en la suave voz de De Lacey, los cálidos ojos de Agatha y la exquisita belleza de la muchacha árabe, esas ideas se desvanecían y me consolaba derramando unas lágrimas. Pero al recordar que me habían despreciado y abandonado volvía a sentir cólera, caía presa de un ataque de rabia e, incapaz de hacer daño a cualquier ser humano, desahogaba mi furia contra objetos inanimados. Al caer la noche, reuní toda clase de material combustible y lo esparcí alrededor de la casa. Destruí los cultivos del huerto y esperé con renovada impaciencia a que la luna se ocultara para poner en práctica mi plan.

»En el transcurso de la noche, se levantó un viento huracanado que procedía del bosque y que no tardó en dispersar las rezagadas nubes del

cielo. Esa ráfaga avanzó a gran velocidad como una poderosa avalancha, y me inspiró una locura que excedía todos los límites de la razón y la reflexión. Encendí una rama seca y bailé con furia alrededor de la casa a la que tanto me había consagrado, sin apartar la mirada del horizonte al oeste, cuya línea rozaba la luna. Un fragmento de su orbe terminó por ocultarse, y entonces blandí mi antorcha. Cuando el satélite se ocultó, solté un aullido y prendí fuego a la paja, el brezo y los matorrales que había recogido. El viento atizó el fuego y las llamas pronto sitiaron la casa, lamiéndola con sus bífidas y destructoras lenguas.

»Tan pronto me convencí de que no se salvaría ni un solo resquicio de la morada, abandoné aquel paraje y busqué amparo en el bosque.

»Tenía el mundo a mi disposición, pero no sabía hacia dónde dirigir mis pasos. Decidí escapar muy lejos del escenario de mis desgracias, aunque para mí, que solo suscitaba el odio y el desdén, todos los países serían igual de horribles. Al final se impuso tu recuerdo. Había leído en tu diario que eras mi padre, mi creador. ¿A quién podía recurrir yo sino a aquel que me había dado la vida? Una de las disciplinas que Felix impartió a Safie fue la geografía. De ese modo, yo también aprendí a situar los distintos países del globo y, como mencionaste que Ginebra era el nombre de la ciudad donde habías nacido, decidí encaminarme hacia allí.

»¿Cómo conseguiría orientarme? Sabía que tenía que viajar en dirección sudoeste para llegar a mi destino, pero el sol era mi único guía. Desconocía el nombre de las ciudades por las que tendría que pasar y no podía pedir información a ningún ser humano; aun así, no desesperé. Solo albergaba la esperanza de que tú pudieras socorrerme, aunque no me inspiraras más que odio. ¡Qué insensible y despiadado creador! Me dotaste de percepciones y pasiones, y luego me abandonaste a mi suerte para que fuera pasto de las burlas y los miedos de la humanidad. No obstante, solo a ti podía exigirte piedad y compensación, y comprendí que tenías que ser tú quien impartiera una justicia que de ningún modo podría conseguir de otro ser con apariencia humana.

»Emprendí un larguísimo viaje y pasé grandes penurias. A finales de otoño abandoné la región donde tanto tiempo había vivido. Viajaba únicamente de noche, temeroso de encontrar un rostro humano. La

naturaleza iba perdiendo su esplendor y el sol se volvió mortecino. Sufrí el azote de la lluvia y la nieve, los caudalosos ríos se helaron y la tierra se endureció, fría y yerma, sin que yo lograra encontrar amparo. ¡Oh, cuántas veces maldije al responsable de mi existencia! Mi dulce temperamento había desertado de mi carácter y la aflicción y la amargura se adueñaron de él. A medida que me acercaba a tu morada, el espíritu de la venganza iba inflamando mi corazón. Nevó, y con la nieve las aguas se helaron, pero yo no me detuve. Me guiaba gracias a las indicaciones del camino y conseguí un mapa del país, pero a menudo me extraviaba. La agonía no daba tregua a mis emociones. Cualquier percance contribuía a alimentar mi rabia y mi desgracia, pero al llegar a la frontera de Suiza cuando el sol ya había recuperado su calidez y la tierra reverdecía de nuevo, sucedió algo que confirmó de un modo muy especial la amargura y el horror que sentía.

»Solía descansar durante el día y viajaba solo cuando la noche me amparaba de la vista de los humanos. Pero una mañana, al ver que mi camino atravesaba un frondoso bosque, me aventuré a seguir mi viaje cuando el sol ya había salido. La belleza de la luz diurna y la fragancia del aire de esa mañana de principios de primavera lograron reconfortar a un ser tan desdichado como yo. Sentí que revivían en mí la dulzura y el placer que creí extinguidos desde hacía tanto tiempo. Sorprendido por la novedad de estas sensaciones, me dejé llevar por ellas y, olvidando mi soledad y mi deforme figura, me atreví a ser feliz. Dulces lágrimas recorrieron mis mejillas e incluso alcé con agradecimiento mis empañados ojos hacia el bendito sol que tanta alegría me deparaba.

»Seguí el curso caprichoso del sendero hasta llegar al límite del bosque, donde descubrí un río profundo y rápido sobre el que los árboles tendían sus ramas, adornadas ya con los brotes de la tierna primavera. Me detuve sin saber con exactitud qué camino debía seguir cuando, de repente, oí unas voces que me obligaron a ocultarme bajo la sombra de un ciprés. Apenas me dio tiempo porque, al cabo de unos instantes, una niña llegó corriendo cerca del lugar donde yo me escondía, riendo como si jugara a escapar de alguien. La pequeña paseaba por la tumultuosa orilla del río cuando, de repente, resbaló y cayó en sus aguas bravas. Salí de mi escondite y, luchando contra la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré hasta la orilla.

La chiquilla había perdido el conocimiento. Estaba intentando que recobrara el sentido cuando, de súbito, apareció el campesino que debía de haber estado jugando con ella. Al verme, el hombre se abalanzó sobre mí, me arrebató a la niña de los brazos y salió huyendo hacia las profundidades del bosque. Empecé a seguirlos sin saber bien por qué, y cuando el labriego vio que me acercaba apuntó hacia mí el arma que llevaba y disparó. Caí al suelo. Mi agresor escapó con extrema rapidez y se internó en el bosque.

»¡Ese era el premio que merecía mi bondad! Había salvado a un ser humano de la muerte y, a modo de recompensa, me retorcía de dolor por culpa de una terrible herida que me había destrozado carne y huesos. Los sentimientos de clemencia y generosidad que acababa de experimentar tan solo minutos antes se convirtieron en una rabia enconada y un profundo rencor. Mortificado por el sufrimiento, juré odio eterno a la humanidad y prometí que me vengaría. No obstante, el sufrimiento que me causaba la herida era tan insoportable que mi pulso se detuvo y me desmayé.

»Durante varias semanas sobreviví como pude en el bosque e intenté curar la herida que había recibido. La bala me había entrado por el hombro y no sabía si se había alojado allí o lo había atravesado. De todos modos, no disponía de los medios necesarios para extraerla. Mi dolor aumentaba al pensar en la injusticia y la ingratitud que lo habían causado. Cada día juraba que me vengaría; y mi venganza sería terrible y fatal, para que por sí sola me compensara de las afrentas y la angustia que había tenido que soportar.

»Al cabo de unas semanas, mis heridas sanaron y proseguí mi viaje. El diáfano sol o la suave brisa de la primavera ya no aliviaban mis penalidades. La alegría del paisaje no era sino una burla que ofendía a mi desesperada situación y me hacía sentir con mayor intensidad que no merecía disfrutar de los placeres.

»Mis fatigas, sin embargo, estaban a punto de acabar. Dos meses después llegué a las afueras de Ginebra.

»Era de noche y me oculté en los campos circundantes para reflexionar sobre el modo en que debía dirigirme a ti. El cansancio y el hambre me atormentaban, y me sentía tan desgraciado que no podía disfrutar de la suave brisa de la tarde o de la perspectiva de que el sol se pusiera tras las fabulosas montañas del Jura.

»Caí en un sueño ligero que alivió el dolor de mis reflexiones, cuando la llegada de un hermoso niño perturbó mi descanso. El chico se acercaba corriendo con toda la espontaneidad de la infancia hacia el escondrijo que yo había elegido. De repente, mientras lo miraba, se me ocurrió una idea. Esa criaturita no tenía prejuicios porque era demasiado joven para comprender lo que significaba el miedo a la deformidad. Si yo podía cogerlo y educarlo para que fuera mi compañero y amigo, no sentiría el desconsuelo de tener que vivir en soledad en este poblado mundo.

»Siguiendo este impulso, agarré al chico cuando pasaba y lo atraje hacia mí. Al ver mi aspecto, el muchacho se tapó los ojos con las manos y chilló presa del pánico. Le aparté las manos a la fuerza y le dije:

»—¿Qué significa esta escena, criatura? No voy a hacerte daño. Escúchame.

»—¡Déjame marchar! —dijo el niño debatiéndose violentamente—. ¡Eres un monstruo! ¡Un monstruo feo! Quieres comerme y hacerme pedazos. Eres un ogro. ¡Déjame marchar o se lo diré a mi papá!

»—Pequeño, nunca volverás a ver a tu padre. Debes venir conmigo.

»—¡Suéltame, monstruo repugnante! Mi papá es síndico. El señor Frankenstein te castigará. ¡Haz el favor de soltarme!

»—¿Frankenstein, dices? Así que eres familia de mi enemigo…, ¡a quien he jurado eterna venganza! Tú serás mi primera víctima.

»El niño seguía debatiéndose e insultándome con unas palabras que me rompían el corazón. Lo agarré por la garganta para que callara, y poco después yacía muerto a mis pies.

»Contemplé a la víctima y mi corazón se hinchió exultante de diabólica satisfacción.

»—Yo también sé sembrar la desolación —exclamé batiendo palmas—. Mi enemigo no es invulnerable. Esta muerte le dejará desconsolado, y muchas otras desgracias seguirán atormentándolo hasta que logre su destrucción.

»Al fijar mis ojos en el niño, vi que llevaba algo brillante sobre su pecho y lo cogí. Era un retrato de la mujer más hermosa que hubiera visto jamás. A pesar de mi maldad, ese rostro me serenó y me atrajo. Durante unos instantes contemplé con gran placer sus oscuros ojos, ribeteados de

tupidas pestañas, y sus preciosos labios; pero la rabia terminó por apoderarse de mí. Recordé que a mí siempre se me negarían las delicias que a estas bellas criaturas se les concedían; y que aquella cuyo bello rostro contemplaba, al verme cambiaría ese semblante de divina bondad por otro de repulsión y pavor.

»¿Te sorprende que esos pensamientos me llenaran de rabia? Lo que yo encuentro extraño es que, en ese momento, en lugar de dar rienda suelta a lo que sentía lamentándome y expresando mi angustia, no arremetiera contra la humanidad entera y pereciera en el intento de destruirla.

»Desbordado por las emociones, me marchaba ya del lugar donde había cometido el crimen para buscar un escondite más aislado, cuando me percaté de la presencia de una mujer que pasaba cerca de mí. Era joven, aunque no tan bella como la dama cuyo retrato obraba en mi poder, pero su aspecto era agradable e irradiaba el encanto de la juventud y la lozanía. Pensé que se trataba de una de esas mujeres que prodigan sus sonrisas a todos salvo a alguien como yo. ¡Esa no se escaparía! Gracias a las lecciones de Felix y a las sanguinarias leyes del hombre, había aprendido a hacer uso de mi maldad. Así pues, me acerqué sin que se diera cuenta y metí el retrato en uno de los bolsillos de su vestido.

»Durante días vagué como un alma en pena por el escenario de mis fechorías: en ocasiones, esperando encontrarte; en otras, pensando en abandonar este mundo y sus miserias para siempre. Al final me encaminé hacia estas montañas, cuyas más recónditas veredas he hollado, consumido por una pasión ardiente que solo tú puedes calmar. No nos separaremos hasta que prometas que satisfarás mis peticiones. Estoy solo y me siento desgraciado. Los hombres no quieren saber nada de mí. Sin embargo, alguien tan deforme y horrible como yo no me negaría. Esa criatura debe ser de mi misma especie y tener los mismos defectos que yo. Ese es el ser que debes crear.

IX

Aquel ser terminó de hablar y me miró fijamente, esperando mi respuesta. Yo estaba horrorizado y perplejo, y me sentía incapaz de hilvanar mis pensamientos para comprender el pleno alcance de su propuesta. El monstruo tomó la palabra de nuevo.

—Tienes que crear una mujer para mí, con la que pueda vivir e intercambiar el afecto que tan necesario resulta para mi ser. Solo tú puedes hacerlo, y te lo exijo como un derecho que no debes negarme.

Este último comentario volvió a prender en mí la llama de la cólera que su relato sobre la tranquila vida junto a los habitantes de la casita había logrado extinguir, y, tras oír su discurso, me resultó imposible calmar la ira que empezaba a dominarme.

—¡Me niego rotundamente! —le contesté—. ¡Ni la más vil tortura logrará que acceda a tal cosa! Aunque por tu culpa me convierta en el ser más desgraciado de toda la humanidad, jamás conseguirás que me rebaje hasta tal extremo. ¿Acaso piensas que crearía a otro ser igual que tú para que con vuestras maldades pudierais causar la desolación en este mundo? ¡Fuera de mi vista! Ya tienes tu respuesta. Por más que me tortures, jamás consentiré en ello.

—Te equivocas —repuso el demonio—. No te estoy amenazando, sino que intento razonar contigo. Mi maldad la origina mi desgracia. ¿No ves que la humanidad me ha marginado con su odio? Tú mismo, mi creador, me descuartizarías para conseguir la victoria. Piensa en ello y dime por qué debería yo compadecerme del hombre si él es incapaz de apiadarse de mí. No lo llamarías asesinato si pudieras precipitarme por una de estas grietas

del hielo para destruir mi cuerpo, la obra que realizaste con tus propias manos. ¿Debo respetar yo al hombre cuando él me desprecia? Si viviéramos ambos en cordiales relaciones, yo, en lugar de causarle mal, le procuraría cuantos bienes pudiera y derramaría lágrimas de agradecimiento si me aceptara. Por desgracia, temo que eso resulte imposible: los sentidos humanos son barreras infranqueables que impiden nuestra unión. Ahora bien, yo no me someteré a la más abyecta esclavitud. Vengaré mis afrentas. Si no puedo inspirar amor, sembraré el terror, y sobre todo en ti, el peor de mis enemigos, porque juro que el odio más imperecedero caerá sobre mi creador. Ten cuidado. Me consagraré a la tarea de destruirte y no descansaré hasta asolar tu espíritu y hacer que maldigas la hora en que naciste.

Tras pronunciar estas palabras, una cólera endiablada se apoderó de él y su rostro esbozó unas muecas demasiado horripilantes para que las contemplara el ojo humano. Al cabo de un rato, se calmó y siguió hablando.

—Mi intención era razonar contigo. La pasión que siento me consume; y tú no has comprendido que eres el responsable de mis desaforados sentimientos. Si un solo ser humano se mostrara benévolo conmigo, yo pagaría con creces ese simple gesto. En señal de agradecimiento a ese individuo, haría las paces con la especie entera. Pero me estoy dejando llevar por sueños imposibles. Lo que te pido es razonable y prudente. Exijo que crees a una criatura de otro sexo que sea tan monstruosa como yo. Es poco para compensarme, pero es lo único que estoy dispuesto a aceptar. Con eso me basta. Es cierto que seremos dos engendros aislados del resto del mundo, pero por eso precisamente estaremos más unidos. A pesar de que nuestra vida no será feliz seremos dos almas inofensivas y olvidaremos la tristeza que ahora siento. ¡Ah, creador mío! ¡Hazme feliz! ¡Deja que pueda mostrarte mi agradecimiento! Permíteme comprobar que despierto la compasión de una persona real y no te cierres en banda a mi petición.

Logró conmoverme. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de aceptar aquello, pero me di cuenta de que su razonamiento no carecía de cierta coherencia. Su relato y los sentimientos con que se expresaba demostraban que era un ser refinado en sus emociones y yo, como su hacedor, ¿acaso no le debía la poca felicidad que me fuera dado concederle?

Al ver que yo empezaba a cambiar de parecer, el demonio retomó la palabra.

—Si consientes a mis ruegos jamás volverás a vernos, ni tú ni cualquier otro ser humano. Me marcharé a las vastas y salvajes tierras de América del Sur. No requiero los mismos alimentos que el hombre. Yo no devoro el cabrito ni el cordero para saciar mi apetito. Las bellotas y las bayas me bastan para comer. Mi compañera será de mi misma naturaleza y se contentará con la misma clase de comida. Nos prepararemos un lecho de hojas secas; el sol brillará para nosotros al igual que para el hombre, y madurará nuestros frutos. La situación que te planteo es pacífica y humana, y solo puedes negarte a concedérmela si deseas hacer gala de tu poder y crueldad. Sé que te has mostrado inflexible conmigo, pero ahora capto comprensión en tu mirada. Déjame aprovechar este momento favorable para persuadirte de prometerme lo que con tanto anhelo deseo.

—Estás diciendo que huirás de las tierras habitadas por el hombre para morar en zonas indómitas donde las bestias salvajes serán tu única compañía. ¿Cómo quieres que crea que tú, que tanto deseas el amor y la compasión del hombre, consentirás en permanecer en ese exilio? Regresarás para congratularte con el ser humano y solo descubrirás que te detesta. Renacerán en ti las viles pasiones, y entonces tendrás una compañera que te ayude en tu labor de destrucción. Te aseguro que eso no pasará. Deja de insistir, porque no pienso consentirlo.

—¡Qué mudables son tus sentimientos! No hace ni un momento te conmovían mis palabras. ¿Por qué vuelves a mostrarte intransigente y no atiendes a mis ruegos? Te juro por la tierra en que vivo, y por ti que me has creado, que si me ofreces a esa compañera abandonaré la compañía del hombre y habitaré si es preciso en los lugares más salvajes del planeta. Mis oscuras pasiones habrán muerto porque habré hallado la compasión. Mi vida transcurrirá con placidez y, cuando esté a punto de morir, no maldeciré a mi hacedor.

Sus palabras causaron un extraño efecto en mí. Me compadecí de él y llegué a sentir el deseo de consolarlo, pero cuando lo miré, cuando vi esa masa inmunda que se movía y hablaba, mi corazón se endureció y en mis sentimientos predominó la aversión y el odio. Intenté ahogar esas

sensaciones. Pensé que, a pesar de que no podía apiadarme de él, no tenía ningún derecho a negarle la pequeña dosis de felicidad que estaba en mi mano otorgarle.

—Juras que serás inofensivo —le dije—, pero ¿no has demostrado ya con tu malicia que tengo razones más que suficientes para desconfiar de ti? ¿No se tratará acaso de una estratagema para obtener un mayor triunfo en tus ansias de venganza?

—¿Qué estás diciendo? Creía haberte movido a compasión, y sin embargo sigues negándote a concederme el único bien que puede aliviar mi corazón y convertirme en un ser inofensivo. Si carezco de vínculos afectivos, el odio y el mal se adueñarán de mí; el amor de un semejante destruiría la causa de mis crímenes y me convertiría en alguien de cuya existencia nadie sabría. Mis vicios son el fruto de la obligada soledad que tanto aborrezco, y mis virtudes triunfarán plenamente cuando viva en comunión con un semejante. Experimentaré el afecto que une a los seres sensibles y me uniré a la cadena de la existencia de la que ahora me veo excluido.

Guardé silencio para pensar en todo lo que aquel monstruo me había contado y en las diversas razones que había expuesto. Recordé el propósito de rectitud que había demostrado al iniciar su existencia, y su frustración subsiguiente al ver cómo sus buenos sentimientos chocaban con el odio y el desprecio manifestados por sus protectores. No obvié en mis reflexiones su poder y sus amenazas. Una criatura que podía vivir en cuevas excavadas en el hielo de los glaciares y ocultarse de sus perseguidores en cordilleras de inaccesibles precipicios era un ser en posesión de unas facultades que no podían subestimarse. Tras meditar durante un buen rato, llegué a la conclusión de que la justicia que debía impartir entre él y mis semejantes me exigía llevar a cabo su petición. Así pues, me volví hacia mi interlocutor y le dije:

—Atenderé tus ruegos si me prometes solemnemente que te marcharás de Europa para siempre, lejos de cualquier tierra próxima a la morada del hombre, en cuanto te haya entregado a la que será tu compañera en el exilio.

—¡Lo juro! —gritó la criatura—. Juro por el sol y por el cielo azul de este firmamento que, si atiendes mi plegaria, mientras los astros existan, nunca volverás a verme. Parte hacia tu hogar y comienza tu tarea. Seré testigo de tus progresos con indecible angustia. Nada temas de mí porque solo apareceré ante tu vista cuando hayas terminado.

Y, tras decir esto, el monstruo se marchó de repente, tal vez temeroso de que yo cambiara de idea. Lo vi descender por la montaña más raudo que el vuelo de un águila y no tardé en perderlo de vista entre las ondulaciones de aquel mar de hielo.

Su relato nos ocupó todo el día; cuando se marchó, el sol ya se hallaba sobre la línea del horizonte. Sabía que debía apresurarme si quería llegar al valle antes de verme envuelto por la más absoluta oscuridad, pero me sentía apesadumbrado y mi paso resultaba cansino. Lograr descender por los tortuosos senderos de la montaña y mantener el paso firme al avanzar fue algo que me dejó perplejo, embargado como estaba por las emociones que los sucesos de aquel día habían despertado en mí. Era ya bien entrada la noche cuando llegué al refugio situado a mitad de camino y me senté junto a una fuente. Las estrellas dejaban entrever su brillo tras unas nubes pasajeras. Oscuros pinos se erguían ante mí y algún que otro árbol truncado yacía en tierra. Esa escena revestía una solemnidad tan rayana en lo fantástico que me suscitó extraños pensamientos. Lloré con amargura y, juntando las manos preso de la más absoluta agonía, exclamé: «¡Oh, estrellas, nubes y vientos! Aparecéis para mofaros de mí. Si os inspiro una piedad genuina, acabad con mis sensaciones y mi memoria. Permitid que regrese a la nada. Si no os compadecéis de mí, marchaos, marchaos y dejadme sumido en las tinieblas».

¡Qué tremendos y míseros pensamientos…! Es imposible describirle cuán insoportable me resultaba ver el titileo de las estrellas y oír las ráfagas del viento, parecidas a un desapacible y horrendo siroco presto a devorarme.

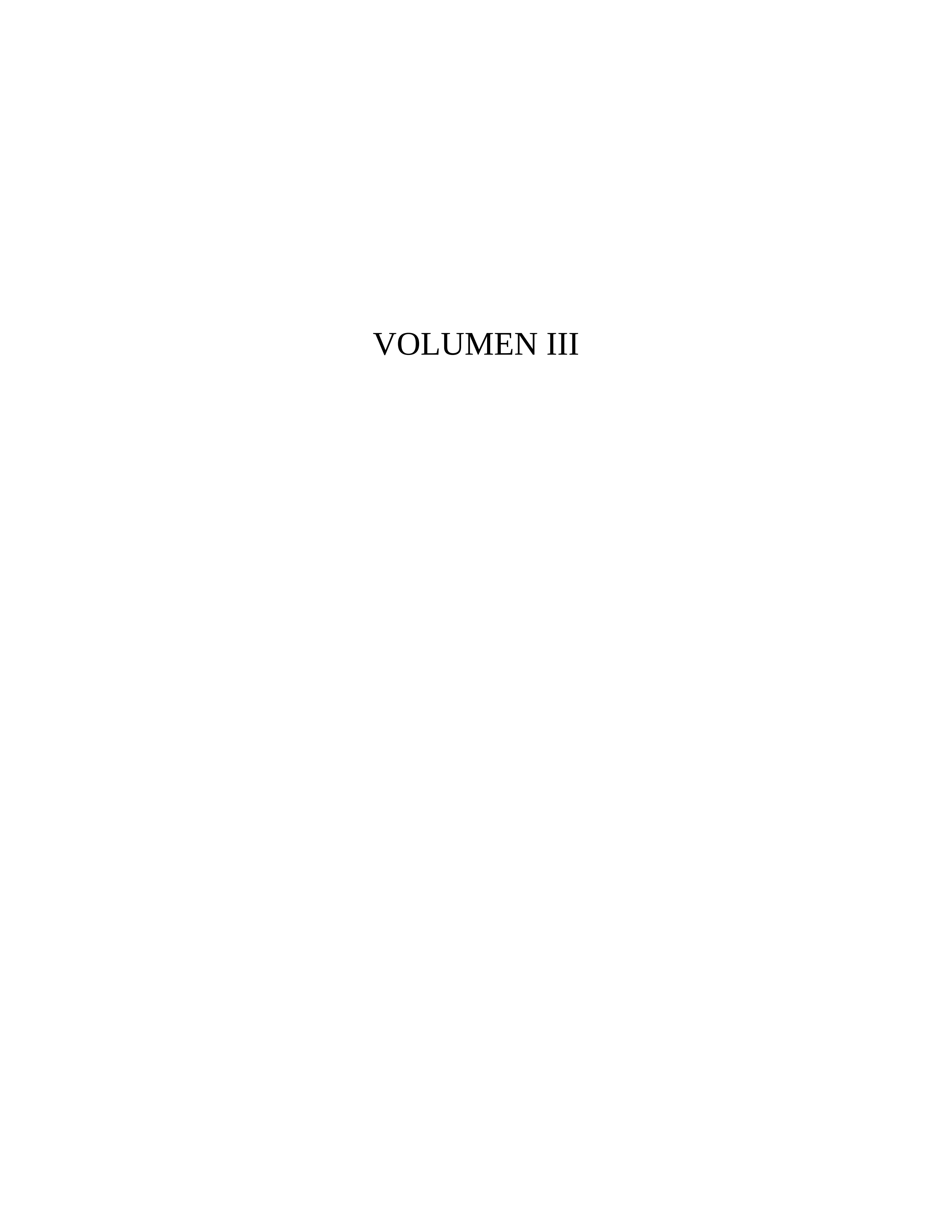
Clareaba ya la mañana cuando llegué al pueblo de Chamonix, pero mi presencia, ojerosa y extraña, apenas logró serenar a mi familia, que angustiada había esperado mi regreso durante toda la noche.

Al día siguiente volvimos a Ginebra. La intención de mi padre al partir había sido procurarme distracciones para que yo pudiera recuperar la tranquilidad perdida, pero el remedio había sido fatal. Incapaz de hallar una razón que justificara la inmensa tristeza que su hijo parecía sentir, se apresuró a regresar a casa, esperando que el silencio y la monotonía de la vida doméstica aliviaran mis sufrimientos paulatinamente, fuera cual fuese la causa.

En cuanto a mí, asistía apático a todos sus intentos; y el dulce cariño de mi amada Elizabeth no me bastó para arrancarme de las profundidades de mi desesperación. Pesaba sobre mí la promesa que había hecho al demonio, como el capucho de plomo que llevan puesto los hipócritas en el infierno de la obra de Dante[*]. Ante mí desfilaban oníricas imágenes de placeres terrenos y celestiales, y ese pensamiento era lo único que me parecía real en la vida. ¿Es de extrañar acaso que en ocasiones me dominara la locura, o que no lograra apartar de mí la visión de multitud de animales repugnantes que me infligían incesantes torturas y me arrancaban con frecuencia gritos y gemidos?

No obstante, mis sentimientos fueron aplacándose con el tiempo. Volví a incorporarme a la vida cotidiana, si no con interés, al menos sí con cierta tranquilidad.

Primera página del tercer volumen de *Frankenstein*, de puño y letra de Mary Shelley



VOLUMEN III

I

Pese a haber transcurrido varias semanas desde que regresé de Ginebra, no conseguía reunir el suficiente coraje para iniciar mi trabajo. Temía la venganza de aquel frustrado demonio, pero me sentía incapaz de superar la repugnancia que me causaba la tarea que me había sido impuesta. Comprendí que no podía dar forma a una mujer sin consagrarme varios meses a profundos estudios y laboriosos experimentos. Llegó entonces a mis oídos que un científico inglés había realizado unos hallazgos de interés capital para mi empresa, y pensé en pedir permiso a mi padre para viajar a Inglaterra con el propósito de entrevistarme con él. Sin embargo, me aferraba a cualquier excusa para retrasar mi petición porque no me decidía a interrumpir mi recobrada tranquilidad. Había recuperado la salud, que tan maltrecha estuviera en el pasado, y mi estado de ánimo, cuando no me asaltaba el recuerdo de mi desafortunada promesa, mejoró notablemente. Mi padre presenció este cambio complacido y se volcó en procurarme todo cuanto estuviera a su alcance para erradicar mi persistente melancolía, que de vez en cuando me asaltaba y con su voraz negrura ocultaba la luz del sol. En esos momentos me refugiaba en la soledad más completa. Pasaba días enteros en el lago, en un pequeño bote, observando las nubes y escuchando el balanceo de las olas, silencioso y decaído. No obstante, eran pocas las ocasiones en que el aire fresco y los rayos del sol no lograban hacerme recuperar la compostura y, ya de regreso, recibía los saludos de mis amigos con una sonrisa más franca y un corazón más alegre.

Un día, tras volver de una de mis excursiones, mi padre me llamó aparte y me dijo lo siguiente:

—Me encanta haber notado, querido hijo, que has retomado tus anteriores diversiones y pareces estar recuperándote. Aun así, todavía se te ve triste, y sigues evitando nuestra compañía. He estado algún tiempo perdido en mis conjeturas, intentando adivinar la causa de tu actitud, pero ayer me vino una idea a la mente y te pido que, si está bien fundamentada, me lo digas. Guardar silencio en este tema no serviría de nada. Al contrario, eso nos haría sentir a todos profundamente desgraciados.

Temblé al oír su exhortación.

—Confieso, hijo mío —siguió diciendo mi padre—, que siempre he deseado que contrajeras matrimonio con tu prima para renovar los lazos que tanto han unido a nuestra familia y hallar consuelo en mis años de vejez. Vosotros dos habéis estado muy unidos desde la infancia. Estudiasteis juntos y parecía que, en actitudes y gustos, os complementabais muy bien. No obstante, la experiencia del hombre es tan ciega que quizá lo que consideré que secundaría mis planes ha contribuido a estropearlos del todo. Es posible que veas a Elizabeth como a una hermana y no desees en absoluto que ella se convierta en tu esposa. O bien quizá has conocido a otra mujer, te has enamorado de ella y, como consideras que has dado tu palabra de honor a tu prima, esa lucha interna es la causa de la acusada tristeza que pareces sentir.

—Querido padre, puede estar tranquilo. Amo a mi prima con toda la ternura y la sinceridad de que soy capaz. Nunca he conocido a otra mujer que, como Elizabeth, despertara mi más encendida admiración y cariño. He depositado todas mis esperanzas y mis expectativas en nuestra futura unión.

—Tus sentimientos al respecto, querido Victor, me procuran una satisfacción que no sentía desde hacía tiempo. Si esas son tus intenciones, ten por seguro que todos seremos felices, aunque sucesos venideros puedan teñir de aflicción nuestras vidas. Ahora bien, es precisamente esta pena, que parece haberse apoderado con tanta fuerza de tu espíritu, la que yo querría disipar. Dime si muestras alguna objeción a que formalicemos la boda de inmediato. La suerte no nos ha acompañado y estos últimos acontecimientos nos han arrebatado aquella serenidad cotidiana que tanto convenía a mis años y a mis achaques. Eres joven, Victor, pero no creo que, con tu más que respetable fortuna, un matrimonio temprano pueda interferir

en los planes futuros que puedas haber hecho con el fin de labrarte un digno puesto en la sociedad. Sin embargo, no querría que pensaras que deseo imponerte la felicidad o que un retraso por tu parte me desilusionaría. Interpreta mis palabras con buena voluntad y respóndeme, te lo pido, con confianza y sinceridad.

Escuché a mi padre en silencio y, durante un buen rato, no acerté a responder. Miles de pensamientos me vinieron a la mente y tuve que esforzarme por llegar a alguna conclusión. ¡Ay de mí! La idea de unirme a mi prima de inmediato me aterrorizaba y me llenaba de consternación. Una promesa solemne, que todavía no había cumplido y no me atrevía a romper, me tenía atado. ¡Cuántas desgracias recaerían sobre mí y mi leal familia en caso contrario! ¿Acaso podía pensar en celebraciones con ese yugo mortal uncido al cuello que me tenía postrado de rodillas? Debía asumir mi compromiso y permitir que el monstruo partiera con su compañera antes de poder disfrutar de las delicias de una unión de la que esperaba tanta paz.

Recordé también que me había propuesto viajar a Inglaterra o cartearme con los científicos de ese país, cuyos conocimientos y hallazgos me resultaban indispensables en la tarea que me ocupaba. Obtener la información que necesitaba por correspondencia era un proceso lento e insatisfactorio. Además, me apetecía cambiar de aires y me encantaba la idea de pasar un par de años en otro lugar, inmerso en otras ocupaciones y lejos de mi familia. Quizá, mientras tanto, las cosas cambiarían y podría regresar a mi país para disfrutar de la tranquilidad y la felicidad familiar. Si cumplía mi promesa, el monstruo desaparecería; o tal vez sufriera un accidente y muriera, poniendo fin a mi esclavitud para siempre.

Esos sentimientos inspiraron la respuesta que di a mi padre. Le manifesté mi deseo de ir a Inglaterra, pero, ocultando las verdaderas razones de mi petición, pretexté el deseo de viajar y ver mundo antes de establecerme para siempre dentro de las murallas de mi ciudad natal.

Defendí mi causa con ardor y no me costó que mi padre accediera a mis ruegos, ya que no existía un progenitor más indulgente y menos dictatorial que el mío sobre la faz de la Tierra. Decidimos programar mi viaje sin tardanza. Iría a Estrasburgo a reunirme con Clerval. Pasaríamos juntos un corto tiempo en varias ciudades holandesas, y luego partiríamos a

Inglaterra, donde transcurriría la mayor parte de nuestra estancia en el extranjero. Finalmente, regresaríamos por Francia, en un periplo que acordamos que duraría unos dos años.

Mi padre se sintió muy feliz con la perspectiva de que mi enlace con Elizabeth se celebraría inmediatamente después de mi regreso.

—Estos dos años pasarán muy rápido y será el último impedimento que os obligará a posponer vuestra felicidad. No te oculto que deseo fervientemente que llegue el momento en que volvamos a reunirnos todos, y ya no exista anhelo o miedo alguno que venga a perturbar nuestra tranquilidad doméstica.

—Me satisface mucho su arreglo —le dije—. Cuando llegue ese día, ella y yo seremos más maduros y, espero, también más felices de lo que ahora somos.

Suspiré, pero mi padre, haciendo gala de su tacto, se abstuvo de hacerme más preguntas sobre la causa de mi abatimiento. Esperaba que los nuevos parajes y la distracción del viaje me harían recobrar la tranquilidad.

Me dispuse entonces a hacer los preparativos, aunque me sentía acosado por una sensación de miedo e intranquilidad. En mi ausencia la familia seguiría ignorando la identidad de su enemigo y se encontraría a su merced si la criatura, encolerizada por mi marcha, decidía atacarla. No obstante, ese ser había prometido seguirme a donde yo fuera. Por eso deduje que me acompañaría a Inglaterra. Ese solo pensamiento me atormentaba y tranquilizaba a la vez, porque consideré que así quedaba garantizada la seguridad de mis amigos. Me aterrorizaba la posibilidad de que pudiera ocurrir lo contrario. No obstante, durante todo el tiempo que fui esclavo de mi criatura me dejé llevar por los impulsos del momento. Tenía el fuerte presentimiento de que el demonio me seguiría y eso me permitiría mantener a mi familia al margen del peligro que entrañaban sus maquinaciones.

Partí a finales de agosto con el objetivo de pasar dos años en el exilio. Elizabeth comprendió las razones de mi marcha y lo único que lamentó fue no haber podido disfrutar de las mismas oportunidades que yo para vivir nuevas experiencias y cultivar su entendimiento. Eso no impidió, sin embargo, que llorara al despedirse de mí y me hiciera prometerle que regresaría feliz y sereno.

—Todos dependemos de ti —me dijo—. Cuando tú eres desgraciado, ¿cómo crees que nos sentimos nosotros?

Me apresuré a subir al carruaje que me alejaría de ellos sin saber muy bien hacia dónde me dirigía y sin comprender del todo lo que sucedía a mi alrededor. Solo recordé, y ahora al pensarlo me asalta la amargura, que había mandado que empaquetaran mi instrumental químico porque deseaba llevarlos conmigo en el viaje. Había decidido que cumpliría mi promesa mientras me hallara en el extranjero, para regresar, si era posible, como un hombre libre. Embargado por lúgubres pensamientos, pasé junto a majestuosos parajes de gran belleza, pero mis ojos permanecían fijos sin contemplar nada. Solo podía pensar en los confines adonde me llevarían mis viajes y en la obra que me tendría absorto mientras estos durasen.

Pasé varios días sumido en una indolencia apática mientras cubría la distancia que me separaba de Estrasburgo. Clerval llegó dos días más tarde. ¡Qué contraste podía apreciarse entre ambos! Clerval disfrutaba con viva alegría los distintos cambios del paisaje. Le emocionaba contemplar la belleza de una puesta de sol y su felicidad se acrecentaba al alba, cuando comenzaba un nuevo día. Me comentaba los cambiantes colores del paisaje y el aspecto del cielo.

—¡A esto lo llamo yo vivir! —exclamaba Clerval—. ¡Ahora sí que disfruto de la vida! En cambio tú, mi querido Frankenstein, ¿por qué te muestras tan descorazonado y taciturno?

En realidad, mi mente estaba ocupada por pensamientos sombríos, y no podía ver la estrella vespertina ni la dorada salida del sol reflejada en el Rin. En cuanto a usted, amigo mío, le entretendría más la lectura del diario de Clerval, que contemplaba el paisaje con mirada emotiva y placentera, que el tener que escuchar mi relato: el de un ser desgraciado, acosado por una maldición que aniquila toda posibilidad de disfrute.

Decidimos bajar por el Rin en barco desde Estrasburgo a Rotterdam, donde embarcaríamos rumbo a Londres. Durante la travesía pasamos junto a muchos islotes de sauces, y vimos bellísimas ciudades. Permanecimos un día entero en Manheim y, al quinto día de haber partido de Estrasburgo, llegamos a Mainz. A partir de aquí, el curso del Rin se vuelve más pintoresco. El río desciende con rapidez y traza sinuosos meandros entre

colinas bajas pero de fuerte pendiente y bellas formas. Vimos muchos castillos en ruinas al borde de precipicios, rodeados de espesos e inaccesibles bosques. El paisaje en esa zona del Rin es muy variado. En un determinado punto se divisan escarpadas montañas y castillos derruidos coronando altos riscos, con el oscuro Rin fluyendo a sus pies; y, de repente, a la vuelta de un promontorio, prósperos viñedos en ondulantes y verdes lomas, un serpenteante río y ciudades muy pobladas definen el paisaje.

Viajamos en época de vendimia. Se oían los cantos de los trabajadores mientras nos deslizábamos con la corriente. A pesar de albergar deprimentes pensamientos y tener el ánimo alterado por lúgubres emociones, todo aquello me causaba un gran placer. Me tumbé en el suelo de la barca y, mientras contemplaba el cielo azul y despejado, creí impregnarme de una tranquilidad que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Si esas eran mis sensaciones, huelga decir que apenas podrían describirse las de Henry. Mi amigo se sentía como si estuviera visitando el País de las Hadas y disfrutaba de una felicidad como raras veces saborea el hombre.

—He visto los paisajes más bellos de mi país —me confesó—. He visitado los lagos de Lucerna y Uri, donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente hasta el agua, proyectando unas sombras negras e impenetrables que les conferirían un aspecto lúgubre y lastimero si no fuera por unas islas de exuberante verdor que alivian la visión con su alegre estampa. He visto el lago agitado por la tempestad, cuando el viento que arremolina el agua te hace pensar cómo debe de ser una tromba en el inmenso océano, y las olas se precipitan con furia contra la base de la montaña, allí donde el sacerdote y su amada fueron sorprendidos por una avalancha y, desde entonces, se oyen sus extintas voces cuando se serena el viento de la noche. He visto las montañas de La Valais y del Pays de Vaud, pero estas tierras, Victor, son superiores a todas esas maravillas. Las montañas suizas son majestuosas y peculiares pero las orillas de este precioso río poseen un encanto sin igual. ¡Mira ese castillo que cuelga sobre aquel precipicio, y ese otro de la isla, casi oculto entre la espesura de esos hermosos árboles! ¡Mira ese grupo de labriegos que vienen de los viñedos, y ese pueblo, medio oculto en un recoveco de la montaña! ¡Ah…! No dudo

que el alma del espíritu que habita y protege este lugar armoniza más con el alma humana que con la de aquellos que se ocultan en los glaciares o se retiran a las inaccesibles cumbres de las montañas de nuestro país.

¡Querido amigo Clerval! Incluso hoy me complazco en rememorar tus palabras y extenderme en las alabanzas que mereces más que nadie en el mundo. Clerval fue una persona formada en la «poesía misma de la naturaleza»[*]. La sensibilidad de su corazón temperaba su imaginación desbordada y entusiasta. Con un alma henchida de ardientes pasiones, su amistad era de un natural tan entregado y maravilloso que hasta los más mundanos confiesan que algo así solo existe en nuestra imaginación. No obstante, la comprensión humana no bastaba para satisfacer su ávida mente. El escenario que brinda la naturaleza, y que otros consideran solo con admiración, era el objeto de su apasionado amor:

> *[…] La atronadora catarata*
> *como una pasión lo acosaba: la erguida roca,*
> *la montaña y el bosque, espeso y sombrío,*
> *sus colores y sus formas, todo era, para él,*
> *una apetencia, un sentimiento y un afecto*
> *que no precisaban los remotos encantos*
> *que el intelecto ofrece ni los atractivos*
> *que no advierte el ojo.*[**]

¿Dónde está ahora? ¿Acaso tan afable y encantador ser humano ha desaparecido para siempre? ¿Es posible que una mente tan llena de ideas, de magníficas y caprichosas fantasías que, en sí mismas, constituían un mundo cuya existencia dependía de la vida de su Creador, es posible, decía, que una mente así haya perecido? ¿Existe ahora tan solo en mi recuerdo? No, en absoluto. Tal vez tu semblante forjado con divino trazo y que con inigualable belleza sonreía, se pudra, pero tu espíritu aún visita y consuela a tu desgraciado amigo.

Perdone mi arrebato de tristeza. Estas poco afortunadas palabras son solo un pequeño tributo a la ejemplar valía de Henry, pero me sirven para

aliviar mi corazón, que pugna por librarse de la angustia que su recuerdo me provoca. Proseguiré con mi relato.

Tras pasar por Colonia, bajamos hacia las llanuras de Holanda y decidimos viajar en posta el resto del trayecto porque el viento soplaba en contra y la corriente del río era demasiado suave para nuestro propósito.

A partir de entonces nuestro viaje perdió el interés que despiertan los bellos paisajes, pero en pocos días llegamos a Rotterdam, donde embarcamos rumbo a Inglaterra. Era una clara mañana de finales de diciembre cuando vi por primera vez los blancos acantilados de Gran Bretaña. Las orillas del Támesis configuraban un paisaje distinto. Eran llanas pero fértiles, y cada pueblo destacaba por algún hecho histórico singular. Vimos Tilbury Fort, que nos recordó los avatares de la Armada española, así como Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que ya había oído hablar, incluso en mi país.

Finalmente divisamos las numerosas torres de Londres: la de la catedral de San Pablo, presidiéndolo todo, y la Torre de tan famoso recuerdo en la historia de Inglaterra.

II

Londres era nuestro destino, y en esa maravillosa ciudad de gran renombre decidimos permanecer varios meses. Clerval deseaba entrar en contacto con los hombres de talento y probada genialidad que destacaban en aquella época, cuestión que para mí era secundaria. Mi principal preocupación era dar con el medio de obtener la información necesaria para llevar a cabo mi promesa, y por eso me apresuré a entregar las cartas de presentación que había traído conmigo, dirigidas a los filósofos naturales más insignes del país.

Si hubiera hecho este viaje durante mis años de estudiante, cuando todavía era feliz, esa circunstancia me habría procurado un placer indescriptible. Pero entonces algo ensombrecía mi existencia, y fui a ver a esos científicos tan solo para recopilar datos sobre el tema que tan profundo interés despertaba en mí. La compañía me resultaba irritante, y cuando estaba solo me absorbía la contemplación del cielo y de la tierra. La voz de Henry actuaba en mí como un bálsamo, y gracias a eso me engañaba pensando que disfrutaba de una paz transitoria. Los semblantes alegres, ajetreados, sin interés, hacían revivir en mí la desesperación. Veía que una barrera infranqueable se alzaba entre mis semejantes y yo, una barrera sellada con la sangre de William y Justine; y, cuando pensaba en los sucesos relacionados con esos nombres, la angustia me emponzoñaba el alma.

Clerval era la viva imagen de mí mismo en el pasado. Tenía una gran curiosidad y un ansia de vivir nuevas experiencias y adquirir sólidos conocimientos. La diferencia de costumbres de los ingleses constituía para él una fuente inagotable de aprendizaje y diversión. Siempre estaba

ocupado, y el único obstáculo que le impedía disfrutar a fondo era mi semblante desanimado y pesaroso. Yo intentaba disimular en la medida de lo posible para no privarle de los placeres connaturales de quien está entrando en una nueva etapa de su vida sin que las preocupaciones o los amargos recuerdos empañen su alegría. Siempre me negaba a acompañarlo, alegando otros compromisos, para poder quedarme solo. Había empezado a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y eso me resultaba tan penoso como la tortura de la gota de agua que cae incesante sobre el condenado. Cada uno de los pensamientos que dedicaba a la cuestión me provocaba una extrema ansiedad, y las palabras que pronunciaba al respecto me dejaban con labios trémulos y palpitaciones.

Al cabo de unos meses recibimos una carta procedente de Escocia de una persona que había sido huésped en nuestra casa de Ginebra. Ese personaje nos escribió para informarnos de las bellezas de su tierra natal, pensando que esos atractivos quizá podrían inducirnos a prolongar nuestro viaje hacia el norte, hasta Perth, donde él residía. Clerval se mostró deseoso de aceptar la invitación, y yo, a pesar de aborrecer la vida social, deseaba volver a ver montañas y arroyos, la fantástica obra con que la naturaleza adorna la morada en que elige residir.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre y estábamos ya en febrero. Decidimos emprender nuestro viaje al norte a finales del mes siguiente. No queríamos llegar a Edimburgo por las rutas principales, sino que preferíamos visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, así que llegaríamos a nuestro destino a últimos de julio. Empaqueté mi instrumental químico y los materiales que había reunido con la intención de finalizar mi trabajo en algún escondrijo que hallara en las tierras más septentrionales de Escocia.

Partimos de Londres el 27 de marzo, y permanecimos unos días en Windsor para hacer excursiones por sus bellos bosques. Para gente de montaña como nosotros, ese paraje resultaba muy diferente: los robles majestuosos, la abundancia de caza y los rebaños de impresionantes venados aportaron una nota de novedad a nuestro viaje.

Seguimos luego hacia Oxford. Cuando entramos en la ciudad nos asaltó el recuerdo de los acontecimientos que se habían desarrollado en ella hacía

más de un siglo y medio. Allí fue donde Carlos I había reunido a sus tropas. La ciudad se había mantenido fiel a su causa aun cuando la nación entera le había abandonado para unirse a los adalides del Parlamento y la libertad. El recuerdo de ese desdichado rey y de sus aliados, el afable Falkland, el insolente Goring, la reina y su hijo, confería un interés especial a todos los rincones de la ciudad donde se cree que vivieron. El espíritu de la antigüedad había establecido su morada en esos territorios y a nosotros nos complació seguirle el rastro. Por si todo eso no bastara para satisfacer nuestra imaginación, la ciudad en sí misma era tan bella que sin duda había despertado nuestra más rendida admiración. Las facultades y los colegios son antiguos y pintorescos, las calles revisten cierta solemnidad y el precioso Isis, que discurre junto a la ciudad en meandros de exquisito verdor, avanza hasta convertirse en una plácida extensión de agua que refleja un majestuoso conjunto de torres, cúpulas y campanarios que quedan cercados por árboles centenarios.

A pesar de disfrutar del paisaje, mi alegría quedaba empañada por el recuerdo del pasado y las perspectivas de futuro que se cernían sobre mí. Me consideraba una persona inclinada a las emociones que una felicidad serena inspira. En mis años de juventud, el descontento nunca se había apoderado de mi alma y, si alguna vez acusé cierta apatía, la visión de las bellezas naturales o el estudio de lo que hay de excelente y sublime en la obra del hombre siempre hallaban cobijo en mi corazón y alegraban mi espíritu. Ahora soy como un árbol hecho trizas y tengo el alma desbocada. Pero entonces pensaba que tenía que sobrevivir para desprenderme de aquella parte de mí que muy pronto moriría: un desgraciado ejemplo de la miseria humana, que despertaba lástima en los demás y odio hacia mí mismo.

Pasamos algún tiempo en Oxford haciendo excursiones por los alrededores e intentando identificar los lugares que habían sido el escenario de la época más animada de la historia de Inglaterra. Nuestras pequeñas expediciones a menudo se prolongaban gracias a los diversos objetos que encontrábamos. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo de batalla en que cayó el patriota. Durante un momento mi alma logró elevarse y superar sus degradantes y miserables temores para contemplar las divinas

ideas de la libertad y el autosacrificio que esos paisajes y monumentos rememoraban. Por un instante osé desprenderme de mis cadenas y mirar alrededor con espíritu libre y elevado, pero el hierro se había hundido en lo más profundo de mis carnes y, trémulo e indefenso, volví a caer en mi miserable estado.

Abandonamos Oxford con pesar para emprender el camino a Matlock, que iba a ser nuestro siguiente destino. La vegetación de sus aledaños es muy parecida al paisaje de Suiza, aunque todo es a menor escala y las verdes colinas no están coronadas por los lejanos y blancos Alpes, siempre presentes en las montañas cubiertas de pinos de mi país. Visitamos una cueva prodigiosa y vimos unas vitrinas dedicadas a la historia natural donde se exhiben curiosidades científicas de un modo muy parecido a como se muestran en la colección de Servox y Chamonix. Este último nombre, al ser pronunciado por Henry, me dejó tembloroso, lo cual me instó a marcharme cuanto antes de Matlock, población que asocié a aquella terrible escena.

Desde Derby, siempre en dirección norte, llegamos a Cumberland y Westmoreland, donde pasamos dos meses. Era como si me encontrara en las montañas suizas. Las pequeñas franjas de nieve que todavía persistían en la ladera norte de las montañas, los lagos y el ímpetu de los pedregosos ríos me resultaban familiares y muy queridos. Trabamos conocimiento asimismo con personajes relevantes de la zona, circunstancia que casi me procuró una engañosa alegría. Clerval se sentía con diferencia mucho más feliz que yo. La compañía de hombres de talento enriqueció su intelecto y estaba empezando a descubrir en él mayores capacidades y recursos de los que jamás habría llegado a sospechar si hubiera seguido relacionándose con gente de inferior condición.

—Podría vivir aquí para siempre —me confesó Clerval—. Entre estas montañas apenas sentiría nostalgia de Suiza y del Rin.

No obstante, mi amigo descubrió que la vida del viajero trae aparejadas la tristeza y la alegría. Sus sentimientos siempre están en entredicho y, cuando empieza a acomodarse y a llevar una vida más reposada, se siente obligado a abandonar aquello que tanto placer le procura para ir en pos de algo distinto que haya vuelto a captar su atención, aunque con el tiempo también tenga que renunciar a eso en aras de la novedad.

Apenas acabábamos de visitar los distintos lagos de Cumberland y Westmoreland, y empezábamos a tomar afecto a algunos de sus habitantes, cuando llegó la fecha en que debíamos reunirnos con nuestro amigo escocés. Nos despedimos y emprendimos de nuevo el viaje. Por mi parte, no lo sentía. Había descuidado mi promesa durante un tiempo y temía las consecuencias que eso podría acarrearme si el demonio se sentía decepcionado. Quizá el monstruo se había quedado en Suiza para cobrar su venganza con mi familia, idea que me obsesionaba y atormentaba hasta tal punto que apenas podía lograr descanso o sosiego. Esperaba sus cartas con enfebrecida impaciencia. Si se retrasaban, me sentía desdichado y dominado por un sinfín de temores y, cuando finalmente recibía correspondencia y veía la escritura de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerla para confirmar mi suerte. A veces pensaba que aquel engendro me seguía y que intentaría espolear mi actitud reluctante asesinando a mi compañero. Cuando esos pensamientos me asaltaban no abandonaba a Henry ni un solo instante, sino que lo seguía como si fuera su propia sombra para protegerlo de la imaginaria ira de su destructor. Me sentía como si hubiera cometido un crimen inmundo y los remordimientos me atenazaran. A pesar de no ser culpable, arrastraba conmigo una horrible maldición, tan mortal como la del propio crimen.

Visité Edimburgo con mirada y mente lánguidas, aunque era una ciudad que habría despertado el interés del más desgraciado de los seres humanos. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, porque la antigüedad de esta última le resultaba más atractiva. No obstante, la belleza y la uniformidad de la ciudad nueva de Edimburgo, el romántico castillo y sus alrededores, de una belleza inigualable, Arthur’s Seat, Saint Bernard’s Well y la cordillera de las Pentland, compensaron el cambio con creces llenándolo de alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por que nuestro viaje concluyera.

Dejamos Edimburgo al cabo de una semana, pasando por Coupar y Saint Andrews y siguiendo las riberas del Tay hasta llegar a Perth, donde nuestro amigo nos esperaba. No me sentía de humor para reír y conversar con extraños, ni para compartir sus sentimientos o prestarme a sus planes

con la buena disposición que se espera de un invitado. Así pues, le dije a Clerval que deseaba recorrer Escocia por mi cuenta.

—Tú quédate y diviértete —le dije—. Despidámonos ahora. Quizá esté ausente un par de meses, pero no intentes venir a mi encuentro, te lo ruego. Permíteme que disfrute de la paz y la soledad durante un tiempo y, cuando regrese, espero hacerlo de mejor ánimo, más acorde a tu disposición.

Henry intentó disuadirme, pero al ver que no daba mi brazo a torcer dejó de protestar, no sin pedirme antes que le escribiera con frecuencia.

—Prefiero estar contigo y acompañarte en tus solitarios paseos a quedarme con estos escoceses a quienes no conozco. Regresa pronto, amigo mío, para que pueda volver a sentirme como en casa, lo cual no puedo hacer en tu ausencia.

Me despedí de mi amigo y decidí marcharme a algún lugar remoto de Escocia para acabar mi obra en soledad. No tenía la menor duda de que el monstruo me seguiría y se presentaría ante mí cuando hubiera terminado el trabajo, para que le entregara a su compañera.

Con esa idea en la mente, atravesé los territorios del norte y me instalé en una de las islas más alejadas de las Orcadas, que convertí en el escenario de mis investigaciones. El lugar resultaba muy adecuado para mi tarea: era apenas una roca, cuyos elevados flancos azotaban sin cesar las olas. La tierra desnuda solo proporcionaba pasto para unas cuantas vacas flacas y daba la avena justa para el consumo de su población, consistente en cinco personas cuyo semblante demacrado y sus delgados miembros daban testimonio de su miserable alimentación. En cuanto a la verdura y al pan, cuando podían permitirse tales lujos, e incluso el agua potable, tenían que conseguirlos en la isla principal, a unos ocho kilómetros de distancia.

En todo aquel islote no había sino tres míseras cabañas, una de las cuales estaba libre cuando llegué y pude alquilarla. Tenía tan solo dos habitaciones y era el vivo ejemplo de la sordidez que conlleva la más absoluta penuria. El tejado de paja se había hundido, las paredes no habían sido encaladas y la puerta estaba desgoznada. Mandé que arreglaran la cabaña, compré unos muebles y me instalé, circunstancia que sin duda habría causado sorpresa en la isla si la necesidad y la pobreza más extrema no hubieran nublado los sentidos de sus habitantes. Como consecuencia,

viví inadvertido, sin que nadie me molestara y casi sin que me mostraran agradecimiento alguno por la comida y la ropa que les ofrecí, de tal modo el sufrimiento anula incluso los sentimientos más elementales de los hombres.

En ese apartado refugio consagraba las mañanas a mi tarea; pero por la noche, cuando el tiempo lo permitía, caminaba por la pedregosa playa para escuchar el romper de las olas que lamían mis pies. Era una escena monótona, y aun así siempre cambiante. Pensé en Suiza: mi país era muy distinto de esos desolados y sobrecogedores parajes. Los viñedos tapizan las colinas y numerosas casitas tachonan los llanos. Los lagos de cristalinas aguas reflejan un agradable cielo azul y, cuando el viento perturba su quietud, la turbulencia no es más que un juego de niños comparada con los rugidos del gigantesco océano.

Ese había sido el ritmo de trabajo que me había impuesto al llegar, pero, a medida que avanzaba en mi tarea, me resultaba más detestable e irritante. A veces era superior a mis fuerzas y me sentía incapaz de entrar en el laboratorio durante días; pero, en otras ocasiones, trabajaba de sol a sol para completar cuanto antes mi obra. Sin duda me había embarcado en una creación macabra. Durante mi primer experimento, un frenesí entusiasta me había cegado y hecho inmune a la aversión que inspiraba la tarea a la que me había consagrado. Me había concentrado en el resultado final de mi trabajo y cerrado los ojos a la atrocidad del proceso. La segunda vez, sin embargo, lo hacía a sangre fría, y a menudo el corazón se me paralizaba al ver la obra que surgía de mis propias manos.

En tal coyuntura, dedicado a la ocupación más detestable de cuantas hubiera, inmerso en una soledad en la que nada podía distraer mi atención ni por un solo momento de la empresa en que me había embarcado, mi ánimo era muy inestable. Me sentía inquieto y nervioso. A cada momento temía cruzarme con mi perseguidor. A veces me sentaba con la mirada fija en el suelo, temiendo levantar la vista y encontrarme con el objeto que tanto me aterraba contemplar. Me espantaba alejarme de mis semejantes durante mis paseos por si, al encontrarme solo, el monstruo se presentaba para reclamar a su compañera.

Mientras tanto seguía trabajando, y mi tarea había avanzado ya de un modo considerable. Deseaba su conclusión con una esperanza trémula y

ansiosa que no me atrevía a cuestionar, pero que se mezclaba con oscuros presentimientos malignos que hacían que me sintiera desfallecer.

III

Una noche me hallaba sentado en mi laboratorio. El sol se había puesto y la luna empezaba a apuntar sobre el mar. Dado que carecía de luz suficiente para acometer mi tarea, me detuve unos instantes para considerar si sería mejor dejar el trabajo hasta la mañana siguiente o acelerar su conclusión concentrándome solo en ello. Empecé a darle vueltas al asunto y me puse a valorar las consecuencias de lo que estaba haciendo. Tres años antes me había poseído el mismo afán y había creado un demonio cuyas inigualables aberraciones me habían destrozado el corazón dejándolo sumido en amargos remordimientos. Estaba a punto de crear otro ser del que también ignoraba cuál sería su comportamiento. Quizá ese demonio en forma de mujer sería muchísimo más malvado que su compañero y se regodearía en el asesinato y la desgracia. Él había jurado que abandonaría para siempre el territorio donde moraba el ser humano y se ocultaría en espacios desiertos, pero ella no había hecho tal juramento y era posible, dado que con toda probabilidad iba a convertirse en un animal dotado de pensamiento y raciocinio, que se negara a cumplir los términos de un pacto realizado antes de su creación. Incluso podrían llegar a odiarse mutuamente. Si la criatura ya viva abominaba de su propia deformidad, ¿acaso no le inspiraría más odio el hecho de que apareciera ante sus ojos con una forma femenina? Quizá ella lo rechazara disgustada y anhelara la superior belleza del hombre. Podría darse el caso de que lo abandonara y que el demonio volviera a quedarse solo, encolerizado por la nueva provocación de ser rechazado por alguien de su misma especie.

Por otro lado, suponiendo que se marcharan de Europa para habitar en los desiertos del Nuevo Mundo, una de las primeras consecuencias de los anhelos que consumían a ese diablo sería la de tener descendencia. Quizá se propagaría una raza de demonios sobre la Tierra, que podría poner en peligro la misma existencia de la especie humana y sumirla en el terror. ¿Tenía yo derecho, en aras de mis propios intereses, a infligir esta maldición a las futuras generaciones? Me habían conmovido los argumentos del ser que yo había creado. Me habían dejado anonadado sus malévolas amenazas, pero en ese momento, por primera vez, la perversidad de mi promesa me resultó patente. Me estremecí al pensar que las épocas venideras me maldecirían como a una plaga, un hombre que, por egoísmo, no había dudado en comprar su propia tranquilidad al precio, quizá, de poner en juego la existencia de toda la especie humana.

Temblé y me sentí desfallecer. Levanté la vista y, a la luz de la luna, vi al monstruo en el marco de la ventana. Una fantasmagórica sonrisa le crispaba los labios mientras me contemplaba. Yo seguía trabajando en la tarea que ese ser me había encomendado. Sí, me había seguido en mi periplo. Había merodeado por los bosques, se había ocultado en cuevas, o refugiado en vastos y desiertos terrenos baldíos. Y ahora venía a observar mis progresos y a exigir que cumpliera mi promesa.

Le miré, y vi que su rostro expresaba una traición y una maldad inconmensurables. Creí volverme loco al pensar que le había prometido crear otro ser igual que él, y, dominado por la pasión, hice pedazos aquella cosa en la que estaba trabajando. El miserable engendro vio que destrozaba la criatura de cuya futura existencia dependía su felicidad y, con un aullido de maligna desesperación que proclamaba su venganza, desapareció.

Salí de allí y, mientras cerraba la puerta, me hice la promesa solemne de no volver jamás a retomar la tarea. Luego, con paso inseguro, busqué el amparo de mi habitación. Estaba solo. No tenía a nadie que pudiera disipar la inmensa tristeza que sentía y aliviarme de la enfermiza opresión que me causaban unas imágenes tan terribles.

Estuve varias horas acodado en la ventana, contemplando el mar. Apenas se movía porque el viento había amainado y la naturaleza entera reposaba bajo la mirada atenta de la silenciosa luna. Las barcas de pesca

eran como motas en el agua, y de vez en cuando, la suave brisa me traía el sonido de unas voces: el grito de los pescadores llamándose entre ellos. Percibí el silencio, y solo fui consciente de su extrema profundidad cuando capté, de súbito, el chapoteo de unos remos en la orilla, cerca de casa, que denotaban que alguien estaba arribando a tierra.

Al cabo de unos minutos oí el crujir de mi puerta, como si alguien intentara abrirla con cuidado. Temblaba de pies a cabeza. Presentí que ya sabía de quién se trataba, y quise ir a despertar a los campesinos que habitaban en la casa más cercana. Me asaltó la sensación de indefensión tan recurrente en mis pesadillas, cuando intentas huir de un peligro inminente y te quedas clavado al suelo.

Finalmente oí el sonido de unas pisadas por el corredor, la puerta se abrió y el monstruo a quien yo tanto temía apareció ante mi vista. Aquel demonio, tras cerrar la puerta a su espalda, se acercó a mí y me dijo con voz queda:

—Has destruido la obra que habías empezado. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado fatigas y desgracias. Partí de Suiza contigo, recorrí las orillas del Rin, crucé los islotes de sauces y subí a las cumbres de las montañas. He pasado muchos meses en los páramos de Inglaterra y en las solitarias regiones de Escocia. He soportado penurias sin fin, frío y hambre. ¿Osas acaso destruir mis esperanzas?

—¡Fuera de aquí! Rompo mi promesa. Jamás volveré a crear otro ser como tú, con tu misma deformidad y tus maldades.

—Quise razonar contigo, esclavo, pero has demostrado que no mereces que me muestre condescendiente. Recuerda que soy yo quien tiene el poder. Te consideras desgraciado, mas piensa que yo puedo hacerte tan desdichado que la luz del día te resultará odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño… ¡Obedece!

—Los tiempos de mi debilidad han pasado ya, y también los de tu poder. Tus amenazas no lograrán que actúe con alevosía. Al contrario, me reafirman en mi empeño de no crear para ti una compañera de fechorías. ¿Cómo voy a traer al mundo, a sangre fría, a un demonio que se deleita en

provocar la muerte y la desgracia? ¡Márchate! He tomado una decisión y tus palabras solo conseguirán encolerizarme más.

El monstruo vio la resolución dibujada en mi rostro y apretó los dientes con rabia e impotencia.

—¿Me estás diciendo que a cada hombre le está destinada una esposa y a cada animal su pareja, pero que yo tendré que estar siempre solo? Mis sentimientos fueron acallados por el odio y las burlas. Ahora, hombre, escúchame: puedes odiarme, pero ¡cuidado! Tus días estarán dominados por el miedo y la desgracia, y pronto caerá sobre ti el yugo que destruirá tu felicidad para siempre. ¿Crees que permitiré que seas feliz mientras yo cargo con el peso de mi desdicha? Podrás destruir mis pasiones, pero seguiré alimentando mi venganza… ¡Una venganza que me será más querida que la luz o el alimento! Aunque yo muera, tú, tirano y torturador, serás el primero en maldecir el sol que ilumina tu desgracia. Ten cuidado porque a nada temo, y eso me convierte en poderoso. Vigilaré con la astucia de una serpiente hasta que pueda picarte con su veneno. Juro que te arrepentirás del daño que me has hecho.

—¡Basta ya, diablo! No emponzoñes el aire con tus palabras maliciosas. Te he hecho saber mi decisión y no soy ningún cobarde al que intimiden tus palabras. ¡Vete! ¡Seré inexorable!

—Muy bien, me marcho; pero recuerda: estaré en tu noche de bodas.

—¡Villano! —exclamé, enfrentándome al monstruo—. Antes de firmar mi sentencia de muerte, asegúrate de que tu vida no corre peligro.

Me lancé a por él, pero me esquivó y salió de la casa a toda prisa. Al cabo de unos instantes lo vi en el bote surcando las aguas con la rapidez de una flecha. No tardó en perderse entre las olas.

Volvió a reinar el silencio, pero yo seguía oyendo sus palabras. Me consumía la rabia y deseaba perseguir al que había aniquilado mi tranquilidad para arrojarlo al fondo del mar. Anduve por mis aposentos, inquieto y perturbado, mientras mi imaginación evocaba miles de imágenes que me atormentaban y remordían la conciencia. ¿Por qué no lo había seguido y me había enzarzado con él en un combate a muerte? Había permitido que escapara, y ahora el engendro se dirigía hacia la isla principal. Me estremecí al pensar quién sería la próxima víctima que

sacrificaría en aras de su insaciable venganza. Recordé entonces sus palabras: «Estaré en tu noche de bodas». Esa sería la fecha en que se cumpliría mi destino. A esa hora yo moriría, y con ello satisfaría y acabaría con su maldad de una vez por todas. La perspectiva no me daba miedo, pero cuando pensé en mi amada Elizabeth, en sus lágrimas y su infinita pena al descubrir que su amante era arrebatado de sus brazos con tan bárbaro instinto, las lágrimas, las primeras que vertía desde hacía meses, inundaron mis ojos, y decidí no sucumbir al enemigo sin presentar batalla.

Transcurrida la noche, el sol se alzó sobre el océano. Mis sentimientos se habían serenado, si podemos llamar serenidad al momento en que la violencia de la ira se hunde en los abismos de la desesperación. Salí de la casa, el terrible escenario de la contienda de la noche anterior, y fui a caminar por la playa, la cual contemplé como si fuera una barrera insuperable que me alejaba de mis semejantes. Mejor dicho, el deseo de que eso fuera cierto me cruzó la mente. ¡Ojalá pudiera pasar el resto de mis días en aquella roca desnuda, hastiado, cierto es, pero sin que la repentina desgracia irrumpiera en mi existencia! Si regresaba era para ofrecerme al sacrificio, o para ver cómo aquellos a quienes más amaba morían bajo las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Vagué por la isla como un espectro insomne, aislado de todo cuanto amaba y desdichado por culpa de ese mismo aislamiento. A mediodía, cuando el sol se hallaba en el punto más alto del firmamento, me tendí sobre la hierba y me dejé vencer por un profundo sueño. Había permanecido despierto toda la noche, mis nervios estaban alterados y tenía los ojos hinchados por la vigilia y el sufrimiento. El sueño al que me abandoné fue reparador. Al despertar, volví a sentirme como si perteneciera de nuevo a la raza humana, y empecé a reflexionar sobre lo que había sucedido con más calma. No obstante, las palabras del engendro resonaban en mis oídos como un toque de difuntos, como si formaran ya parte de un sueño, aunque las escuchaba tan claras y opresivas como si fueran reales.

El sol había descendido y yo seguía sentado en la orilla, satisfaciendo mi voraz apetito con unas galletas de avena, cuando vi que una barca de pesca recalaba en la playa. Uno de los hombres saltó de la embarcación y me entregó un paquete. Contenía cartas procedentes de Ginebra y una de

Clerval, en la que me rogaba que me reuniera con él. Decía que había pasado casi un año desde que habíamos salido de Suiza y que todavía teníamos que visitar Francia. Me pedía que partiera de mi solitaria isla y me encontrara con él en Perth al cabo de una semana, fecha en la que ya habría dispuesto los preparativos de nuestro futuro viaje. Esa carta me devolvió en cierto modo a la realidad, y decidí que me marcharía de la isla un par de días más tarde.

Antes de partir tenía que enfrentarme a una tarea cuyo solo pensamiento me estremecía. Para empaquetar mi instrumental químico debía entrar en la habitación que había sido el escenario de mi odiosa labor y recoger esos utensilios cuyo solo aspecto ya me ponía enfermo. A la mañana siguiente, al alba, reuní el valor suficiente y abrí la cerradura de la puerta que daba a mi laboratorio. Los restos de la criatura a medio formar que yo había destruido estaban esparcidos por el suelo. Tuve la sensación de que había estado descuartizando a un ser humano de carne y hueso. Me detuve para serenar mi ánimo y entré en la estancia. Con manos temblorosas, saqué los instrumentos de la habitación. Pensé que no era prudente dejar vestigios de mi tarea, porque podrían despertar el miedo y la sospecha de los labriegos, así que los metí en un cesto con una gran cantidad de piedras, que dispuse por encima, y decidí tirarlo todo al mar aquella misma noche. Luego me dirigí a la playa y me dediqué a limpiar y ordenar el equipo de mi laboratorio.

El cambio que habían experimentado mis sentimientos desde la noche en que apareciera el monstruo era definitivo. En el pasado me sumía en una lúgubre desesperación cuando pensaba en mi promesa como algo que tenía que llevar a cabo sin reparar en las consecuencias. No obstante, sentía como si me hubieran arrancado una venda de los ojos y, por primera vez, pudiera ver con claridad. La idea de retomar mi trabajo no cruzó por mi mente. La amenaza que había oído pesaba en mi alma, pero no pensé que pudiera librarme de ella con un simple acto de voluntad. Había decidido que crear otro demonio como el anterior era un acto de egoísmo extremo y feroz, y alejé de mi pensamiento todo aquello que pudiera llevarme a una conclusión distinta.

Entre las dos y las tres de la mañana salió la luna y, tras subir el cesto a un pequeño esquife, me adentré en el mar unas cuatro millas. El lugar estaba completamente solitario. Regresaban unas cuantas barcas a tierra, pero yo navegué para alejarme de ellas. Tenía la sensación de que iba a perpetrar un horrible crimen y, con trémula angustia, evitaba encontrarme con mis semejantes. Durante un breve momento, la luna, antes clara, desapareció tras una gruesa nube, y aproveché la oportunidad que me brindaba la oscuridad para lanzar el cesto al agua. Escuché su burbujeo al hundirse, y me alejé de aquel lugar. El cielo se había cubierto de nubes, pero el aire seguía siendo puro, quizá algo más frío a causa de la brisa del nordeste que se estaba levantando. La temperatura era tan fresca y la sensación de estar en el mar tan agradable que decidí prolongar la travesía y, fijando recto el timón, me tendí cuan largo era en el fondo del bote. Las nubes ocultaron la luna y todo quedó a oscuras. Solo se oía el sonido de la embarcación, el rumor de la quilla cortando las olas. Ese murmullo me arrulló y, al cabo de pocos minutos, me quedé profundamente dormido.

No sé cuánto tiempo permanecí en el mar, pero cuando me desperté descubrí que el sol ya estaba en lo alto del cielo. El viento soplaba con fuerza y las olas amenazaban la seguridad de mi pequeña barca. Me fijé en que el viento venía del nordeste y debía de haberme alejado de la costa donde había embarcado. Intenté cambiar el rumbo, pero desistí porque, si volvía a realizar un nuevo intento, el bote se inundaría de inmediato. En esa situación mi único recurso era navegar a favor del viento. Confieso que el miedo se apoderó de mí. No llevaba instrumentos de navegación y estaba tan poco familiarizado con la geografía de esa región del globo que el sol no me era de gran ayuda. Quizá el viento me llevaría hasta mar abierto, al Atlántico, y experimentaría las torturas de la hambruna, o me engullirían las inconmensurables aguas que rugían a mi alrededor y azotaban la barca. Llevaba ya muchas horas en el mar sufriendo el calvario de una acuciante sed, preludio de otros futuros sufrimientos, cuando miré al cielo. Estaba encapotado. En el cielo, las nubes seguían el curso del viento en una rápida sucesión. Luego estuve contemplando el mar, que iba a convertirse en mi tumba.

—¡Demonio —exclamé—, tu labor ya ha concluido!

Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval. Me sumí luego en unos delirios tan desesperantes y terribles que, incluso ahora que la historia está a punto de terminar para siempre, me estremezco al recordarlo.

Las horas pasaban. Paulatinamente, mientras el sol se ponía en el horizonte, el viento fue amainando hasta convertirse en una suave brisa que hizo desaparecer las enormes olas del mar. Pero entonces empezó la marejada. Me entraron náuseas y apenas era capaz de sostener el timón cuando de repente, hacia el sur, vi la línea de la costa.

Agotado por la fatiga y el espantoso suspense que estaba viviendo desde hacía horas, la repentina certidumbre de que seguiría con vida se apoderó de mí, como un torrente desbordado que me alegró el corazón, y los ojos se me inundaron de lágrimas.

¡Qué mudables son nuestros sentimientos y qué raro es el amor con que nos aferramos a la vida aun cuando nos hallemos sumidos en la desgracia! Construí otra vela con parte de mi indumentaria y dirigí el rumbo con ansia hacia tierra. La costa tenía un aspecto salvaje y rocoso, pero a medida que iba acercándome no tardé en advertir signos de civilización. Vi embarcaciones en la orilla y de repente me sentí transportado de nuevo a los territorios del hombre civilizado. Seguí con la vista las líneas tortuosas de la tierra y divisé la torre de un campanario que surgía tras un pequeño promontorio. Como me encontraba en un estado de absoluta debilidad, decidí navegar directamente hacia aquel pueblo para procurarme alimento. Por suerte, llevaba dinero conmigo. Al coronar el promontorio, observé que tras él había un lindo pueblecito con un buen puerto, en el que entré con el corazón palpitando de alegría por haber escapado del peligro de un modo tan inesperado.

Mientras me hallaba ocupado amarrando la barca y recogiendo el velamen, varias personas se congregaron en el lugar. Parecían sorprendidos de mi llegada, pero, en lugar de ofrecerme ayuda, se pusieron a cuchichear entre ellos y a gesticular, actitud que en otras circunstancias me habría producido una vaga sensación de alarma, pero que en esos momentos solo sirvió para que me diera cuenta de que hablaban en inglés.

—Perdonen —les dije, dirigiéndome a ellos en su idioma—, ¿podrían decirme el nombre de este pueblo y dónde está situado?

—¡Ya se enterará! —contestó un hombre de voz ronca—. Ha llegado usted a un lugar que es posible que no le guste, pero le aseguro que nadie se tomará la molestia de preguntarle dónde va a hospedarse.

Me sorprendió sobremanera recibir una respuesta tan grosera de un desconocido, y me desconcertaron asimismo los semblantes ceñudos y airados de sus compañeros.

—¿Por qué me ha respondido de un modo tan brusco? No creo que sea costumbre entre los ingleses recibir a los extraños con tan poca hospitalidad.

—No sé qué costumbres tendrán los ingleses, pero los irlandeses solemos odiar a los malhechores.

Mientras seguía enfrascado en este extraño diálogo, me di cuenta de que la muchedumbre iba aumentando. Los rostros de la gente expresaban una mezcla de curiosidad y de rabia, que en cierto modo me preocupó y alarmó bastante. Pregunté cómo podría llegar a la posada, pero nadie me respondió. Decidí ponerme en marcha, y un murmullo se elevó de la multitud que me seguía y me rodeaba. En ese momento, un hombre de aspecto enfermizo se me acercó y me dio unos golpecitos en el hombro.

—Venga conmigo, señor. Tendrá que acompañarme al despacho del señor Kirwin para hacer constar su llegada.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué tengo que darle explicaciones? ¿Acaso no estamos en un país libre?

—¡Claro que sí, señor! Pero solo para los tipos honestos. El señor Kirwin es juez y usted tendrá que responder a unas preguntas acerca de la muerte de un caballero que encontramos asesinado anoche.

Sus palabras me dejaron impresionado, pero me repuse enseguida. Yo era inocente y podía probarlo sin dificultad. Por esa razón seguí a mi guía en silencio hasta una de las mejores casas del pueblo. Estaba a punto de desfallecer de cansancio y de hambre, pero, al verme rodeado por la muchedumbre, pensé que sería más conveniente hacer acopio de mis fuerzas para que no interpretaran mi debilidad física como un indicio de culpabilidad. ¡Qué poco me esperaba entonces la calamidad que al cabo de unos instantes caería sobre mí y extinguiría en el horror y la desesperación cualquier temor de ignominia o muerte!

Me veo obligado a hacer un descanso, porque voy a necesitar reunir mucho valor para rememorar los espantosos acontecimientos que a continuación le narraré con todo detalle.

IV

Me llevaron en presencia del juez, un anciano bondadoso de suaves y tranquilas maneras que, sin embargo, me dedicó una mirada de severidad antes de dirigirse a mis captores para preguntarles quién se ofrecía de testigo.

Media docena de hombres dieron un paso al frente y el juez seleccionó a uno de ellos. El testigo declaró que había estado pescando la noche anterior con su hijo y su yerno, Daniel Nugent, cuando alrededor de las diez vieron que se levantaba una fuerte racha de viento norteño y decidieron regresar a puerto. Era una noche muy oscura y la luna todavía no lucía en el firmamento. No amarraron la barca en el puerto sino donde tenían por costumbre, en una cala que había a unos tres kilómetros de distancia. Él abría la marcha, pertrechado con los aparejos de pesca, y sus compañeros lo seguían a unos pasos. Mientras caminaba por los tablones de la playa, tropezó con algo que había en el suelo y cayó de bruces. Sus compañeros lo ayudaron a levantarse. A la luz de las linternas descubrieron que el testigo había topado con el cuerpo de un hombre que estaba a todas luces muerto. Lo primero que pensaron fue que se trataba del cadáver de un ahogado que las olas habían arrastrado hasta la orilla, pero al examinarlo vieron que sus ropas no estaban mojadas y que el cuerpo seguía caliente. Se apresuraron a transportarlo a la casa de una anciana que vivía cerca de allí, y trataron en vano de devolverle la vida. La víctima era un joven muy atractivo de unos veinticinco años. Dedujeron que había sido estrangulado porque no había signos de violencia, salvo unas negruzcas marcas de dedos en el cuello.

La primera parte de la declaración no me interesó en absoluto, pero, cuando mencionaron la marca de unos dedos, recordé el asesinato de mi hermano y caí presa de la más extrema agitación. Me temblaban las piernas y se me nubló la vista. Me vi obligado a apoyarme en una silla. El juez me observaba con mirada penetrante y, como es lógico, extrajo conclusiones desfavorables de mi actitud.

El hijo confirmó el relato del padre, pero cuando se llamó a declarar a Daniel Nugent, este juró sin ambages que, antes de que cayera al suelo su compañero, había visto un bote con un solo ocupante a poca distancia de la orilla; y, pese a tener que juzgar solo por la luz de unas pocas estrellas, podía afirmar que se trataba de la misma barca en la que yo acababa de llegar.

Una mujer que vivía cerca de la playa declaró que, una hora antes de ser descubierto el cadáver, se hallaba frente a su casa esperando el regreso de los pescadores cuando vio una embarcación con un solo ocupante que el viento alejaba de la zona de la costa donde luego aparecería el cuerpo.

Otra mujer confirmó la historia de los pescadores y dijo que le habían llevado aquel cuerpo sin vida a su casa. Como el cadáver aún estaba caliente, lo habían tumbado en la cama y le habían dado friegas para intentar reanimarlo. Daniel había ido al pueblo en busca del farmacéutico, pero la vida de aquel muchacho se había extinguido ya.

Tomaron declaración a otros hombres que habían presenciado mi llegada. Todos coincidieron en decir que era muy probable que, con el fuerte viento del norte que se había levantado esa noche, me hubiera visto obligado a luchar contra los elementos durante varias horas y a regresar al mismo punto de donde había partido. Asimismo, debatieron la posibilidad de que hubiera traído el cadáver conmigo y que, al no resultarme familiares esas costas, lo hubiera abandonado en el muelle porque ignoraba la distancia que mediaba con el pueblo de —.

El señor Kirwin escuchó las pruebas y determinó que me llevaran a la habitación donde yacía el cuerpo a la espera de ser enterrado, para poder observar el efecto que este causaba en mí. Quizá se le ocurrió esa idea por la gran inquietud que mostré cuando me describieron el modo en que había sido asesinado el joven. El magistrado y sus acompañantes me condujeron a

la posada. No pude evitar sentirme perplejo por las extrañas coincidencias de esa noche de trágicos sucesos, pero, como sabía que había estado hablando con varias personas de la isla en la que habitaba mientras aquellos pescadores hallaban el cuerpo, no me inquietaba el resultado de la investigación.

Entré en la habitación donde yacía el cadáver y me condujeron hasta el ataúd. ¿Cómo puedo describir lo que sentí al verlo? El pánico se apoderó de mí. Soy incapaz de pensar en ese terrible momento sin estremecerme y rememorar la angustia que sentí al identificar el cuerpo. El juicio y la presencia del magistrado y de los testigos desaparecieron como por ensalmo cuando vi el inerte cuerpo de Henry Clerval tendido ante mí. Me faltaba el aire, y me arrojé sobre su cadáver exclamando:

—¿También mis asesinas maquinaciones te han privado a ti, queridísimo Henry, de la vida? He destruido ya a dos seres humanos y hay más víctimas que aguardan su destino, pero… ¡que hayas muerto tú, Clerval, amigo y protector…!

Mi humana constitución no pudo soportar más el agónico sufrimiento que estaba padeciendo y me sacaron de la habitación entre fuertes convulsiones.

Tras aquella escena, fui presa de la fiebre. Estuve dos meses postrado y al borde de la muerte. Según me dijeron luego, fui víctima de espeluznantes delirios. Confesé el asesinato de William, Justine y Clerval. Rogaba a quienes me atendían que me ayudaran a destruir al demonio que tanto me atormentaba, y a veces sentía los dedos del monstruo atenazando mi cuello y gritaba de terror y angustia. Por suerte hablaba en mi idioma y nadie me entendía, a excepción del señor Kirwin, pero mis aspavientos y mis amargos gritos bastaron para aterrorizar a los demás testigos.

¿Por qué no fenecí? Era más desdichado que cualquier otro hombre que habitara sobre la faz de la Tierra. ¿Por qué no me hundía en el olvido y descansaba en paz? La muerte arrebata del seno de sus padres a muchos niños que despiertan a la vida y constituyen la única esperanza de sus devotos progenitores. ¿Cuántas novias, cuántos jóvenes amantes que estaban en la flor de la vida y gozaban de buena salud han sido pasto de los gusanos y descansan en la putrefacción de la tumba? ¿De qué material

estaba hecho yo para poder resistir tantos embates que, al igual que una rueda da vueltas, reanudaban sin cesar mi calvario?

Estaba condenado a vivir, y al cabo de dos meses me encontré, como despertando de un sueño, en una prisión, echado sobre un camastro miserable y rodeado de carceleros, guardias, cerraduras y demás infames pertrechos de las mazmorras. Recuerdo que fue por la mañana cuando recobré la conciencia. Había olvidado los detalles de todo lo que había sucedido y lo único que comprendía era que una gran desgracia se había cebado en mí. No obstante, cuando miré alrededor y vi los barrotes de la ventana y la sordidez de la estancia en la que estaba, regresó todo a mi memoria y di un alarido de amargura.

El ruido alertó a una anciana que dormía en una silla junto a mí. Era la esposa de uno de los guardias, que estaba a mi cuidado. En su rostro se adivinaban todos los defectos que suelen caracterizar a la gente de su condición. Los rasgos de su cara eran duros y bastos, como los de las personas acostumbradas a ver desgracias sin compadecerse de ellas. Su tono de voz expresaba la más absoluta indiferencia. Se dirigió a mí en inglés y reconocí su timbre como uno de los sonidos que habían estado poblando mis pesadillas.

—¿Se encuentra mejor, señor?

—Creo que sí. —Le contesté en su idioma, con una voz muy débil—. Si todo ha sido cierto, si no estaba soñando, lamento seguir vivo y tener que soportar estas terribles desdichas.

—La verdad es que, si se refiere al caballero que asesinó, pienso que más le valdría estar muerto. Se lo digo porque creo que se ensañarán con usted. Lo colgarán cuando se reanude el juicio. Claro que a mí eso me da igual… A mí me han enviado aquí para cuidar de usted y procurar que se ponga bien. Yo cumplo con mi deber con la conciencia tranquila. ¡Las cosas andarían mejor si cada cual hiciera lo mismo!

Asqueado, aparté la mirada de la mujer que era capaz de pronunciar unas palabras tan descarnadas delante de alguien que acababa de escapar de los brazos de la muerte. Sentía una extrema languidez que me impedía reflexionar sobre todo lo que había pasado. La sucesión de acontecimientos que habían conformado mi vida apareció ante mi vista como en un sueño, y

a veces dudaba de que todo aquello fuera cierto porque nunca acudía a mi mente con la fuerza de la realidad.

Cuando las imágenes que flotaban ante mis ojos se volvían más nítidas, me subía la fiebre. La oscuridad me envolvía y no tenía a nadie cerca que me tranquilizara con la dulce voz del afecto, ni siquiera una mano amada que me brindara su apoyo. El médico vino y me recetó unas medicinas que la anciana se encargó de prepararme. No obstante, el hombre no se esforzaba en disimular su absoluta despreocupación y el rostro de la mujer denotaba una clara expresión de brutalidad. ¿A quién le interesaba el destino de un asesino sino al verdugo que, con su muerte, iba a ganarse el sueldo?

Tales fueron mis primeros pensamientos. Pero pronto descubrí que el señor Kirwin se había mostrado muy amable conmigo y me había proporcionado la mejor celda de la prisión (que, aun superando a las otras, era exigua). También había hecho venir al médico y a mi cuidadora. Es cierto que rara era la ocasión en que acudía a verme porque, aunque deseaba ante todo aliviar el sufrimiento de cualquier ser humano, no quería presenciar la agonía y los desdichados delirios de un asesino. De todos modos, se presentaba de vez en cuando para cerciorarse de que me cuidaban como es debido. Sus visitas, sin embargo, eran breves y muy espaciadas.

Un día, ya en proceso de recuperación, estaba sentado en una silla con los ojos entornados y las mejillas lívidas como los muertos cuando me embargó la tristeza y la desgracia y no pude dejar de pensar que más me hubiera valido encontrar la muerte que permanecer tristemente confinado para vivir en un mundo lleno de maldad. En un momento dado me planteé si no debería declararme culpable y atenerme al castigo de la ley, pues no era yo más inocente que la pobre Justine. Estaba enfrascado en esos pensamientos cuando la puerta se abrió y el señor Kirwin entró en mi celda. Su rostro expresaba compasión. Acercó una silla a la mía y me habló en francés.

—Temo que este lugar le resulte muy extraño. ¿Qué puedo hacer para que se encuentre usted más cómodo?

—Se lo agradezco mucho, pero me temo que nada cambiará las cosas. No hay consuelo en la Tierra que pueda aliviar mis penas.

—Comprendo que la compasión de un desconocido no represente un gran alivio para alguien torturado como usted por tantos infortunios. Estoy seguro de que no tardará en perder esta melancolía. Así lo espero. Sin duda será fácil encontrar las pruebas que faltan para liberarle del delito de que se le acusa.

—Eso es lo último que me preocupa. Debido a una serie de extraños acontecimientos, me he convertido en el ser más desgraciado de todos los mortales. Perseguido y torturado como he sido, la muerte ya no entraña mal alguno para mí.

—Es cierto que pocas cosas hay más horrendas y angustiosas que la extraña cadena de sucesos que últimamente han ocurrido. Ha sido arrastrado por un extraño accidente hasta esta costa, famosa por su hospitalidad; ha sido capturado nada más desembarcar y acusado de asesinato. Lo primero que vio usted fue el cadáver de su amigo, asesinado de manera ignominiosa, que algún demonio colocó en su camino.

A pesar de los nervios que me dominaron al escuchar el relato de mis sufrimientos, me quedé atónito cuando comprendí que el señor Kirwin parecía saber muchas cosas de mí. Supongo que el asombro debió de aflorar a mi semblante, porque el juez se apresuró a decirme:

—Un par de días después de que usted cayese enfermo, se me ocurrió examinar su indumentaria para ver si descubría indicios de algún familiar a quien pudiera dirigirme para informarle de su infortunio y describirle su precario estado de salud. Encontré varias cartas, entre ellas una que, en cuanto empecé a leerla, supuse que debía de ser de su padre. Escribí de inmediato a Ginebra. Han transcurrido casi dos meses desde que envié la carta y… Pero perdone, está usted enfermo. Incluso ahora está temblando. No le conviene exaltarse.

—Este suspense es mil veces peor que la noticia más aberrante. Dígame qué nuevo acto criminal se ha cometido y qué muerte debo lamentar.

—Su familia se encuentra perfectamente —dijo el señor Kirwin con gran amabilidad—. Y aquí fuera hay alguien que le quiere y ha venido a verle.

Desconozco qué asociación de ideas me vino a la mente, pero me asaltó el pensamiento de que el asesino había venido a burlarse de mi desgracia y

a echarme en cara la muerte de Clerval para incitarme a cumplir sus infernales deseos. Me tapé los ojos y chillé desesperado:

—¡No! ¡Llévenselo de aquí! No puedo verlo. ¡Por el amor de Dios, no le dejen entrar!

El señor Kirwin me miró con gesto preocupado. No pudo evitar pensar que mis gritos obedecían a la culpa que sentía, y dijo con un tono de voz muy severo:

—Pensaba, joven, que la presencia de su padre le sería grata en lugar de inspirarle tan violenta repugnancia.

—¿Mi padre, dice? —Los rasgos de mi cara pasaron de reflejar la angustia a la alegría—. ¿De verdad ha venido mi padre? ¡Qué bueno y generoso! ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido aún a verme?

Mi cambio de actitud sorprendió y complació al magistrado. Quizá pensó que mis gritos se habían debido a un retorno momentáneo de mi delirio y volvió a mostrarse tan generoso como antes. Se levantó y salió de la celda con mi cuidadora. Al cabo de un momento, entró mi padre.

El placer que me procuró la llegada de mi padre superó todas mis expectativas. Le tendí la mano y exclamé:

—¿Está a salvo? ¿Y Elizabeth, y Ernest?

Mi padre me tranquilizó asegurándome que gozaban todos de buena salud y procuró, abundando en los temas que más me conmovían, mejorar mi desconsolado estado de ánimo. No tardó en darse cuenta, sin embargo, de que una prisión no es lugar donde pueda morar la alegría.

—¡En qué sitio te ves obligado a vivir, hijo mío! —exclamó mi padre mirando con tristeza los barrotes de las ventanas y el aspecto mísero de la estancia—. Decidiste emprender viaje para volver a ser feliz, pero parece ser que te persigue la fatalidad. En cuanto al pobre Clerval…

Oír el nombre de mi infortunado amigo asesinado me inquietó tanto que, en la debilidad de mi estado, no pude soportarlo más y rompí a llorar.

—¡Ay de mí! Sí, padre. Un destino horrendo pende sobre mí, y es necesario que viva para que se cumpla; si no, ya hubiera muerto sobre el ataúd de Henry.

No nos dejaron seguir conversando porque mi precario estado de salud obligaba a tomar todas las precauciones necesarias para garantizarme la

calma. El señor Kirwin entró en la celda e insistió en que no debía agotarme con tanto esfuerzo. La presencia de mi padre, sin embargo, influyó en mí como si se tratara del ángel de la guarda y, poco a poco, fui recobrando la salud.

Vencí la enfermedad, pero me embargó una aciaga y deprimente melancolía que no podía superar. La imagen de Clerval siempre aparecía ante mí, espectral y asesinada. En más de una ocasión la inquietud en que me sumieron estos pensamientos hizo temer a mis amigos que estuviera a punto de sufrir otra recaída. ¡Ay, señor! ¿Por qué cuidaban de una vida tan detestable y desdichada como la mía? Quizá para que se cumpliera mi destino, cosa que estaba a punto de suceder. Muy pronto, sí, muy pronto la muerte extinguiría estos latidos y me liberaría del enorme peso de una angustia que me arrastraba por el lodo. Y solo cuando se hubiera hecho justicia podría abandonarme al descanso. La visión de la muerte me resultaba lejana, aunque el deseo que sentía por ella siempre estaba presente en mis pensamientos. A menudo me quedaba sentado durante horas sin moverme y sin hablar, suspirando por que alguna catástrofe nos sepultara a mí y a mi destructor bajo los escombros.

El día del juicio se aproximaba. Llevaba ya tres meses en prisión y, aunque todavía me sentía débil y corría el riesgo de sufrir una nueva recaída, me obligaron a viajar unos ciento sesenta kilómetros hasta la capital del condado, donde estaban los juzgados. El señor Kirwin se encargó en persona de reunir a los testigos y organizar mi defensa. Me ahorraron la vergüenza de tener que presentarme en público como si fuera un criminal, porque mi caso no se dirimía en el tribunal que se pronuncia sobre la vida o la muerte de un reo. El jurado terminó por rechazar los cargos al demostrarse que me hallaba en las islas Orcadas cuando el cuerpo de mi amigo fue encontrado. Por consiguiente, quince días después de mi traslado me dejaron en libertad.

Mi padre no cabía en sí de alegría cuando vio que me libraba de las vejaciones de una condena, que volvería a respirar el aire fresco y podría regresar a mi país natal. Yo, en cambio, no compartía su sentir. Las paredes de una mazmorra o de un palacio me resultaban igualmente odiosas. El cáliz de mi vida siempre estaría envenenado y, aunque el sol brillara para mí

como lo hace para los alegres y livianos de corazón, viviría sumido en una densa y terrorífica oscuridad que ni siquiera la luz podría penetrar, salvo el resplandor de dos ojos refulgiendo ante mí. A veces eran los ojos expresivos de Henry, languideciendo en la muerte, con las negras órbitas medio ocultas tras unos párpados enmarcados por unas largas y oscuras pestañas. En otras ocasiones, sin embargo, veía los glaucos ojos del monstruo, turbios como los descubriera el primer día en mis aposentos de Ingolstadt.

Mi padre intentaba despertar en mí sentimientos de afecto. Me habló de Ginebra, adonde partiríamos sin tardanza, de Elizabeth y de Ernest; pero sus palabras solo consiguieron sumirme en un mar de lamentaciones. Es cierto que a ratos añoraba la sensación de felicidad y pensaba con melancólico placer en mi amada prima, o que anhelaba con una atroz *maladie du pays* ver de nuevo el lago azul y el impetuoso Rin que tan queridos me fueron en la infancia. No obstante, mi estado de ánimo habitual me tenía sumido en un sopor que hacía que la prisión me resultara tan grata como la escena más idílica de la naturaleza. Mi situación raras veces se veía alterada, salvo cuando me asaltaban ataques de ansiedad y crisis de desesperación. En esos momentos intentaba poner fin a la existencia que tanto odiaba, y fueron precisos una vigilancia y unos cuidados constantes para evitar que cometiera un atroz acto de violencia.

Recuerdo que, cuando salí de prisión, uno de los hombres dijo:

—Puede que sea inocente de este crimen, pero te aseguro que este hombre tiene mala conciencia.

Sus palabras me causaron un gran impacto. ¡Mala conciencia! ¡Cómo no iba a tenerla! William, Justine y Clerval habían fallecido por culpa de mis maquinaciones infernales.

—¿Qué muerte será la que coronará la tragedia? —grité—. ¡Padre mío, no sigamos más en este maldito país! Llévame donde pueda olvidarme de mí mismo, de mi existencia y del mundo entero.

Mi padre accedió a mis ruegos y, tras despedirnos del señor Kirwin, partimos sin demora hacia Dublín. Sentí como si me liberara de un gran peso cuando el paquebote zarpó con viento favorable y abandonó Irlanda.

Dejaba para siempre el país que para mí había sido el escenario de tantas desgracias.

Era medianoche. Mi padre dormía en el camarote y yo yacía en cubierta, mirando las estrellas y escuchando el batir de las olas. Bendije la oscuridad que me impedía ver Irlanda y mi pulso latió con una alegría desmedida cuando pensé que no tardaría en hallarme en Ginebra de nuevo. Vi el pasado como quien contempla una terrorífica pesadilla. No obstante, la embarcación en la que navegaba, el viento que me alejaba de la detestada orilla irlandesa y el mar que me rodeaba dejaban constancia de que no estaba siendo víctima de una visión engañosa y que Clerval, mi querido amigo y compañero, había caído víctima de mis errores y del monstruo creado por mí. Repasé mi vida entera: la serena felicidad de los tiempos en que vivía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi partida hacia Ingolstadt. Recordé con un estremecimiento el loco entusiasmo que me precipitó hacia la creación de mi monstruoso enemigo, y tuve que hacer un esfuerzo para recordar la noche en la que ese ser nació a la vida por vez primera. Fui incapaz de seguir el hilo de mis pensamientos. Un millar de sentimientos contradictorios pugnaban por apoderarse de mí y rompí a llorar con amargura.

Después de recuperarme de la fiebre, había adquirido la costumbre de tomar todas las noches una pequeña cantidad de láudano, porque solo bajo los efectos de esta droga podía conseguir el descanso necesario para mantenerme con vida. Agobiado por el recuerdo de mis múltiples desgracias, tomé una dosis doble y no tardé en quedarme profundamente dormido. Pero mi descanso no fue reparador, porque los pensamientos y la tristeza apenas me dieron tregua. Mis sueños se poblaron de un millar de objetos que me intimidaban. De madrugada, mi mente fue presa de una especie de pesadilla. Sentía que el monstruo me oprimía la garganta y yo no podía liberarme de sus garras. Oí gritos y lamentos. Mi padre, que me estaba velando, me despertó y me indicó con un gesto que estábamos entrando en el puerto de Holyhead.

V

Decidimos que no iríamos a Londres, sino que atravesaríamos el país hasta Portsmouth y allí embarcaríamos con destino a Le Havre. Preferí este plan en principio porque temía volver a ver los lugares en los que había disfrutado de cierta tranquilidad con mi querido Clerval. Me aterrorizaba la idea de encontrarme con conocidos mutuos que podrían hacerme preguntas sobre un suceso cuyo solo recuerdo me hacía revivir el tormento que sufrí al ver el inerte cuerpo de Henry en la posada de —.

En cuanto a mi padre, debo confesar que intentó por todos los medios que recuperara tanto la salud como la paz de espíritu. Su ternura y su atención fueron inquebrantables; mis sufrimientos persistían, pero él no desesperaba. A veces creía que me sentía humillado por haberme visto sometido a un cargo de asesinato; y se esforzaba en demostrarme la futilidad del orgullo herido.

—¡Ay, padre mío! ¡Qué poco me conoce! Los seres humanos, con sus sentimientos y sus pasiones, se sentirían sin duda degradados si un desgraciado como yo pudiera permitirse sentirse herido en su orgullo. Justine, la pobre e infeliz Justine, era tan inocente como yo y fue condenada por el mismo delito. Murió por ello, y yo soy la causa de su ruina… Yo la asesiné. William, Justine, Henry… Todos murieron a mis manos.

Mi padre, durante mi encarcelamiento, me había oído repetir esta afirmación a menudo. Cuando veía que me acusaba a mí mismo de ese modo parecía desear una explicación por mi parte, y a veces atribuía mis palabras al delirio, como si durante mi enfermedad se me hubiera metido esa idea en la cabeza y hubiera conservado su recuerdo durante la

convalecencia. Evité dar ningún tipo de explicaciones y guardé absoluto silencio respecto al engendro que yo había creado. Tenía la sensación de que me tomarían por loco, y eso fue lo que selló mis labios en un momento en que habría dado lo que fuera por poder confiar el fatal secreto.

En esa ocasión mi padre, con una expresión de absoluto desconcierto, dijo:

—¿A qué te refieres, Victor? ¿Estás loco? Queridísimo hijo, te ruego que jamás vuelvas a afirmar tal cosa.

—No estoy loco —grité con todas mis fuerzas—. El sol y el firmamento, testigos de mis actos, pueden dar fe de que digo la verdad. Soy el asesino de esas víctimas inocentes, que murieron por causa de mis maquinaciones. Habría dado cualquier cosa, habría vertido mi sangre incluso, gota a gota, para salvarles la vida; pero no pude, padre. No podía sacrificar a toda la raza humana.

Mi discurso le convenció de que mi mente estaba perturbada, y sacó un nuevo tema de conversación para tratar de cambiar el hilo de mis pensamientos. Mi padre deseaba en la medida de lo posible borrar el recuerdo de lo acaecido en Irlanda y nunca hacía alusiones al respecto ni me infligía el sufrimiento de hacerme hablar de mis infortunios.

Conforme el tiempo transcurría, recobré la serenidad. La tristeza moraba para siempre en mi corazón, pero yo ya no hablaba de mis crímenes con la misma incoherencia. Me bastaba con llevarlos en la conciencia. Con un violento esfuerzo logré reprimir la imperiosa voz de la adversidad, que a veces deseaba declarar su existencia al mundo entero, y mis modales se volvieron más tranquilos y cautos de lo que jamás habían sido desde mi excursión por el mar de hielo.

Llegamos a Le Havre el 8 de mayo e iniciamos la marcha hacia París sin tardanza, donde unos negocios de mi padre nos demoraron varias semanas. Durante nuestra estancia en la capital, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

A la atención del señor Victor Frankenstein

Mi queridísimo Victor: Me ha alegrado muchísimo recibir una carta de mi tío fechada en París. Constato que ya no os halláis tan lejos de casa y espero veros dentro de quince días a lo sumo. ¡Pobre y querido primo mío! ¡Cuánto debes de haber sufrido! Temo que estés incluso más enfermo que cuando te marchaste de Ginebra. Hemos pasado el invierno sumidos en la tristeza y para mí ha sido un auténtico calvario la angustia de ignorar tu suerte. Aun así, espero poder ver la tranquilidad reflejada en tu rostro y descubrir que tu corazón no es del todo ajeno al consuelo y la calma.

No obstante, temo que sigas experimentando las mismas emociones que tan desgraciado te hicieran el año pasado y que, con el tiempo, hayan empeorado. No te molestaré en este momento porque son muchas las desdichas que pesan sobre ti, pero es necesario que antes de que nos veamos te dé una explicación acerca de una conversación que mantuve con mi tío antes de su partida.

«¡Una explicación! ¿Qué va a querer explicarme Elizabeth?», te preguntarás. Si es así como piensas, consideraré contestadas mis preguntas y nada me quedará ya por hacer sino firmar la carta con todo mi cariño. Pero estás lejos. Es posible que mis palabras te hagan sufrir y a la vez te complazcan. En tal caso, no me atrevo a posponer aquello que quiero decirte por escrito y que durante tu ausencia he deseado comunicarte muchas veces, aunque jamás he tenido el valor de hacerlo.

Sabes muy bien, Victor, que nuestros padres han considerado nuestra unión con manifiesto interés desde la infancia. Así nos lo contaron de pequeños, y nos enseñaron a desearlo como si fuera un hecho consumado. Fuimos compañeros de juegos, nos quisimos muchísimo durante la infancia y creo que nos fuimos haciendo muy buenos amigos a medida que íbamos creciendo. Pero así como el hermano y la hermana demuestran un profundo cariño mutuo sin desear una unión más íntima, ¿no será tal vez este nuestro caso? Dímelo, Victor, amigo mío. Contéstame con la verdad descarnada, te lo ruego, por nuestra mutua felicidad. ¿No amarás tal vez a otra?

Has viajado, has vivido varios años en Ingolstadt, y te confieso, querido amigo, que el pasado otoño, cuando te vi tan infeliz y huyendo de la compañía de todo ser viviente para refugiarte en la soledad, no pude evitar pensar que quizá te arrepentías de haber tomado esa decisión y te sentías obligado, por haber dado tu palabra de honor, a cumplir con los deseos de tus padres, aunque esos deseos se opusieran a los tuyos. No te llames a engaño, querido primo. Confieso que te amo y que en mis vanidosos sueños futuros te veo como mi amigo y mi compañero fiel. No obstante, deseo tu felicidad tanto como la mía propia, y por eso te digo que nuestro enlace me convertiría en una mujer muy desgraciada si no surgiera del dictado de tu libre elección. Incluso ahora lloro al pensar que, después de haber soportado la más cruel de las desdichas, puedas sacrificar, por culpa de la palabra «honor», ese amor y esa felicidad que por sí mismos te devolverían la ilusión. Quizá yo, con mi cariño desinteresado, te haya procurado mayor tristeza al haberme convertido en un obstáculo que impide que logres tus deseos. ¡Ah, Victor! Te aseguro que tu prima y compañera de juegos siente por ti un amor demasiado sincero para considerarse desgraciada por eso. Sé feliz, querido, y si accedes a mi petición, ten por seguro que nada en este mundo conseguirá quebrar mi serenidad.

No permitas que esta carta te turbe. No me escribas al día siguiente de haberla leído, o al otro. No me escribas hasta que regreses, si eso te ha de causar algún dolor. Mi tío me tendrá al corriente de tu estado de salud. Por mi parte, si cuando nos volvamos a encontrar veo una sola sonrisa siquiera en tus labios que algún comentario mío consiga arrancarte, me consideraré inmensamente feliz.

Elizabeth Lavenza
Ginebra, *18 de mayo de 17…*

Esta carta revivió en mi memoria lo que ya había olvidado: la amenaza del monstruo. «Estaré en tu noche de bodas». El demonio había dictado

sentencia y esa noche emplearía todos los recursos que tuviera a su alcance para destruirme y arrebatarme el único retazo de felicidad que prometía aliviarme en parte de mis sufrimientos. Esa noche había decidido consumar sus crímenes con mi muerte. Bien, pues que así fuera. Se iba a dirimir una lucha mortal en la que, si él resultaba victorioso, yo podría descansar en paz y el poder de ese engendro sobre mí habría llegado a su fin. Si, por el contrario, era él el vencido, su muerte me convertiría en un hombre libre. ¡Ay de mí! ¿Qué clase de libertad me estaría destinada? La misma que tiene el campesino que ha visto con sus propios ojos cómo masacraban a su familia, quemaban su casa, destruían sus tierras, y él quedaba abandonado a su suerte, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Esa sería la libertad que me estaría reservada si no fuera por el tesoro que tengo en Elizabeth… Tesoro que me compensaría del horror en que me iba a sumir a causa del remordimiento y la culpa, sentimientos ambos que me perseguirían hasta la muerte.

¡Mi amada y dulce Elizabeth! Leí y releí sin cesar su carta. En mi corazón despertaron unos tiernos sentimientos que, entre susurros, se atrevieron a hablarme de paradisíacos sueños de amor y felicidad; pero la manzana ya había sido mordida y el dedo del ángel acusador me negaba toda esperanza. No obstante, yo habría dado la vida por hacerla feliz. Si el monstruo cumplía su amenaza la muerte sería inevitable; pero yo seguía valorando si la boda podría precipitar mi destino. Era posible que mi torturador me destruyera unos meses antes, pero, si sospechaba que posponía el enlace influido por sus amenazas, sin duda encontraría otro medio, quizá más terrible, de vengarse. Había jurado que estaría en mi noche de bodas, pero con esa amenaza no había querido decir que mientras tanto fuera a permanecer inactivo, pues, para demostrarme que todavía se hallaba sediento de sangre, había asesinado a Clerval justo después de anunciarme su amenaza. Decidí, por consiguiente, que, si un enlace inmediato con mi prima devolvía la felicidad a ella o a mi padre, los planes de mi adversario para atentar contra mi vida no debían demorarlo ni una sola hora más.

En esa disposición de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta era serena y cariñosa. «Temo, amada mía, que muy poca felicidad nos reserve la vida,

pero quiero que sepas que tú eres quien inspiras toda mi alegría. Aleja de tu mente tus injustificados temores porque solo a ti consagro mi vida y mi propósito de ser feliz. Tengo un secreto, Elizabeth, un secreto terrible que cuando te lo revele el pavor helará la sangre de tus venas y, lejos de sorprenderte por mi desgracia, te preguntarás cómo es posible que haya sobrevivido a todo lo que he tenido que soportar hasta ahora. Te confiaré esta historia de desdichas y espantos el día siguiente de nuestra boda porque, querida prima, tiene que existir una absoluta confianza entre los dos. Hasta entonces, te lo suplico, no menciones el tema ni hagas alusiones al respecto. Te lo ruego con todo mi corazón porque sé que accederás a mis peticiones».

Al cabo de una semana de haber recibido la carta de Elizabeth, regresamos a Ginebra. Mi prima me dio la bienvenida con calurosos saludos, aunque con lágrimas en los ojos al ver mi rostro demacrado y mis enfebrecidas mejillas. Yo también la encontré cambiada. Estaba más delgada y había perdido esa grácil vivacidad que en el pasado tanto me cautivara, pero su amabilidad y las tiernas miradas de compasión que me dedicaba la convertían en una compañera más adecuada para un ser condenado y desdichado como yo.

La tranquilidad no duró demasiado. Los recuerdos me desequilibraron y, al pensar en lo sucedido, caí presa de la locura más exacerbada. Cuando no me sentía furioso y colérico, la tristeza y el desconsuelo se apoderaban de mí. Me sentía aislado de todo y de todos, y me limitaba a quedarme sentado e inmóvil, apabullado por la enorme cantidad de desgracias que me habían acaecido.

Elizabeth era la única persona capaz de controlar esos ataques. Su dulce voz me tonificaba cuando me dejaba arrastrar por la pasión, y cuando caía en el ensimismamiento sabía cómo hacerme reaccionar apelando a mis mejores sentimientos. Lloraba conmigo, y por mí. En los momentos en que yo recobraba el juicio, ella me reprochaba mi actitud y alentaba en mí la resignación. ¡Ah, qué fácil le resulta al infortunado resignarse! Para el culpable, en cambio, no existe la paz. La agonía del remordimiento envenena el placer que a veces nos provoca regodearnos en un sufrimiento insoportable.

Poco después de mi llegada, mi padre me habló de celebrar el enlace con mi prima sin tardanza. Yo guardé silencio.

—¿He de entender que tienes otra relación? —inquirió mi padre.

—No estoy comprometido con nadie. Amo a Elizabeth y lo único que deseo es unirme a ella. Fijemos el día de la boda y me consagraré, hasta que la muerte nos separe, a la felicidad de mi prima.

—Querido Victor, no hables así. Hemos sufrido terribles desgracias, pero hemos de aferrarnos a lo que tenemos y transferir nuestro amor por aquellos que nos dejaron a los que aún están vivos. Nuestro círculo será más reducido, pero los lazos de afecto y la desdicha que nos unen serán nuestro consuelo. Cuando el tiempo haya curado tu desesperación, nacerán otros seres queridos que dependerán de nuestro amor y sustituirán a los que nos fueron arrebatados con tan extrema crueldad.

Esta fue la conversación que sostuve con mi padre. El recuerdo de la amenaza seguía pendiendo sobre mí. No le extrañará, a la vista de la omnipotencia que ese ser había demostrado en sus sangrientas fechorías, que considerara invencible a ese monstruo ni que, cuando pronunció las palabras «Estaré en tu noche de bodas», comprendiera que su amenaza determinaba mi destino de modo inevitable. La muerte no entrañaba mal alguno para mí ante la posibilidad de perder a Elizabeth, y por eso, con semblante satisfecho e incluso alegre, concerté con mi padre que, si mi prima aceptaba, la boda se celebraría al cabo de diez días, sellando así, como yo creía, mi destino.

¡Dios del cielo! Si por un instante hubiera imaginado cuáles eran las infernales intenciones de mi monstruoso adversario, habría preferido desaparecer para siempre de mi país natal y errar como un desposeído sobre la faz de la Tierra privado de toda amistad, antes que haber consentido en celebrar ese desdichado enlace. No obstante, el monstruo, como si poseyera poderes mágicos, me había ocultado sus verdaderas intenciones y, mientras yo creía estar preparando mi propia muerte, en realidad estaba precipitando la de otra víctima que me resultaba mucho más querida.

A medida que se acercaba la fecha de nuestra boda, ya fuera por cobardía, ya fuese por un presentimiento, mi corazón desfallecía. Pero yo ocultaba mis sentimientos fingiendo una exultación que hacía sonreír de

felicidad a mi padre, pero que no engañaba en absoluto a la mirada siempre atenta y certera de Elizabeth. Mi prima deseaba que llegara el día de nuestro enlace con una plácida satisfacción no exenta de cierto temor, provocado por las desgracias que habíamos sufrido, frente a la posibilidad de que lo que entonces parecía una segura y tangible felicidad no tardara en disiparse en un sueño etéreo que apenas dejara la huella de un profundo y eterno pesar.

Hicimos los preparativos para celebrar el evento y recibimos a los invitados que venían a felicitarnos, todos con semblantes risueños. Por mi parte, procuré encerrar en mi corazón la angustia que me corroía y me avine con aparente entusiasmo a los planes de mi padre, aunque solo sirvieran para engalanar mi tragedia. Compramos una casa cerca de Cologny para disfrutar de los placeres del campo sin alejarnos mucho de Ginebra y poder así ver a diario a mi padre, quien seguiría viviendo en la ciudad para que Ernest estudiara en el colegio.

Mientras tanto, extremé las precauciones para defenderme del demonio si este me atacaba abiertamente. Siempre llevaba encima mis pistolas y una daga, y nunca bajaba la guardia para poder sorprender cualquier maquinación de mi enemigo. De ese modo conseguí vivir más tranquilo. A medida que la fecha se acercaba, me parecía imposible que esa amenaza pudiera perturbar mi paz, mientras que la felicidad que esperaba que me deparara el matrimonio iba cobrando mayor solidez. De hecho, solíamos hablar del enlace como de un acontecimiento que ningún incidente podría cancelar.

Elizabeth parecía feliz. Mi comportamiento tranquilo contribuyó en gran parte a serenar su espíritu. No obstante, el día en que iban a hacerse realidad mis deseos y a cumplirse mi destino estuvo melancólica y tuvo un mal presentimiento. Quizá también pensaba en el terrible secreto que yo había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre no cabía en sí de gozo y, atareado con los preparativos, atribuyó la melancolía de su sobrina a la timidez que suelen experimentar las novias.

Tras la celebración de la ceremonia, un buen número de invitados se congregó en la casa de mi padre. Habíamos acordado que Elizabeth y yo pasaríamos la tarde y la noche en Evian y regresaríamos a Cologny a la

mañana siguiente. Como hacía un hermoso día y el viento era favorable, decidimos ir por el lago.

Esos fueron los últimos momentos de mi vida en que disfruté de una sensación parecida a la felicidad. Avanzábamos con rapidez. El sol brillaba con intensidad, pero nos protegimos de sus rayos bajo un toldo mientras disfrutábamos de la belleza del paraje. A veces se veían el Mont Salêve y las agradables riberas del Montalêgre en un extremo del lago, mientras en la distancia, presidiéndolo todo, se erguía el maravilloso Mont Blanc y la cordillera de montañas nevadas que en vano intentaban emularlo. En ocasiones, bordeando la orilla opuesta, veíamos la oscura ladera del impresionante Jura, que hacía desistir de cualquier intento de abandonar el país y se mostraba como una barrera casi infranqueable para el invasor que deseara domeñarlo.

—Te veo triste, amor mío —dije a Elizabeth cogiéndole la mano—. ¡Ah… si supieras lo que he llegado a sufrir y lo que todavía tendré que padecer, te esforzarías en dejarme saborear el silencio y la ausencia de tormento que al menos puedo disfrutar en este día único!

—Sé feliz, querido Victor. No hay nada, espero, que deba intranquilizarte. Te aseguro que, aunque mi rostro no exprese una alegría desbordada, mi corazón está contento. Algo me dice que no debería confiar tanto en el futuro que nos espera, pero no escucharé esa voz tan siniestra. Observa la rapidez con que avanzamos y cómo las nubes que de vez en cuando oscurecen o se elevan sobre la cumbre del Mont Blanc confieren mayor belleza a este paraje. Fíjate en los innumerables peces que nadan en las claras aguas y con qué nitidez se aprecian los guijarros del fondo. ¡Qué día más hermoso! ¡Qué feliz y serena se muestra la naturaleza!

Elizabeth se esforzaba con sus comentarios en apartar sus pensamientos y los míos de aquellos temas que nos sumían en la melancolía. No obstante, su estado de ánimo fluctuaba. La alegría brillaba en sus ojos durante unos instantes, pero luego la abandonaba y su mirada se volvía distraída y taciturna.

El sol empezó a descender sobre el horizonte y surcamos el río Drance, cuyo curso discurre entre los abismos de las altas montañas y las cañadas de las colinas más bajas. En este punto en que la proximidad de los Alpes

estrecha el lago, nos acercamos al circo de montañas que conforman su vertiente oriental. La torre del campanario de Evian brillaba rodeada por bosques y por la cordillera montañosa en la que el pueblo está situado.

El viento, que hasta el momento nos había empujado con una rapidez sorprendente, se trocó en una suave brisa al anochecer. El apacible aire apenas ondulaba la superficie de las aguas y, a medida que nos acercábamos, movía con delicadeza los árboles de la orilla, de donde provenía un delicioso aroma de flores y heno. El sol se ocultó tras el horizonte cuando tocamos tierra, y en ese instante volví a sentir una desconfianza y un miedo que no tardarían en apoderarse de mi ser para no abandonarme jamás.

VI

Eran las ocho cuando desembarcamos. Caminamos un rato por la ribera disfrutando de la última luz del día y luego nos retiramos a la posada para contemplar el precioso panorama de las aguas, los bosques y las montañas que, aun oscuros entre las tinieblas, seguían mostrando sus negros perfiles.

El viento, que había amainado por el sur, arreciaba con gran violencia por el oeste. La luna había alcanzado su punto más alto en el firmamento y empezaba a descender. Las nubes la rozaban con mayor rapidez que el vuelo del buitre y matizaban su luz, mientras el lago reflejaba los borrascosos cielos, que parecían todavía más tempestuosos por el inquieto oleaje en ciernes. De repente, se desencadenó una lluvia torrencial.

Pasé el día sereno, pero, cuando la noche empezó a ensombrecer los objetos, el miedo se apoderó de mi mente. Me sentía angustiado y me mantenía alerta, tocando con la mano derecha la pistola que llevaba oculta en el pecho. Los ruidos me aterrorizaban, pero decidí que vendería cara mi vida y no me abandonaría a mi fatídica suerte. Lucharía hasta que mi propia existencia, o la de mi adversario, desapareciera de la faz de la Tierra.

Elizabeth estuvo observando mi inquietud sumida en un silencio tímido y medroso. Al final me preguntó:

—¿Qué es lo que te preocupa, querido Victor? ¿Qué es lo que temes?

—¡Oh, tranquila, tranquila, mi amor! Solo hemos de esperar que pase esta noche. Mañana estaremos a salvo, pero esta noche será la más terrible de nuestras vidas.

La intranquilidad de la espera duró una hora y, de repente, caí en la cuenta de que el combate que de un momento a otro libraría con mi

enemigo sería terrible para mi esposa y le rogué encarecidamente que se retirara. Decidí que no me reuniría con ella hasta saber algo de la situación de mi enemigo.

Elizabeth se marchó. Me dediqué a recorrer los pasillos de la posada y a inspeccionar cada uno de los rincones en los que pudiera ocultarse mi adversario. No descubrí rastro alguno de su presencia. Empezaba ya a pensar que alguna feliz casualidad debía de haberle impedido cumplir con su amenaza, cuando de súbito oí un grito penetrante que me dejó aterrorizado. Procedía de la habitación a la que se había retirado Elizabeth. Ese chillido me hizo comprender de golpe la situación. Tenía inermes los brazos y no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Notaba cómo la sangre recorría mis venas y que las extremidades se me adormecían. La impresión duró un instante apenas. Cuando volví a oír el grito, corrí hacia el dormitorio.

¡Dios del cielo! ¿Por qué no expiré en ese mismo momento? ¿Por qué sigo aquí contando la muerte de la criatura más pura de la Tierra, de mi única esperanza? Elizabeth yacía echada sobre el lecho, sin vida, inerte, con la cabeza colgando y sus pálidos y contorsionados rasgos ocultos por los cabellos. No podía apartar de mis ojos aquella visión: los brazos exangües y el cuerpo abandonado, arrojado por el asesino, en el féretro nupcial. ¿Era posible soportar aquella escena y seguir vivo? ¡Ay de mí! La vida es obstinada y se aferra con fuerza a quienes más la odian. En aquel momento perdí el conocimiento y me desmayé.

Cuando recobré el sentido, descubrí que me rodeaban varios huéspedes de la posada. Sus rostros expresaban un terror indescriptible, pero el horror ajeno parecía tan solo una burla, una sombra de los sentimientos que me atenazaban. Quise huir de su presencia y entré en la habitación donde yacía el cuerpo de mi amada Elizabeth, mi esposa, tan querida y tan preciada para mí, que tan solo unos minutos antes todavía estaba viva. La habían movido. Ya no estaba como yo la había descubierto. Yacía con la cabeza recostada sobre el brazo y un pañuelo le cubría la cara y el cuello. Diríase que estaba dormida. Corrí a abrazarla con ardor, pero la languidez mortal y la frialdad de sus miembros me indicaron que lo que sostenía entre mis brazos había dejado de ser la Elizabeth que yo había amado y deseado. La marca asesina

de las garras del demonio era visible en su cuello, y de sus labios había escapado ya el último aliento.

Mientras todavía me hallaba inclinado sobre ella, agónico de desesperación, levanté los ojos. Recordaba que había dejado las ventanas del dormitorio cerradas y me invadió el pánico cuando vi que la pálida y amarillenta luz de la luna iluminaba nuestros aposentos. Alguien había abierto los postigos y, con una sensación de terror indescriptible, vi tras la ventana abierta la figura más espantosa y aborrecible de cuantas conociera. El monstruo esbozaba una sonrisa y parecía mofarse mientras señalaba con su demoníaco dedo el cadáver de mi esposa. Fui corriendo a la ventana, saqué la pistola de mi pecho y disparé. Aquel diablo me esquivó, saltó del lugar donde se había encaramado y, corriendo con la rapidez del rayo, se sumergió en el lago.

La detonación de la pistola atrajo a un grupo de huéspedes a mi dormitorio. Señalé hacia el lugar donde el monstruo había desaparecido y seguimos su rastro en barca. Echamos las redes al agua, pero todo fue en vano. Al cabo de unas horas regresamos, perdida ya toda esperanza. La mayoría optó por creer que el intruso debía de haber sido un producto de mi imaginación. Cuando tocamos tierra, los voluntarios siguieron rastreando por los aledaños y se distribuyeron en grupos de búsqueda que, siguiendo distintas direcciones, se adentraron en bosques y viñedos.

No los acompañé. Estaba agotado. Tenía la vista nublada y la fiebre abrasaba mi piel. Me tumbé sobre una cama sin ser demasiado consciente de lo que acababa de ocurrir. Recorrí la estancia con la mirada, como si buscara a quien acababa de perder.

Al final recordé que mi padre esperaba con ansia el regreso de ambos y que, dadas las circunstancias, solo yo volvería a casa. Ese pensamiento me llenó los ojos de lágrimas y lloré durante mucho rato. Mi mente divagaba. No podía dejar de pensar en mis desgracias y en aquello que las había causado. Me sentía confuso, envuelto en terroríficas brumas, desconcertado. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y, por último, el de mi esposa. Ni siquiera sabía si en ese momento los únicos amigos que me quedaban se encontraban a salvo de la maldad del demonio. Quizá mi padre estuviera debatiéndose bajo las zarpas del engendro en ese

mismo instante, y Ernest yaciera muerto a sus pies. La idea me estremeció y me hizo reaccionar. Me levanté y decidí regresar a Ginebra cuanto antes.

No podía disponer de caballos y me vi obligado a regresar por el lago. Soplaba un viento desapacible y la lluvia caía torrencialmente, pero era casi de día y cabía esperar que esa misma noche podría alcanzar mi destino. Contraté a unos remeros y yo mismo cogí uno de los remos, pues el ejercicio físico siempre había calmado mis sufrimientos. No obstante, la tristeza que me embargaba y los nervios que había pasado no me permitieron hacer más esfuerzos. Aparté el remo y, apoyando la cabeza entre las manos, me dejé llevar por mis lúgubres pensamientos. Cuando levantaba la vista veía escenas familiares de tiempos más felices, que tan solo el día anterior había contemplado en compañía de aquella mujer que ahora era ya una sombra y un recuerdo. Los ojos se me inundaron de lágrimas. Dejó de llover y vi juguetear a los peces en las aguas como hicieran unas horas antes. Elizabeth se había fijado en ellos. Nada hay más doloroso para el alma que un cambio súbito y definitivo. Aunque luciera el sol o las nubes amenazantes cubrieran el firmamento, nada sería igual que el día anterior. Un engendro me había arrebatado toda esperanza de felicidad futura. No había ningún ser que fuera tan desgraciado como yo, porque un suceso tan espantoso solo puede ocurrir una vez en la historia de la humanidad.

¿Por qué debería recrearme ahora en los incidentes que siguieron a ese suceso sobrecogedor? La mía ha sido una historia de terror que alcanzó su apogeo en aquellos tiempos. Lo que ahora debo contarle solo logrará que se aburra. Me basta con que sepa que mis amigos fueron muriendo uno tras otro. Quedé desconsolado. Me fallan las fuerzas, pero quiero contarle en pocas palabras el resto de mi monstruoso relato.

Cuando llegué a Ginebra, mi padre y Ernest todavía seguían con vida. Mi progenitor se derrumbó al conocer las noticias que le traía. Es como si lo viera… ¡Me partía el corazón tener que ver a ese venerable anciano con la mirada perdida buscando a su sobrina, a quien tanto adoraba, suspirando por aquella muchacha que era más que una hija! ¡Anhelando la presencia de Elizabeth, a quien dispensó todo el afecto que pueda sentir un hombre que, en la última etapa de su vida y tras haber perdido ya a otros seres queridos,

se aferra con ansia a los familiares que le quedan! ¡Maldito, maldito sea el demonio que acarreó tanta desgracia a esas respetables canas y condenó a ese hombre a vivir en la desdicha para siempre! Mi padre no soportó la cadena de fatalidades que le habían sobrevenido y tuvo un ataque de apoplejía. Al cabo de unos días, murió en mis brazos.

Quizá se preguntará qué me sucedió a partir de entonces. Confieso que no lo sé. Perdí toda noción de la realidad. El yugo y las tinieblas eran lo único que me acosaba. A veces soñaba que caminaba por prados en flor y por lindos valles con los amigos de mi infancia, pero al despertar descubría que me hallaba en una mazmorra. Me sumía entonces en un estado melancólico. Poco a poco empecé a recobrar el juicio y a ser consciente de mis desgracias, hasta que logré liberarme de mi prisión. Me diagnosticaron locura, y durante varios meses, según tengo entendido, mi morada fue una celda solitaria.

Pero la libertad de nada me habría servido si al recobrar la razón no hubiera recuperado asimismo mis ansias de venganza. A medida que el recuerdo de mis pasados infortunios fue haciendo mella en mí, empecé a reflexionar sobre su causa: aquel monstruo que yo había creado, el demonio miserable que había traído al mundo para mi propia destrucción. Cuando pensaba en él me poseía una ira salvaje, y rogaba fervientemente poder atraparlo para descargar mi desaforada venganza sobre su odiado cuerpo.

Decidí canalizar el odio que sentía hacia fines más constructivos, y me puse a cavilar sobre cuál sería el mejor medio de dar con él. Con ese propósito, un mes después de mi liberación acudí al despacho de un juez de la ciudad y le dije que quería presentar una denuncia. Le conté que conocía al asesino que había destruido a mi familia y le pedí que ejerciera toda su autoridad para ordenar su captura.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad.

—Le aseguro, señor, que no escatimaré esfuerzos ni medios para descubrir al malhechor.

—Se lo agradezco. Le ruego que escuche la declaración que deseo hacer. No le negaré que mi relato es muy extraño. Es más, habría temido que usted no me creyera si no fuera por un hecho, reconozco que

asombroso, que puede dar fe de su veracidad. La historia es coherente. No es fruto de mi delirio y además, nada gano con mentirle.

Me dirigí a él con actitud serena y decidida. Había tomado la determinación de perseguir a mi destructor hasta la muerte, y tal propósito silenciaba mi agonía y me reconciliaba provisionalmente con la vida. Le relaté mi historia con una brevedad no exenta de firmeza y precisión, señalándole las fechas con detalle y sin caer en improperios o lamentaciones.

El juez se mostró incrédulo al principio, pero a medida que iba explicándole mi vida empezó a prestarme mayor atención dado el interés de mi relato. Vi que en ocasiones se estremecía de horror y que su semblante reflejaba una viva sorpresa en absoluto escéptica.

Cuando concluí mi narración, le dije:

—Yo acuso a ese ser, y le pido que ejerza toda su autoridad para ordenar su búsqueda y captura. Es su deber como magistrado, y confío y espero que como persona no sienta escrúpulos a la hora de ejercer sus funciones en el caso que nos ocupa.

Mi discurso provocó un gran cambio en el rostro de mi interlocutor. Había escuchado mi historia con esa condescendencia que se dedica a los cuentos de fantasmas y fenómenos sobrenaturales, pero cuando le pedí que actuara oficialmente en el caso volvió a mostrarse incrédulo. No obstante, me respondió con gran cortesía.

—De buena gana le proporcionaría toda la ayuda necesaria para dar caza a ese criminal, pero la criatura de la que me habla parece tener unos poderes que ponen a prueba nuestras capacidades. ¿Quién puede seguir a un animal capaz de atravesar un mar de hielo y habitar en cuevas y guaridas donde ningún hombre se aventuraría a entrar? Además, han pasado ya varios meses desde que esos crímenes se cometieron y nadie sabría decir a ciencia cierta hacia dónde se dirige o en qué región habita.

—Estoy seguro de que se esconde cerca de donde vivo. Si se ha refugiado en los Alpes, podrían darle caza como si fuera una gamuza y matarlo como a cualquier animal de presa. Adivino lo que piensa, señor juez: no se ha creído mi historia y no tiene la intención de perseguir a mi enemigo y aplicarle el castigo que merece.

La rabia se reflejaba en mis ojos a medida que hablaba. El juez estaba intimidado.

—Se equivoca —protestó el magistrado—. Emplearé todos los recursos que estén a mi alcance y, si está en mi poder capturar al monstruo, le aseguro que sufrirá el castigo que sus crímenes merecen. Pero temo que, dadas las características del sujeto que me acaba de describir, será una tarea imposible para nosotros y que, a pesar de que tomemos todas las medidas necesarias, usted tendrá que mentalizarse y aceptar la derrota.

—De ningún modo —protesté yo—. Sé que mis palabras son inútiles y que mi deseo de venganza no le ha conmovido en absoluto. Sé que este frenesí es un defecto, pero le confieso que es la única pasión que me devora las entrañas. Siento una rabia indecible al pensar que el asesino, que yo traje al mundo, sigue con vida. Usted se niega a atender mi petición, que es justa, y ahora solo me queda una alternativa: hasta el fin de mis días me consagraré en cuerpo y alma a su destrucción.

Temblaba de nervios al hablar con el juez. Mi arrebatada actitud poseía algo de esa fiereza arrogante que dicen que caracterizaba a los antiguos mártires. Pero para un magistrado ginebrino, con la mente ocupada en asuntos que nada tienen que ver con el sacrificio ni el heroísmo, tan altas miras debían de parecerle una locura. Procuró tranquilizarme como una niñera calma a un niño, y atribuyó mi historia a los efectos del delirio.

—¿Cómo puede ser usted tan ignorante? —exclamé—. ¡Y presume de ser un sabio! ¡Calle! No sabe usted de lo que habla.

Salí de su despacho colérico y alterado y me encerré en casa para pensar en otro modo de ver cumplidos mis deseos.

VII

Me sentía incapaz de hilvanar mis pensamientos con coherencia. Me dominaba la furia y solo mi instinto de venganza me permitía hacer acopio de mis fuerzas y controlar la compostura. El desquite moldeó mis sentimientos y me permitió mostrarme calculador y sereno en unos momentos en que me habría abandonado al delirio o a la muerte.

La primera decisión que tomé fue marcharme de Ginebra para siempre. Mi país, que cuando era feliz y me sentía amado me había resultado tan querido, se volvió aborrecible en la adversidad. Reuní cierta suma y unas cuantas joyas que habían pertenecido a mi madre y partí.

Inicié entonces un errático viaje que solo concluiría con mi muerte. Recorrí gran parte del planeta y soporté todos los tormentos a que suelen enfrentarse los viajeros que cruzan desiertos y territorios salvajes. A duras penas logro entender cómo llegué a sobrevivir. Fueron muchas las veces que me tendí vacilante sobre arenosas extensiones rogando por que la muerte viniera a mi encuentro. Pero la venganza me mantuvo con vida. No osaba morir y dejar vivo a mi adversario.

Al marcharme de Ginebra, mi primer empeño fue obtener alguna pista que me indicara hacia dónde se dirigían las huellas de mi diabólico enemigo. No tenía un plan concreto y merodeé durante horas por los alrededores de la ciudad sin saber qué camino debía emprender. Cuando se hizo de noche, me encontré frente a la entrada del cementerio donde William, Elizabeth y mi padre descansaban. Entré y me acerqué a las tumbas donde estaban enterrados. Reinaba el silencio y solo se oían las hojas de los árboles, que el viento agitaba con suavidad. En esa noche

cerrada la escena habría resultado solemne e impresionante incluso para un observador neutral. Los espíritus de los fallecidos parecían envolver al doliente y sumirlo en una invisible neblina de manifiesta presencia.

El profundo dolor que la escena desencadenó en mí no tardó en convertirse en rabia y desesperación. Ellos estaban muertos y yo, vivo. Su asesino también vivía y, para destruirlo, me veía obligado a llevar una fatigosa existencia. Me arrodillé en la hierba y besé la tierra.

—Juro por la tierra sagrada en la que me he postrado —exclamé con trémulos labios—, por las sombras que me rondan, por el profundo y eterno dolor que siento… y por ti, ¡oh, noche!, y por los espíritus que presiden tu curso, juro que perseguiré al demonio que ha causado tantas desgracias hasta que o él o yo perezcamos en mortal combate. Solo con este objetivo conservaré la vida. Para cumplir la codiciada venganza volveré a contemplar el sol y a hollar los verdes campos, que en otras circunstancias ya habrían desaparecido de mi vista para siempre. Yo os invoco, espíritus de los muertos, y también os invoco a vosotros, ángeles vengadores, para que me ayudéis y guieis en mi labor. ¡Que el maldito e infernal monstruo apure el cáliz de la angustia! ¡Que sienta la desesperación que a mí me atormenta!

Empecé mi juramento con solemnidad, y con un sobrecogimiento producido por la certeza de que las sombras de mi familia asesinada escuchaban y aprobaban mi invocación, pero hacia su conclusión las furias dominaron mis sentidos y la rabia ahogó mis palabras.

En la quietud nocturna, una carcajada diabólica respondió a mi imprecación. Resonó en mis oídos dolorosamente y las montañas me devolvieron su eco. Noté como si el infierno se burlara de mí. En ese momento hubiera podido caer presa del frenesí y poner término a mi miserable existencia, pero mi juramento había sido escuchado y tenía que reservarme para la venganza. Aquella risa se extinguió y una aborrecible voz harto conocida se acercó a mí y, susurrándome al oído, me dijo:

—Tus palabras me complacen, miserable desdichado. Has decidido vivir y eso me satisface.

Me precipité hacia el lugar de donde procedía aquella voz, pero el diablo me esquivó. De repente, la ancha esfera de la luna surgió en el cielo

e iluminó el fantasmagórico y deforme cuerpo del engendro que huía a una velocidad sobrehumana.

Lo perseguí, y ese ha sido mi objetivo desde hace meses. Siguiendo vagos indicios recorrí el tortuoso Ródano, pero fue en vano. Llegué al azul Mediterráneo y, por una extraña coincidencia, vi que, al amparo de la noche, el demonio se ocultaba en una embarcación que se dirigía al mar Negro. Hice la travesía en el mismo barco, pero no sé cómo logró escapar.

Siempre evadiéndose de mí, seguí sus pasos por las llanuras de Tartaria y Rusia. Unas veces los campesinos, aterrorizados por esa espantosa aparición, me indicaban la dirección de su huida; otras era él mismo quien, temiendo que si yo perdía su rastro cayera sumido en la desesperación y muriera, me dejaba alguna pista para que pudiera seguirlo. La nieve lo cubrió todo y las blancas praderas delataron sus enormes huellas. Aunque usted, que se halla al comienzo de la vida y que apenas sabe lo que son las preocupaciones y la angustia, ¿cómo va a comprender lo que sentí entonces y todavía siento ahora? El frío, la necesidad y la fatiga eran males menores comparados con lo que el destino me tenía reservado. La maldición de un demonio me había sumido en un eterno infierno. No obstante, un espíritu bienhechor guiaba y dirigía mis pasos y, en momentos de extrema flaqueza, de repente me libraba de dificultades aparentemente insolubles. En ocasiones, cuando mi naturaleza cedía a los embates de la hambruna y desfallecía de agotamiento, descubría que alguien me había dejado víveres en el desierto para que repusiera mis fuerzas. La comida era muy pobre, como la que suelen tomar los campesinos de esos países, pero no me cabía duda de que la habían depositado en mi camino los espíritus a cuyo auxilio me encomendaba. En tiempos de sequía, cuando ni una sola nube se divisaba en el firmamento y la sed agrietaba mis labios, un pequeño cúmulo oscurecía de repente el cielo, soltaba unas gotas para revivirme y desaparecía.

Seguía los cursos de los ríos cuando era posible, pero el demonio solía evitarlos porque en esos enclaves era donde la población del país se asentaba principalmente. En el resto de los territorios apenas había presencia humana y los animales salvajes que se cruzaban en mi camino me servían de alimento. Como podía pagar por sus servicios, conseguí el favor

de los lugareños, a quienes obsequiaba también con lo que me sobraba de la caza para compensarles el detalle de haberme dejado utilizar el fuego y los útiles para cocinar.

Vivía una existencia que me resultaba odiosa y solo durante el sueño era feliz. ¡Oh, bendito reposo! Cuando me sentía muy desgraciado me tumbaba para descansar y los sueños me acunaban hasta hacerme creer que era dichoso. Los espíritus que me protegían me concedieron esos momentos de felicidad, horas más bien, para reponer fuerzas y seguir con mi peregrinaje. Si no hubiera sido por su auxilio me habría dado por vencido. Durante el día la esperanza de que llegara la noche me daba ánimos y me reconfortaba, porque en sueños veía a mis amigos, a mi esposa y mi amado país. Volvía a contemplar el semblante benévolo de mi padre, a oír la melodiosa voz de mi Elizabeth y a ver a Clerval disfrutando de una saludable juventud. A menudo, cuando la penosa marcha me dejaba exhausto, me persuadía de que estaba soñando y de que al llegar la noche volvería a la realidad y caería en brazos de mis estimados amigos. Sentía por ellos un cariño angustioso. Me aferraba a sus queridas formas cuando se me aparecían, incluso durante la vigilia, y me había convencido a mí mismo de que todavía estaban vivos. En esos momentos logré serenar mis crecientes ansias de venganza y proseguí mi camino de destrucción como si fuera una tarea que me había impuesto el cielo, siguiendo el impulso mecánico de un poder del que yo era inconsciente, y no como un ardiente deseo de mi corazón.

Ignoraba qué sentimientos albergaba ese ser a quien perseguía. Es cierto que, para guiarme, me dejaba a veces unos mensajes escritos en la corteza de los árboles o tallados en la piedra que instigaban mi furia: «Mi reino aún no ha llegado a su fin —palabras que leí en una de las inscripciones—; mientras vivas mi poder será absoluto. Sígueme. Pretendo llegar a las nieves perpetuas del norte para que sientas las inclemencias del frío y vivas en una atmósfera glacial que a mí no me resulta dañina. Si no tardas mucho en seguir mi rastro, encontrarás una cervatilla muerta. Come y repón tus fuerzas. Ven, enemigo, a mi encuentro. Todavía no ha llegado el momento de luchar por nuestras vidas. Hasta entonces tendrás que soportar largas horas de penurias».

¡Guárdate tus escarnios, demonio! Juro de nuevo que me vengaré. Juro, miserable diablo, que viviré para ver tu calvario y tu muerte. Solo abandonaré la búsqueda cuando uno de los dos perezca. ¡Con qué éxtasis me reuniré entonces con Elizabeth y con quienes ya me han destinado su recompensa por mis denodados esfuerzos y mi terrible peregrinaje!

A medida que avanzaba hacia el norte, la nieve se iba espesando y el frío se hizo insoportable. Los campesinos se habían encerrado en sus casuchas y solo los más osados salían a cazar algún animal al que el hambre hubiera obligado a abandonar su refugio en busca de una presa. El hielo solidificó los ríos y la pesca se convirtió en tarea imposible, por lo que tuve que renunciar a mi principal fuente de alimentación.

El triunfo de mi enemigo se iba consolidando cuanto más arduos eran mis esfuerzos. Una de las inscripciones que me dedicó decía: «¡Prepárate! Tus penurias no han hecho más que empezar. Envuélvete en tus pieles y busca alimento, porque no tardaremos en iniciar un viaje en el que tus sufrimientos satisfarán el eterno odio que me inspiras».

Esas palabras de sarcasmo dieron alas a mi valor y me hicieron perseverar. Decidí no desfallecer hasta llevar a cabo mi propósito. Tras pedir al cielo que me asistiera, seguí atravesando inmensas explanadas con una confianza inquebrantable hasta que el mar apareció a lo lejos confundiéndose con la línea del horizonte. ¡Ah… qué distinto era de los mares azules del sur! El hielo lo cubría por completo y tan solo se diferenciaba de la tierra por su aspecto más salvaje y abrupto. Los griegos lloraron de alegría cuando vieron el Mediterráneo desde las colinas de Asia y celebraron enardecidos el fin de sus sufrimientos. Yo, en cambio, no lloré. Me arrodillé y, con el corazón henchido de gozo, agradecí a mi espíritu protector que me hubiera conducido sano y salvo al lugar donde, a pesar de los sarcasmos de mi adversario, esperaba luchar cuerpo a cuerpo contra él.

Unas semanas antes había conseguido un trineo y unos perros que me permitieron adentrarme en las nieves a una velocidad inconcebible. No sabía si el demonio contaba con los mismos recursos que yo, pero descubrí que desde hacía días empezaba a acortar la distancia que nos separaba. Cuando finalmente divisé el océano, el monstruo se hallaba solo a una jornada de camino. Confiaba en que podría interceptarlo antes de que

llegara a la otra orilla. Aceleré la marcha con renovado coraje y, al cabo de dos días, llegué a una triste barraca situada junto al mar. Pregunté a los habitantes del lugar si habían visto al engendro y me dieron una información muy precisa. Me contaron que un monstruo gigantesco, armado con un rifle y varias pistolas, había llegado de noche a una casita solitaria. Sus moradores se dieron a la fuga aterrorizados por su horrible aspecto. El monstruo saqueó la despensa donde se guardaban los víveres para el invierno y los cargó en un trineo guiado por una manada de perros. Esa misma noche enganchó los animales al vehículo y, ante el asombro de los aldeanos conmocionados por el terror, reanudó su travesía por mar sin dirigirse a tierra firme. Se comentó que ese ser iba al encuentro de su propia muerte, y que fallecería a causa de la rotura del hielo o congelado y sepultado bajo las nieves eternas.

Esa historia me sumió en una desesperación que no tardé en acallar. El engendro había escapado de mí y yo tenía que emprender un viaje inacabable hacia mi destrucción por las heladas escarpaduras del océano, con un frío que tan solo algunos nativos podían soportar y con el que yo, nacido en un clima agradable y soleado, no tenía esperanza alguna de sobrevivir. Ante la idea de que ese demonio pudiera salir airoso de la afrenta, me sobrevinieron una rabia y una sed de venganza que arrasaron mis emociones como una poderosa ola. Tras un breve descanso en el que los espíritus de los muertos me instigaron a seguir luchando para cumplir mi venganza, me dispuse a partir.

Cambié el trineo que había utilizado por uno que se adaptara mejor a las irregularidades del hielo del océano y, tras adquirir un buen surtido de provisiones, abandoné tierra firme.

Soy incapaz de decirle cuántos días transcurrieron, pero le aseguro que soporté unas calamidades que solo las sempiternas ansias de desquite que animaban mi corazón pudieron ayudarme a superar. Unas inmensas y escarpadas montañas de hielo se interponían a menudo en mi camino. Oía el rugido del resquebrajado firme marítimo como si fuera una amenaza de muerte. Pero de nuevo llegaron las heladas y volvieron a hacer transitables los caminos del mar.

Deduje, a partir de la cantidad de provisiones que había consumido, que mi viaje debía de haber durado unas tres semanas. La esperanza que no había dejado de alimentar en mi corazón empezaba a arrancarme amargas lágrimas de desconsuelo y dolor. La desesperación hizo presa en mí, y me habría dejado vencer por mis infortunios si no hubiera sido porque un día, cuando los pobres animales que transportaban mi carga con penosos esfuerzos coronaron la cima de una escarpada montaña helada y uno de ellos, víctima de la fatiga, falleció, contemplé la inmensidad que se abría ante mis ojos con angustia y, de repente, divisé una mancha oscura en el lúgubre llano. Escruté con la mirada ese objeto para determinar lo que era, y proferí un salvaje grito de éxtasis al distinguir un trineo y, montada en él, la distorsionada figura de un cuerpo que me resultaba familiar. La esperanza, como un torrente desbordado, renació en mi corazón. Los ojos se me inundaron de lágrimas de agradecimiento, que enjugué a toda prisa para que no me ocultaran la aborrecible visión. No lo logré. Mi vista siguió empañada hasta que, cediendo a las emociones que me atenazaban, me eché a llorar.

No había tiempo que perder. Desenganché el perro muerto del resto de la manada, di a mis animales una buena ración de comida y, tras una hora de reposo, que era absolutamente necesaria aunque a mí me llenara de amarga inquietud, emprendí de nuevo el camino. El trineo enemigo abría la marcha y ya no volví a perderlo de vista, salvo en las ocasiones en que quedaba oculto tras algún risco formado entre los bloques de hielo. Fui acortando la distancia ostensiblemente y cuando, al cabo de dos días de viaje, vi que mi adversario se hallaba a poco más de un kilómetro y medio, me inundó la alegría.

Pero, en el momento en que parecía que iba a darle alcance, perdí toda esperanza. La criatura desapareció de mi vista. De repente, se oyó un gran estruendo del suelo helado al quebrarse, que, mientras las aguas se enardecían y crecían amenazando con cubrirme, cobró una horrenda intensidad. Aceleré la marcha, pero fue en vano. El viento arreció, el mar bramaba y, con el poderoso impacto de un terremoto, el océano se abrió y partió con un ruido tremendo y sobrecogedor. Al cabo de unos minutos, el seísmo había concluido y un mar tempestuoso se agitaba entre mi enemigo

y yo. Me encontraba a la deriva sobre un bloque de hielo desgajado, que empezaba a menguar augurándome una muerte espantosa.

Esa situación duró varias horas, y en ese lapso de tiempo no logré reponerme. Murieron algunos perros y yo mismo estuve a punto de perecer bajo aquel enorme cúmulo de desgracias, cuando vi la embarcación de ustedes anclada entre las revueltas aguas, brindándome la oportunidad de auxiliarme y salvar mi vida. Jamás imaginé que una nave pudiera adentrarse tan al norte, y me quedé estupefacto ante esa visión. Destrocé el trineo para construir unos remos con los que, tras indescriptibles fatigas, logré deslizar mi balsa de hielo hacia su barco. Había decidido que si ustedes iban hacia el sur volvería a confiarme a la merced de las aguas con el fin de cumplir mi propósito. Esperaba convencerles para que me facilitaran un bote con el que poder seguir el rastro de mi enemigo; pero se dirigían al norte. Usted me subió a bordo cuando mis fuerzas flaqueaban y estuve a punto de abandonarme a la muerte a causa de las numerosas desdichas que había padecido. Muerte que todavía temo… porque aún no he cumplido con mi deber.

¡Ah… anhelo el día en que el espíritu protector que guía mis pasos hacia el enemigo me permita el descanso que tanto deseo! ¿Acaso debo morir mientras él siga con vida? Si es así, júreme, Walton, que no escapará. Júreme que le dará caza y satisfará mi venganza con su muerte. No me atrevo a pedirle que prosiga mi travesía y soporte las fatigas que yo he vivido. No. No soy tan egoísta; pero cuando haya muerto, si él aparece, si los ángeles vengadores lo conducen hasta usted, júreme que no vivirá… Júreme que no se librará de todas las promesas que he hecho y que no vivirá para sembrar la desgracia en el prójimo. Ese demonio es un ser elocuente y persuasivo, y hubo un tiempo en que sus palabras llegaron a conmoverme, pero no se fíe. Su alma es mezquina y ruin, como lo es su aspecto, y la anima una diabólica y alevosa maldad. No le escuche. Apele a los manes de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre y el desdichado Victor, y clave su espada en su corazón. Sentirá cerca mi presencia y guiaré el acero que usted empuñe.

DIARIO DE ROBERT WALTON (continuación)

26 de agosto de 17…

Ahora que has leído esta historia extraña y terrorífica, Margaret, ¿no sientes que se te hiela la sangre, que el mismo espanto que me hiela a mí las venas te sobrecoge de terror? Había veces en que, asaltado por una angustia repentina, Frankenstein no podía seguir hablando. Otras, con la voz rota aunque penetrante, pronunciaba con dificultad las palabras dominado por la angustia. La indignación se reflejaba entonces en sus bellos y delicados ojos, tornándolos tristes y abatidos y sumiéndolos en una miseria infinita. En ocasiones controlaba su expresión facial y el tono de su voz, y relataba los sucesos más horribles con voz queda y sin traslucir ni un solo ápice de intranquilidad. Pero seguidamente, como un volcán que entra en erupción, su rostro adoptaba una expresión de rabia incontrolada y lanzaba imprecaciones a su perseguidor.

Su relato es coherente y tiene visos de ser cierto. No obstante, te confieso que las cartas de Felix y Safie que él me ha mostrado, y el hecho de que viéramos aparecer el monstruo desde nuestro barco, han terminado por convencerme más de la veracidad de su relato que sus aseveraciones, por muy graves y relacionadas que estén con la historia. Lo cierto es que este monstruo existe. No me cabe la menor duda de ello. Es algo que me ha dejado totalmente sorprendido y maravillado. Intenté que Frankenstein me detallara los pormenores de la creación de su criatura, pero se mostró inflexible al respecto.

—¿Está usted loco, amigo mío? —me dijo—. ¿Adónde cree que le llevará su insensata curiosidad? ¿Desea crear un enemigo diabólico que le destruya, a usted y al mundo entero? ¿Qué pretende con sus preguntas? ¡No insista! Aprenda de mis tormentos y no quiera sufrirlos en sus carnes.

Frankenstein descubrió que yo tomaba notas de lo que me iba contando, y me pidió que se las enseñara. Las corrigió y añadió nuevos datos en diversos fragmentos, sobre todo para dar mayor veracidad a las conversaciones que había sostenido con su enemigo.

—Puesto que ha decidido escribir mi historia, no permitiré que ciertos hechos pasen a la posteridad desvirtuados.

Durante una semana estuve escuchando el relato más extraño de cuantos haya imaginado jamás. El interés que habían despertado en mí la narración y las elegantes y gentiles maneras de mi huésped me tenía absorbido por completo. Deseaba aliviar sus sufrimientos, pero ¿cómo podía aconsejar a alguien tan desgraciado, y que ya había perdido toda esperanza de hallar alivio, que valía la pena vivir? ¡Ah, imposible! La única alegría que puede depararle el destino es permitirle preparar su maltrecha alma para poder descansar en paz. El único consuelo que le queda es refugiarse en sus delirios y su soledad. Frankenstein cree que cuando habla en sueños con sus amigos, compañía que logra aliviarle de sus desdichas o inflama su sed de venganza, no está tratando con un producto de su fantasía, sino con seres reales que acuden a visitarlo desde el más allá. La fe con que cree en sus ensoñaciones les confiere una solemnidad que para mí resulta tan categórica y valiosa como la verdad misma.

Nuestras conversaciones no siempre se limitan a hablar de su historia y sus desgracias. Mi huésped demuestra un amplio conocimiento de la literatura y una penetrante y rápida capacidad de discernimiento. Su discurso es harto elocuente y seductor. Resulta imposible, cuando narra un suceso espantoso o logra despertar en mí la piedad o el afecto, escucharle sin derramar una lágrima. ¡Qué ser tan extraordinario debió de ser en sus buenos tiempos, si en la

adversidad se muestra tan noble y sublime! Es como si alcanzara a comprender su propia valía y la grandeza de su fatalidad.

—De joven pensaba que estaba destinado a realizar grandes proezas —empezó a explicarme—. Mi profunda sensibilidad, sin embargo, no me impedía disfrutar de la claridad de juicio que tanto conviene a los que desean lograr destacados triunfos. Ser consciente de mi valía me dio fuerzas para aplicarme en cuestiones demasiado arduas para otros. Me parecía un crimen desperdiciar en absurdas lamentaciones un talento que podría ser de utilidad a mis semejantes. Cuando pensaba en la obra que había emprendido, nada menos que la creación de un animal racional y sensible, no podía equipararme a esos adocenados hombres doctos preocupados por cuestiones científicas. El mismo sentimiento que alimentaba mis ilusiones al comienzo de mi carrera solo me sirve ahora para hundirme más en el lodo. Todas mis especulaciones y esperanzas se han visto reducidas a la nada y, al igual que el arcángel que aspiraba a la omnipotencia, me encuentro encadenado a un infierno eterno. A pesar de tener una imaginación muy fértil, poseía una gran capacidad para el análisis y el estudio. Gracias a la combinación de todas estas cualidades, concebí la idea de crear a un hombre y la puse en práctica. Incluso ahora recuerdo con pasión los sueños que albergaba mientras estaba enfrascado en mi tarea. Era como si pudiera tocar el cielo con las manos, exultaba de júbilo cuando pensaba en mi poder o me emocionaba al valorar sus consecuencias. En mi infancia me inculcaron que debía apuntar alto y jamás perder la esperanza. ¡Qué bajo he caído! ¡Ay, mi buen amigo! Si nos hubiéramos conocido en otros tiempos, ahora no me reconocería en este lamentable estado. Mi naturaleza no era dada al desconsuelo y parecía que me estaba reservado un noble destino, pero caí tan bajo que ya no pude volver a levantarme.

¿Debo resignarme a perder a este ser tan admirable? Siempre he deseado tener un amigo que me apoyara y me brindara su afecto. Y precisamente en estos desiertos mares lo he encontrado. Temo que ahora que empiezo a admirar su valía, vaya a perderlo. Yo me habría

prestado con gusto a intentar devolverle las ganas de vivir, pero a él le disgusta la idea.

—Gracias, Walton —me dijo—. Le agradezco la amabilidad que muestra hacia un completo desgraciado, pero cuando me habla de crear nuevos lazos y volcarme en nuevos afectos, ¿cree que alguien podrá reemplazar a aquellos a quienes he perdido? ¿Acaso existe un hombre que pueda ocupar el lugar de Clerval, o una mujer como Elizabeth? Aunque el amor que nos inspiran no siempre lo justifique una excelsa calidad humana, los compañeros de la infancia siempre tienen una influencia sobre nosotros que pocos amigos adultos llegan a tener. Conocen nuestro carácter desde niños, que, por mucho que cambie con el tiempo, nunca perdemos; y pueden juzgar con mayor tino nuestras acciones al comprender con claridad las razones que las motivan. Una hermana o un hermano nunca sospechará del otro que intenta engañarlo, a menos, claro está, que este haya dado muestras de deslealtad en el pasado, mientras que un amigo, por muy intensa que sea su amistad y mal que le pese, puede desconfiar de él. Yo tuve la suerte de tener unos familiares a quienes amé no solo por la fuerza de la costumbre y porque gocé de su compañía, sino también por sus propios méritos. Vaya donde vaya, la dulce voz de mi Elizabeth y la conversación de Clerval siempre me susurran al oído. Pero están muertos y, entre tanta soledad, una única emoción es la que logra hacerme desear la vida. Si estuviera implicado en alguna noble empresa capaz de prestar algún servicio a mis semejantes, soportaría vivir para llevar a cabo mis proyectos. No obstante, no es este mi destino. Debo perseguir al ser a quien di la existencia y acabar con él. Solo entonces podré dar por terminada mi misión en la Tierra y morir en paz.

2 de septiembre

Querida hermana:

Te escribo acechado por el peligro y sin saber si estoy destinado a volver a ver mi querida Inglaterra y a los amados amigos que vivís en

ella. Estamos rodeados por montañas de hielo que impiden nuestra huida y amenazan a cada momento con aplastar mi embarcación. Los valientes a quienes persuadí para que me acompañaran en esta travesía vienen a pedirme auxilio, pero yo no tengo a nadie a quien encomendarme. Aunque nuestra situación es extremadamente agónica, el valor y la esperanza no me han abandonado. Puede que sobrevivamos; de no ser así, emularé las enseñanzas de Séneca y aceptaré mi muerte con el ánimo bien dispuesto.

No obstante, mi querida Margaret, me preocupa cuál será tu estado de ánimo al no tener noticias de si estoy vivo o muerto, mientras esperas con ansia mi regreso. Pasarán los años y la desesperación acudirá a tu encuentro, sin que por ello te hayas librado del tormento de la esperanza. ¡Ah, mi bien amada hermana! El deprimente fracaso de tus sentidas expectativas me parece más terrible, contemplado en perspectiva, que mi propia muerte. Pero tienes un marido y unos hijos encantadores que te harán feliz. ¡Que el cielo te bendiga y te permita ser dichosa!

Mi infortunado huésped me trata con ternura y compasión. Intenta que recupere la esperanza y habla como si la vida fuera para él una valiosa posesión. Me recuerda las veces que otros navegantes que se adentraron en este mar se vieron involucrados en incidentes parecidos y, muy a mi pesar, logra imbuirme de optimistas presagios. Incluso los marineros sienten la fuerza de su elocuencia. Cuando les habla, la desesperación les abandona. Les levanta la moral y, mientras oyen su voz, mis hombres creen que esas vastas montañas de hielo son simples toperas que la resolución del ser humano logrará salvar. Pero ese estado de ánimo es transitorio y, conforme pasan los días y sus esperanzas van mermando, el miedo se adueña de ellos y temo que, alentados por la impaciencia, se amotinen.

5 de septiembre

Ha ocurrido algo tan insólito que, a pesar de que creo muy probable que jamás llegues a leer mis cartas, no puedo evitar relatártelo.

Seguimos cercados por bloques de hielo con el peligro inminente de morir aplastados por su inercia. Hace un frío insoportable y varios de mis desafortunados camaradas han encontrado ya su tumba en estos parajes desolados. La salud de Frankenstein va empeorando a medida que pasan los días. Los ojos todavía le brillan por la fiebre, pero está agotado y, cuando se ve obligado a hacer el mínimo esfuerzo, vuelve a sumirse de inmediato en una apatía absoluta.

Te mencionaba en mi carta anterior el miedo que sentía ante la posibilidad de que se produjera un motín a bordo. Esta mañana, mientras estaba contemplando el lívido semblante de mi amigo (con los ojos entrecerrados y desmadejado el cuerpo), salí de mi ensimismamiento cuando media docena de marineros pidieron permiso para entrar en mi camarote. Accedí a sus ruegos y el cabecilla del grupo se dirigió a mí. Me dijo que la tripulación los había elegido como representantes para hacerme una petición a la cual, en justicia, no podía negarme. Estábamos emparedados entre masas de hielo y era probable que no lográramos escapar, pero esos hombres temían que, si se daba la circunstancia de que el hielo se fundiera y se abriera ante nosotros un pasadizo, yo fuera lo bastante temerario como para seguir mi travesía exponiéndoles a nuevos peligros después de haber conseguido salir felizmente de este. Deseaban por tanto que les hiciera la solemne promesa de que, si la nave desencallaba, dirigiría de inmediato su rumbo hacia el sur.

Las palabras de mis hombres me preocuparon. Yo no había perdido las esperanzas ni concebido la idea de regresar si el deshielo lo permitía. Ahora bien, ¿podía, en justicia, negarme a atender su petición o siquiera plantearme esa posibilidad? Vacilé antes de responder. En ese momento Frankenstein, que había permanecido en silencio y parecía carecer de las fuerzas necesarias para prestar atención, se puso en pie. Sus ojos estaban encendidos como dos ascuas y un momentáneo vigor le arrebolaba las mejillas. Se encaró a los hombres y empezó a hablar:

—¿Qué están diciendo? ¿Qué le exigen al capitán? ¿Tan pronto cambian ustedes de planes? ¿Acaso no decían que esta expedición era

gloriosa? ¿En qué se basaban para afirmar su gloria? No lo decían porque fuera tranquila y serena como las que surcan los mares del sur, sino porque estaba llena de peligros y amenazas; porque, a cada nuevo incidente, tenían que sacar fuerzas de flaqueza y ser valerosos; porque el peligro y la muerte acechaban por todas partes y ustedes podrían enfrentarse a eso y sortearlo. Por estas razones era gloriosa, por eso era una travesía honorable. Ustedes están aquí para ser venerados como los benefactores de su especie. Venerarán sus nombres por pertenecer al grupo de valientes que encontró una muerte honrosa por el bien de la humanidad. Y ahora que les parece estar viviendo su primera situación de peligro o, si quieren, la primera ocasión terrible y despiadada de poner a prueba su valentía, se echan atrás y se contentan con que piensen de ustedes que no tuvieron la suficiente entereza para soportar el frío y el peligro. ¡Claro, como tenían frío los pobrecitos regresaron a su casita para calentarse junto a la chimenea! ¡Muy bien! ¡Para eso no era necesaria tal preparación! No hubieran tenido que llegar tan lejos para arrastrar el buen nombre de su capitán y sumirlo en la vergüenza de tener que aceptar el fracaso solo para demostrar que son unos cobardes. ¡Por favor…! ¡Actúen como hombres! Es más, ¡les pido que sean superiores a los hombres! Manténganse firmes e inamovibles en su propósito. Este hielo no está hecho de la misma materia que sus corazones; es mudable y no soportará su tenacidad si ustedes no cejan en su empeño. No vuelvan a sus hogares con el estigma de la desgracia marcado en la frente. Regresen como héroes que han luchado y vencido y que ignoran lo que es dar la espalda al enemigo.

Su voz había sabido modular los distintos sentimientos que inspiraron su discurso, y su mirada era heroica y decidida como corresponde a tan altas miras. No es de extrañar que esos hombres se conmovieran. Se miraron entre sí y fueron incapaces de seguir hablando. Entonces tomé yo la palabra. Les dije que se retiraran para reflexionar sobre lo que se había dicho. Les prometí que no seguiríamos hacia el norte si se oponían firmemente, pero que esperaba que, tras meditarlo, recuperaran su valor.

Cuando mis hombres de marcharon, me volví hacia mi amigo; pero ya se había sumido en tal languidez que casi parecía desprovisto de vida.

No sé cómo terminará todo esto, mas preferiría morir que regresar avergonzado por no haber podido cumplir mi propósito.

Temo, no obstante, que ese será mi destino. Estos hombres son ajenos a los conceptos de la gloria y el honor, y no se avendrán a seguir soportando sus actuales sufrimientos.

7 de septiembre

La suerte está echada. He accedido a regresar si no perecemos en el intento. Mis esperanzas han quedado destruidas por la cobardía y la indecisión. Regreso sin haber descubierto nada, decepcionado. Se necesita más sabiduría de la que poseo para soportar esta injusticia con paciencia.

12 de septiembre

Todo ha terminado. Regreso a Inglaterra. He perdido toda esperanza de convertirme en alguien útil a la humanidad y digno de su gloria. He perdido a mi amigo. Me esforzaré en explicarte los pormenores de lo que acaeció, querida hermana. Será el modo de no abandonarme al desaliento, mientras los vientos me empujan hacia Inglaterra y hacia ti.

El 9 de septiembre el hielo empezó a ceder, y un retumbar parecido al trueno se oyó en la lejanía en el momento en que los islotes se fragmentaron y resquebrajaron, saliendo disparados en todas direcciones. Nos acechaba un gran peligro, pero, como nada podíamos hacer para remediarlo, mi principal preocupación fue vigilar el estado de salud de mi infortunado invitado, cuya enfermedad se agravó tanto que lo tenía postrado en el lecho. El hielo se resquebrajaba por popa y se desplazaba hacia el norte por efecto de los vientos huracanados. Una brisa empezó a soplar por el oeste, y el

día 11 se hizo practicable un pasadizo en dirección sur. Cuando los marineros vieron que los elementos garantizaban el regreso a su país, profirieron gritos de alegría y se desató una algarabía generalizada que parecía no tener fin. Frankenstein, que estaba adormilado, se despertó y preguntó cuál era la causa de tal revuelo.

—Están gritando porque saben que pronto regresarán a Inglaterra.

—Entonces, ¿está usted dispuesto a regresar?

—¡Ah, eso me temo! Debo confesar que me veo obligado a volver porque ya no puedo negarme a satisfacer sus peticiones. No puedo llevarlos ante el peligro sin su consentimiento.

—Actúe como le dicte su conciencia. Yo no le seguiré. Tiene derecho a abandonar su objetivo, pero el mío lo dicta el cielo y no me atrevo a desobedecerlo. Pese a mi debilidad, no dudo de que los espíritus que me asisten para que cumpla mi venganza me darán la fuerza suficiente para lograr mi propósito.

Frankenstein intentó levantarse de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado para él. Se dejó caer sobre el lecho y se desmayó.

Tardó bastante en recuperar el conocimiento, hasta el punto de que llegué a pensar que había muerto. Al final abrió los ojos, pero le costaba respirar y era incapaz de hablar. El médico le suministró un brebaje para que se restableciera y ordenó que no se le molestara. Me informó después de que a mi amigo le quedaban tan solo unas horas de vida.

Acababan de pronunciar su sentencia de muerte y a mí solo me restaba llorarle y tener paciencia. Me senté junto a su lecho y me quedé velándolo. Tenía los ojos cerrados y pensé que dormía, pero de repente pronunció mi nombre con voz queda y, tras pedirme que me acercara, me dijo:

—¡Ay de mí! Las fuerzas en las que tanto confié me abandonan, y siento que voy a morir mientras él, mi enemigo y perseguidor, quizá siga aún con vida. No crea, Walton, que al final de mi existencia siento el odio lacerante y el ardiente deseo de venganza de que le hablé, pero creo que estoy en mi derecho al desear la muerte de mi adversario. Estos últimos días me he dedicado a examinar mi

conducta y no he visto que hubiera nada reprensible en ella. Alentado por la locura, creé un ser racional, y adquirí con ello la responsabilidad de garantizarle, en la medida de mis posibilidades, la felicidad y el bienestar. Esa era mi obligación, pero aún existía otro deber primordial: el deber para con mis semejantes reclamaba toda mi atención porque implicaba que yo podía influir en su felicidad o en su desgracia. Por esa razón me negué, y con gran acierto, a crear una compañera para la criatura, la cual había demostrado una maldad y un egoísmo inigualables. Un ser que asesinó a mis amigos y familiares, consagrándose a la destrucción de unas personas dotadas de exquisitas sensaciones, felicidad y sabiduría. Desconozco adónde le llevará su sed de venganza. Ese ser miserable ha de morir para que nadie más sea desgraciado. Yo tenía la misión de destruirlo, pero he fracasado. Cuando actuaba movido por el egoísmo y la maldad, le pedí que asumiera la tarea que yo no había podido terminar. Ahora se lo vuelvo a pedir, aunque ya solo inspiran mis ruegos la razón y la virtud.

»Sin embargo, sé que no puedo pedirle que renuncie a su país y a sus amigos para acometer esta empresa; y que ahora que regresa a Inglaterra será difícil que se cruce con mi enemigo. Le dejo que reflexione sobre ello y sopese con objetividad su deber. Mi capacidad de raciocinio y mis ideas se ven alteradas por la proximidad de la muerte. No me atrevo a pedirle que actúe como considero acertado, porque es posible que esta pasión todavía me confunda.

»Me inquieta que ese engendro viva y sea el instrumento de la maldad. Por lo demás, le puedo decir que, ahora que espero fallecer de un momento a otro, siento una felicidad que no experimentaba desde hacía años. La imagen de mis seres queridos se presenta ante mí y a sus brazos me encomiendo. ¡Adiós, Walton! Busque la satisfacción en la serenidad y evite la ambición, aunque solo se trate del inocente anhelo de destacar en el terreno de la ciencia y compartir la gloria de los descubridores. No sé por qué le hablo así. Yo mismo fui víctima de unas esperanzas que me abocaron a la destrucción, pero ¡quién sabe si ese triunfo no le estará destinado a otro!

Su voz fue haciéndose mortecina a medida que iba hablando y, al final, agotado por el esfuerzo, se sumió en el silencio. Una media hora después volvió a intentar hablar, pero ya no pudo. Apretó mi mano débilmente y sus ojos se cerraron para siempre, mientras la sombra de una dulce sonrisa escapaba de sus labios.

Margaret, ¿qué puedo decirte sobre el prematuro fallecimiento de ese espíritu glorioso? ¿Qué puedo decir para que comprendas la intensidad de mi sufrimiento? Todo lo que debería expresar suena inapropiado e insuficiente. Las lágrimas surcan mis mejillas y la decepción se ha apoderado de mi pensamiento. Sigo viajando hacia Inglaterra. Quizá allí encontraré consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué presagian esos sonidos? Es medianoche, la brisa sopla con suavidad y el vigía del puente no suele hacer ruido. Otra vez. Es un sonido parecido a una voz humana, pero más bronco. Procede del camarote donde todavía yacen los restos de Frankenstein. Debo levantarme para ir a comprobarlo. Buenas noches, hermana mía.

¡Santo cielo! ¡Qué escena acaban de presenciar mis ojos! Todavía me siento aturdido al recordarlo. No sé si tendré el valor de contártelo en detalle, pero la historia que he escrito quedaría incompleta sin esta asombrosa catástrofe final.

Entré en el camarote donde yacían los restos mortales de mi admirable y desventurado amigo, y vi una figura inclinada sobre él que no acertaría a describir con palabras. Tenía una estatura gigantesca, aunque sus proporciones eran toscas e irregulares. En esa posición su rostro quedaba oculto por largos mechones de un cabello desigual, pero pude ver que extendía una manaza de una textura y un color que recordaban a los de las momias. Cuando oyó que alguien se acercaba, la criatura dejó de lamentarse y, horrorizada, quiso huir de un salto por la ventana. Al ver su rostro pensé que jamás había contemplado una imagen tan terrible y aborrecible, de tan rotunda monstruosidad. Cerré los ojos involuntariamente y procuré recordar

cuáles eran mis deberes respecto a ese asesino. Le grité para que no escapara.

Mi grito lo dejó paralizado y me miró atónito. Luego volvió a contemplar el cuerpo sin vida de su creador. Parecía haber olvidado mi presencia. Su semblante y su actitud traslucían una rabia salvaje que delataba la existencia de alguna pasión incontrolable.

—Él también es mi víctima —exclamó el engendro—. Con su muerte mis crímenes se han consumado. ¡La desgraciada serie de delitos que he cometido llega a su fin! ¡Oh, Frankenstein! ¡Qué ser tan generoso y esforzado! ¿De qué sirve que ahora te pida perdón? ¿Que perdones a ese ser que te destruyó sin remedio matando a todos aquellos a quienes amabas? ¡Ay, qué frío estás! ¡Ya no puedes responderme!

Aquel demonio hablaba con voz ahogada y mi primer impulso, que había sido cumplir con el deber de atender la petición de mi amigo moribundo y dar muerte a su enemigo, fue acallado por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué a aquella tremenda criatura. No me atrevía a volver a mirarle al rostro porque su fealdad resultaba espantosa y sobrenatural. Intenté hablar, pero las palabras no salieron de mis labios. El monstruo seguía profiriéndose reproches en un discurso desquiciado e incoherente. Al final logré reunir fuerzas y me dirigí a él aprovechando una pausa en aquel torrente desbordado de pasiones.

—Su arrepentimiento de nada sirve ya. Si hubiera escuchado la voz de la conciencia y tenido en cuenta la punzada del remordimiento antes de llevar su diabólica venganza hasta estos extremos, Frankenstein todavía viviría.

—¿Acaso imagina… acaso piensa que hice oídos sordos a la angustia y al remordimiento? Él… —siguió diciendo el monstruo señalando el cadáver—, él no sufrió más que yo con la consumación de los hechos. ¡Ni una milésima parte de la angustia que yo sentí durante el larguísimo tiempo que duró! Un atroz egoísmo inspiraba mis actos mientras el remordimiento iba envenenando mi corazón. ¿Piensa usted que los gritos de Clerval fueron dulces sones a mis

oídos? Mi corazón fue moldeado para ser sensible al amor y a la compasión, y cuando la desdicha lo sumió en la maldad y el odio no soportó la agresividad del cambio y sufrió un calvario inimaginable.

»Tras la muerte de Clerval regresé a Suiza con el corazón roto y desolado. Me compadecía de Frankenstein, con una piedad no exenta de espanto porque me aborrecía a mí mismo. Pero cuando descubrí que él, el autor de mi existencia, y de sus indecibles sufrimientos, se atrevía a anhelar la felicidad, que mientras arrojaba desgracia y desesperación sobre mí él buscaba su dicha en unos sentimientos y unas pasiones que me estaban negadas para siempre, sentí que una envidia impotente y una amarga indignación se apoderaban de mí y despertaban en mi ser una insaciable sed de venganza. Recordé mi amenaza y decidí que tendría que cumplirla. Sabía que con ello me condenaba a sufrir un inefable tormento, pero yo era esclavo, y no dueño, de un impulso que detestaba y al que no me podía resistir. Pero cuando ella murió… No, entonces no me sentí miserable. Había desterrado mis sentimientos y supeditado mi angustia a la violencia llevado de la más absoluta desesperación. El mal se convirtió en mi aliado. Llegado a este extremo, no me quedaba otra alternativa que adaptar mi naturaleza a la condición que había elegido voluntariamente. La realización de mis demoníacos planes se convirtió en una pasión insaciable. Pero ahora todo ha terminado. ¡Aquí yace mi última víctima!

Al principio me conmovió la narración de sus desgracias, pero cuando recordé lo que Frankenstein había dicho de su poder de elocuencia y su capacidad de persuasión, y cuando fijé de nuevo mi vista en la forma inerte de mi amigo, la indignación volvió a apoderarse de mí.

—¡Desgraciado! —le grité—. Se atreve a venir ahora a llorar y a ser testigo de la desolación que ha provocado. Lanza una antorcha para prender fuego a una cabaña y, cuando las llamas lo han consumido todo, se sienta entre las ruinas y lamenta su destrucción. ¡Engendro hipócrita! Si todavía viviera aquel de cuya muerte se lamenta, aún sería su objetivo, volvería a ser la presa de su maldita

venganza. No es piedad lo que usted siente: se compadece solo porque la víctima de sus fechorías ha escapado de su poder.

—No, no. No es eso… No es eso —intervino el monstruo interrumpiendo mi discurso—. Comprendo que se haya formado usted esta opinión al ver lo que supone que son las consecuencias de mis acciones. No pretendo encontrar a un semejante con quien compartir mis desgracias. Sé que nunca despertaré la compasión. Al principio, cuando la deseaba, era porque quería compartir el amor por la virtud y la sensación de felicidad y afecto que invadían mi corazón. Ahora que la virtud es un pálido reflejo de sí misma, y la felicidad y el afecto se han trocado en una amarga y aborrecible irritación, ¿a quién puedo acudir en busca de compasión? Me basta con sufrir en soledad mientras sigo sumido en mis tormentos. Cuando muera me daré por satisfecho si el odio y el oprobio pesan sobre mi recuerdo. Hubo un tiempo en que mi espíritu estuvo alentado por sueños de virtud, fama y felicidad. En vano esperé conocer a alguien que supiera disculpar mi forma externa y me amara por las excelentes cualidades de que hubiera podido hacer gala. Alimentaba mi alma con las elevadas ideas del honor y el sacrificio; pero ahora la maldad me ha degradado y convertido en el más mezquino de los animales. No existe crimen alguno, fechoría, maldad o desgracia que puedan compararse a los míos. Cuando pienso en la horrenda serie de malvados actos que he cometido, no puedo creer que sea la misma persona que llenaba sus pensamientos con sublimes y trascendentes visiones de la belleza y la magnificencia de la bondad. Pero es así. El ángel caído se convierte en un malvado demonio. No obstante, incluso el enemigo de Dios y del hombre gozó de la compañía de amigos y semejantes en su desolación. Yo, en cambio, estoy completamente solo.

»Usted, que llama amigo a Frankenstein, parece conocer mis crímenes y desventuras. Supongo que en su relato no le debió de referir las horas y los meses de infelicidad que pasé desperdiciando mi vida en impotentes pasiones. Porque aunque yo destruí sus esperanzas, no pude satisfacer mis propios deseos, unos deseos que

siempre han sido apasionados y desgarradores. Yo deseaba hallar amor y amistad, y en cambio solo he recibido desprecio. ¿Acaso no era injusto? ¿Soy yo el único criminal cuando la humanidad entera pecó contra mí? ¿Por qué no odia a Felix, que echó de su casa a un amigo de una manera humillante? ¿Por qué no denota al campesino que intentó matar al salvador de su hija? No, claro… ¡Esos seres son virtuosos e inmaculados! Pero yo soy un miserable, un ser abandonado, un aborto al que desdeñar, al que echar a patadas y pisotear. Incluso ahora me bulle la sangre al recordar tanta injusticia.

»Es cierto, sin embargo, que soy un desgraciado. He asesinado al bienaventurado e indefenso. He estrangulado al inocente mientras dormía, y apretado la garganta de quien jamás hizo daño alguno a un ser vivo, ni siquiera a mí, hasta matarlo. He arrastrado a mi creador, modelo perfecto de todo lo que es digno de ser amado y admirado por la humanidad, a la desgracia. Lo he perseguido hasta sumirlo en la más completa destrucción. Aquí yace, con la blancura y la frialdad de la muerte. Usted dice que me odia, pero su repugnancia no puede igualar a la que siento yo. Observo las manos que perpetraron esos hechos, pienso en el corazón que gestó la idea, y anhelo que llegue el momento en que ya no las vean mis ojos y dejen de acosarme en sueños.

»No tema que me convierta en el instrumento de futuras maldades. Doy por concluida mi obra. Ya no es preciso que consuma mis anteriores asesinatos con la muerte de usted o con la de cualquier otro ser humano para realizar lo que tengo que hacer. Tan solo es precisa mi muerte. No piense que tardaré en ejecutar ese sacrificio. Abandonaré su nave en el bloque de hielo que me trajo hasta aquí y me dirigiré hacia el norte, hacia el punto más alejado del planeta. Allí construiré una pira funeraria y reduciré a cenizas este cuerpo desdichado, para que sus restos no aporten luz alguna a cualquier curioso e impío insensato capaz de crear a otro ser como yo. Moriré. Ya no sentiré la angustia que me devora ni seré presa de sentimientos insatisfechos que todavía no he saciado. Quien me dio el ser ha muerto y, cuando yo ya no exista, el recuerdo de ambos no tardará en

desvanecerse. No veré ya el sol ni las estrellas, y el viento dejará de juguetear en mis mejillas. La luz, las sensaciones y los sentidos perecerán. Así es como hallaré la felicidad. Hace años, cuando por primera vez vi las imágenes que nos brinda el mundo, cuando sentí la alegre calidez del verano y oí el susurro de las hojas y el trino de los pájaros, y eso lo era todo para mí, la idea de la muerte me habría hecho llorar. Ahora es mi único consuelo. Mancillado por mis crímenes y desgarrado por los remordimientos más amargos, ¿dónde puedo encontrar consuelo sino en la muerte?

»¡Adiós! Me despido de usted, porque será el último ser humano que estos ojos contemplarán. ¡Adiós, Frankenstein! Si todavía estuvieras vivo y alimentaras tus deseos de venganza contra mí conservando mi vida, habrías conseguido mejor tus propósitos que destruyéndola. No ha sido así. Quisiste destruirme para que no causara mayores desgracias; y si, de algún modo que ignoro, no has dejado de pensar y de sentir, te comunico que no podías haber logrado mejor venganza que manteniéndome con vida. Fuiste víctima de una maldición, pero mi angustia superó a la tuya, porque la amarga punzada del resentimiento no dejará de hurgar en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pronto moriré —gritó el monstruo con un entusiasmo solemne y triste—. Y lo que ahora siento perecerá para siempre. Pronto se extinguirá este lacerante calvario. Subiré a la pira funeraria con aire triunfante y aceptaré satisfecho la agonía del tormento que me inflijan las llamas. La luz de ese incendio se apagará y los vientos esparcirán mis cenizas por los mares. Mi espíritu descansará en paz y, si le es concedido el pensamiento, sin duda albergará ideas distintas. Adiós.

Salió por el ventanuco del camarote y saltó sobre el bloque de hielo que estaba junto al barco. No tardó en ser arrastrado por las olas y perderse en la oscuridad y la lejanía.

NOTAS PRÓLOGO

[1] *Romantisme noir*, Liliane Abensour y Françoise Charras (eds.), Cahiers de l’Herne, París, 1978. <<

[2] Scott Allen Nollen, *Boris Karloff: A Critical Account of His Screen, Stage, Radio, Television and Recording Work*, McFarland & Co., Jefferson, Carolina del Norte, y Londres, 1991. <<

[3] Leslie Fiedler, *Freaks: Myths and Images of the Secret Self*, Simon & Schuster, Nueva York, 1978. <<

[4] Cecil Helman, «The Body of Frankenstein's Monster», en *Essays in Myth and Medecine*, W.W. Norton & Co., Nueva York y Londres, 1991. <<

[5] Kenneth Anger, *Hollywood, Babilonia*, vol. 3, Tusquets, Barcelona, 1987. <<

[6] Elsa Lanchester, *Elsa Lanchester Herself*, Michel Joseph, Londres, 1983.
<<

[7] Susan Sontag, «Notes on “Camp”», en *A Susan Sontag Reader*, Vintage, Nueva York, 1983. <<

[8] Timothy Findley, «Parcel Post», en *Soho Square III*, Alberto Manguel (ed.), Bloomsbury, Londres, 1990. <<

[9] David J. Skal, *The Monster Show: A Cultural History of Horror*, Plexus Publishing Co., Londres, 1993. <<

[10] James Curtis, *James Whale*, Festival Internacional de Cine de Donostia-San Sebastián, 1989. <<

[11] Gerald Gardner, *The Censorship Papers: Movie Censorship; Letters from the Hays Office 1934 to 1968*, Podd, Mead & Co., Nueva York, 1987. <<

[12] *Ibidem*. <<

[13] Gracias a la brillante partitura de la película, Waxman consiguió que la Universal le contratara en calidad de director musical. Años después, con arreglos de Charles Previn, la melodía apareció en la banda sonora de varias series del estudio, como, por ejemplo, *Buck Rogers* y *Flash Gordon*. Waxman escribió con posterioridad los temas de *El crepúsculo de los dioses* (1950) y *Un lugar en el sol* (1951). <<

[14] David J. Skal, *The Monster Show: A Cultural History of Horror*, Plexus Publishing Co., Londres, 1993. <<

[15] Peter Underwood, *Karloff*, Drake Publishers, Nueva York, 1972. <<

[16] James Curtis, *op. cit*. <<

[17] «Oh You Beautiful Monster», *New York Times*, 29 de enero de 1939, p. 4, en Scott Allen Nollen, *Boris Karloff: A Critical Account of His Screen, Stage, Radio, Television, and Recording Work*, McFarland & Co., Jefferson, Carolina del Norte, y Londres, 1991. <<

[18] «La Universal tiene los derechos de autor del maquillaje —afirmó Boris Karloff en una entrevista que concedió en 1968—, y eso resulta curioso si pensamos que el hombre que lo creó vive en la actualidad en un valle de California, está jubilado y no cobra ni un penique por su trabajo». En Mark Shivas, «Karloff, Still Eager to Scare Us Witless», *The New York Times*, 14 de abril de 1968. <<

[19] Thomas de Quincey, «On the Knocking on the Gate in *Macbeth*», en John Gross (ed.), *The Oxford Book of Essays*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1991. **<<**

[20] Iona Opie y Moira Tatem (eds.), *A Dictionary of Superstitions*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1989. <<

[21] Goethe, *Fausto*, Planeta, Barcelona, pp. 48-49, 1980. <<

[22] Este es uno de los guiños de Whale. El marido de Elsa Lanchester, Charles Laughton, acababa de ganar el premio de la Academia por *La vida privada de Enrique VIII*. <<

[23] Estos efectos especiales se lograron colocando el proyector detrás de la pantalla y utilizando unos frascos de tamaño humano. <<

[24] Milton, *El paraíso perdido*, libro IV, II, 23-32. **<<**

[25] Curtis, James, *James Whale, op. cit*. <<

[26] Peter Conrad, *To Be Continued: Four Stories and Their Survival*, Clarendon Press, Oxford, 1995. <<

[27] . *The Annotated Frankenstein*, con introducción y notas de Leonard Wolf, Clarkson N. Potter, Nueva York, 1977. <<

[28] Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona, 1994. <<

[29] G. K. Chesterton, *G. F. Watts*, Duckworth, Londres, 1914. <<

[30] La muerte es el lugar asignado al monstruo. El guión de Balderston incluye una cita de William Blake: «Me volví hacia el Jardín del Amor / cuyo fruto da tan dulce flor; / y vi que estaba lleno de tumbas». <<

[31] Goethe, *Fausto*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 13. <<

[32] El policromo busto de piedra caliza de la reina Nefertiti, fechado en el siglo XIV a. C. y que en la actualidad se encuentra en el Museo Egipcio de Berlín, es uno de los iconos más famosos de la Antigüedad. La reina no luce una mata de pelo como la de la novia de Frankenstein, pero su tocado, alto e inclinado hacia atrás, tiene la misma forma que el de su futura hermana. En cualquier caso, son varios los que han comparado la extraña belleza de estas dos famosas mujeres. <<

[33] Elsa Lanchester, *op. cit*. <<

[34] Edward Field, «The Bride of Frankenstein», en *Counting Myself Lucky: Selected Poems 1963-1992*, Black Sparrow Press, Santa Rosa, California, 1992. <<

[35] Forrest J. Ackerman, «Foreword» de *The Bride of Frankenstein: Original Shooting Script*, Philip J. Riley (ed.), MagicImage Filmbooks, Abescon, Nueva Jersey, 1989. <<

[36] . *Variety*, Los Ángeles, 15 de mayo de 1935. <<

[37] Frank S. Nugent, «Bride of Frankenstein», *The New York Times*, 11 de mayo de 1935. <<

[38] . *Kinematograph Weekly*, Londres, 6 de junio de 1935. <<

[39] Aldous Huxley, en *Un mundo feliz*, de 1932, imaginó un futuro en el que las películas no solo se contemplaban con la vista y el oído, sino también con los sentidos del tacto y el olfato. **<<**

[40] Se refiere a «The Little Salamander» de Walter de la Mare, poema breve que finaliza así: «… Verme en la espesura de mi cabello / bailar consumiéndome en la noche». En Walter de la Mare, *Collected Poems*, Faber, Londres, 1942. <<

[41] Graham Greene, *The Graham Greene Film Reader: Reviews, Essays, Interviews and Film Stories*, Applause, Nueva York, 1995. <<

[42] Gershom Scholem, *La Cábala y su simbolismo*, Siglo XXI, Madrid, 1985. <<

[43] Marc-Alain Ouakin, *Le Livre brûlé: Philosophie du Talmud*, Éditions du Seuil, París, 1986. <<

[44] Mary Shelley, «Introduction» a *Frankenstein or The Modern Prometheus*, Londres, 1931 (comentario que no aparece en la edición de 1818). <<

[45] Citado en George Steiner, *La muerte de la tragedia*, Azul, Barcelona, 2001. <<

[46] Jorge Luis Borges, «Los precursores de Kafka», en *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1952. <<

[47] En la actualidad forma parte de la colección de Peggy Guggenheim que se encuentra en Venecia. <<

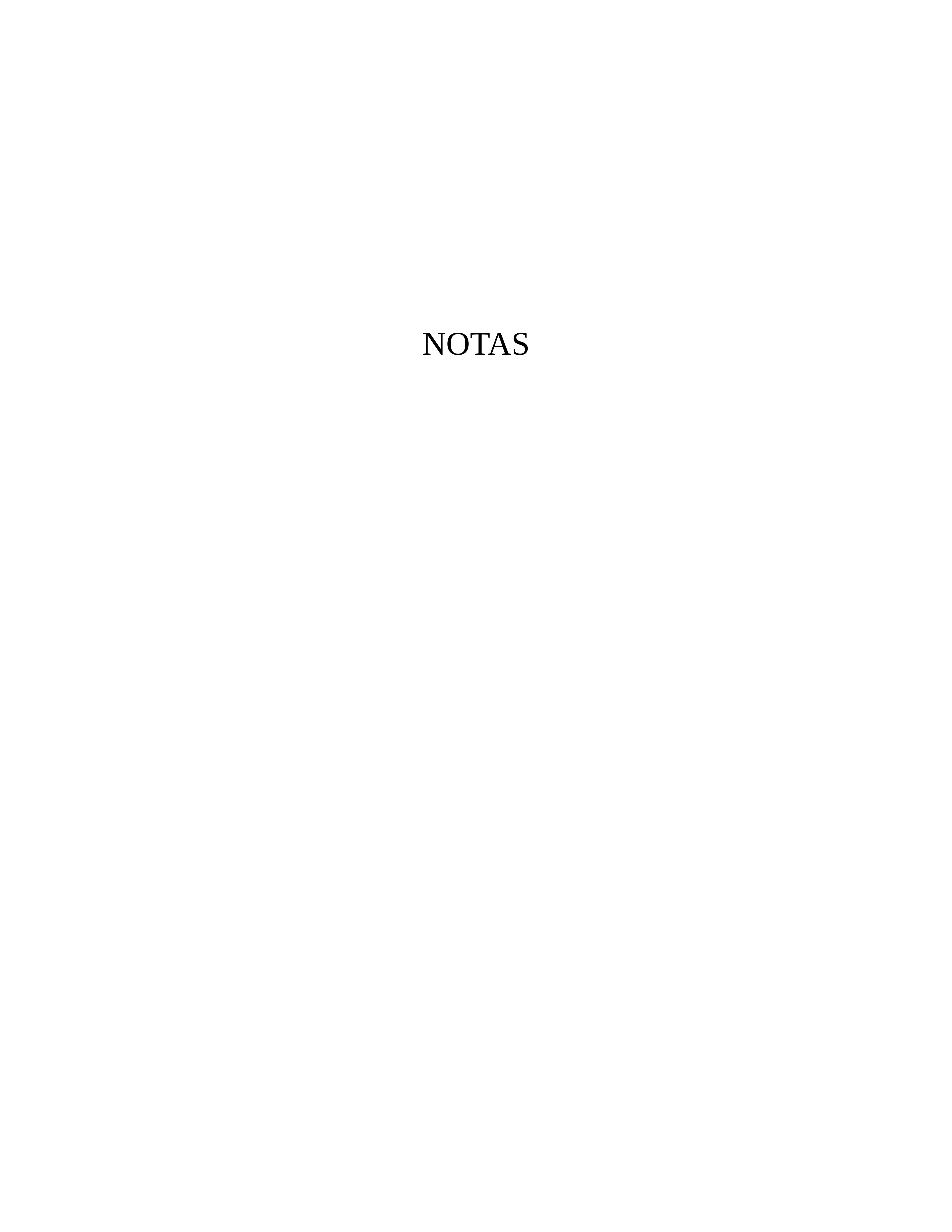
[48] Aunque el pelo también puede cubrir la desnudez femenina para proteger a una mujer de las miradas lascivas (como es el caso de María Magdalena arrepentida). «El pelo siempre nos recuerda lo cerca que nos hallamos del animal silencioso que hay en nosotros, y revelamos nuestras cambiantes simpatías y valores en el modo en que llevamos nuestras relaciones, ora confiando en el animal que pervive en lo humano, ora negándolo con severidad». Marina Warner, «The Language of Hair», en *From the Beast to the Blonde: On Fairytales and their Tellers*, Chatto & Windus, Londres, 1994. <<

[49] Tristan Tzara, citado en Neil Baldwin, *Man Ray*, Hamish Hamilton, Londres, 1989. <<

[50] Pierre Cabanne, *Conversaciones con Marcel Duchamp*, Anagrama, Barcelona, 1984. <<

[51] Richard Hamilton, *The Bride Stripped Bare By Her Bachelors, Even: A typographic Version*, Editions Hansjörg Mayer, Stuttgart, Londres, Reykjavik, 1960. <<

[52] Octavio Paz, «La novia y sus solteros», en *Los signos en rotación y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 1971. **<<**



NOTAS

[*] La imagen se refiere a un verso de *Balada del viejo marinero,* de Coleridge. *(N. de la T.)* **<<**

[*] Se refiere a Simbad y a su cuarto viaje, relatado en *Las noches árabes. (N. de la T.)* <<

[*] Fragmento del poema *Balada del viejo marinero,* de Coleridge. *(N. de la T.)* <<

[*] Byron emplea esta imagen para describir los Alpes en el tercer canto de *Las peregrinaciones de Childe Harold*. *(N. de la T.)* <<

[*] Estrofa que pertenece a un poema de Percy Shelley escrito en 1815. Se titula «Mutabilidad». *(N. de la T.)* <<

[*] Expresión que recrea un verso del poema «Mutabilidad» de Shelley. *(N. de la T.)* <<

[*] La imagen está extraída de la *Divina comedia* de Dante («Infierno», canto XXIII). *(N. de la T.)* <<

[*] Verso de Leigh Hunt que aparece en el poema «La historia de Rimini», publicado en 1816. *(N. de la T.)* <<

[**] Fragmento de «Tinter Abbey», de W. Wordsworth. *(N. de la T.)* **<<**